
BELLAS & MAFIOSOS LIBRO CINCO
RAPHAEL
EVA WINNERS

RAPHAEL

BELLAS & MAFIOSOS LIBRO CINCO

EVA WINNERS

Derechos reservados © 2022 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Modelo: Gianni Militello

Fotógrafo: Wander Aguiar

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks Productions, LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

EVA WINNERS

- EVERLASTING ROMANCE FOR EVERY CENTURY -

SÍGUEME en redes sociales

Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e
Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q
Instagram: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
Twitter: http://Twitter.com/@Evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

ÍNDICE

Colección Bellas & Mafiosos
Lista De Reproducción

Prólogo
1. Raphael
2. Sailor
3. Raphael
4. Sailor
5. Sailor
6. Sailor
7. Raphael
8. Sailor
9. Raphael
10. Sailor
11. Raphael
12. Sailor
13. Raphael
14. Sailor
15. Raphael
16. Sailor
17. Sailor
18. Raphael
19. Sailor
20. Raphael
21. Sailor
22. Raphael
23. Sailor
24. Raphael
25. Sailor
26. Raphael
27. Sailor
28. Raphael
29. Sailor
30. Sailor
31. Raphael
32. Sailor
33. Raphael
34. Sailor
35. Raphael
36. Sailor
37. Raphael
38. Sailor
39. Raphael
40. Sailor

41. Sailor
42. Sailor
43. Raphael
44. Sailor
45. Raphael
46. Sailor
47. Sailor
48. Raphael
49. Sailor
50. Raphael
51. Sailor
52. Sailor
53. Raphael
54. Sailor
55. Sailor
56. Raphael
57. Sailor

Epílogo

Avance De Bellas Y Mafiosos: Sasha

Agradecimientos

A mi familia, a mis amigos y a mis lectores.
¡Gracias!

COLECCIÓN BELLAS & MAFIOSOS

Cada libro de la serie *Bellas & Mafiosos* puede leerse independientemente.

Si quieres un adelanto del sexto libro de *Bellas y Mafiosos*, sigue leyendo y echa un vistazo al prólogo de Sasha.

¡Que lo disfrutes!

LISTA DE REPRODUCCIÓN

https://open.spotify.com/playlist/23ISKCCR4u8VCgMz8nq5s1?si=OWAdndbfTnSGtqQqK-4VwQ

PRÓLOGO

RAPHAEL



Mi chofer abrió la puerta y salí del coche. En cuanto mis pies tocaron el asfalto, inhalé el aire húmedo de Washington D.C. mientras caminaba hacia el Tribunal de Circuito de Apelaciones de D.C., en Madison Place.

Subí las escaleras del gran edificio de ladrillo y, al llegar arriba, pasé el control de seguridad. La vi enseguida.

Sailor McHale.

La había estado siguiendo las últimas dos semanas. En el momento en que Alexei me había dado el dato sobre Anya y Sailor McHale.

Ya estaba en el edificio, metiendo su teléfono en el contenedor. Puse el mío en el que estaba justo detrás de ella. No era precisamente un hombre pequeño y normalmente las mujeres siempre miraban hacia mí. Sin embargo, ni se molestó en ver en mi dirección. O me ignoraba por completo o tenía la costumbre de agachar la cabeza y pasar desapercibida.

—Señorita McHale —la saludó el guardia.

—Señor Roberts, me alegro de verlo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa, reservada pero agradable—. ¿Su esposa ya tuvo al bebé?

—En cualquier de estos días. —Se rio entre dientes.

Agarró su teléfono y siguió adelante. Venía a menudo a ese edificio. Más que a su casa. Sailor McHale era la reportera principal de todo el lío con el Cártel de Tijuana, que resultó ser rival del mío. Los idiotas intentaban expandir su territorio y meterse en D.C. y Maryland.

Nico Morrelli puso fin a esa mierda de inmediato. Aunque no esperaba la ayuda de la más improbable mujer de baja estatura de cabello largo y rubio.

Resulta que la señorita McHale había estado siguiendo al miembro de más alto rango del Cártel de Tijuana y, sin darse cuenta, fue testigo de los asesinatos y del contrabando de drogas en el Port of Washington. Fueron sus pruebas presentadas las que pusieron entre las rejas a Santiago Tijuana, el maldito idiota, y a otros. Era solo cuestión de tiempo que hicieran tratos con los federales, delatando a su jefe. Esa mujer se convirtió en la testigo principal del fiscal, y estaba claro que no se encontraba contenta con ello.

No obstante, esa era la segunda razón por la que estaba aquí. Corrían rumores de que el cártel estaría haciendo un movimiento para deshacerse de la señorita McHale: sin testigo, no había caso. Ese era uno de los hechos más antiguos conocidos en el mundo. Sabía que sería cuestión de tiempo antes de que hicieran un movimiento para eliminarla, pero no podía permitir que eso sucediera.

Policías y agentes vigilaban su edificio, el colegio de su hijo y su lugar de trabajo. También

estaban los agentes encubiertos que siempre la seguían.

Muy a mi pesar.

Hacía más difícil toparme con ella. Hablarle.

No podía repetir el error que había cometido con Bella. Nada de suposiciones esta vez. Había demasiado en juego. Aunque también tenía hombres vigilándola, discretamente. Si su hijo era realmente mi medio hermano, *yo* sería responsable de ellos.

Agarré mi propio teléfono y dejé algo de espacio antes de seguirla. Caminó por el gran vestíbulo. Uno de los agentes le murmuró algo y giró la cabeza hacia él. Fuera lo que fuese lo que le dijo, pareció agitarla visiblemente y su paso vaciló.

—¿Me estás tomando el pelo? —siseó en voz baja.

Actué como si toda mi atención estuviera en mi teléfono, mientras escuchaba a escondidas.

—No, salió bajo fianza.

—Malditos idiotas —murmuró—. ¿Qué pasó con dejarlo sin fianza?

Bajaron aún más la voz, sin embargo, no podía arriesgarme a acercarme y que me descubrieran. No es que escucharlos importara. Ya sabía de qué se trataba la conversación. Como el resto de nosotros en el bajo mundo, los del Cártel de Tijuana tenían a su propia gente poderosa en el bolsillo. No les habría costado mucho pasar dinero a las personas adecuadas y conseguir que la sentencia de *sin fianza*, se cambiara por la de en *libertad bajo palabra*. Lo único sorprendente de todo eso fue que les llevara tanto tiempo. Así que tal vez no tenían tanta gente poderosa para engrasar la rueda para ellos en D.C. como pensaba.

—Dame un minuto —pidió, claramente aún agitada. Los dos agentes se alejaron de ella, pero no le quitaron los ojos de encima.

Empecé a caminar por el largo pasillo en dirección a la sala donde se iba a celebrar la audiencia.

Justo cuando pasaba junto a ella, se balanceó y rápidamente le agarré el codo. Una abundante cabellera lisa, larga y sedosa de color rubio platinado me rozó la manga.

—Malditos tacones —musitó agarrándome de la manga.

Su suave cuerpo se inclinó hacia el mío y la atracción fue instantánea. Al menos por mi parte. Solo me tomó dos segundos fijarme en la generosa curva de sus pechos. La piel de porcelana. Pómulos suaves. Labios rosados llamándome. Y una mirada *sexy* y decidida en su rostro.

Cuando su cuerpo rozó el mío, la atracción me tomó por sorpresa. Sí, era hermosa. Hasta un ciego podría verlo. Pero no se trataba de eso. Se trataba de la forma en que su cuerpo se ajustaba al mío. Una pizca de pecas en su cara que quería devorar. Su dulce aroma a prímula. Todo en ella tiraba de una cuerda en mí que consideraba muerta.

—¿No te gustan los tacones? —pregunté.

—Demonios, no.

Me reí por lo bajo. Nunca esperé que un miembro de la familia McHale fuera tan malhablado. Sailor McHale procedía de una de las familias más antiguas de Estados Unidos, con una larga historia de prominencia en la política norteamericana.

Se enderezó, miró hacia mí y nuestros ojos se encontraron. Sus ojos azules se clavaron en los míos y, por un momento, me ahogué en ellos. Me recordaban a las aguas de la costa de Miami... un hermoso azul claro con los bordes que se oscurecían cuanto más se acercaba a la pupila.

Era impresionante.

Aunque no creí que la señorita McHale sintiera la misma atracción, porque sus ojos se abrieron de par en par con horror. No obstante, rápidamente controló su expresión.

—Gracias —murmuró, apartando su mirada de mí.

—¿Está todo bien, señorita McHale? —Si esos estúpidos agentes tardaron tanto en llegar, significaba que eran incompetentes. Ya podría haber estado muerta.

—Sí —respondió incluso antes de que reconociera a los dos imbéciles incompetentes.

Sailor se alejó un paso de mí y, para mi sorpresa, se fue en dirección contraria. Hacia la salida del edificio. Vi cómo se apresuraba por el pasillo y di un paso para seguirla cuando una enorme explosión arrasó el edificio. Los cristales estallaron por todas partes y los escombros volaron por los aires. Vi cómo Sailor caía de rodillas. Tuve el tiempo justo de correr hacia ella y cubrir su cuerpo con el mío antes de que otra explosión sacudiera el edificio.

El ataque era por causa de esa mujer. Por lo que había visto. Necesitaba sacarla de aquí. A ella y a mi hermano menor.

—¿Qué está pasando? —gritó por encima de las sirenas y alarmas que resonaban en el juzgado, con el miedo claramente reflejado en su voz. Su cuerpo intentaba moverse debajo de mí mientras apartaba los escombros—. Tengo que llegar con mi hijo. —El miedo pasó a un segundo plano ante la urgencia que ahora había en su voz.

—¡Puedo protegerlos a ti y a Gabriel! —exclamé, tratando de mantenerla a salvo debajo de mí. No estaba seguro de qué esperar... otra explosión, una ronda de disparos, un maldito infierno por desatarse. Viniera lo que viniera, no quería que le hicieran daño... Necesitaba protegerla.

Trasladé mi peso a un lado, metí la mano en el bolsillo y saqué mi teléfono. Era hora de moverse.

El Cártel de Tijuana había venido por ellos.

UNO

RAPHAEL



Ocho años atrás

La pista de baile estaba abarrotada mientras los apostadores pululaban por los pisos superiores, dispuestos a perder su dinero. Era la noche de apertura de mi nuevo club.

La Reina.

Y hasta ese momento, había superado diez veces las aperturas de cualquiera de mis otros lugares. Desafortunadamente, mi día fue arruinado por el cabrón que tenía enfrente. El pedazo de mierda de mi gerente del casino pensó que era una buena idea robarme un cargamento.

Nunca le robes a ningún Santos.

Todo el estado de Florida lo sabía. Nuestra reputación lo decía todo. Mi propia reputación hablaba por mí. El bajo mundo de Florida se arrodillaba ante mí. Era dueño de toda la distribución de cocaína y más del noventa por ciento de los casinos. Apuestas. El único negocio que nunca tocaría era el tráfico de personas. A diferencia de mi viejo.

—Diablo... — Tragó con fuerza, con la nuez de Adán balanceándose en su garganta—. Fue un error.

Maldito idiota. Había una razón por la que todos me llamaban *Diablo*.

—Claro que sí —dije con calma—. Y no doy segundas oportunidades. Engáñame una vez y eso es todo.

Una gota de sudor rodó por su frente. Pedro Morreno. Antes era de fiar. Ahora iba caminando por ahí con polvo blanco en su nariz.

—No volveré a hacerlo —suplicó.

—Acertaste de nuevo. —Ofrecí con calma—. Porque ya no tendrás oportunidad de joderme.

Conocía las reglas. Conocía mi reputación. Metió la mano en mi bolsillo y se sirvió de mi dinero. Si hubiera venido a pedirme un préstamo, habría sido una cosa, pero robarme eso nunca sería tolerado.

—Por favor, señor Santos —imploró, sus rodillas rebotando frenéticamente—. Lo pagaré todo.

Odiaba que me llamaran señor Santos. *Ese* era mi padre.

Saqué mi pistola, agregué el silenciador y le disparé.

Era la única piedad que tendría.

—Limpien este desastre —ordené a mis hombres y abandoné el espacio cerrado.

Demonios, nada te arruinaba el humor más rápido que este tipo de mierda.

Saqué mi teléfono, hice mi camino hacia arriba a mi despacho. Fue entonces cuando oí una risa gutural. Hizo que girara la cabeza en su dirección y mis pasos vacilaron. Lo primero que vi fue el largo cabello rubio platinado que brillaba bajo las luces de la pista de baile. Reflejaba los colores cambiantes de las luces: rojo, azul, verde, naranja.

¡Jesucristo, ese color de cabello! Incluso desde mi lugar podía ver que era el tono más inusual. Como la nieve recién caída, pero con un toque de calidez. Me dieron ganas de envolver con mis manos aquellas largas y sedosas hebras y comprobar si eran tan suaves como parecían.

Apostaría mi vida a que sí.

Y su cuerpo... tan digno de ser el centro de atención. Y la chica lo sabía. Llevaba un corsé negro con un vestido largo colorido. Azul con grandes flores rosas. Algo que había visto llevar a las mujeres en Colombia: llamativo, colorido y diferente.

¡Y ese cabello! *Madre de Dios*. Podría envolverlo alrededor de mi puño. Dos veces. No me gustaban especialmente las rubias, pero su pelo no se parecía a ninguno que hubiera visto. Tan claro, que casi parecía plateado. Como un hada. Solo le faltaban las malditas alas y cualquiera diría que volaría por los aires de mi nuevo club.

Sonó otra carcajada. No había forma de no ver a la chica. Y sí, tenía que ser joven, quizá de dieciocho años.

La vi sonreírles a sus amigas, sin darse cuenta de que toda la atención masculina estaba puesta en ella. Bueno, en ella y sus amigas, pero joder, era impresionante.

No estaba sola, se reía con otras dos chicas. Las tres se quedaron alrededor del bar, echando un vistazo a la pista de baile que poco a poco se iba llenando. Eran las siete de la noche, así que era demasiado pronto para el ambiente completo de un club nocturno.

—¡Oh, vamos! —exclamó—. Es nuestra primera vez fuera de casa. Sin padres. Sin hermanos. ¡Estamos aquí para festejaaaar!

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Hacía tiempo que no escuchaba tanto entusiasmo.

Las tres se dirigieron juntas hacia el centro de la pista de baile, todos se separaron para ellas y las miraron con hambre en los ojos.

No es que pudiera culparlos. Eran preciosas. Sin embargo, había algo en la rubia que me tenía cautivado. No podía apartar los ojos de su cara. Era joven, y apostaría a que no tenía edad suficiente para estar en mi club. Era para mayores de veintiún años. No había manera que tuviera veintiuno. Apenas aparentaba dieciocho.

Su amiga le susurró algo al oído. Lo que sea que le dijo, la rubia platinada echó la cabeza hacia atrás y se rio. Nunca había oído una risa tan melodiosa como la suya. Del tipo que te hacía querer disfrutar de su felicidad.

Solo deseaba poder ver sus ojos. ¿Resplandecían como diamantes, reflejando su felicidad?

Me acerqué, contemplando cada centímetro de su cuerpo curvilíneo que acentuaba su culo perfecto. Meneaba las caderas al ritmo, girando y retorciéndose, y los hombres la rodeaban.

Una de las chicas señaló hacia el bar y las dos asintieron con la cabeza, mientras que la rubia platinada se limitó a sacudir la suya. Las dos se escabulleron entre la multitud, dejando a su amiga bailando sola.

Cada vez más cerca, me detuve justo detrás de ella. Debió de percibirme, porque me vio por encima de su delgado hombro bronceado. Cuando levantó sus párpados, muy despacio, sentí su mirada como una caricia. No tenía ningún maldito sentido.

Entonces nuestras miradas se conectaron. Sus esferas eran electrizantes. Azules. Hermosas.

Pero no había rastros de la despreocupada felicidad en sus profundidades azul océano. Había secretos en esos ojos. Dolor. Tristeza. Y una sonrisa que lo ocultaba todo.

¿En qué me basaba? En absolutamente nada.

—¿Quieres bailar? —pregunté.

De cerca, parecía incluso más joven de lo que pensé en un principio. Aun más despampanante. Un día, sería una mujer preciosa que robaría la atención de los hombres con solo una sonrisa. En nuestro mundo, eso era peligroso.

Parpadeó y se giró como si pensara que estaba hablando con otra persona. No había otra mujer cerca, así que volvió a centrar su atención en mí.

—¿Conmigo? —Mierda, su voz era suave. Y joven. *Demasiado joven*.

—No veo a otra mujer a tu lado —respondí secamente. Debería llamar a los porteros para que la acompañaran afuera. Sin embargo, le puse la mano en sus caderas y la giré para que me mirara. Algo en la inocencia de sus ojos me llamó la atención.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, eres un poco mayor para bailar conmigo —comentó, pero me rodeó el cuello con sus brazos—. Como *bastante* viejo. —Chica atrevida.

Mis ojos recorrieron su cuerpo por encima del corsé que acentuaba sus pechos. Me invadió un sentimiento de posesividad desconocida.

—Bueno, este es un club para mayores de veintiún años —repliqué secamente.

Manchas rojas estropearon sus mejillas. Una confesión de su minoría de edad.

—Tengo veintiuno.

La chica tampoco mentía muy bien.

—Sí, yo también.

La misma carcajada que antes había captado mi atención sonó en sus labios y la observé, hipnotizado. Su rostro se iluminó y el sonido se filtró en mí.

Sus ojos azules se encontraron con los míos, brillantes como estrellas.

—De acuerdo, entonces los dos tenemos veintiuno —indicó con una sonrisa pícara en sus labios.

Empezamos a movernos al ritmo de la música, sus ojos me estudiaban con cautela. Me pregunté si me reconocía como uno de los hermanos Santos o si simplemente sentía curiosidad.

—¿De dónde eres? —indagué.

—De los Estados Unidos.

Un poco sabelotodo, por lo que veo.

—¿Alguna parte específica?

—Costa Este —respondió vagamente—. ¿Tú?

De acuerdo, resultó que no me reconoció. En cierto modo, me sentí aliviado.

—Nací en Colombia, pero vivo aquí desde que tengo uso de razón —dije.

—Ahhh. —Sus ojos se iluminaron con curiosidad—. ¿Alguna vez has vuelto a Colombia?

Un resoplido de humor me abandonó. De ahí venían la mayoría de mis distribuciones de droga.

—Frecuentemente.

—¿Es bonito? —curioseó casi conteniendo la respiración. Como un pájaro que había estado enjaulado durante demasiado tiempo—. Caño Cristales está en mi lista de deseos. También La Isla Rosario.

Arqueé una ceja.

—Es una lista de cosas que hacer antes de morir poco habitual.

Se rio entre dientes.

—¿Tienes una lista de cosas que hacer antes de morir?

Su voz era tan suave que tuve que agachar la cabeza para captarla.

—Sí.—Se reducía a seguir con vida—. Me gusta más tu lista.

Ladeó la cabeza, estudiándome. Había algo roto debajo de toda esa inocencia. Lo reconocería en cualquier parte. Lo había visto en mi madre. Lo había visto en las mujeres que mi padre y mi hermano quebraban.

Sin embargo, no encajaba con el tipo de mujer que era. Riqueza. Privilegio.

El aire a su alrededor hablaba de una educación sofisticada. Su forma de hablar evidenciaba una excelente formación. Y su forma de comportarse era un claro indicio de una vida mimada.

—De todos los lugares del mundo, ¿por qué despierta tu curiosidad Colombia?

Miró a su alrededor, como si buscara a alguien, y luego se inclinó hacia adelante.

—Mis padres odian a los hispanos —susurró—. Y a los perros —añadió—. Me dan ganas de visitar todos los países de Sudamérica y enviarles una postal. Con un chico guapo en ella. Y adoptar a todos los perros. Excepto que ellos probablemente los matarían.

Era la chica más rara con la que había bailado nunca.

Y la más hermosa.

DOS

SAILOR

La canción terminó demasiado rápido.

Debería volver con mis amigas y Anya. Pero me sentía tan bien bailando con un apuesto desconocido por un rato. Era un riesgo estar cerca de él, teniendo en cuenta que tenía menos de veintiún años y él lo sabía. Si se daba cuenta de que me faltaban pocas semanas para cumplir los dieciocho, probablemente se asustaría aún más.

—Gracias por el baile. —Agradecí con una sonrisa.

No se parecía a ningún otro hombre que hubiera visto antes. En el momento en que nuestros ojos se encontraron, se me cortó la respiración. Era pecaminosamente hermoso. Más alto que cualquier otro hombre por aquí. Cabello oscuro despeinado, un cuerpo diabólicamente guapo vestido con un costoso traje negro. Su piel era de un tono dorado intenso que aumentaba su misterioso carisma. No obstante, fueron sus ojos los que me cautivaron.

Azul. Magnético.

Contra su piel dorada, parecían aún más claros.

—Huyendo, *Reina*. —La forma en que lo dijo mandó vibraciones por mis venas y me dieron ganas de desmayarme. Como en una de esas estúpidas películas románticas.

—Si corro, ¿me perseguirás? —Las palabras me salieron de la boca. Imprudente. Atrevida.

No era yo. Pero quería serlo.

Sus sensuales labios se inclinaron hacia arriba.

—¿Quieres que lo haga?

«Sí. No. Tal vez».

Quería a un príncipe. Un héroe.

—Solo si me salvas —suspiré.

Seguíamos moviéndonos juntos en la pista de baile, ajenos al tempo de la canción que se reproducía. Sonaba *Die For Me* de Post Malone y Halsey.

Dios, quería que un hombre así me salvara. A mí y a mi hermana. Para llevarnos lejos.

Quería ser una mujer fuerte e independiente. Salvar a Anya y a mí misma. Nunca depender de un hombre para nada. Si a papá no le importaba lastimar a sus propios hijos, tampoco lo harían otros hombres. Nuestro padre nos convirtió en sus víctimas. Anya sufrió mucho más; siempre me protegió.

Su cuerpo era todo músculo bajo el traje, y fue entonces cuando lo vi. Una salpicadura roja.

Sangre.

Tenía sangre en la parte superior de su mano. Sus nudillos y manos agrietados estaban marcados con tinta. Las letras en su mano decían *Diablo*.

Mis pasos se detuvieron. Se me heló el corazón. Y mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué pasa, *Reina*? —Su voz era profunda, sus ojos se clavaron en mí—. ¿De quién necesitas que te salve?

El príncipe era el *diablo*.

Necesitaba salir de ahí, y necesitaba hacerlo rápido.

TRES

RAPHAEL

La vi alejarse de mí, llevándose algo que no podía precisar.

Pasaron tres latidos y fui tras ella.

Se dirigió hacia los baños. Avancé por el oscuro pasillo cuando un sonido de dolor me detuvo.

—¡Quítate de encima! —La voz pertenecía a mi reina. A la chica del cabello rubio platinado.

Fue entonces cuando vi a uno de mis porteros, con sus sucias manos agarrando su hermosa melena y su cuerpo inmovilizado contra la pared. Su entrepierna moviéndose contra ella y su mano rozaba su muslo.

—Te voy a joder los dos agujeros, zorra de lujo —dijo lascivamente.

Una neblina roja empañó mi visión, y la furia ardió en mi garganta y en mi pecho.

—¡Quita tus malditas manos de ella! —rugí, con la pistola ya en la mano y un chasquido en el seguro del arma.

Al instante, sus manos se apartaron de su cuerpo como si se hubiera quemado.

La mirada de sus ojos me desgarró el maldito corazón.

Terror. Vulnerabilidad. Fantasmas.

Y fue eso lo que me llevó al límite.

Mi mano rodeó la garganta del desgraciado y apreté. Fuerte.

Volví los ojos hacia ella. La chica que debería estar toda sonriente y a salvo en mi club.

—¿Él...? —Mierda, no podía decir la palabra. No pudo haber pasado tan rápido. ¿No es cierto?—. ¿Qué hizo?

Cuando no contestó, contuve mi rabia. La estaba asustando. Sin dejar de agarrar la garganta de mi portero, solté un suspiro tranquilizador.

—¿Estás bien, *Reina*?

Tragó saliva.

—No me violó —susurró—. Vino y...

Ahora teníamos público. Diego, mi mano derecha, apareció y le hice señas para que se acercara.

—Jefe.

La chica seguía mirándome con sus ojos muy abiertos. No veía al hombre al que estaba estrujando hasta la muerte. Literalmente. Sus ojos estaban fijos en mí, como si necesitara absorber de mi fuerza.

—Acompaña a esta dama de vuelta con sus amigas —ordené—. Sanas y salvas. Cualquiera que las toque responderá directamente ante mí. Luego vuelve para que podamos ocuparnos de

este *cabrón.*

Le tembló el labio inferior. Dios, acababa de conocer a la chica y verla afligida no me gustaba nada. *«No pertenecía a mi mundo»*. El pensamiento me atravesó el pecho de la forma más inesperada. ¿Por qué? No tenía ni una maldita idea. O tal vez sí la tenía.

La deseaba. Por alguna razón, quería a esa chica, para protegerla de todo el mal del mundo. Excepto que, si la arrastraba a mi mundo, estaría expuesta a todo eso.

Diego se acercó a ella.

—Vamos, princesa. —Instó, pero no la tocó.

Respiró hondo y exhaló.

—Gracias.

Un suave susurro y se fue.

En cuanto desapareció, enseñé los dientes con una sonrisa salvaje. Con la mano que me quedaba libre, agarré al tipo del brazo, le di la vuelta y le tapé la boca de un manotazo.

Antes de que nadie me viera, le clavé el cuchillo en la espalda, con cuidado de no darle en el hígado. No quería acabar con él demasiado rápido golpeándole los órganos vitales. Girando el cuchillo, lo hundí aún más y de vez en cuando le rozaba las costillas.

Gritó como un cerdo, gruñendo bajo mi mano. Luego, con un fuerte puñetazo en la nuca, lo dejé inconsciente. Su cuerpo se desplomó y tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no patearle las malditas pelotas.

Por intentar violar a una chica. En *mi* club.

Caine y Diego aparecieron en ese mismo momento. Diego empezó a ladrar órdenes a los otros porteros mientras Caine usaba su cuerpo para bloquear la vista del miserable idiota que tenía adelante.

Una vez despejada la zona, lo arrastramos por el oscuro pasillo hasta una de las salas de tortura que había instalado en el sótano. Cada uno de mis establecimientos tenía uno.

«Maravilloso, de vuelta al sótano», refunfuñé secamente.

Un rastro de sangre se derramó detrás de nosotros mientras arrastrábamos el cuerpo por el pasillo. Todos y cada uno de mis porteros eran robustos, y en este preciso momento, me arrepentía de ello. Era pesado como la mierda, incluso con su peso distribuido entre Caine y yo.

Una vez en el sótano, pasé la palma de mi mano por el escáner de nuestro sistema de seguridad y abrí la puerta de acero insonorizada. Gasté cientos de miles de dólares en transformar el sótano de todos mis edificios en una fortaleza impenetrable.

La primera planta y las superiores estaban diseñadas con lo último en lujo y seguridad, pero la protección de arriba no se comparaba con la que teníamos aquí abajo. Nada podía atravesar la puerta del sótano.

Las paredes insonorizadas ocultarían el sonido de una bomba detonada. Allí llevaba todos mis asuntos: traficantes de personas, pedófilos, asesinos y posibles violadores. Cualquiera que se atreviera a traicionarme.

Si tan solo pudiera arrastrar a mi padre hasta aquí y deshacerme de él también.

Caine y yo empujamos el cuerpo del desgraciado sobre la mesa de acero inoxidable y empezamos a encadenarlo. Sí, era la noche del estreno, y sí, habíamos usado la sala de tortura muchas veces en las últimas semanas.

El cuerpo sobre la mesa se sacudió y la discusión quedó en suspenso.

—No sabía que era tuya. —Ah, el maldito durmiente se despertó—. Vamos, no lo sabía. Hay un montón de otros coños que *yo* puedo usar.

Me rechinaron las muelas.

—¡En mi club no, joder! —bramé.

Este pendejo tendría una muerte extra lenta. La puta muerte más lenta que jamás haya ocurrido desde que Dios creó el planeta tierra.

—¿Por qué no eres una buena zorra y cierras la maldita boca?

Abrió la boca y de sus labios brotaron palabras en español.

—*Me cago en tu madre.*

Oh, este cabrón recibiría un doble golpe.

—Oh, la jodiste. —Sonrió Caine—. Esta sesión de tortura será muy divertida, *pendejo.*

Le di un golpe en la nariz, deleitándome con el crujido del cartílago bajo mi puño. Al menos así obtendría alivio esa noche. La sangre brotó de su nariz rota y se deslizó por su fea cara. Empezó a sacudirse contra las cadenas, como un gusano en un anzuelo.

—Vamos a jugar, ¿de acuerdo?

Su cara de pánico no tenía precio. Finalmente se dio cuenta de la verdad. No sobreviviría a esa situación. Su expresión se llenó de terror.

—¡Por favor, por favor! —Jadeó, con los ojos llenos de lágrimas. No le importaba una mierda que su víctima estuviera aterrorizada. Pero sí pensaba que le daría piedad. Ni en un millón de años.

Así que le di otro puñetazo. Solo por el gusto de hacerlo. Gorgoteó en su sangre e intentó escupirla, saliéndosele también el diente. El imbécil escupía fatal.

Se le había hinchado la nariz y tenía los ojos amoratados. Agarré una herramienta de la mesa y me incliné sobre él para que la viera.

Un destornillador.

Sus párpados se abrieron de par en par, casi a punto de saltarle los globos oculares.

Sonreí cruelmente, saboreando el miedo en sus ojos.

—He oído que te gusta pegarles a tus chicas —espetó Caine con asco—. Forzarlas. Como intentaste con la chica de Diablo.

Su cabeza se sacudió de un lado a otro salvajemente. Jodido mentiroso. Lo atrapé con sus manos encima de ella, tocándola. Solo de pensarlo veía rojo.

Sin demora, le clavé el destornillador en el abdomen y sus gritos llenaron la habitación mientras su cara se teñía de sangre.

—¡Diablo, lo siento! —gritó como una maldita perra, con una vena latiéndole en la frente—. ¡No sabía que era tuya. Lo siento!

En respuesta, saqué lentamente el destornillador de su abdomen para que pudiera sentir cada movimiento. Empezó a toser, la sangre le chorreaba por un lado de la boca. Era un maldito desastre.

Luego volví a clavarle el destornillador directamente en su abdomen.

—Esto es por todas las mujeres a las que les has hecho daño —siseé en voz baja—. Y especialmente por la que tocaste allá arriba. Porque ella es la reina y tú eres la puta mierda bajo sus pies.

Para mi consternación. El imbécil solo duró diez minutos.

Maldito cobarde.

Había cometido muchos asesinatos a sangre fría. Y lo había hecho por varias razones. Por violar a un niño, matar o destruir la vida de un inocente.

Sin embargo, nunca había matado a alguien por celos.

Sí, el portero de mierda asustó a mi reina, pero sería un mentiroso si no admitiera que me carcomió que la tocara. La *tocó*, demonios. Manchó su piel blanca como la nieve con sus sucios dedos.

Necesité todo mi control para no ir tras ella y arrastrar a la hermosa joven a casa conmigo.

Fue mi culpa. Sabía que darle una oportunidad a ese desgraciado era una mala jugada. Era la última vez que dejaba que mi padre me convenciera de algo. Ese tipo era un maldito psicópata. Uno de verdad. Le gustaba follar duro y golpear aún más duro.

La rabia hirvió a fuego lento en mi interior y me calentó la sangre. El tipo merecía morir.

Una vez limpio, subí a mi despacho. A medida que me acercaba a mi oficina, pude oír gemidos suaves. Debería haber sido mi pista, pero estaba tan molesto que no lo registré en mi cerebro. En vez de eso, me crují el cuello para liberar algo de tensión mientras me acercaba a mi oficina.

Entré y encontré la mano de mi padre alrededor del cuello de una joven, siseando algo en voz baja.

—¡Jesucristo! —Hoy no estaba de humor para eso. ¿Todos los malditos depredadores decidieron aparecer en la noche de apertura de mi nuevo club? Me acerqué a ellos—. Suéltala —siseé.

No me importaba tener que asesinar a otro hombre el día de hoy.

Fuera mi *padre* o no.

CUATRO

SAILOR

Un momento.

Solo un momento de no prestar atención a mis alrededores y el tipo me agarró, empujándome contra la pared. Me temblaban las manos, con la adrenalina y el miedo todavía en mis venas. Inhalé profundamente y luego exhalé, repetidas veces.

Estúpida. Fui tan *estúpida*. ¿Cuántas veces me había dicho Anya que estuviera siempre alerta? Que nunca bajara la guardia en público. O incluso en casa. A menos que estuviéramos solas.

Otra inhalación profunda. *Exhala.*

Para cuando me reuní con mis amigas en el bar con el hombre siguiéndome, mi pulso se había estabilizado. Aunque a cada paso que me acercaba a ellas, me preocupaba si nos había metido en problemas.

Me tomé un momento para observar la zona. Unas elegantes cabinas de terciopelo negro rodeaban el espacio, del que colgaban candelabros de cristal negro.

Las chicas estaban de pie frente al camarero sorbiendo bebidas como si hubiéramos hecho eso un millón de veces. No lo habíamos hecho. Era nuestra primera vez en un club. No era nuestra primera vez bebiendo. Bebimos mucho durante esa escapada. Nuestra primera vez fuera de casa. Solas.

Miré detrás de mí, casi esperando volver a ver al desconocido. No estaba allí. Era extremadamente guapo. *Peligrosamente*. Sería imposible olvidar su cara. Ojos cautivadores. Cabello negro azabache. Tenía la perfecta sombra de barba de un día, y sus pómulos eran tan afilados que cuando mis dedos rodearon su nuca, no pude resistirme a rozar con ellos el suave cabello de su nuca.

Excepto que era el diablo. El tatuaje de su mano no podía ser más claro. *Diablo*. Y me salvó. Entró y me salvó.

Pero ahora tenía que explicarles a mis amigas que teníamos que salir del club. Mis ojos las recorrieron y tan rápido como *Diablo* entró en mi mente, también se fue cuando noté que faltaba Anya.

—¿Dónde está Anya? —pregunté, alarmada. Como si hubiera previsto mi regreso, mi hermana mayor se dirigió hacia nosotras y corrí hacia ella—. ¿Dónde estabas?

La sonrisa que había llegado a conocer, la que lo ocultaba todo, su dolor, sus secretos y sus fantasmas, jugueteaba alrededor de sus labios. Lo odiaba. Deseaba hacer las maletas y dejarlo todo atrás. Mamá, papá, *su jodido mundo*, todo.

Bueno, Aurora y Willow no. Las echaría mucho de menos. No obstante, por mi hermana, lo haría. Haría cualquier cosa por Anya. Ella me había protegido durante demasiado tiempo.

Años ocultando los secretos familiares. Las mentiras se habían vuelto demasiado naturales. Ya no estaba segura de quiénes éramos. La despreocupación no había estado en nuestro vocabulario desde que tenía cinco años. La nube negra me había perseguido desde entonces sabiendo que algo estaba mal. Solo que no supe lo que era hasta que tuve edad suficiente para entenderlo.

—Me invitaron a una fiesta —anunció Anya.

Arrugué las cejas.

—¿En un baño?

La mirada que me dirigió estaba vacía de toda emoción. Era esa misma que se produjo después de que la hirieran. Después de que mi padre la hiriera. Aunque *él* no estaba aquí. ¿Verdad? Mis ojos recorrieron la abarrotada habitación. Ni una sola cara familiar a la vista.

—Es una fiesta importante —comentó con voz monótona. Odiaba cuando se ponía así. Rota. Herida. Destrozada.

—¿Tiene piscina? —inquirió Aurora.

Anya se encogió de hombros.

—Todas las casas tienen piscina en esta zona —razonó Willow—. Podríamos bañarnos desnudas.

La música retumbaba en el espacio, ahogando algunos de mis pensamientos. Pero no mi preocupación. Mi sexto sentido me advertía que algo no estaba bien. Excepto que la razón principal de todos nuestros problemas estaba a millas de distancia.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó Willow con curiosidad.

—A dos cuadras —comunicó Anya.

—¡Vamos! —exclamó Willow, dando saltitos—. Este lugar es aburrido de todos modos.

Volví a mirar a mi alrededor. Quería darle las gracias al desconocido por salvarme. Quería asegurarme de que estaba bien.

—Me apunto —dijo Aurora.

Resultó que el diablo tenía muchas caras.

Cuando llegamos a una antigua casa colonial, estaba claro que no había fiesta. Las alarmas sonaron en mi cabeza.

—No sé... —Empecé, pero me interrumpieron de inmediato.

—Vamos a entrar —me cortó Anya, con esa mirada obstinada. Levantó la mano y golpeó la gran puerta de entrada—. ¡Hola! —vociferó—. ¡Nos invitaron!

Willow se asomó a través de las columnas de mármol que rodeaban la casa.

—¡Tiene una piscina! —exclamó victoriosa.

—No tenemos trajes de baño —protesté débilmente.

Tanto Aurora como Willow empezaron a desnudarse.

—Usaremos nuestra ropa interior como traje de baño —razonó Aurora.

Habíamos estado haciendo cosas estúpidas últimamente. Imprudencias. Era divertido, pero en el fondo de mi mente, seguía preocupándome por las consecuencias.

—Deberíamos volver al hotel —insistí—. Todas nosotras, Anya. —Las tres no me prestaron atención mientras se deshacían de sus ropas y trepaban por la barda de piedra—. Mala idea —

murmuré, mirando a nuestro alrededor y, con un suspiro, las seguí. Estaban más borrachas que yo, así que necesitarían a alguien que las cuidara.

Me dejé la ropa puesta, pero mi largo vestido dificultaba escalar. Levanté el vestido, me lo puse alrededor de la cintura y pasé la pierna por encima de la barda, seguida de la otra. Cuando estuve dentro, Willow y Aurora ya se estaban bañando desnudas.

Anya estaba de pie al borde de la piscina. Crucé el césped con pasos rápidos y me detuve junto a mi hermana.

—Es una mala idea —musité en voz baja.

—Tenemos una invitación.

—Entonces, ¿por qué saltamos la valla? —Levantó el hombro, negándose a mirarme a los ojos—. Anya, por favor, háblame —susurré.

Algo estaba mal. Podía verlo en su cara. Podía sentirlo en cada una de sus respiraciones.

—Todo está genial. —Esa voz sin vida que tanto odiaba—. Es una casa bonita, ¿no?

Contemplando la mansión, tuve que darle la razón. Pero habíamos visto muchas otras mansiones como esa. El lugar me recordó a una residencia georgiana del sur. Algo así como una casa de la película *Gone with the Wind*. Tenía el mismo tipo de grandeza romántica.

—Claro —acepté a regañadientes—. ¿Podemos irnos ya? Agarra a Willow y yo a Aurora, luego volveremos al hotel.

No contestó, sus ojos se clavaron en un punto oscuro de la esquina del patio. Seguí su mirada, aunque no pude ver nada.

—Anya, me estás asustando —declaré. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Había tanta tristeza y dolor en ellos que me dolió el alma—. Podríamos huir las dos juntas. Escondernos hasta que cumpla dieciocho años. Y entonces papá y mamá no tendrían derechos sobre nosotras.

Una risa amarga, suave y triste, se deslizó por sus labios.

—Siempre nos encontrará, Sail.

Tomé su mano entre las mías y apreté.

—No si cambiamos de aspecto. Iremos a Sudamérica o algo así. Nos esconderemos. Por el resto de nuestras vidas si tenemos que hacerlo. Al menos estaremos a salvo y felices. Solo nosotras dos.

Nuestras miradas se cruzaron y vi un atisbo de esperanza en la suya. La misma que sentía en mi alma.

Abrió la boca, pero entonces se encendieron las luces del patio. Los hombres empezaron a gritar. Los perros empezaron a ladrar.

La luz de la esperanza se apagó en ella.

—Es demasiado tarde —musitó.

CINCO

SAILOR

Apreté los ojos, esperando que todo fuera un mal sueño. Como tantos otros que había tenido en el pasado.

Sin embargo, no fue así.

Después de que se encendieron las luces, unos guardias armados nos hicieron entrar. A Anya la separaron de nuestro grupo, mientras que a nosotras nos encerraron en una habitación improvisada con barrotes.

Nunca había estado en la cárcel, pero algo me decía que tenía una configuración similar.

Anya gritó cuando el hombre viejo le dio una bofetada. Willow y Aurora gimieron, con lágrimas cayendo por sus rostros. Le siguió otra bofetada.

—¡Por favor! —grité—. ¡Detente! —Ya no podía quedarme callada. Alguien tenía que salvar a Anya. Tenía que ser yo. No había nadie más.

—Cállate o te sacaré de ahí —amenazó el tipo—. Dos por uno. Después de todo, me lo merezco después de que él me jodiera.

No entendí su referencia. No fue hasta mucho, mucho más tarde, que reflexioné sobre esas palabras.

Hice sacudir los barrotes.

—¡Déjala en paz, maldito bastardo! —exclamé. Un sudor frío me recorrió la espalda, los nudillos se me pusieron blancos mientras agarraba los barrotes como si la vida de Anya dependiera de ello.

El desgraciado nos encerró como si fuéramos perros.

—Por cada maldita palabra —amenazó antes de volver a abofetear a mi hermana—, ella lo pagará.

Anya gimoteó, con la cara manchada de lágrimas. Me paralicé al instante y se me heló la sangre en mis venas.

Mi hermana tenía el labio partido e hinchado y le corría sangre por la barbilla. Tenía un ojo morado. Y mi maldito corazón dolía como nunca antes. Era como esa maldita cama chirriante de nuevo.

Un sollozo escapó de sus labios y le gruñó que se callara antes de volver a lo suyo. Sus gemidos se calmaron, su mirada se tornó vacía y juré que había muerto delante de mí. Vi cómo la vida la abandonaba delante de mis ojos mientras él seguía penetrándola.

La bilis me subió a la garganta. No quería ver, pero no podía apartar la mirada. La estaba violando.

«Por favor, por favor, Dios», recé en mi mente. *«Haré lo que sea. Te daré cualquier cosa.*

Por favor, solo termina con esto».

Tenía el sabor de vómito en mi lengua. Sabía a alcohol, a lágrimas y a un destino maldito que le había puesto encima. El asco y la repugnancia me invadieron. El viejo seguía empujando mientras la sujetaba frente a él. Sus piernas la aprisionaban mientras con una mano le sujetaba las muñecas. No paraba, sus gruñidos llenaban el aire y se mezclaban con nuestros gemidos.

Aurora vino por detrás y me rodeó con sus brazos, con la cabeza hundida en mi espalda.

—No mires, Sail —susurró—. Dejará una marca. Dañará tu alma.

Ya era demasiado tarde. Ya estaba dañada desde la primera vez que me salvó. El odio y la rabia se deslizaban por mi sangre, creciendo hasta asfixiarme. Lo odiaba. Odiaba a mi padre. Los odiaba a todos.

Anya dejó de luchar. *Él* la dominó. Finalmente la quebró, y fui testigo de todo. Su agonía era desgarradora. Mi mano temblaba y mis dedos se flexionaban imaginando un cuchillo en mi mano. Para poder clavarlo en el corazón de ese hombre. Para poder apuñalar a mi propio padre.

Otro suave gemido se escapó cuando él volvió a ordenarle que se callara. Empujó más fuerte, más profundo. Siguió haciéndolo, mientras cada fibra de mi ser quería explotar.

Quería gritar. Quería rabiar. Quería enloquecer. Y estaba lista, hasta que los ojos de Anya se encontraron con los míos.

La orden estaba clara en sus ojos. *Permanece invisible.*

SEIS

SAILOR

Presente

—Grita. —Aprendí a odiar esa voz. La de mi padre—. Llora por mí, mi putita. —El susurro frío y cruel invadió mi sueño. La voz del hombre de familia.

Una cama chirriante. Dedos enroscados en el borde del colchón, agarrándolo con fuerza. Dedos feos. Dedos arrugados. Uno de esos dedos sostenía el anillo con el escudo de la familia McHale.

Un grito burbujeó en mi garganta, pero Anya dijo que me mantuviera callada.

Así que me mordí la mano. Con fuerza. Sentí el dolor mientras los ruidos me revolvían el estómago. Odiaba aquella maldita cama. Lágrimas calientes y saladas goteaban por mi barbilla.

—¡Grita, maldita sea!

Las palabras bramaron a través de la negrura que amenazaba con tragarme entera.

Me desperté sobresaltada, con las sábanas pegadas a mi piel sudorosa y la respiración agitada. La luz de la noche proyectaba sombras en las paredes, tan oscuras y perversas como los fantasmas que amenazaban mis sueños. Aun así, no podía soportar dormir en la oscuridad.

La temía. Me aterrorizaba.

Era la razón por la que constantemente me encontraba en la habitación de Anya. Temía a la oscuridad. Ella estaba acostumbrada. Incluso la prefería. *Yo* siempre lloraba, ella casi nunca. Solo encontraba el sueño cuando podía oír su respiración. Cuando estábamos las dos juntas, en la misma habitación.

Porque tenía miedo del monstruo que acechaba en la oscuridad. El que hirió a Anya.

Con un temblor en mis dedos, me aparté de la cara un mechón húmedo de sudor. El temblor que comenzó en mis dedos se extendió bajo mi piel, zumbando más fuerte que nunca.

Quizás intuía que se avecinaba una tormenta. Se había estado gestando desde que Aurora me contó que se había encontrado con *Raphael Santos*. O tal vez había empezado con mi investigación sobre el Cártel Tijuana y las mujeres con las que traficaban hacia el Port of Washington.

En cualquier caso, sabía que la inminente investigación sobre el Cártel Tijuana y el tráfico de seres humanos traería problemas a mi puerta. Y aun así lo hice.

Por Anya. Por cualquier mujer que se encontrara víctima de hombres crueles como mi padre y Lombardo Santos. El viejo que creía que era el padre de Gabriel.

Creía era la palabra clave.

Dios, no sabía qué era peor. Que Gabriel fuera el hijo de mi padre o el hijo de Lombardo Santos. Aurora se encontró con Raphael Santos en New Orleans. Dijo que Gabriel se parecía a él, y no me opuse. Francamente, me sentí aliviada, excepto que, si la familia Santos se enteraba de la existencia de Gabriel, temía lo que pudieran hacer.

El viejo estaba muerto, pero el hijo que se hizo cargo no. Toda mi investigación mostró que Raphael Santos no manejaba los negocios como su padre. Sí, era un criminal, aunque parecía atenerse a algún tipo de código.

Al menos eso parecía. Ojalá hubiera sido capaz de localizar una sola foto suya. No había nada en la *web*. El hombre se movía como un fantasma en la oscuridad.

«O tal vez como el diablo», me reí para mis adentros.

Diablo.

Una sensación de cosquilleo se reproducía en el fondo de mi mente al oír esa palabra. Un recuerdo lejano. No obstante, antes de que pudiera concentrarme en él, se disipó.

Sacudí la cabeza. No hacía falta estresarse por tonterías inexistentes. Ya me preocuparía de la familia Santos y de la paternidad de Gabriel si llegaba el caso. Pero había una cosa que sabía con certeza. No ventilaría nuestros trapos sucios.

Nadie sabía del abuso de papá. *Nadie.* Y lo mantendría así para que cuando Gabriel supiera de su madre biológica, no hubiera nada que manchara su memoria.

Así que por muy jodido que fuera, después de lo que habíamos presenciado en Miami aquella noche ocho años atrás y el momento del embarazo de Anya, nunca había puesto en duda el hecho de que el bebé de mi hermana fuera efectivamente el resultado de aquella horrible madrugada. La verdad era que Anya no lo sabía. Confesó, justo antes de entrar en labor de parto, que nuestro padre continuó violándola mucho después de que me hiciera creer que había dejado de hacerlo.

Mis uñas se clavaron en las palmas de mis manos y agradecí el dolor. No era nada comparado con lo que había sufrido mi hermana.

—No pienses en eso —dije roncamente en la oscuridad de la noche, con la voz temblorosa. Gabriel era mi hijo. De nadie más, solo *mío*. Era inocente en todo esto, y mataría antes de permitir que alguien destruyera su inocencia.

Recuperando el aliento, intenté calmar los latidos desenfrenados de mi corazón mientras miraba el techo de mi dormitorio. Odiaba los sueños. Odiaba los secretos. Sobre todo, odiaba las pesadillas. Siempre aparecían. Mis mejores amigas, Aurora y Willow, pensaban que eran provocadas por aquella noche de nuestras vacaciones de primavera en Miami.

No lo era.

Mis pesadillas empezaron hacía mucho tiempo. Antes de conocer a mis mejores amigas. Incluso antes de aprender a escribir.

El abuso emocional y mental de mi padre era malo. Se burlaba. Nos asustaba a propósito. Me salvé de su repugnante abuso físico. Mi hermana no. La llamaba *su putita* y mi madre se lo permitía. La abofeteaba y la pateaba. Mamá se lo permitía. Cuando estaba particularmente agitado o enojado, también me pateaba. Aunque nunca tanto como a Anya. La odiaba más, así que yo amaba a mi hermana aún más.

Porque era la que más me necesitaba.

No había visto a mis padres desde que nació Gabriel, mi hijo. En realidad, era mi sobrino, el hijo de mi hermana. Con su muerte, lo adopté como mío y cumpliría a toda costa la promesa que

le hice a ella.

Gabriel era mío. *Mi hijo*. Mi familia. Mi todo. Y lo protegería con mi vida.

Se me helaba la sangre cada vez que pensaba en ello. El dolor de Anya. Su vergüenza. Su miedo que finalmente murió con su último aliento. Su vida fue una pesadilla. Pero finalmente encontró la paz. La que no pude darle.

El secreto me oprimía la garganta, amenazando con asfixiarme. Nadie lo sabía. Nadie, maldición, y de alguna manera, después de todos estos años, el secreto se hizo más grande que la vida. Hasta que no tuve forma de salir de un oscuro agujero.

La vergüenza y el asco me invadían. Era un profundo hoyo del que no sabía cómo salir. Me tragué el gran nudo que tenía en la garganta. Odiaba pensar o soñar con ello. Era como revivirlo una y otra vez. Como fantasmas que se negaban a descansar.

Tenía que ver a mi hijo, para asegurarme de que estaba a salvo. Gabriel dormía en la habitación contigua a la mía, así que me levanté de la cama y guardé silencio mientras me dirigía a su cuarto. Mis pies se deslizaban sobre la madera, lo fresco del suelo me tranquilizaba.

No me preocupaba encontrarme con nadie. Aurora aún no había vuelto, estaba cerrando su caso en New Orleans. Lo resolvió, pero seguía luchando con el resultado de sus revelaciones. Sus hermanos se asegurarían de que saliera victoriosa. Willow trabajaba en una nueva producción en California, dejándonos a Gabriel y a mí solos en el *penthouse* de los Ashford en el que habíamos vivido desde que el niño nació.

Abrí la puerta y me escabullí en el dormitorio oscuro, con cuidado de no pisar los juguetes. A diferencia de mí, a Gabriel no le daba miedo dormir a oscuras. La mano me temblaba como una hoja mientras apartaba los rizos oscuros de la cara de mi hijo y las lágrimas me escocían los ojos.

Dios, era malo cuando tenías la esperanza de que fuera realmente el hijo del viejo Santos y no el de tu padre. Aún recordaba el aspecto de Lombardo Santos y diría que Gabriel se parecía más a él que a mi padre, así que tal vez había esperanza. Solté un fuerte suspiro.

¿Por qué no dije nada? Pensé que todo había terminado, pero estaba tan equivocada. Era una ilusión. Anya había seguido ocultando la fealdad detrás de sus sonrisas despreocupadas y sus decisiones imprudentes. Todo estaba ahí, tan claro como el agua, y no me di cuenta.

Sin embargo, la culpa se abría paso en mi alma y se negaba a soltarme.

Le fallé a Anya; me negaba a fallarle a Gabriel también.

SIETE

RAPHAEL

Mi teléfono emitió un pitido.

Un mensaje de Alexei. Rara vez hablaba con él y ahora dos veces en el mismo día intercambiamos mensajes. Temprano, me pidió ayuda para localizar a un tipo, Igor, que se atrevió a joderlo y a su agente del FBI. Casualmente, el imbécil tenía una propiedad en Florida y estaba encantado de ayudarle.

Me pregunté si tal vez necesitaba ayuda con la limpieza, porque no me cabía duda de que Alexei había matado al hombre. Probablemente lo cortó en pedazos mientras aún estaba vivo para poder oír sus gritos. Había algo desquiciado en Alexei, aunque confiaba en él con mi vida. Era de los que nunca rompía su palabra, a pesar de que compartíamos un vínculo no sanguíneo a través de Isabella Nikolaev, nuestra media hermana en común. Los dos compartían madre, mientras que ella y yo compartíamos padre.

Deslicé el mensaje para abrirlo y las palabras que me devolvían la mirada me provocaron una oleada de conmoción.

Alexei: Investiga a Anya y a Sailor McHale. Una de ellas tuvo un hijo. Es tu medio hermano.

El mensaje era críptico. Demasiado para mi gusto.

Le respondí:

Yo: ¿Qué quieres decir con una de ellas?

Y en serio, ¿otro medio hermano? ¡Qué. Demonios!

Las burbujas aparecieron al instante.

Alexei: Lastimó a Anya. El certificado de nacimiento muestra a Sailor McHale como la madre.

Maldición, tan claro como el lodo. No esperaba más del hombre que apenas hablaba.

Miré el reloj y me fijé en la hora. Eran casi las diez de la noche. La brisa que entraba por la puerta abierta del balcón atrapaba las cortinas de tela de algodón blanco, abriendo la vista al gran océano. Me senté en el escritorio de mi dormitorio, disfrutando de la vista.

Me encantaba la isla. La compré antes de que mataran a mi hermano mayor, antes de hacerme cargo del Cártel Santos. Solo los más cercanos a mí conocían la ubicación. Había

muchos hombres que me querían muerto antes de que me hiciera cargo del negocio familiar. Y aún más desde entonces. Tanto mi padre como mi hermano eran muy buenos haciendo enemigos.

Incluso después de hacerme cargo del imperio Santos, mantuve los negocios y los hombres del cártel separados de mis propios hombres. Dirigí los negocios de la organización desde Miami. Todo lo demás desde aquí.

Llamé a mi mano derecha, Caine.

—¿No duermes, Santos? —refunfuñó.

—A diferencia de ti, no comparto los hábitos de los niños a la hora de dormir.

—¡Vete a la mierda, idiota!

Me reí entre dientes.

—Tú primero.

—De acuerdo, ¿qué quieres?

—Necesito que busques información sobre Anya y Sailor McHale.

—¿Quién? —Podía oír la sorpresa en su voz.

—La familia McHale es muy antigua y prominente en política. Están tan establecidos como los Kennedy y se rumora que con el tiempo atarán su poder a través de una alianza matrimonial. Debes haber escuchado hablar de ellos.

—¿Y por qué demonios me importa? —Sí, a mí tampoco me habría importado si no hubiera recibido información de Alexei—. Odio la maldita política.

Tampoco era muy aficionado, pero a una temprana edad entendí que las conexiones eran cruciales. Así que aprendí pronto a saber todo sobre todos los que importaban. Y los McHale eran valiosos.

—El rumor es que mi padre tuvo algo con una de las chicas McHale —expliqué—. Necesito saber si el más joven de los McHale es mi medio hermano.

Siguió una retahíla de maldiciones.

—Dios, tu padre realmente nunca aprendió cómo envolverlo.

Acertó. No me sorprendería que otro medio hermano apareciera de la nada.

—Necesito la información mañana.

Terminé la llamada, me volví hacia mi *laptop* y la encendí. En cuanto apareció Google, tecleé los nombres de las hijas McHale.

Anya y Sailor McHale. Una fallecida. La otra trabajaba como reportera establecida. Mientras que apenas había información sobre Anya, había mucha sobre Sailor. Un hijo, Gabriel McHale. Sailor era la novia del mundo político. Los medios predijeron que se casaría con el prometedor senador Aaron Kennedy, con quien había estado saliendo durante años.

Sin embargo, no era eso lo más intrigante de la mujer.

Era su artículo recientemente publicado, lleno de desprecio por cualquier criminal. Y su objetivo era el Cártel Tijuana.

Mientras leía sus artículos, podía oír la voz de su desprecio. Cada palabra escrita estaba impregnada de hostilidad hacia el jefe del cártel y no dudaba en mencionar a otros que estaban en ese mundo. A menudo sacaba a la luz conexiones entre nuestro mundo y políticos corruptos.

Estaba claro que iba por alguien. *«Más de una persona»*, pensé irónicamente.

Curioso por la mujer de lengua afilada al escribir, hice clic en el perfil de la reportera. La foto se abrió y un fuego se encendió en mi pecho, y luego se convirtió en un infierno.

La mujer rubia con el cabello de nieve recién caída me devolvía la mirada.

OCHO

SAILOR

Me limpié las palmas sudorosas en los pantalones, con los dedos temblorosos de anticipación. Eran casi las once de la noche, la humedad seguía siendo densa en el aire y la oscuridad no daba tregua.

La hilera de almacenes bordeaba la zona portuaria, la oscuridad les proporcionaba privacidad para hacer cosas que nunca deberían hacerse. Maldición, no los dejaría salirse con la suya. Tenía fotos de Santiago Tijuana reunido con algunas figuras políticas prominentes de D.C. Cargamentos internacionales que nunca se registraron en el puerto ni en la aduana. Había enviado mis hallazgos a la policía de D.C. No hicieron nada al respecto. Dijeron que no había pruebas para una orden de arresto. No importaba que hubiera barcos ilegales atracando aquí cada semana y mujeres maltratadas siendo sacadas de ellos.

Sí, claro. Eso no era una prueba, solo un producto de mi imaginación.

Así que tomé cartas en el asunto. Seis meses de investigación. Seis meses aprendiendo todo lo que había sobre el Cártel Tijuana. Determinación y redención era mi incentivo. No pude salvar a Anya, pero salvaría a todas las demás mujeres.

Del Cártel. De mi padre. Porque ese bastardo estaba trabajando con el Cártel Tijuana. Solo necesitaba pruebas.

Seis meses de investigación para saber cuánto lo necesitaba. La represalia. La venganza. La determinación de acabar con mi padre y sus socios me hizo seguir adelante sin pensar en las consecuencias. El hedor a pescado podrido y a bahía se adentró hondo en mis pulmones, el olor encajaba perfectamente en ese escenario. Me bajé más la gorra de béisbol por la frente, preocupada por si un atisbo de mi cabello rubio me delataba. Esa era la razón por la que vestía toda de negro.

Un destello de luz atravesó la oscuridad y mis ojos se clavaron en su dirección. Cinco hombres salieron, cada uno arrastrando a dos mujeres por el pelo. Mis manos se aferraron a la cámara que colgaba de mi cuello, deseando tener un arma. No era la mejor tiradora, pero era decente. Al menos eso decían los hermanos Ashford.

Gemidos y gritos recorrieron el aire húmedo y pesado. El corazón me latía desbocado, amenazando con romperme las costillas. Di un paso atrás y me hundí más en mi lugar, agradecida por la barrera y la oscuridad, y levanté la cámara. Ajusté el objetivo, dejando ver los rostros de los hombres. Y las caras de las mujeres aterrorizadas.

El dolor en sus ojos era evidente incluso a través del lente. No podía ni imaginar el horror por el que habían pasado. Pulsé el botón y empezó a sonar el clic de la cámara.

Clic. Clic. Clic.

Una de las mujeres estaba tan magullada que tenía el ojo hinchado. Sin embargo, seguía luchando como una gata salvaje. Se zafó del brazo del tipo y echó a correr. Me puse en pie de un salto, dispuesta a ayudarla, cuando una gran mano me tiró hacia atrás.

Bang. Bang. Bang.

Mis ojos se abrieron de par en par, oscilando entre el hombre que me agarraba y la mujer que yacía inerte a seis metros de mí. Abrí mis labios, dispuesta a empezar a gritar, cuando la mano tapó mi boca.

Con todas mis fuerzas, intenté darle un codazo en su estómago, no obstante, lo bloqueó. Luego fui a clavarle el talón del pie en su espinilla.

—No voy a hacerte daño —siseó mientras le mordía la mano—. He venido a matar a esos malditos traficantes. El Cártel Tijuana ha estado causando estragos en mi territorio.

Me quedé quieta.

Mis ojos se clavaron en el perfil cubierto por las sombras de la oscuridad. Vi su rostro y nuestras miradas conectaron. Gris. Fría. Fue entonces cuando comprendí el significado de sus palabras. Dijo *mi* territorio. Era Nico Morrelli.

Jesucristo. ¿Me acababa de meter en un montón de mierda?

Aquel hombre apestaba a dominio y control. Sus ojos, como nubes de tormenta, estaban cubiertos por pestañas oscuras y espesas, y sus profundidades grises se encontraban llenas de secretos.

—Voy a quitarte la mano, pero no gritarás —exigió en voz baja—. ¿Entendido?

Tragué saliva y asentí con la cabeza. Y todo el tiempo, mi respiración y los latidos de mi corazón tronaban erráticamente. Tenía miedo. Era la chica que se asustaba hasta de su propia sombra. Anya pasó por un infierno y siempre fue más valiente que yo.

Retiró lentamente la mano de mis labios, sin apartar sus ojos de mí. Como si previera que hiciera algo estúpido.

—Muy bien —elogió—. Ahora, salvemos a esas mujeres y matemos a esos hombres.

—No. —La palabra salió de mis labios antes de pensarlo mejor. Mandar al jefe de la mafia de Maryland no era inteligente.

Arqueó una ceja.

—¿No?

Inspiré profundamente. No podía creer que me estuviera enfrentando al maldito jefe de la mafia. Sería estúpido no saber quién o qué era Nico Morrelli.

—Sacaremos a las mujeres —dije con la confianza que no sentía exactamente—. Consigo las pruebas para que podamos poner al Cártel Tijuana tras las rejas. Están trabajando con alguien en D.C., y los necesito para que revelen esa conexión.

—Interesante —murmuró. Realmente consideró mis palabras—. ¿Sabes quién?

Tengo una buena idea.

—No estoy segura —respondí finalmente.

No me creyó, pero asintió.

—Toma fotos. Luego mis hombres y yo sacaremos a las mujeres.

Así que lo hice. Tomé fotos de todas las caras del Cártel Tijuana. Junto con Santiago Tijuana, el jefe de la organización.

—De acuerdo, ahora déjame tener esta cámara —demandó Nico Morrelli. Lo miré con desconfianza—. No te preocupes, te la devolveré y estarán todas las fotos. No quiero que saques pruebas contra mí y mis hombres.

Me aclaré la garganta. Me había pasado por la cabeza, aunque no lo admitiría. Valoraba

demasiado mi vida. Esperaba que no pudiera ver la verdad en mis ojos. Los nervios me aceleraron el pulso, el hambre de venganza me carcomía. A veces tenías que pactar con el diablo para que las cosas sucedieran.

Que así sea.

Le entregué mi cámara.

—Quédate aquí. Una vez que tengamos a todos los hombres asegurados, me vendría bien tu ayuda con las mujeres. Tengo un refugio donde estarán seguras.

—De acuerdo. —Respiré, poco familiarizada con hombres despiadados como este. No obstante, en realidad no tenía elección. Vine sola.

No iba a perder la oportunidad de liberar a esas mujeres, así que opté por confiar en ese hombre. Aunque solo fuera una vez. La guerra de esa noche no era con Nico Morrelli. Era con Santiago Tijuana y mi padre.

Los siguientes veinte minutos fueron un torbellino. Nico y sus hombres se movían con una eficacia y familiaridad que nunca había tenido en ese tipo de situaciones. Me hizo darme cuenta de lo estúpida que fui al pensar que venir aquí sola era inteligente.

Observé cómo Nico y sus hombres se movían en la oscuridad, intenté leer su lenguaje corporal, preocupada por si nos traicionarían a mí y a las mujeres. Algunos iban vestidos para el combate, mientras que otros llevaban trajes de tres piezas. Y aun así luchaban con eficacia.

Cuando terminó la pelea y los disparos, me levanté de mi sitio y corrí por el oscuro estacionamiento. En cuanto me acerqué a Nico Morrelli, mis pasos se detuvieron de inmediato. Un hombre corpulento vestido de traje me cerró el paso.

—Disculpa. —Intenté esquivarlo solo para que contrarrestara mi movimiento. Obstruyó mi acceso a Nico—. Quítate de mi camino.

Unos duros ojos azules se encontraron con los míos y los labios del hombre se afinaron con desagrado.

—No lo creo.

—¡El maldito Tijuana se escapó! —Escuché gritar a uno de los hombres.

—No importa —replicó Nico—. Tengo el lugar rodeado. Alguien lo agarrará, y luego lo dejaremos en la estación de policía, junto con algunas pruebas contundentes.

Sonreí. Que apareciera Nico Morrelli era algo bueno. Molesta por el hecho de que el enorme hombre siguiera obstruyendo mi camino, lo fulminé con la mirada.

—¡He dicho que permiso! —siseé.

—Déjala pasar —ordenó Nico—. Después de todo, será la que ponga a Santiago Tijuana tras las rejas. Fue quien activó la alarma y nos trajo aquí para liberar a las mujeres.

Bueno, maldición. Tal vez uno o dos mafiosos en el mundo podrían ser hombres decentes después de todo.

NUEVE

RAPHAEL



Tamborileé los dedos en el volante sin dejar de mirar a la joven reportera. Estaba haciendo su trotar diario de ocho kilómetros. ¡Esa maldita melena blanca como la nieve! Se la había recogido en una larga y suave coleta que se agitaba de un lado al otro con cada paso.

Tenía un cuerpo precioso. De los que hacían que los transeúntes la miraran dos veces. Sí, ese cabello era inusual, pero era mucho más que eso.

La forma en que su alma resplandecía a través de esos impresionantes ojos azules, me atraía. Como la primera vez que nos vimos. Y como el verdadero diablo, quería robarle el alma y quedármela para siempre.

Llevaba días acechándola desde lejos. Estuve tentado de acercármele, de hablarle cara a cara. Sin embargo, no era el momento. Todavía no.

Además, los federales la tenían vigilada. Tenía agentes siguiéndola desde que sus fotografías entraron como prueba contra el Cártel Tijuana y la redada sobre las mujeres que introdujeron clandestinamente en el territorio de Nico.

Mis ojos recorrieron su cuerpo bañado en sudor y la ropa deportiva que la abrazaba como una segunda piel. Era preciosa. Desde su espesa coleta hasta sus piernas delgadas y tonificadas. Todas las mañanas recorría el mismo camino por las calles de D.C., sus pasos alimentaban su velocidad. Tenía la frente resbaladiza con mechones de cabello rubio pegados por el sudor y la piel sonrojada. Parecía estar en la zona, su mirada lejana y sus labios curvados en una sonrisa reservada y distante a los transeúntes.

Según el expediente que me dio Nico Morrelli, era muy cercana a Aurora Ashford, de sus hermanos y de su amiga Willow. Mis ojos parpadearon hacia el archivo que mostraba a sus mejores amigas, pero rápidamente volvieron a Sailor. Nico tenía información sobre sus visitas a su familia, que eran inexistentes. Se mantenía alejada de sus padres y, casualmente, su relación con ellos se cortó justo cuando nació su hijo.

Mi medio hermano.

La revelación seguía pareciéndome sorprendente. Incluso después de semanas de saberlo, me costaba asimilarlo.

Observé la mirada de Sailor McHale recorrer la calle. Era como si me sintiera, aunque nunca se fijó en mí. Nunca la seguí en el mismo vehículo. Otras veces, también yo trotaba, pero siempre mantenía la distancia. Aunque ella percibía que había alguien cerca. Miraba por encima del hombro demasiado a menudo para ser una coincidencia.

Se acercó a la cafetería. En la que paraba con frecuencia todas las mañanas para encontrarse con su novio infrecuente. Si no estuvieran separados, me aseguraría de que se convirtiera en un

exnovio permanente.

Como si fuera el momento justo, la figura alta salió de la cafetería, su traje Brioni a rayas inmaculado y en tal contraste con la ropa deportiva de Sailor, era casi cómico.

Odiaba que parecieran una pareja perfecta. Al menos en apariencia. Sailor McHale y Aaron Kennedy.

Los descendientes de las dos familias políticas más prominentes. Su unión no sorprendió a nadie. Lo único que sorprendía a la gente fue que hubieran estado saliendo infrecuentemente durante años, en lugar de casarse. El hombre era un tipo pulcro, una figura prometedora en el mundo político.

Sí, nunca volvería a tener a Sailor. Me aseguraría de ello.

Mis ojos parpadearon hacia la alta figura que parecía recién salida de la pasarela. El tipo era demasiado *bonito*, casi como si compitiera con Sailor por ser el más *bello*. Sí, él perdería ya que ella le ganaba por mucho.

Maldición, odiaba que todo indicara que tenía un tipo de hombre y este no fuera nada como yo. Parece que definitivamente a Sailor le gustaban los chicos guapos de universidades de la *Ivy League* y que pertenecieran a familias ricas. Pequeños imbéciles engreídos. Apostaba a que su mundo estaba lleno de esos.

La verdad, no sabía por qué me caía mal. De acuerdo, los celos eran una parte de ello. Pero había algo más que eso. Tal vez era porque en todas las fotos y la historia entre Sailor y el cabrón rubio, Gabriel nunca fue parte de ella. El rumor suponía que era la razón de la relación intermitente. Demonios, odiaba la idea de que mi medio hermano estuviera cerca de alguien así, un hombre que se creía demasiado bueno como para incluir a un maldito niño como parte de su relación.

—*«¿Cuántos de tus secretos conoce?»* —me pregunté en voz alta mientras golpeaba el volante con los dedos.

Tap, tap, tap.

La profunda investigación de Nico Morrelli sobre Sailor McHale y su hermana reveló información interesante. Mientras que Sailor era la hija legítima del gobernador McHale y su esposa, la hija mayor no lo era. Era hija ilegítima de su esposa y fruto de una aventura secreta que tuvo antes de casarse con él.

Mi teléfono zumbó. Era Nico.

—¿Sí? —respondí.

—Estás siguiendo a Sailor McHale.

Suponía que nada debería sorprenderme cuando se trataba de Nico, sobre todo si ocurría en su territorio. Y D.C., Maryland y Virginia eran sus territorios.

—Sí.

Se rio entre dientes.

—¿Qué interés tienes en ella? —inquirió—. Aparte del hermanito. Primero, el expediente de toda la familia McHale. Y ahora la sigues a todas partes. —No hice ningún comentario ni me molesté en dar más detalles—. Contrató a mi empresa para una vigilancia extra —añadió, cuando me quedé callado—. Eres discreto, pero no tanto, colombiano.

—Vete a la mierda, Nico.

Se rio, lleno de diversión.

—Aquí me tienes haciéndote un favor y estás hiriendo mis sentimientos.

Puse los ojos en blanco.

—La única que puede herir tus sentimientos es tu hermosa mujer. Por cierto, ¿cómo están tu

mujer y tus hijos?

—Bien. Deberías probar el matrimonio. Es una experiencia maravillosa.

Solté una risita.

—Nunca pensé que oiría la palabra “maravillosa” salir de tu boca.

Se rio entre dientes.

—Es hora de que te cases y tengas pequeños *bambinos* correteando por ahí.

—Paso —refunfuñé—. ¿Qué pasa contigo y Sailor ahora? ¿Son mejores amigos?

Prácticamente podía oírle reír a través de la línea.

—Hizo algo bueno por mí. A diferencia de su familia, es una buena mujer.

Una idea surgió en mi mente. Sailor era una buena mujer. Lo vi en los ojos de aquella joven durante nuestro primer baile. Un alma así seguía siendo buena. La quise hacía ocho años. Tal vez esto era una señal de que estaba destinada a ser mía todo el tiempo.

Sí, mi amigo italiano podría tener razón. Debería darle una oportunidad al matrimonio.

—No tiene relación con sus padres —continuó—. Eso me dice que es una buena mujer.

Sabía a qué se refería. Todo el brillo y los diamantes no podían ocultar la podredumbre de su prominente familia. La familia McHale asistía a las escuelas adecuadas, se relacionaba con la gente correcta y hacía tratos que los enriquecían. Sin tener en cuenta las consecuencias para el ciudadano común.

Sí, mis amigos y yo éramos delincuentes, pero incluso nosotros teníamos estándares más altos que ellos.

Y sospeché que en algún momento Sailor había aprendido eso.

DIEZ

SAILOR

Habían pasado semanas desde la redada de Tijuana en Port of Washington. Los federales me seguían, y Santiago Tijuana y su equipo estaban tras las rejas y a la espera de juicio. Sin embargo, no podía quitarme la sensación de que estaba siendo vigilada. Por quién, no tenía ni idea, pero apostaría a ello.

Así que mantuve mi guardia en alto. Hacía mucho tiempo aprendí que depender de otra persona para mantenerme a salvo era una tontería, así que contraté a una empresa de vigilancia para asegurarme de que mi lugar de trabajo y el edificio de nuestra casa tuvieran una supervisión adicional.

No era que los hermanos Ashford tuvieran una seguridad débil en el edificio, pero era una capa extra, para asegurar mi propia tranquilidad. La vigilancia no mostró a nadie sospechoso. Sin embargo, no hizo nada para calmar mis nervios. En todo caso, me puso aún más nerviosa.

Mis ojos se desviaron hacia Gabriel, que estaba sentado a la mesa desayunando mientras leía un cómic. Los cómics siempre le habían fascinado. Fijando mis ojos en él, levantó la cabeza y nuestras miradas se conectaron.

Los ojos azules eran nuestra única similitud. Sin embargo, mientras los míos eran claros, los suyos eran azul oscuro, recordándome a océanos más profundos. Era un buen chico: amable, compasivo y leal. Anya estaría orgullosa de él, sin importar quién fuera su padre biológico.

—¿Estás bien, mamá? —Gabriel también se preocupaba mucho. Siempre lo hacía por mí, Aurora y Willow.

Le dije que tenía los papeles invertidos y que dejara de preocuparse. Sin embargo, era como si estuviera arraigado en su ADN. Quizá se le había pegado la vena sobreprotectora de los hermanos Ashford.

—Por supuesto, mi hombrecito —aseguré. Por mucho que intentara protegerlo, me preocupaba que el pasado nos alcanzara. Y luego temía la forma en que le explicaría cómo había llegado a suceder—. Cinco minutos y tenemos que irnos.

Hoy tenía que volver al juzgado para mi gran testimonio. Por supuesto, solo di a los federales y a la policía la mitad de la información sobre lo que pasó esa noche. Nunca mencioné el nombre de Nico Morrelli y su equipo, quienes capturaron a los Tijuanas y luego liberaron a las mujeres. Resultó que Nico tenía desde hace años un refugio que ayudaba a mujeres víctimas de la trata de personas.

No sabía si admirarlo o temerle.

Dejé el teléfono en la bandeja y la empujé a través de las cámaras de seguridad. Un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta la columna vertebral y sentí un hormigueo en el cuerpo. Detrás de mí se oyó un fuerte golpe. Objetos arrojados a una bandeja. Estaba a punto de girarme para ver quién estaba detrás de mí cuando la voz del guardia me detuvo.

—Señorita McHale —me saludó el guardia, el señor Roberts.

Había pasado tanto tiempo en el juzgado que conocía el nombre de cada guardia, el de sus esposas y lo que ocurría en sus vidas.

—Señor Roberts, me alegro de verlo. ¿Su esposa ya tuvo al bebé?

—Cualquier día de estos. —Se rio entre dientes.

Agarré mi teléfono y seguí adelante. No podía quitarme la sensación de que las cosas no iban exactamente como los federales planeaban o esperaban. Por supuesto, se negaban a compartir información. Me preocupaba hasta dónde llegaba el alcance de mi padre. Si conseguía liberar al Cártel Tijuana, vendrían por mí. Y por Gabriel.

El pánico burbujeó en lo más profundo de mi ser, pero me obligué a tragarlo. De nada me serviría perder la cabeza en ese momento.

Caminé con grandes pasos por el enorme vestíbulo de mármol, en dirección a la sala donde tendría lugar el juicio. Uno de los agentes me hizo señas y me reuní con él a mitad de camino.

—¿Qué está pasando? —indagué con miedo en mi estómago. Los dos agentes intentaron mantener la compostura, no obstante, sus miradas denotaban pánico.

—Se ha fijado una fianza para Santiago Tijuana.

—¿Me estás tomando el pelo? —siseé—. ¿Estás seguro? Se suponía que no había fianza.

Ambos negaron con la cabeza.

—No, lo sacaron bajo fianza.

No me sorprendió. ¿Me disgustó?, sí. Pero no era una sorpresa. Lo sentí en la boca del estómago toda la semana.

—¡Malditos idiotas! —espeté—. ¿Qué pasó con lo de no darle fianza?

—Tenemos que trasladar a ti y a tu hijo —respondió Daniel, el agente de más edad, inafectado por mi insulto.

—¿Trasladarme adónde? —solté—. Estos hombres tienen contactos en todas partes. Tu trabajo era mantenerlos tras las rejas.

—Tenemos que irnos ahora —insistió Daniel.

Si estos dos pensaban que les confiaría a mi hijo, eran realmente idiotas.

—Dame un minuto —refunfuñé, con evidente agitación en mi voz. Esperé a que los dos agentes se alejaran de mí, sus ojos volviendo a mí de vez en cuando.

Una vez que hubo suficiente distancia entre nosotros, empecé a caminar por el largo pasillo hacia la sala donde se iba a celebrar la audiencia, mientras pensaba en tomar la salida trasera para largarme del lugar.

La misma sensación recorrió mi espalda y una gran sombra se acercó a mi derecha cuando perdí el equilibrio.

—¡Malditos tacones! —reviré, mi mano instintivamente envolviéndose alrededor de un brazo que me había ofrecido y agarrando la manga de material costoso.

Se rio entre dientes.

—¿No te gustan los tacones?

¿Estaba mal que la forma sensual en que las palabras se deslizaban por su lengua me

removiera las entrañas? Podía escuchar sus raíces hispanas en cada sílaba y la profundidad de su voz. Sin embargo, no me asusté. Había algo en su tono que me tranquilizaba. Incluso me era familiar.

—Dios, no —refunfuñé.

Me enderecé, observé a mi derecha y su mirada captó la mía. Pesada. Azul. Y muy familiar.

Algo ardía en sus ojos que hablaba de una vida dura y despiadada. *Crueldad*. Toda su presencia tocó mi piel con una conciencia peligrosa y el reconocimiento me golpeó con violencia y terror.

Aurora tenía razón. Gabriel se parecía a los hombres Santos. Porque no había duda de quién estaba delante de mí. *Raphael Santos*. En todo su esplendor.

Contuve la respiración mientras recibía todo el peso de su mirada. ¿Averiguó lo de Gabriel? ¿Vino por nosotros?

Permaneciendo inmóvil, miré fijamente aquel bello rostro. Esos ojos que contenían destellos de luz, atrayéndome para que me ahogara en ellos. El diablo de ojos azules.

Diablo.

La palabra gritaba en el fondo de mi cabeza. ¿Por qué? No tenía ni idea. Mis ojos parpadearon hacia sus manos y fue entonces cuando lo vi. El tatuaje de su mano. *Diablo*.

Algo pinchó en el fondo de mi mente. Un recuerdo borroso. Un baile.

Sacudí la cabeza. No podía ser. Era una idea ridícula. Este hombre se parecía a Gabriel, ahí empezaba y terminaba la familiaridad.

Volví a verlo a la cara y nuestras miradas se cruzaron. Se me calentó la piel y se me entrecortó la respiración. Sus ojos recorrieron mi cuerpo y, aunque llevaba una falda de vestir negra y una *top* de cuello redondo azul claro, me sentí desnuda bajo su repaso.

La frustración parpadeó en mi pecho ante la respuesta de mi cuerpo.

Algo oscuro y perezoso jugaba en sus ojos y mi corazón dio un brinco bajo su atento escrutinio. Contuve la respiración. Ambos permanecimos en silencio, mirándonos como si midiéramos los puntos fuertes y débiles de cada uno. Tenía tantos que a veces temía ahogarme en ellos.

Y Raphael Santos, según toda la investigación que había hecho sobre la familia Santos, no tenía ninguno. El individuo conocido como *Diablo* era temido por sus oponentes por su crueldad. Pero sus hombres lo querían y lo seguían ciegamente, todo lo contrario a Lombardo Santos, su padre. Este último infundía miedo a sus propios hombres y a menudo los ejecutaba incluso a ellos. Mientras que Raphael Santos los protegía, a menos que lo traicionaran.

La cuestión era lo que consideraba una traición. No había forma de saberlo, a menos que trabajaras para él. Y el hombre era excelente manteniendo oculta su información pública. Incluso sus fotos.

Aurora lo describió con bastante precisión y tenía toda la razón. Gabriel se parecía a su medio hermano. La cuestión era si debía estar aterrorizada.

Enmascaré mi expresión, preocupada de que encontrara mis puntos débiles y los explotara. Tal vez incluso que me robara el alma.

Inhalé lentamente y luego solté el aire.

—Gracias. —No podía darle las gracias mientras mantenía su expresión, así que desvié la mirada.

—¿Está todo bien, señorita McHale? —La voz de Daniel, el agente, penetró en la niebla de mi cerebro. Jesucristo, si tardaban tanto en llegar hasta mí, no podían mantenernos a salvo a Gabriel y a mí.

—Sí.

Me alejé un paso del hombre, necesitaba espacio para respirar y pensar. Era demasiado. Sus hombros anchos y su postura rezumaban confianza. Las líneas negras y nítidas de su traje. Llevaba el cabello oscuro rapado por los lados y desvanecidos con mano experta. No había ni una sola parte que no fuera impecable, pero era su cara y esos ojos azules contra su piel aceitunada lo que hacía difícil apartar la mirada.

Tenía que salir de ese lugar. Alejarme de él.

Me giré en la dirección por la que había venido y salí corriendo de allí, pero apenas había dado tres pasos cuando una gran explosión sacudió el edificio. Los cristales se hicieron añicos y el aire se llenó de gritos.

Mis rodillas chocaron contra el duro suelo de mármol, sin embargo, antes de que el resto de mi forma tocara el suelo, un gran cuerpo cubrió el mío justo cuando otra explosión sacudía el edificio. Una lluvia de cristales rotos y escombros volando cayó a nuestro alrededor.

—¿Qué está pasando? —gruñí, tratando de empujar contra su duro cuerpo que me protegía. Ni siquiera sabía por qué lo preguntaba. El Cártel Tijuana causó esto. No me cabía la menor duda—. Tengo que llegar a mi hijo.

No podía dejar que le pasara nada a Gabriel.

—Puedo protegerlos a ti y a Gabriel.

Sabía el nombre de mi hijo. Mi boca y mi corazón se congelaron. Ahí estaba mi confirmación. Sabía sobre Gabriel.

Sus ojos azul oscuro ardían con llamas azules que lo consumían todo a su paso. Aquellas simples palabras me provocaron una conmoción y me quedé mirando aquellos zafiros oscuros.

Sin esperar mi respuesta, se metió la mano en el bolsillo, sacó un teléfono y pulsó el botón de llamada.

ONCE

RAPHAEL

En cuanto Caine contestó, bramé:

—¡Encuéntrame en la salida correcta!

Colgué, volví a meterme el teléfono en el bolsillo y otra explosión sacudió el edificio. La mantuve atrapada debajo de mí, protegiéndola de la mayor parte de los escombros. La estructura tembló, y en la distancia resonaron gritos y alaridos. Se movió y se apoyó contra mi pelvis. Necesité todos mis años de entrenamiento para mantenerme inexpresivo.

No era su intención excitarme, pero maldición, estaba dispuesto a apartarle las bragas y penetrarla.

Maldito momento equivocado. Decir que el momento no era el adecuado era quedarse corto.

Teníamos que largarnos de aquí. Antes de que la policía, los federales y los socorristas inundaran el lugar. Sin embargo, permanecí inmóvil, dolorosamente consciente de sus suaves curvas debajo de mí y mi miembro decidiendo levantarse a jugar.

Agarré sus caderas y la miré fijamente.

—Deja de moverte —ordené entre dientes—. A menos que intentes seducirme en medio de esta mierda.

Sus ojos azules brillaron con desdén.

—Lo siento, desgraciado. No eres mi tipo.

No me sorprendió. Después de todo, había visto a su remilgado, mimado, *a veces* novio.

—Entonces deja de apretarte contra mi polla —reviré.

Sus labios se entreabrieron, esa boca deliciosa a escasos centímetros de mí, tentándome a clavarle los dientes. Y joder, esa expresión de su cara me incendiaba la entrepierna. Sus curvas se sentían demasiado bien debajo de mí. Era el tipo de cuerpo destinado a seducir, lamer y saborear. Para dominar. Quería ver lo fuerte que gritaba en la agonía de la pasión.

Porque gritaría, independientemente de si era gritona o no.

Su cabello plateado esparcido por el suelo cubierto de escombros le daba el aspecto de un ángel caído arrojado a las fosas del infierno.

Un infierno que el diablo gobernaba. El dominio donde *yo* reinaba.

—¿Vas a quedarte mirándome todo el maldito día? —espetó, con un claro tono de fastidio en su voz.

—Puede que sí —reflexioné. ¿Quién podría culparme? Era absolutamente impresionante.

Me fulminó con la mirada, con esos amplios azules oceánicos brillando mientras sus ojos se entrecerraron. Tuve la tentación de quedarme encima de ella un poco más, ya fuera para molestarla o simplemente para deleitarme con la sensación de sus deliciosas curvas debajo de mí,

pidiendo a gritos que las saboreara.

Y joder, su olor. Llenaba el aire a mi alrededor y se filtraba por mi piel. Era el mismo aroma a prímula que recordaba. ¿Por qué demonios no se acordaba de mí?

El sonido de un tiroteo lejano sacó mi mente de cosas sucias y la llevó a la realidad de nuestra situación.

Me levanté de un salto y la tomé del brazo.

—Vamos —ordené—. No hay tiempo que perder.

Se soltó de un tirón.

—No iré a ninguna parte contigo —siseó—. Aléjate de mí.

Apreté los dientes, poco acostumbrado a que me desobedecieran. Sobre todo, una mujer. Estaba de acuerdo con que fuera fuerte e independiente, pero no imprudente y estúpida. Abrió la boca para decir algo, mas el sonido de las armas seguía acercándose, así que interrumpí las palabras que pensaba pronunciar.

—Si quieres vivir —dije con dureza—. Me acompañarás, carajo. Si prefieres morir, adelante. Sin embargo, mi hermano no lo hará.

El terror se adueñó de su mirada oceánica.

Demonios, ¿qué pasó con hablarle en vez de darle un susto de muerte? Ese plan se esfumó. Ahí estábamos, el error que había cometido con Isabella repetido de nuevo.

Antes de que pudiera asegurarle que no quería hacerles daño ni a ella ni a mi hermano, se produjo otra fuerte explosión, cuya fuerza nos hizo volar por los aires. Su grito estalló en medio del caos y sus manos me alcanzaron. Rodé hacia un lado y abracé su delgada cintura, usando mi cuerpo como escudo.

—¿Por qué esos desgraciados no pueden asumir su castigo? —murmuró—. Son criminales y deben estar en la cárcel.

Sacudí la cabeza ante su lógica. Su forma de pensar seguía siendo tan extraña como el día que la conocí.

Antes de que pudiera seguir reflexionando sobre ello, el estruendo de otra explosión sonó en algún lugar. Una ráfaga de disparos atravesó el aire y fue seguida por un fuerte estruendo.

Nos agachamos y nos mantuvimos cerca de las paredes mientras la mantenía detrás de mí, para asegurarme de que estuviera fuera de la línea de fuego. Había cuerpos por todas partes, algunos heridos y otros muertos. Me asomé por la esquina para asegurarme de que estaba despejado para continuar.

—Despejado —susurré.

Entonces empezamos a movernos entre los escombros y algunos cadáveres. El grito ahogado de Sailor me hizo girar la cabeza justo a tiempo.

Uno de los hombres Tijuana me apuntaba con una pistola. Actuando por instinto, empujé a Sailor detrás de mí, mientras al mismo tiempo lo apunté con mi arma. *¡Bang!*

Directamente entre sus ojos. Estaba muerto.

Otro cabrón se le unió y empujé a Sailor al suelo, con mi cuerpo cubriendo el suyo. Los disparos resonaron en el aire. Él seguía intentando apuntar, pero, por suerte, una gran cantidad de escombros cubría nuestros cuerpos mientras mi forma protegía la suya.

Cuando cesaron los disparos, escuché el familiar *clic*. Estaba recargando. Era mi oportunidad. Levanté la cabeza y apunté.

¡Bang!

Otra alma muerta para manchar mi historial.

Mis ojos se posaron de nuevo en la mujer que tenía debajo.

—Cinco pasos y saldremos de aquí. —Intenté consolarla. Su respiración era ligeramente irregular y el miedo se reflejaba claramente en su rostro—. ¿Estás bien?

Un asentimiento brusco y unos ojos muy abiertos se encontraron con mi mirada. Y mientras tanto sus dedos se aferraban a mi traje. Como si necesitara un ancla para no caer en esa espiral que resultaba ser mi vida.

El bajo mundo, donde la guerra, las armas y las amenazas formaban parte de la vida cotidiana.

Ahora formaba parte de ella, le gustara o no.

DOCE

SAILOR

De alguna manera sabía que este día llegaría.

Excepto que después de años de nada, me volví demasiado confiada. Pensé que la posibilidad de que algún miembro de la familia Santos descubriera a Gabriel era inexistente. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Inhalé profundamente y luego exhalé. Tenía que calmarme. Los fuertes latidos de mi corazón me hacían daño en el pecho. No sería bueno para nadie que me diera un infarto. No sabía si era por miedo o por el efecto de ese hombre.

Aunque tenía que darle crédito a Raphael. Mientras el pánico me tenía al borde de la locura, él estaba totalmente tranquilo. Manchas negras nadaban en mi visión y mi corazón latía con fuerza contra mi pecho, mientras él casi parecía aburrido. El miedo y el pánico bailaban por mi piel. Pero no ese mafioso. Ese magnífico espécimen de hombre que detestaba, no tenía miedo en absoluto.

Como un *diablo* que ama su caos.

No había duda de *quién* era. El hombre que me protegía con su cuerpo. Era una cara que veía en un niño todos los días. Al menos había cierto alivio en esa revelación. Con un parecido tan fuerte, no había ninguna posibilidad de que Gabriel fuera hijo de mi padre. *¿Verdad?*

Eso esperaba. La ciencia nunca fue mi fuerte, mas tenía que confiar en mi instinto. El cual gritaba que Gabriel era de hecho un Santos. Su parecido era francamente aterrador. Gabriel era un pequeño Raphael.

—¿Cómo es que no hay fotos tuyas en Internet? —solté. De acuerdo, no fue muy diplomático ni el mejor momento para la pregunta, no obstante, era una forma de distraerme del hecho de que podría morir hoy.

Me miró y su boca se torció en algo parecido a una media sonrisa.

—Tenemos un amigo en común que borra todas mis imágenes de Internet. —Mis cejas se alzaron, probablemente encontrándose con mi nacimiento del cuero cabelludo en ese punto. Raphael Santos y yo no teníamos amigos en común—. Nico Morrelli —aclaró.

En mis labios se formó una *O* silenciosa.

—No lo llamaría exactamente un amigo —dije.

Aunque me salvó el trasero esa noche.

—Se le romperá el corazón —bromeó y le lancé una mirada entrecerrada—. Le agradas.

El caos nos rodeaba. El sonido de las sirenas recorría el aire. Gemidos. Gritos.

—No me agradan los mafiosos —refunfuñé en voz baja. No era el mejor momento para tener esta conversación y no tenía ningún sentido. Sin embargo, ahí estaba entreteniéndolo.

Me pareció oírlo murmurar “Qué lástima”, aunque no estaba segura.

—Está felizmente casado —contestó secamente—. Además, no es el *adecuado* para ti.

Tenía en la punta de la lengua preguntarle quién era el adecuado para mí, pero en lugar de eso, puse los ojos en blanco. No era inteligente abrir esa puerta con él.

—¿Y qué hace? ¿Oculta todas sus imágenes en Internet? —cuestioné, aún curiosa por entender cómo Raphael era capaz de esconderse tan eficientemente.

Se oyeron disparos a lo lejos. Mi cabeza giró en esa dirección, preocupada por una bala perdida.

—Así es más seguro para todos.

Tenía sentido entonces que los miembros de la familia Santos apenas aparecieran en los periódicos. Y sus imágenes eran prácticamente inexistentes en Internet.

Probablemente les favorecía porque podían moverse entre el público sin ser descubiertos. Y se suponía que esos malditos federales me protegerían del cártel. De cualquier maldito cártel. Y aquí tenía al líder de uno justo encima de mí.

¡Literalmente!

Me pregunté si me metería en más problemas si sacaba el gas pimienta del bolso y rociaba con él la preciosa cara de este tipo. Ya sabes, solo para hacerlo un poco menos atractivo. Aunque eso no le quitaría su cuerpo duro y musculoso.

Jesucristo. Había perdido mi cerebro en alguna parte de la explosión.

—¿Has terminado con tus preguntas? —inquirió, divertido—. ¿Nos ponemos en marcha antes de que nos vuelvan a disparar?

El hombre era como una manta eléctrica, puesta al máximo voltaje. Un cuerpo grande y musculoso me cubría mientras los escombros caían a nuestro alrededor. Y lo único en lo que podía pensar era en que no había hecho un testamento y en que aquel tipo estaba buenísimo.

Era una idiota.

Era refinado y mortal. Su respiración ni siquiera se aceleró, mientras yo jadeaba a punto de desmayarme.

Por miedo o por lujuria, no estaba segura.

Cada lugar donde nuestros cuerpos se tocaban sensibilizaba mi piel, confundiendo mis sentidos. Confundiéndome. La forma en que su fuerte cuerpo presionaba contra el mío, su sólido muro de músculos contra los míos. Me excitaba, maldición.

«Qué inoportuno, Sailor», me regañé a mí misma.

De todos los malditos momentos para que mi cuerpo despertara de su comportamiento latente, decidió responder y ponerse todo caliente por ese hombre.

¡Por el maldito Raphael Santos!

Un suave gemido salió de mis labios y aquellos ojos azules que parecían aún más brillantes contra aquella piel oscura y aceitunada se clavaron en mí. Dios, cada vez que lo miraba, juraba que mis bragas se encendían. No solo era alto, guapo y bien dotado. Pero algo en su mandíbula firme, adornada con una sombra de barba incipiente, y aquel cabello oscuro, me hacía vibrar por dentro.

Había algo en él que me resultaba muy familiar. Como un recuerdo perdido hace mucho tiempo que no podía precisar.

Mis cejas se fruncieron mientras buscaba en mi mente cuando su voz me interrumpió.

—¿Estás herida?

El tono de su voz me produjo escalofríos y su mano me rodeó con fuerza. Su aliento ardiente sobre mi piel, su calor y su aroma masculino hicieron que mi cuerpo entrara en una especie de

combustión. Olía tan bien que me daban ganas de hundir mi rostro en su cuello y lamerle la piel. Como aguardiente, esa loca bebida alcohólica de regaliz negro que probé una vez. Sí, olía bien, como todo un hombre de sangre caliente.

Otro gemido.

Dios, ¿por qué un mafioso? Mi cuerpo debería haber reaccionado ante un hombre bueno y decente. Aaron Kennedy, por ejemplo. Todos esperaban esa unión. Era el movimiento correcto, decían todos. Bueno, todos menos mis mejores amigas. La verdad era que Aaron y yo nunca salimos. Al menos no de la manera clásica. Nos llevábamos bastante bien. Nunca intentó acostarse conmigo y solo por eso era el novio perfecto. Cuando necesitaba citas para ocasiones oficiales y políticas, estaba allí para él y viceversa. Los medios de comunicación sacaron sus propias conclusiones y ninguno de los dos nos molestamos en contradecirlos. Sí, me besó e intentamos algo sexual una o dos veces, pero era embarazoso. No tenía experiencia, sin embargo, me daba cuenta de que él se sentía incómodo. Quizá sentía pánico cada vez que me tocaba; no lo sabía. De todas maneras, nunca hablamos de ello.

En cualquier caso, no podía ponerme cachonda por un mafioso. Mi misión era acabar con ellos. No dormir con ellos.

Aunque…

«Corta esta mierda, Sailor», me reprendí a mí misma.

—¡Sailor! —exclamó—. ¿Estás lastimada? —Su voz era profunda, aterciopelada y muy masculina. Podía imaginar lo bien que sonaría mientras él...

Corté el hilo de mis pensamientos. Iba en la dirección equivocada. Este hombre no era mi tipo. Ni por asomo.

Sin embargo, mi cuerpo no podía procesar ese mensaje.

—No. Estoy bien.

Volvió a ponerse en pie y me ayudó a levantarme. Me rodeó la cintura con el brazo, con la mirada atenta a la situación que nos rodeaba. El maldito juzgado era un caos. Gritos, sirenas y alguno que otro disparo a lo lejos. Tenía un mal presentimiento.

—Salgamos de aquí. —Me dirigió hacia la izquierda. Sus ojos bajaron hasta mis pies y seguí su mirada. ¡Malditos tacones!—. ¿Quieres que te cargue?

Mis cejas se alzaron.

—¿Como por encima del hombro? —Al darme cuenta de lo que acababa de decir, negué con la cabeza—. No. Estoy bien. Solo otro día de trabajo.

¡Idiota! Deja de hablar. Probablemente podía ver el terror en mi cara. Después de todo, Anya siempre dijo que tenía una pésima cara de póquer.

Por suerte, no hizo ningún comentario. Me puso la mano en la espalda y me empujó hacia adelante. La presión de su palma me produjo un escalofrío. Mi cerebro no podía procesarlo. Mi cuerpo reaccionaba como nunca antes. Era malo. Bastante malo.

Pero reconociendo que en este momento era probable que fuera el único que podía ayudarme a salir del edificio, lo seguí.

Con mis manos agarradas a la manga de ese hombre tardamos menos de cinco minutos en atravesar lo que parecía una zona de guerra. No fue una tarea fácil con tacones de ocho centímetros. Ese tipo, por otro lado, parecía estar en casa entre ese desastre, incluso llevando un costoso traje de tres piezas hecho a la medida y unos zapatos de lujo.

Parecía el apuesto diablo gobernando su territorio. *El infierno*.

Entre el caos y los escombros, tantos gemidos, lamentos y llantos que nadie nos prestó atención. Éramos dos que aún podíamos caminar y no estábamos sangrando. No necesitábamos

ayuda.

Una vez afuera, las luces y las sirenas chillaban en el aire y se acercaban más. Ambos mirábamos por encima del hombro, aunque nadie nos seguía mientras cruzábamos a toda prisa el estacionamiento.

Una camioneta apareció de la nada. Se detuvo delante de nosotros haciendo chirriar los neumáticos sin que nadie mirara siquiera hacia nosotros. Del coche saltaron dos hombres corpulentos, uno con *jeans* y camiseta blanca y otro con traje.

—¿Es ella? —Dos pares de ojos, uno azul y otro oscuro, parpadearon en mi dirección.

—Entra en el vehículo, Sailor —ordenó Raphael con firmeza.

Me burlé.

—Nunca dije que fuera a ir a ninguna parte contigo. Me sacaste de allí, muchas gracias. Ahora sigamos los dos nuestros caminos.

De hecho, parecía divertido.

—No lo creo, *Reina*. —Arrugué las cejas. Eso también me sonaba familiar—. Tú y Gabriel vendrán conmigo.

Su mano rodeó mi muñeca mientras intentaba llevarme al auto. Si entraba, todo estaría perdido. Así que hice lo único que sabía. Con un movimiento rápido, tal y como me enseñó Royce Ashford, el hermano de mi mejor amiga, desplacé mi cuerpo hacia él y le di un rodillazo en las pelotas.

Tardó una fracción de segundo, pero pareció que había tardado minutos. El dolor apareció en la expresión de Raphael mientras sus guardaespaldas lo miraban confundidos. Honestamente, también estaba confundida. No esperaba que funcionara.

Por fin me avivé, me quité los tacones y salí corriendo lejos de ellos. El destino final era el colegio de mi hijo. Me arriesgué a echar un vistazo por encima del hombro y vi a Raphael encorvado, maldiciendo en *español* como un marinero mientras se agarraba las pelotas.

«Adiós, amigo», pensé con suficiencia.

No pude evitar una sonrisa de autosatisfacción. Por desgracia, Raphael levantó los ojos en ese mismo momento y captó mi expresión. La mirada que me dirigió prometía retribución.

Aunque no entendía por qué, mi cuerpo se estremecía de placer.

TRECE

RAPHAEL

Madre de Dios.

Me dio una patada en los huevos. Y muy fuerte. Mejor que no haya afectado mi capacidad de tener hijos. No es que me esforzara por tenerlos. No después de la jodida forma en que crecí con mi padre.

Se suponía que la mujer era sofisticada. No una maldita gata salvaje. A pesar de ello, si no me dolieran las bolas, ahora mismo estaría duro por la rubia de boca sucia. Sí, mis prioridades eran jodidas.

No obstante, se lo haría pagar. Por darme una patada en los huevos y por esa sonrisa que me dedicó mientras miraba por encima del hombro, corriendo como si la persiguiera el mismísimo diablo. Supongo que yo era el *diablo*.

La próxima vez, sería quien sonreiría mejor.

—¿Realmente duele tanto como dicen? —preguntó Caine y entrecerré los ojos mirándolo. Era tan peor que temí que mi voz saliera sonando como la de una niña—. No tienes que contestar —aseguró—. Puedo ver el dolor en tu cara.

—¿Quieres que te haga una demostración? —repliqué entre dientes, apartándolo de un empujón y entrando en el coche—. Entra en el maldito vehículo para que podamos agarrar a la mujer antes de que haga que maten a mi hermano.

—O a *ella* misma —añadió Caine sin poder evitarlo, sonriendo como el idiota que era.

—Me importa una mierda —dije fríamente. *Mentiras*—. La imprudencia de esa mujer está poniendo en peligro a Gabriel, y eso no lo voy a tolerar.

Caine parecía no creerme, pero no dijo nada más. En lugar de eso, se subió a mi lado y Diego empezó a conducir.

—¿Adónde? —inquirió—. ¿A la escuela del niño o al condominio primero?

—Escuela.

Mi suposición sería que iría tras su hijo primero. Aunque no era su hijo biológico. Sailor adoptó a su sobrino y tuve que admitir que eso me hizo admirar y respetar a la mujer. Apenas tenía dieciocho años cuando su hermana, Anya, dio a luz. Normalmente, no habría estado calificada para adoptar tan joven, pero las conexiones de los Ashford eran amplias y profundas.

Pensé en mi propia madre. Ahogaba sus penas con polvo blanco y alcohol. Era una buena mujer, hasta que dejó de serlo. Realmente *trató* de llenar las grietas. Sin embargo, las drogas y su evasión de la realidad interfirieron.

Hubo tantas noches que tuve que levantarla del suelo, con su propio vómito manchándole el cabello. Mi hermano y mi padre la apartaban a patadas, maldiciéndola en español, pero había

aprendido en algún momento a no patear nunca a un perro cuando está en el suelo.

Pero la falta de la presencia y el cariño de mi madre me dejó crecer bajo la influencia de mi padre. No había un momento en mi vida en el que no temiera convertirme en su clon.

La última vez que vi a mi madre llenó mi mente, el recuerdo que me perseguiría hasta la muerte.

Seguí el laberinto de pasillos del hospital hasta llegar a la habitación. No era una rehabilitación, como la llamaba mi padre. Había internado a mi madre en una institución. Mi padre la tenía recluida en Montana. Lo llamaba retiro de bienestar, cuando en realidad era una institución mental. Le encantaba atormentarla.

Mi intención era sacarla de ese lugar. Me llevó algo de tiempo, pero la encontré. Había pasado un mes aquí, y conociendo a mi madre, para ella parecía un año. Especialmente cuando mi padre la visitaba. Su habitual sesión de tormento una vez a la semana.

Mi hermano Vincent llevaba muerto varios años. Desafortunadamente, eso dirigió la atención de mi padre hacia mi madre y otras mujeres. Quería otro heredero, para asegurar la línea Santos. Al maldito no le gustaba que me negara a trabajar como él.

Al doblar la esquina, encontré a los hombres de mi padre posicionados frente a la puerta. Sin pensarlo dos veces, apunté mi arma y apreté el gatillo. Dos balas, una a cada uno. Ambos muertos.

Entré en la habitación. Estaba acondicionada como un apartamento, pero seguía siendo un sanatorio. Maldito bastardo. Ni siquiera podía dejarla morir en su propio hogar.

Un vistazo a la sala me dijo que no estaba delante de la televisión. Era lo que solía hacer cuando estaba drogada y a mi padre le encantaba suministrarle drogas. Continué por la habitación y la cocina. Todavía nada. No era que me sorprendiera. No había visto a mi madre en la cocina desde que era pequeño.

La cocina daba a un balcón. La puerta estaba abierta, el aire frío de Montana helaba todo el apartamento. Era otra forma de castigo. Mi madre odiaba el frío, como una verdadera princesa colombiana prefería el calor.

Y en su vejez, le molestaba la artritis.

Salí al balcón y me quedé estupefacto. Mi madre estaba de pie en la cornisa, con su frágil figura vestida de novia y su pelo negro como el ébano ondeando al viento. Al parecer, también habían traído todo el armario de mi madre, junto con el vestido de novia que conservaba.

Jesucristo. ¿Por qué demonios llevaba un vestido de novia?

—Mamá, baja de ahí —pedí en voz baja, intentando no sobresaltarla.

Ni siquiera se movió.

—No, hijo. —No me había llamado "hijo" desde que tenía cinco años—. Es hora de terminar con todo.

—Sí, baja y hablaremos —dije con voz ronca—. Quiero ver tu hermosa cara, mamá.

Se rio. Era una risa amarga, que hablaba de decepciones y muchas humillaciones.

—Raphael, mi ángel —añadió finalmente—. Me alegro de que tu hermano Vincent esté muerto. Cambiarás las cosas. Haz que sean como deben ser.

Di otro paso adelante mientras volvía a guardar mi pistola en la funda.

—Baja, mamá.

Se dio la vuelta para mirarme y fue entonces cuando por fin lo vi. Tenía la cara negra y azul. Mi jodido padre le dio una paliza. Apreté las manos, preocupado por golpear la pared y lanzar

a mi madre por el balcón.

Odiaba a ese viejo bastardo. Lo odiaba y no podía esperar a ver su frío cuerpo caer al suelo.

—Mamá, hace frío aquí afuera. —Intenté de nuevo—. Vamos adentro.

Tenía las mejillas moreteadas, el labio partido y un ojo hinchado. Estaba en el peor estado en que la había visto nunca.

A pesar del frío, sentí que se me acumulaba el sudor en la frente.

—Ángel mío, no seas nunca como él —susurró, mientras una sola lágrima rodaba por su mejilla.

Las cosas no estaban bien. Tenía que estar pasando por un síndrome de abstinencia, y combinado con la paliza de mi padre, había llegado a su límite.

Agarrándose a la barandilla del balcón, levantó una pierna y luego la otra.

—Mamá —advertí, con pánico evidente en la voz. Me abalancé sobre ella, pero antes de que pudiera alcanzarla, se lanzó.

—Te amo, hijo.

Observé su esbelto cuerpo volando por los aires, su cabello oscuro revoloteando, como una nube oscura y ominosa y aún más severo contra su vestido de novia blanco.

Y así, sin más, mi padre se las arregló para matar otra cosa buena en mi vida.

Sasha Nikolaev matando a mi padre unos años después eliminó la manzana podrida de mi vida. Sí, el karma era una maldita perra.

CATORCE

SAILOR

El taxista miró por enésima vez por el retrovisor.

Probablemente pensó que era una persona inestable. No podía culparlo. Tenía el cabello enmarañado, la cara sudorosa y la ropa arrugada y sucia.

—Hubo una explosión —murmuré mi explicación. No pareció creérselo.

Me encogí de hombros, saqué el teléfono y marqué a Royce. Era mi hermano Ashford favorito, no es que no los quisiera a todos. Sin embargo, era el más cercano a nuestra edad, aparte de Kingston, quien fue secuestrado mucho antes de que conociera a Aurora.

—Hola, chica. —Y tenía una forma única de saludarme.

—Hola a ti también —saludé—. Necesito un favor.

—Di la palabra, rubia, y lo tendrás. —Sabía que odiaba que me llamara rubia. Pensaba que era una frivolidad, pero la verdad era que lo odiaba porque me recordaba las jodidas convicciones de mi padre. Ese desgraciado racista e ignorante.

No tenía sentido obsesionarme con el hombre que me dio la vida. Nunca cambiaría y la única forma de tratar con él era hundirlo.

Por Anya. Por Gabriel.

—¿Podría usar la cabaña de tu familia? —pregunté.

—Por supuesto —respondió rápidamente—. ¿Está todo bien?

«No».

—Sí.

Los Ashford habían hecho mucho por mí y por Gabriel. Willow y Aurora me ayudaron a criarlo. Nuestra amistad fue la única razón por la que me gradué de la universidad y pude ofrecerle una buena vida a mi hijo.

Me negué a meterlos a todos en esa mierda. Yo la empecé y *yo* la terminaría.

Cuando se quedó callado, probablemente pensando si creerme o no, continué:

—Solo necesito un pequeño descanso. Ha sido estresante desde el artículo y los federales constantemente sobre mí. Aunque ya no tengo que preocuparme de que me sigan.

—¿Ya no te están siguiendo?

—No. —A decir verdad, me olvidé de ellos en el momento en que mis ojos conectaron con Raphael.

—Eso no parece bien —refunfuñó. Ya podía imaginarme sus cejas fruncidas en señal de disgusto—. Déjame ponerte seguridad.

—¡No! —solté, demasiado rápido—. No, gracias. No necesito seguridad.

Siguió un latido de silencio.

—Sailor, ¿estás en problemas?

Me burlé.

—No. —Dios, era una idiota. Debería haber hecho que Royce nos enviara a Gabriel y a mí a algún lugar donde ni el Cártel Tijuana ni el de Santos pudieran encontrarnos. Excepto que no podía seguir pidiendo ayuda a los Ashford. Tenían suficiente en sus propias vidas.

—Todo está bien —aseguré—. Gabriel y yo necesitamos una escapadita de fin de semana.

—Es miércoles —comentó.

—Una escapada de fin de semana largo —murmuré.

Dos latidos de silencio.

—De acuerdo. —Cedió—. Si tú lo dices, pero si surge algo y necesitas ayuda, me llamas inmediatamente.

—Por supuesto —prometí, aunque sabía que rompería esa promesa—. Y muchas gracias, Royce.

—Un placer, rubia.

Terminé la llamada justo cuando el taxista se acercaba a mi edificio en la zona noroeste de la ciudad. Saqué dinero del bolso, le puse un billete de veinte en la palma de su mano y salté del taxi.

Menos mal que llevaba semanas paranoica. Tenía la maleta de Gabriel y la mía preparada por si acaso. Bueno, noticias de última hora. Esta era una maldita emergencia.

Subí rápidamente por el camino hasta la entrada del edificio, donde un portero me abrió la puerta.

—Señorita Sailor —saludó.

Sonreí, a pesar del estrés y la preocupación que inundaban cada fibra de mi ser.

—Hola, Nigel.

—Llega temprano a casa —comentó, con los ojos clavados en mi ropa hecha un desastre.

Asentí y me apresuré a entrar en el ascensor que acababa de abrirse. No tenía sentido darle ninguna excusa lamentable. Se la repetiría a cualquier hermano Ashford que decidiera interrogarlo.

Una vez en el apartamento, corrí a mi habitación y agarré las dos bolsas, luego me dirigí al cuarto de baño que compartía con mi hijo y metí los artículos de aseo en mi bolsa de cosméticos más grande.

—Y así es como se empaca eficientemente —susurré para mí.

Tardé exactamente dos minutos en ponerme unos *jeans* y una camiseta, y colocarme los Converse, antes de salir por la puerta y abandonar el edificio con los agudos ojos de Nigel sobre mí.

Sí, llamaría a los Ashford.

—¿Adónde vamos, mamá? —La emoción de Gabriel brillaba a través de sus hermosos ojos del mismo tono que los de Raphael Santos. Todavía no podía decidir cómo me sentía al respecto. Por supuesto, estaba agradecida de que no fuera hijo de mi padre, pero ¿realmente era mucho mejor ser un Santos?

—Nos vamos de vacaciones un fin de semana largo —expliqué, ocultando mi preocupación tras mi sonrisa. No quería que creciera como Anya y yo. Nuestros únicos momentos de despreocupación eran cuando estábamos lejos de nuestros padres—. ¡Sorpresa! —exclamé.

Su sonrisa se amplió más. Le encantaban nuestros viajes de fin de semana. Por supuesto, normalmente eran exactamente eso. Una *escapada* de fin de semana. No una *escapada* de verdad, más bien unas vacaciones del tipo "escóndete de los mafiosos".

Me puse al volante y, justo cuando metí la llave en el contacto, sonó el pitido de mi móvil.

Comprobé el nombre.

Era Willow.

Willow: ¿Estás bien?

Miré el reloj del tablero. Llevaba tres horas de retraso, estaba en California. Se suponía que volvería hoy o mañana. Tenía muchas ganas de verla. Gabriel también. Y, sin embargo, aquí estábamos, huyendo. Del Cártel Santos y Tijuana.

Hablando de mala suerte.

Yo: Sí, perfecta. ¿Y tú?

A diferencia de mí, Willow tenía el cabello castaño oscuro que brillaba con reflejos rojizos bajo el sol. Era de baja estatura, solo medía un metro sesenta, pero su personalidad la hacía parecer más grande. Debido a la herencia de sus padres, había acaparado los mejores rasgos de su madre, que era portuguesa, y de su padre, que era francés. Y lo mejor era su corazón de oro.

Willow: Royce dijo que podrías estar en problemas.

Sí, nada se les escapaba a los hermanos Ashford.

Yo: ¿Has sabido algo de Aurora?

Había estado preocupada por ella. Después de su expedición a Rusia y de capturar al hombre que mató a su hermano, no había vuelto a ser la misma.

Willow: Sí, vendrá a D.C.

Enarqué una ceja, sorprendida. Antes de que pudiera responderle, recibí otro mensaje:

Willow: Asistiendo a la recaudación de fondos de su padre.

Las odiaba. Me sorprendió que sus hermanos la convencieran de asistir.

Yo: Estarás aquí cuando ella llegue, ¿verdad?

No quería que Aurora estuviera sola.

Willow: ¿Dónde estarás?

Willow era como un dolor en mi maldito trasero a veces.

Yo: Por ahí.

Las burbujas aparecieron en mi pantalla, pero antes de que pudiera decir otra palabra, escribí un rápido

Yo: Que tengas un buen vuelo de vuelta a casa.

Hice clic en enviar, luego apagué el teléfono y me centré en la situación que teníamos entre manos. Teníamos que llegar sanos y salvos a la cabaña Ashford. Una vez allí, estaba segura de que nadie podría encontrarnos. Los Ashford tenían una seguridad de primera. Pasaría desapercibida hasta que pudiera decidir cuáles serían mis próximos pasos.

Esconderme del Cártel Santos y Tijuana sería algo difícil de hacer. Especialmente sin dinero que me respaldara.

QUINCE

RAPHAEL

No tenía ninguna duda de que la joven se apresuraría a ir a buscar a su hijo. El plan era agarrarlos y ponerlos a salvo. No necesitaba estar persiguiendo a la mujer por todo el maldito país.

Tenía una organización y empresas que dirigir.

Tardamos mucho en llegar a la escuela de Gabriel. Diego no estaba familiarizado con el ilógico trazado de las calles de Washington D.C., malditas indicaciones de Google Maps.

Vi a Sailor en cuanto nos acercamos al edificio de Janney Elementary School, en Albemarle, D.C. Mis labios se curvaron en una sonrisa ante su intento de disfraz. Unos *jeans* rasgados que se ajustaban perfectamente a sus muslos. Camiseta negra lisa. Zapatos deportivos. Y una gorra de béisbol con la coleta recogida. Era su cabello lo que la delataba. Era difícil no ver ese tono.

Aunque parecía que la mujer no tenía problemas con las direcciones en D.C. porque encontró tiempo para ir a casa, tomar su coche, cambiarse, y luego llegar al colegio de su hijo mientras nosotros apenas acabábamos de llegar a nuestro primer destino.

—Más despacio, Diego —ordené.

Los vi apresurarse hacia su vehículo. Un Volkswagen Jetta blanco. Sonreía a su hijo mientras lo introducía en el coche. Había visto fotos de Gabriel. No se podía negar que era un Santos. Tenía el cabello oscuro y los ojos azules, aunque también esos rasgos los tenían muchos otros. Pero su estructura facial, incluso su sonrisa, se parecían a mis fotos de niño. No se parecía en nada a su tía, o madre adoptiva. Según las fotos que había visto de Anya McHale, tampoco se parecía en nada a su madre biológica.

Nada de eso me importaba. No obstante, verlo sonreírle a Sailor, con una mirada llena de amor, me hizo cuestionar mi plan de atraerlo a mi mundo. Después de todo, tampoco quería formar parte de él. Sin embargo, nunca hubo posibilidad de salir. Mi salvación fue que pude hacer cambios en la organización con la muerte de mi hermano y de mi padre.

Desechando cualquier idea ridícula de dejar que Gabriel y su madre vagaran libres por el mundo, endurecí mi resolución. Era más peligroso dejarlos a la intemperie. Así como lo descubrí también podrían hacerlo mis enemigos. Y si le ponían las manos encima a Gabriel, lo usarían como daño colateral contra mí. Lo lastimarían.

Volviendo a mi plan original de secuestrar a madre e hijo, ladré la orden.

—Los seguiremos hasta su destino. Luego los atraparemos.

Mi plan era sentarme y esperar a que la señorita McHale viniera a buscar a su hijo a la escuela primaria a la que asistía el pequeño Gabriel, y luego agarrarlos a los dos. Pero en retrospectiva, era un plan tonto.

Se acabó el esperar.

Los llevaría a mi casa. Los protegería en mi territorio. Le enseñaría a Gabriel todo lo que necesitaba saber sobre nuestro imperio y cómo sobrevivir en el bajo mundo. Dependería de él cuando fuera mayor de edad, si quería quedarse o no. Pero sería capaz de defenderse si alguien viniera por él.

Y Sailor... Bueno, le enseñaría a esa mujer algo completamente diferente. Pero primero, tendría que hacerla entrar en razón. Ella y Gabriel tendrían que quedarse conmigo. Era la única manera de protegerlos.

—¿Cómo demonios llegó tan rápido? —refunfuñó Diego.

Me encogí de hombros.

—Se crio en Washington y probablemente sabe moverse mejor que nosotros tres juntos.

Le marqué a Caine.

—¿Sí?

—Ve al apartamento de la mujer y empaca toda su ropa y la del niño. Envíala a mi casa. Que no te atrapen.

Caine podía ser invisible cuando quería. Era su fuerte.

—Entendido.

Colgué mientras esperábamos. Diego hizo un buen trabajo ocultando el vehículo detrás de otro coche estacionado mientras veíamos a Sailor ponerse al volante, con la atención puesta en su teléfono. No tardó mucho y arrancó el auto.

—Que empiecen los juegos —anuncié.

La seguimos durante dos horas antes de que Diego empezara a refunfuñar.

—¿A dónde demonios va? ¿A la tierra de nadie? Esto es como el salvaje, salvaje oeste.

Me burlé.

—Ni mucho menos. Todavía estamos en Maryland.

—*Madre de Dios*, ¿quién querría vivir aquí? —se quejó Diego.

—Bueno, al parecer unas trescientas mil personas quieren vivir en el oeste de Maryland. —Me reí entre dientes.

—Idiotas —respondió Diego.

—No pierdas a la mujer —advertí, notando que la distancia entre su coche y el nuestro se hacía cada vez mayor.

Ignorando lo que Diego murmuraba en voz baja, llamé a Nico. Contestó al segundo timbrazo:

—Raphael, ¿qué puedo hacer por ti?

Era lo que me gustaba del hombre. Directo al grano y sin tonterías.

—Necesito que localices a Sailor McHale.

Su risita profunda llegó a través de la línea.

—¿Ya la perdiste?

—No. —No era como si fuera a compartir con él que me había pateado en las malditas pelotas—. Por favor, mantén cualquier amenaza entrante o preguntas sobre ella monitoreadas.

—Supongo que la explosión en D.C. tiene algo que ver con ella.

—Santiago Tijuana pagó la fianza.

—Maldición.

—Sí, *maldición.* —Estuve de acuerdo con el sentimiento.

—La perseguirán. No puede estar ahí afuera sola —gruñó Nico.

Estaba completamente de acuerdo.

—La estoy siguiendo, pero quiero estar al tanto de cualquier otra persona que pueda estar

sobre ella.

—Dame cinco minutos. Pondré una aplicación en tu teléfono. Podrás ver todo lo que hago en relación con ella.

—Excelente. Gracias.

Fiel a su palabra, mi teléfono sonó y, ¿qué crees? El destino final de la pequeña señorita rayito de sol en mi teléfono. Parecía que nos encontraríamos en las montañas Appalachian.

—Vamos a disfrutar de unas vistas de las Appalachian —les dije a mis hombres.

—Las mujeres normales corren a la playa —protestó Diego—. Pero no pudimos conseguir una de esas.

Ya podía decir que a Diego *le encantaban* las montañas.

DIECISÉIS

SAILOR

Gabriel ya estaba profundamente dormido. Había sido un día largo, el cansancio pesaba en mis huesos, pero era imposible deshacerme de la ansiedad que llevaba dentro. Me paseaba de un lado a otro, el silencio de la cabaña era casi abrumador.

El sonido de los grillos me crispaba los nervios. El ulular del búho me daba ganas de lanzar algo por los aires. No era racional. Era miedo.

Metí la pata. El artículo que publiqué debería haberme proporcionado protección. Las pruebas que aporté deberían haber sido lo bastante convincentes como para encerrar a Santiago Tijuana de por vida. Entonces el plan era negociar con él, conseguir pruebas contra mi padre.

En lugar de eso, lo jodí en grande. Ahora, me encontraba huyendo. La seguridad de Gabriel estaba en juego, y todo era culpa mía.

El pánico se deslizó por cada célula en mí. Tenía que ver cómo estaba. Asegurarme de que se encontraba bien. Me apresuré por la cabaña y abrí silenciosamente la puerta de la habitación donde dormía.

Asomé la cabeza y lo encontré profundamente dormido. Estaba con los brazos y las piernas estirados y una pequeña sonrisa en su rostro. Mi niño feliz. Mantendría esa sonrisa en su cara. Costara lo que me costara.

Por Anya.

Me había protegido, sacrificó su felicidad por la mía. Mi padre la violó. Tantas veces. En lugar de protegerla, le hizo daño. Me aterrorizaba la oscuridad, siempre cruzaba el pasillo descalza en su busca porque estar con ella me reconfortaba. Me daba paz. Escucharla respirar, verla dormir.

Excepto cuando venía el monstruo. Fue la única razón por la que frunció el ceño cuando yo le rogaba dormir en su habitación.

—Despierta, Sailor. —La voz de mi hermana tenía urgencia. Me encantaba oír su voz. Era suave y cuando me cantaba canciones de cuna sentía calidez por dentro. Sin embargo, cuando estaba triste, le dolía demasiado la garganta. Decía que le apretaba demasiado. Así que le cantaba las canciones que aprendí en el jardín de niños. Quería que se sintiera mejor.

Porque la amaba. Nunca me gritó y nunca me pegó. Mamá y papá lo hacían. Nos hacían llorar; a Anya más que a mí.

—Sailor, despierta. —El aire frío llenó la habitación y mis ojos se abrieron de golpe.

Parpadeé una y otra vez, confusa—. Tienes que esconderte.

El miedo me recorrió y mi corazón se aceleró, retumbando contra mi pequeño pecho.

El rítmico golpeteo de los zapatos sobre el suelo de mármol resonó en el vestíbulo.

—Tengo miedo, Anya —gemí en voz baja.

El sonido se acercaba cada vez más.

—Debajo de la cama. ¡Ahora! —Me empujó debajo de ella—. Ni un sonido, Sailor. Pase lo que pase, quédate callada. ¿De acuerdo?

Me ardían los ojos, me caían lágrimas por la cara y me empezó a gotear la nariz. Me la limpié con el dorso de la mano.

—Te quiero, Sail —susurró.

—También te quiero, Anya.

La puerta rechinó y, en un rápido movimiento, bajó una manta por un lado de la cama, dejándome en la oscuridad. El miedo era algo peculiar. Te tragaba, como un agujero negro, arrastrándote a las profundidades del infierno.

—Ahí está mi puta. —No sabía qué significaba la palabra, pero no me gustaba—. ¿Sabes cómo se dice puta en español?

La voz de padre era cruel y fría, como la escarcha congelada contra la piel. Anya no debió responder porque padre continuaba hablando.

—Puta, Anya. Recuérdalo. —No entendía las palabras, pero mi corazoncito lo odiaba tanto. Tampoco me agradaba madre. Le dije que papá estaba haciendo llorar a Anya. En vez de ayudarla, ella me abofeteó en la cara y me llamó mentirosa.

—Súbete a la cama —ordenó en tono duro.

—Por favor, no. —La suave voz de Anya era un leve susurro. Sus palabras apenas flotaron en el aire antes de que una fuerte bofetada resonara en el silencio. Me llevé la mano a la cara, sujetándomela. Aún recordaba el dolor que sentí cuando mi madre me abofeteó. Mi corazón lloró por Anya y mi boca se abrió para gritar. Pero entonces recordé la petición de mi hermana. Ni un sonido.

Mi mano libre me tapó la boca.

Chirrido. El colchón se hundía, asfixiándome. El espacio era demasiado pequeño, estaba demasiado oscuro.

—Grita. —Odiaba su voz. Lo odiaba. Más que a nadie.

Me mordí el labio, saboreé la sangre. Anya solía sanar mis heridas, no obstante, mi corazoncito sabía que su herida era más grande.

—Llora para mí, mi pequeña puta. —El susurro frío y cruel era como una niebla ominosa que rodeaba la habitación, sofocaba todo lo bueno del mundo.

Chirridos en la cama. Las sábanas se movieron a medida que los cuerpos se desplazaban por la cama y mi escondite se abrió. Los dedos se enroscaron en el borde de la cama, agarrándola con fuerza. Dedos feos. Dedos arrugados. Uno de esos dedos sostenía el anillo con el escudo de la familia McHale.

Los gritos burbujeaban en mi garganta, pero Anya dijo que me mantuviera en silencio.

Así que me mordí la mano. Con fuerza. Sentí el dolor y oí los ruidos que me revolvían el estómago. Odiaba aquella maldita cama. Lágrimas calientes y saladas goteaban por mi barbilla.

—Grita, ¡maldita sea!

Un sudor frío me recorrió la frente y un temblor me comenzó en las manos y el cuerpo. Mis pulmones se tensaban y mi corazón se aceleraba. Mis dedos se cerraban en puños y mis uñas se clavaron en las palmas de mis manos.

«Respira, Sailor». Casi podía oír la voz de Anya mezclándose con los sonidos de la noche. Inhalé profundamente, dejando que se me hincharan los pulmones y luego exhalé despacio. Repitiéndolo una y otra vez, mi ritmo cardíaco finalmente disminuyó.

Miré el reloj, que marcaba las ocho y media. Odiaba la idea que me rondaba por la cabeza, pero al menos que les pidiera dinero a los Ashford, cosa que no quería hacer, era mi única opción. Ni Anya ni yo habíamos tenido nunca una buena relación con mamá, pero era nuestra madre. Tenía que preocuparse por nosotras al menos un poco. Lloró cuando Anya murió y me había pedido que volviera a casa en varias ocasiones. Eso significaba que se preocupaba, al menos un poco. Tal vez podría apelar a su buena naturaleza.

La aprensión se me retorció en el estómago, el plomo en la boca me lo advirtió, mas lo ignoré. Era mi orgullo. Eché otro vistazo al reloj y tomé una decisión.

Mi padre no volvería a casa hasta dentro de una hora, suponiendo que mantuviera la misma rutina.

Le pediría ayuda a mi madre. Necesitaba dinero. Cuando me aparté de ellos, me alejé de todo. Dinero, ropa, herencia. Tuve que empezar de cero, pero gracias a los Ashford, no fue un proceso doloroso. Gracias a los hermanos sobreviví esa primera semana. Ese primer año.

Había sido más feliz que nunca. Gabriel estaba a salvo y era un bebé tan bueno. Cada día veía en su cara la confirmación de que había tomado la decisión correcta.

No había hablado con mis padres en más de siete años. Me marché el día en que nació Gabriel. Cuando salí del hospital con el bebé de mi hermana, no tenía ni un centavo a mi nombre, lo que me dejó sin hogar y sin posesiones.

Ni siquiera tuve la oportunidad de pedir ayuda. Byron me acogió y me dejó quedarme en su *penthouse* con el bebé, mientras conseguía un lugar para mí y el bebé. Aurora y Willow dejaron la residencia universitaria y se quedaron con nosotros. Byron contrató a una niñera para que cuidara de Gabriel y yo pudiera seguir estudiando, compró todo lo que el niño y yo necesitábamos y pagó los cuatro años siguientes de mi matrícula.

Era algo que nunca sería capaz de pagarle. De ninguna manera los pondría en medio de ese lío. Arriesgar sus vida y la de sus familias.

No obstante, necesitaba suficiente dinero para desaparecer.

Con el corazón pesado, pulsé el botón de llamada y escuché los timbres, que me aceleraban el pulso.

—Residencia McHale. —Reconocí la voz de nuestro viejo mayordomo, James.

—Hola, James —lo saludé—. Es Sailor.

—Señorita McHale, qué bueno saber de usted. —A decir verdad, James era la persona más agradable en la casa McHale. Nunca entendí por qué se quedó, en vez de mudarse a una familia más normal. Mis padres debían ser la pareja más disfuncional que haya pisado la tierra.

—También me da gusto saber de ti, James. ¿Cómo estás? ¿Y tu familia?

—Les va bien, gracias. ¿Y usted y su hijo? —Se me estrujó el corazón al ver que nos había recordado y un pequeño destello de esperanza se encendió en mi pecho. Quizá mi madre nos vigilaba. Si no, ¿cómo iba a saberlo?

—Le está yendo de maravilla —dije—. Ya tiene siete años y es muy inteligente. Me enorgullece cada día.

La suave risita de James se extendió por la línea.

—Si se parece en algo a usted, es un niño extraordinario.

Mi garganta se obstruyó, las emociones me ahogaron.

—¿Está mi madre por ahí? —pregunté.

—Justo a tiempo. Las damas del club de *bridge* llegarán en diez minutos.

Dios, algunas cosas nunca cambiaban. Después de todos esos años, seguía dirigiendo el club. Era un grupo de señoras sin contacto con la realidad y, desde luego, sin aspiraciones. Me encogía ante la posibilidad de quedarme atrapada en una vida tan vacía. No cambiaría por nada todos los años de penurias económicas que vivimos.

—Gracias —murmuré. Mi corazón martilleaba contra mi pecho en anticipación, la incertidumbre se deslizaba por mis venas.

—¿Hola? —La voz de mi madre llegó a través de la línea. Era fría y reservada. Quizá James no le había dicho quién era que llamaba.

—Hola, madre —saludé con voz ronca—. Soy yo. —Luego, insegura de que reconociera mi voz, añadí—: Sailor.

Era su única hija viva. Deberíamos habernos mantenido en contacto, sin embargo, nuestra familia se desmoronó.

—Hola, Sailor. —No estaba segura de lo que esperaba, pero no era eso. El tono de su voz sugería cortesía, pero no había calidez en ella—. ¿Dónde estás?

Inhalé profundamente y solté el aire lentamente.

—Estoy a salvo. En casa de los Ashford —comenté vagamente. Los Ashford tenían muchas propiedades en todo los Estados Unidos—. Estoy en problemas. —No tenía sentido alargar esto —. Necesito dinero y esperaba poder... —Dios, ¿por qué esto apestaba tanto?—. Esperaba que me prestaras diez mil.

Se alargó el silencio.

—Necesito desaparecer por un tiempo —expliqué—. Mi artículo sobre el cártel nos ha puesto en la mira y nuestras vidas corren peligro.

En cuanto oí su suave risita, supe que fue un grave error.

—Leí el artículo. Está causando un gran revuelo. —Su voz era fría, indiferente. Justo como la recordaba. El tono imperturbable era el mismo que me dio cuando corrí hacia ella llorando, diciéndole que mi padre estaba lastimando a Anya.

Justo antes de que me diera una bofetada y me prohibiera repetir esas palabras. O de lo contrario estaría en graves problemas.

La ira se hirvió a fuego lento en mi interior.

—¿No vas a preguntar cómo está tu nieto?

—No es mi nieto. —Escuchaba el disgusto en su voz incluso a través de la línea—. Debería haber sido dado en adopción. Nunca será un McHale.

—Es tu propia sangre —respondí con voz ronca—. Es mi hijo. Es lo único que nos queda de Anya. ¿Cómo puedes siquiera sugerir que debería haber sido abandonado?

—Es un *latino*. —Mi corazón se heló y luego se convirtió en un infierno. La palabra sonaba asquerosa viniendo de ella.

—¡Es un niño! —grité a través de la línea—. ¡Tu nieto! ¡Mi hijo. Nada más y nada menos!

—Es un bastardo. Una desgracia para nuestro linaje y nuestra familia.

—La única desgracia eres tú. —Mis manos temblaban de rabia—. Tú y mi padre. No lo merecen. A nosotros. Nunca lo hicieron. Nos han fallado, maldición. Deberías haber protegido a Anya. —Mi voz tambaleó—. Deberías habernos protegido de él. En vez de eso, nos llevaste hacia él como ovejas a un matadero.

Un latido de silencio.

—¿Por qué llamaste?

—Fue un error. Uno que no pienso repetir. *¡Jamás!* —La ira hervía, haciendo que mi rabia y mi dolor se derramaran por mis venas—. No esperes volver a saber de mí.

—Volverás arrastrándote hasta nosotros —se mofó—. Ya estás prácticamente ahí.

—Prefiero morir que arrastrarme hasta ti. —Encontraría otra forma de proteger a mi hijo—. Nunca volverás a verme. Y no tengo intención de volver a verte. Adiós, *Cecilia*.

Porque nunca volvería a llamar madre a esa mujer.

Tiempos desesperados y toda esa mierda podrían irse al carajo.

DIECISIETE

SAILOR



Faltaban horas para el amanecer y el sueño no me encontraba.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que me encontré cara a cara con Raphael Santos. En ese momento miraba al techo oscuro, reviviendo cada momento y cada palabra pronunciada. A él. A mi madre.

Los recuerdos me ahogaban. También el odio que me quemaba cada vez que pensaba en mis padres.

¿Cómo pude ser tan estúpida? Llamar a mi madre. Realmente esperaba que no le dijera a mi padre que llamé. *«Idiota, idiota, idiota»*.

Y luego estaba el asunto de Raphael Santos. En el momento que vi su cara, reconocí sus rasgos. Si no hubiera ocurrido esa maldita explosión, habría salido de allí sin él.

Tenía que estar allí por el caso Tijuana. En calidad de qué, no se sabía.

Fui una tonta al pensar que podría seguir la historia del cártel y no cruzarme con el famoso miembro de la organización. El Cártel Santos dirigía el bajo mundo de Florida con conexiones con Sudamérica. Concretamente, Colombia, ya que eran originarios de allá.

Mi corazón se aceleró, más de lo natural, pensando en el hombre de los ojos azules. Tenía que ser por miedo. Sí, definitivamente miedo. Ese diablo no era mi tipo en absoluto.

Los sonidos de los grillos y las suaves olas de Deep Creek llenaban la noche, pero a diferencia de tantas otras veces, no podía encontrar la paz en esos ruidos. Mi mente daba vueltas a todas las opciones y posibilidades. Y no encontraba una solución.

Gabriel y yo no podíamos quedarnos en esa cabaña para siempre. Los Ashford vendrían de nuevo. Si pedía ayuda, lo harían. Sin interrogantes. Un simple *sí* y se pondrían en marcha para garantizar nuestra seguridad.

Sin embargo, no me perdonaría si los metiera en ese lío.

Era una situación agridulce. Ellos eran más una familia que la mía. No nos debían absolutamente nada a Gabriel ni a mí y, sin embargo, siempre nos ayudaban. Mis propios padres, por otro lado, nunca lo hicieron y nos dieron nada más que miseria.

Ya debería estar acostumbrada, pero aun así me dolía. Me dolía que se negaran a reconocer a Gabriel. Me dolió que nos dieran la espalda en el momento en que nació. Citando a mi querida madre.

—*Porque es una desgracia*.

La misma rabia familiar inundó mis entrañas. Mi madre era una desgracia. Mis dos padres lo eran. No un niño inocente. Y todo porque no estaba a la altura de sus malditos estándares. *«No pienses en eso, Sailor»*.

Por décima vez esa noche, me levanté de la cama y caminé por el suelo de madera de la cabaña hasta la habitación de Gabriel. En cuanto entré en ella, la pesada presión de mi pecho se alivió un poco y mis labios se curvaron en una sonrisa.

Era la misma sensación tranquilizadora que tenía de niña cuando iba a la habitación de Anya.

A pesar de las jodidas circunstancias de cómo llegó a ser, Gabriel fue lo mejor que me pudo pasar. Me hizo ver lo equivocadas que estaban ciertas cosas. Fue quien me impulsó cada día a luchar las batallas y hacer lo correcto.

Me acerqué a su cama y rocé con mis dedos sus suaves rizos oscuros.

Era alto para tener siete años. Su pelo oscuro necesitaba un corte. Excepto que era mala con las tijeras y él odiaba que alguien que no fuera Willow, Aurora o yo le cortara el cabello. Lo mimábamos un poco, pero se lo merecía. Cada maldita cosa. Y lo tendría.

Su pie colgaba de la cama, las sábanas empujadas. Ese chico siempre tenía calor, no importaba la época del año. Y estaba claro que no temía a los monstruos que le arrebatarían el pie que colgaba de la cama.

No como yo.

Tenía miedo de la oscuridad y de los monstruos. Porque esos *monstruos* venían en todas las formas y tamaños. Cuando menos te lo esperabas, atacaban.

La puerta rechinó y mi corazoncito tronó, amenazando con romperme el pecho.

—¡Anya! —grité, sacudiéndole la mano—. Despierta. Oigo un monstruo.

Las dos teníamos el sueño pesado, pero me dirigía a su habitación cuando oí pasos en el suelo de mármol. Volví a sacudirle la mano y apenas abrió los ojos.

—Duérmete, Sailor.

Otro crujido.

—Vienen monstruos —gemí y salió disparada hacia la cama. Era demasiado tarde.

Me empujó fuera de la cama, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Escóndete —me ordenó.

Sí, los monstruos estaban por todas partes. Incluso entre los ciudadanos honrados de nuestra alta sociedad. Como nuestro propio padre. Encerré firmemente a los fantasmas en un armario, incapaz de enfrentarme a ellos en ese instante. O tal vez tenía demasiado miedo.

Apostaría mi vida a que Raphael Santos no tenía miedo. De nada. Infundía miedo, no lo sentía. Lo envidiaba. Al menos en ese aspecto.

Me burlé en voz baja.

Eso sí que era la primera vez. Envidiar a un mafioso que me quitaría la vida sin dudarlo. Especialmente después de que lo pateé en las pelotas. Tendría que contarle esa historia a Royce algún día. Estaría orgulloso de mí.

Aunque esperaba no haber herido permanentemente a Raphael. Después de todo, me protegió durante el ataque y me ayudó a salir de aquel manicomio.

Recordaría para siempre esa cara.

Sería imposible olvidar aquel rostro cincelado con los rasgos más hipnotizantes. Boca carnosa, pómulos esculpidos, mirada azul que debería aterrorizarme, y de la cual no podía apartar los ojos. Y esos tatuajes. ¡Jesucristo!

Sin embargo, le quedaban bien. Ser el diablo que era.

Ese costoso traje de tres piezas hecho a la medida no podía ocultar al diablo que había debajo. Despiadado. Peligroso. Tan caliente. «*No, no, no*». Tacha caliente.

Maldito. Despedazó mi vida con su aparición. ¿No fue suficiente que su padre destruyera a mi hermana? Nuestra frágil familia. Ella lo era *todo* para mí. ¿Por qué el mundo era tan injusto? Deseaba que hubiera más tiempo para las dos, que hubiéramos podido envejecer juntas y ver crecer a Gabriel hasta convertirse en un buen hombre.

Lombardo Santos me la arrebató. Aunque era plenamente consciente de que echarle toda la culpa al padre de Gabriel no estaba bien. Solo acabó con Anya. Su dolor empezó muchos años antes que él.

Padre se encargó de ello. Hizo de su vida un lienzo de sufrimiento y dolor.

Sacudí la cabeza, como si eso fuera a deshacerme de todos mis pensamientos, agarré una manta y me tumbé en el sofá de la habitación de Gabriel.

Concentrada en su suave respiración, por fin encontré mi seguridad. Escuchar su respiración siempre ahuyentaba mis miedos. Como esa sensación de que el diablo vendría por la noche y me robaría a mi hijo.

Era todo lo que me quedaba de mi hermana. Así que me mantuve en guardia.

Si tan solo recordara que tenía el sueño pesado.

Una suave brisa rozó mi mejilla, el aire fresco de la montaña se abrió paso en la habitación. Los suaves ruidos matutinos me tranquilizaron mientras dormía. Gemí cansada y me abracé más fuerte a las sábanas. Necesitaba dormir un poco más.

Fue entonces cuando me llego el aroma. Regaliz negro, dulce y mortal.

Salí disparada de la cama, olvidando dónde estaba y caí del sofá. Un par de botas negras fue lo primero que vi de él.

El maldito me encontró.

No habían pasado ni veinticuatro horas y Raphael Santos me había encontrado. Mis ojos se dispararon hacia la cama. Estaba vacía. Luego se levantaron, girando el cuello para ver aquellos ojos azules.

—Buenos días —dijo con un acento suave y *sexy*. Su voz grave me hacía cosas. No me gustaba.

A la mierda sus buenos días. Y a la mierda su voz *sexy*.

—¿Dónde está Gabriel? —siseé, tratando de sonar valiente.

—Está a salvo.

—¿Dónde? —pregunté entre dientes.

—Está afuera con Caine.

Parpadeé.

—¿Caine? ¿Afuera? —Probablemente pensó que era tonta.

—Sí, pensé que era mejor que no presenciara esto.

La respiración se me entrecortó en los pulmones justo antes de que el corazón se me

acelerara. *Miedo.* Me sacudió desde lo más profundo. Fallé en proteger a Gabriel. Me temblaron las manos y bajé la mirada. Seguía apretando la manta a mi alrededor, que apenas me cubría. Dios, me moriría en mis *shorts* de *lycra* y camiseta que decía muérdeme.

No tenía sentido, pero quería pedirle que me dejara cambiar.

Santo cielos, estaba a punto de matarme y me preocupada por mi vestuario.

Tragué con fuerza, aún tendida en el suelo, mientras mi mente trabajaba vigorosamente en diferentes escenarios en los que salía viva de esta. Con Gabriel. Lejos de ese hombre.

Excepto, ¿cómo se negociaba con un criminal?

—A mis amigos no les hará gracia encontrar mi cadáver en su cabaña. —*¿En serio?* Eso fue lo mejor que se me ocurrió—. Son poderosos y... —¿Y qué?—. Y vendrán por ti.

Su sonrisa contenía una petulancia que no me gustaba.

—Ah, sí. Los Ashford —replicó—. Sí, estoy al tanto de quién es el dueño de la cabaña.

Me mordisqueé el labio inferior, insegura de si yo tenía la ventaja o él. Parecía indiferente a la influencia de los Ashford.

—Vete ahora y no les diré nada. —Echó la cabeza hacia atrás y se rio. No era exactamente el efecto que buscaba—. Solo déjanos a Gabriel y a mí solos.

Me observó fijamente. Me sentí inferior, sentada a sus pies porque estaba demasiado asombrada de encontrarlo allí como para recomponerme.

—No puedo hacer eso. —Ronroneó, su expresión llena de cierta diversión sardónica.

Tragué saliva.

—Pero la familia Ashford vendrá por ti.

—Que vengan.

Debería haber sabido que el criminal no tendría miedo. Especialmente uno que se veía tan *sexy* en sus *jeans*.

—¿Así que vas a matarme? —Me ahogué con las palabras, con el corazón amenazando con salírseme del pecho. Maldita sea, no estaba preparada para morir. Debería haber sabido rechazar a los federales cuando me nombraron testigo principal del Cártel Tijuana. Demonios, fui tan estúpida. Esa fue la última vez que me negué a escuchar mi instinto.

Mierda, no habría una próxima vez para escuchar mis *instintos*.

Los ojos de Raphael se entrecerraron durante una fracción de segundo antes de borrar su expresión en una máscara ilegible.

—No voy a matarte —aseguró, manteniendo la voz uniforme—. A menos que me obligues.

Oh, mierda.

—¿Y… y Gabriel? —susurré, asustada de que nos separara.

—Eres su madre —explicó—. No mataré a la madre de mi único hermano vivo. — *Gracias a Dios*—. Pero vendrás con nosotros.

—No puedes llevarnos —protesté—. Gabriel tiene escuela. Sus amigos. Tengo un trabajo.

Todas excusas y mentiras. No podíamos volver a nuestra vida normal. El cártel nos encontraría y nos mataría.

Raphael no perdió detalle.

—Tienes un trabajo que te convirtió a ti y a mi hermano en su objetivo. ¿No aprendiste en tu investigación que el Cártel Tijuana y la familia Santos son rivales?

Maldito infierno. Esa parte me la perdí.

Parpadeé.

—¿L-lo son? —balbuceé.

—Sí —respondió secamente—. ¿Qué clase de periodista eres si no haces tu tarea?

Ese hijo de puta.

De repente, todo lo que podía ver era rojo y todo lo que podía saborear era ira. Mi corazón se aceleró de furia y, antes de darme cuenta, me puse en pie y mi mano voló por los aires. Justo cuando mi mano estaba a punto de chocar contra su hermoso rostro, me agarró de la muñeca y me hizo girar.

Se me escapó una bocanada de aire y me ardieron las mejillas. ¿Cómo demonios se había movido tan rápido?

Su mano en mi piel. Su aliento caliente contra mi oreja. Su cuerpo apretado contra mi espalda. Al instante, la ira se evaporó y la excitación ocupó su lugar.

Para mi horror y consternación.

Forcejeé contra él, con mi trasero rozando su duro cuerpo, aunque fue inútil. Era mucho más fuerte que yo y al final me quedé inmóvil, con la respiración agitada llenando la habitación.

—¡Suéltame! —bramé, con un dolor palpitante entre los muslos que no había sentido en mucho tiempo. No, tacha eso. *Nunca* lo había sentido. No podía entender esa reacción a ese hombre. Era una sensación extraña y la única explicación lógica era que mi atracción por el criminal era el resultado de mi abstinencia de toda la vida.

Estaba mal en muchos niveles, porque lo odiaba. A toda su familia.

—No intentes pegarme otra vez, *mi reina*. —Fue una advertencia suave y gentil, pero arruinada con el más leve apretón de sus dientes—. Ayer te dejé salirte con la tuya. La próxima vez, no tendrás tanta suerte.

—¿O qué? —Respiré.

Mi cordura estaba oficialmente por los suelos. No debería desafiarlo.

Apretó su cara contra mi cuello desde atrás y un temblor recorrió cada centímetro de mi cuerpo.

—O tendré que darte varias nalgadas hasta que veas las cosas a mi manera. —Algo entre un jadeo y un gemido se deslizó por mis labios y una lánguida sensación tiró de mis músculos. Su boca presionó contra mi oreja. Dios mío, no me gustaban las nalgadas. *¿No?*—. ¿Nada más que decir?

La confusión luchaba en mi interior ante mi propia excitación. Odiaba que me movieran bruscamente. La mayor parte del tiempo, detestaba que me tocaran. Y aquí estaba, jadeando, muy consciente de cada una de sus respiraciones y de cada punto donde su cuerpo tocaba el mío.

—¡Te desprecio! —escupí. Era todo lo que tenía.

Era un criminal a sangre fría. *Letal.* Su familia era conocida por su crueldad. Una larga lista de asesinatos y tráfico de personas. Había oído que ya no se dedicaban a la trata, pero no estaba segura. A diferencia del Cártel Tijuana, el Cártel Santos era famoso por su presencia anónima y sin rostro entre las organizaciones criminales.

Fue la razón por la que nunca reconocí a Lombardo Santos. Anya guardaba secretos, tratando de protegerme. Mi padre la vendió a Santos. Hasta el día de hoy, no pude entender por qué. Tenía mucho dinero.

Anya estaba tan asustada de padre que accedió a cumplir sus órdenes. A miles de kilómetros de distancia. Estábamos en Miami, papá estaba en D.C. y aun así controlaba a mi hermana. La aterrorizó tanto que caminó voluntariamente hacia Lombardo. Aurora, Willow y yo la seguimos, sin saber en lo que nos metíamos.

Ojalá me lo hubiera dicho. Podríamos haber huido juntas. Hubiéramos intentado algo. En lugar de eso, fuimos testigos de esa crueldad hasta que Lombardo Santos se enteró de que el apellido de Aurora era Ashford. Después de destrozar a mi hermana, llamó a su padre y, como si

fueran los mejores amigos, los dos rieron y bromearon mientras nos sacaban a las cuatro, marcadas para siempre.

Así que sí, tenía un gran interés en acabar con todos los criminales. Incluyendo a los que se escondían tras su nombre y legados familiares. Había trabajado en derribarlos a todos, pieza por pieza. Destruiría a mi padre por lo que le hizo a mi hermana. Se creía intocable. Pero lo atraparía. Me negué a desaparecer del planeta tierra hasta que ese desgraciado pagara por sus pecados.

Nuestros cuerpos estaban unidos, su pecho a mi espalda, y chispas se encendían bajo mi piel cada vez que se movía. Era como estar electrificada y disfrutar de la sensación.

—No me desprecias —dijo—. Puede que *desprecies* lo que represento, pero ciertamente no a mí.

—Alguien está delirando —me mofé entre dientes. No tenía ni idea de cuándo me había vuelto tan valiente. Quizá lo único que necesitaba era dormir.

—Entonces, ¿por qué huelo tu excitación, *Reina*? —se burló, con su voz profunda demasiado cerca.

—Hueles mi asco, *cariño* —espeté.

Mis dedos se movieron, ansiosos por clavar un cuchillo en el negro corazón del diablo.

Excepto que algo sobre herir a este demonio no me sentaba muy bien.

DIECIOCHO

RAPHAEL



Cambio de planes.

Esa mujer tenía demasiado fuego como para hablar las cosas razonablemente. Así que la asustaría un poco y no le daría otra alternativa más que ver las cosas a mi manera.

—Vamos a establecer algunas reglas, ¿de acuerdo? —Esbocé con tono perezoso. Podía mentirse a sí misma todo lo que quisiera, pero la bella reportera se sentía atraída por mí. La respuesta de su cuerpo ante mí la confundía y ella lo odiaba.

Tuve cuidado de no dejar que mi polla rozara su trasero o corría el riesgo de perder el control. Como la primera noche que la había visto, todo en esa mujer me atraía. Su olor me recordaba al cielo, y el diablo rara vez vislumbraba el cielo. Así que esta vez me aferraría a ella.

Esta vez no iba a desaparecer.

—Que se jodan tú y tus reglas.

Sacudí la cabeza, divertido. No se podía razonar con esa mujer. No en su estado. Su odio hacia mí pesaba más que su inteligencia.

—Las cosas van a ser de esta manera. —Empecé, ignorando su arrebato—: Vendrás con nosotros voluntariamente, y te protegeré a ti y a mi hermano.

—No. Es. Tu. Hermano. —Apretó los dientes, sus zafiros destellaban con un relámpago azul. Era decidida, le reconocería eso.

Solo había que mirar a Gabriel para saber que era un Santos. No se parecía en nada a su madre biológica ni a su tía.

Ignoré su negación del parentesco como si no hubiera hablado.

—O tendré que forzarte y aun así vendrás conmigo para que pueda proteger a mi hermano.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué hay de la opción en la que nos dejas ir?

—No es una opción.

No había lugar en la tierra donde ella y su hijo pudieran esconderse de mí. La cazaría y la encontraría. Cada maldita vez.

¿No podía ver la testaruda mujer que era por su propio bien?

Intentó sacudirse contra mí de nuevo. Sin éxito. Excepto que su culo redondo y bonito chocó contra mi entrepierna y mi miembro se puso en atención al instante. ¡Jesucristo! Siempre había tenido control sobre mis impulsos hasta esta mujer.

En cuanto entré en la habitación y olí su tenue perfume de prímula, mi pene decidió que era hora de jugar. Tan molesto como la mierda. Era el momento equivocado, el lugar equivocado y la chica equivocada.

Los sicarios del Cártel Tijuana venían hacia nosotros. Teníamos que darnos prisa.

Justo cuando ese pensamiento me pasó por la cabeza, entraron Caine y Gabriel.

—¡Tenemos que movernos! —exclamó Caine—. Dos coches se acercan. A un par de kilómetros de distancia. Cártel Tijuana.

Cuando llegamos, nos sentamos y observamos. Nos aseguramos de que fuera seguro. Pasamos la noche turnándonos para mantener a salvo a Gabriel y a su tía.

Aquella mañana, Nico envió el aviso. Santiago Tijuana estaba en movimiento. Así que vinimos por ellos. Teníamos una hora de antelación. Máximo. Encontramos a Gabriel en la sala, jugando a un juego en su iPad y saludándonos con una sonrisa. Ni siquiera se asustó al vernos entrar por la puerta.

Sailor debería haberle enseñado al menos la regla de no hablar con los extraños.

—Mamá, ¿estás bien? —Gabriel nos miraba, tratando de determinar si le estaba haciendo daño a su madre.

Así que la giré lentamente y la puse frente a mí. Sus ojos, muy abiertos, oscilaban entre su hijo, Caine y yo.

—Sailor, ya te han encontrado. —Intenté una vez más. Tendría que sedarla si se negaba a cooperar. Nos estábamos quedando sin tiempo y sin opciones. Mi hermano podría tener que presenciarlo, lo cual no era lo ideal—. Soy tu mejor opción. Puedo mantenerte a ti y a Gabriel protegidos.

—¡Los trajiste aquí! —acusó.

—Nadie *nos* ha seguido —agregué, manteniendo la mesura en la voz—. A diferencia de ti, mis hombres y yo sabemos movernos entre las sombras. Ustedes no. Te han tenido entre sus garras todo este tiempo. Has tenido suerte de que *yo* llegara primero.

Pude ver cómo procesaba las palabras, cómo giraban los engranajes de esa bonita cabeza suya, y vi la decisión en sus ojos y la forma en que enderezó los hombros antes de hablar.

—De acuerdo, pero si intentas algo... —El ultimato quedó en el aire. Sus amenazas no significaban nada, pero aun así las aprecié.

Haría cualquier cosa por su hijo, y yo haría cualquier cosa para protegerlos a ambos.

DIECINUEVE

SAILOR



—Tienes mi promesa en sangre. Mi objetivo es mantenerlos a ti y a Gabriel a salvo.

Puede que fuera una estúpida, pero le creí. Aunque me sorprendió que me encontrara tan rápido. Ese era el único sitio que los Ashford mantenían alejado del público, y era su lugar de escape. Donde ni los medios ni nadie pudieran encontrarlos.

Solo unos pocos sabían de ese lugar. Sus amigos más cercanos. Por supuesto, Aurora, Willow y yo pasamos muchos días durante nuestros años escolares aquí. Mis padres me traían y Byron, al ser el mayor, solía vigilar a *las mocosas*. Su apodo favorito para nosotras.

Justo cuando asentí, el suelo fue sacudido por un violento temblor y Gabriel corrió hacia mí, rodeándome con sus brazos.

—¿Qué es eso? —Sus ojos, tan parecidos a los de Raphael, se abrieron de par en par, llenándose de miedo.

—El enemigo —respondió Raphael—. ¡Es hora de moverse! ¡Rápido!

Sin demora, tomé la mano de Gabriel, agarré la mochila del suelo y seguí a Raphael fuera de la habitación y por el pasillo. Podía ser que odiara al tipo, no obstante, en ese momento era nuestra mejor alternativa. El Cártel Tijuana nos mataría, sin más ni menos.

—¡Espera! —Lo detuve, luego miré a Gabriel—. Quédate aquí, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza y me apresuré a volver a mi dormitorio, donde estaban nuestras maletas abiertas. Metí rápidamente unas cuantas cosas en ellas cuando oí el ruido de un motor a lo lejos. Cerré la bolsa y me puse los zapatos. Volví corriendo al lugar donde había dejado a mi hijo con su hermano.

—Escucho vehículos —susurré mientras Raphael me arrebataba la bolsa.

Sus ojos viajaron a mi bolsa y negó con la cabeza.

—Ya empaqué toda tu ropa y la de Gabriel de tu apartamento. —Mis ojos se abrieron de par en par. Este tipo era irreal—. Lo que necesiten tú o él, lo compraremos cuando lleguemos a mi casa. —Mientras intentaba decidir si era un mafioso *loco* o simplemente un secuestrador extremadamente organizado, dirigió su atención a Gabriel—. Oye, amigo, vamos a atravesar un terreno difícil. —*«Así no se le explican las cosas a un niño de siete años»*, gruñí para mis adentros. Pero no me molesté en decir nada. No teníamos tiempo que perder—. Voy a cargarte en brazos. ¿Está bien?

A Gabriel se le iluminaron los ojos. Le encantaba que lo llevaran en brazos. En un rápido movimiento, Raphael lo levantó, su camiseta tirando hacia arriba y me dio una visión de sus abdominales duros y tatuados. Y ¡santa madre de Dios! Eran una obra maestra. Y la forma en que sus *jeans* se sentaban en sus caderas.

¡Demonios!

Estaba tan mal querer arrancarle los pantalones y recorrer con mi lengua cada centímetro de su piel tatuada.

—¿Lista? —Raphael preguntó. *¡Maldición, sí!*

Entonces me di cuenta de que no estaba hablando de quitarse los pantalones. Hablaba de correr. Dios, ¿qué me estaba pasando? ¿Me había vuelto salvaje y cachonda de la noche a la mañana?

—Sí —suspiré. No hay nada mejor que estar *excitada* mientras una amenaza acecha a tu puerta.

Raphael asintió bruscamente a Caine y nos pusimos en marcha. Había silencio mientras avanzábamos por el bosque. Era una falsa sensación de seguridad y podía verlo en los hombros tensos de Raphael y en la mirada que compartía con Caine.

Ambos se metieron las armas debajo de sus camisas, lo que les daba libre acceso a ellas, y solo eso hizo que el sudor rodara por mi espalda. O podrían ser las altas temperaturas. La humedad era intensa.

Seguimos el camino de tierra a través del bosque, y me di cuenta de que nos llevaría a la carretera principal.

—¿Por qué no te estacionaste delante de la cabaña? —musité mi pregunta, asustada de que quienquiera que nos persiguiera nos oyera.

Raphael me lanzó una mirada curiosa.

—Así podríamos acercarnos sigilosamente. —Solo faltaba en esa declaración que agregara *duh*.

—Mamá duerme como si estuviera muerta —explicó Gabriel en voz baja, con una amplia sonrisa en su cara. Por suerte, no percibió el peligro que corríamos.

—Es bueno saberlo, amigo —contestó Raphael y puse los ojos en blanco como respuesta.

No podía quitarme la sensación de que algo no estaba bien. No debería haber sido tan fácil para nadie encontrarnos y, sin embargo, tardaron menos de veinticuatro horas. Era el instinto, advirtiéndome que mantuviera la guardia en alto.

—¿Cómo me encontraste? —inquirí.

Los pasos de Raphael no se detuvieron mientras respondía.

—Te seguimos desde la escuela de Gabriel. Un amigo mío que tiene una empresa de tecnología, fue capaz de fijar tu ubicación y te rastreamos vía satélite. Menos mal, porque ni siquiera en su base de datos había constancia de esta cabaña. —Tropecé con un tronco y me habría caído de no ser por los rápidos reflejos de Raphael—. ¿Qué ocurre? —exigió saber.

Lo miré a los ojos mientras los pensamientos se agolpaban en mi mente. Nadie sabía que venía. Ni siquiera mis amigas. Nadie excepto Royce y me jugaría la vida a que él no se lo habría dicho a nadie. A los hermanos Ashford les importaba aún más que a mí su privacidad y la ubicación de esa cabaña.

—Nadie debería haber sido capaz de encontrar este lugar —solté con voz ronca—. ¿Estás seguro de que no te estaban siguiendo?

—Afirmativo.

Excepto que mis padres sabían de ese lugar. No le había dicho a mi madre dónde estaba, aunque sería fácil adivinarlo. ¿Tal vez? ¿O tal vez rastrearon la llamada? Estuve en el teléfono solo unos minutos, pero sería suficiente para fijar la ubicación.

Cuando no dije nada, continuamos, con nuestros pasos suaves contra el suelo del bosque. Los seguí durante el resto del camino sin decir palabra. Una vez que encontramos el Mercedes G-

Benz negro de Raphael, sentó a Gabriel en el asiento trasero y me miró.

—Pónganse los cinturones —ordenó.

Asentí con la cabeza e inmediatamente agarré el cinturón de seguridad y se lo abroché a Gabriel, luego hice lo mismo con el mío.

Poniéndose al volante, Raphael también se puso el cinturón, y luego murmuró en español a Caine:

—*Nos pisan los talones. Llama para que el avión esté preparado. Será un viaje agitado.*

Su voz era tensa. Fingí no entender, aunque el corazón me retumbaba bajo el pecho. Si estaba preocupado, tenía que ser grave. Raphael puso el coche en marcha justo cuando su otro hombre se sentó en la moto y aceleró.

—*Umm*, ¿tu chico de verdad va ir en la motocicleta? —indagué, mirando fijamente al hombre de Raphael montándola.

—Sí. —Puso su Mercedes en marcha y, sin demora, pisó a fondo el pedal.

Me puse tensa, las manos se me apretaron en el regazo y olvidé la motocicleta.

Raphael mantenía el pie pegado al suelo, haciendo volar el velocímetro. No dejaba de mirar por el retrovisor y finalmente me di la vuelta para encontrarme con tres camionetas Ford negras detrás de nosotros, a la misma velocidad.

—¿Son ellos? —Mi voz tembló y mis ojos se abrieron de par en par. Raphael apareció en el momento perfecto o Gabriel y yo habríamos muerto.

—Creo que sí, pero no estoy seguro.

—¿Qué quieres decir? —Apenas había salido de mi boca cuando Raphael pisó a fondo el freno. Apenas tuve tiempo de rodear a Gabriel con los brazos y bajar su cabeza a mi regazo cuando un coche nos dio por detrás y los otros dos nos adelantaron.

—¡Maldición! —Me ardían las costillas por el cinturón de seguridad cuando se produjo el impacto, sin embargo, apreté los dientes e ignoré el dolor.

—¡Agáchate! —La voz de Raphael me sobresaltó. Me incliné sobre Gabriel, con la cara hacia abajo, justo cuando una ráfaga de disparos destrozó el parabrisas trasero.

El grito ahogado de Gabriel se mezcló con la retahíla de maldiciones de Raphael.

—¡A tu derecha, Caine! —ladró una advertencia Raphael.

VEINTE

RAPHAEL

La maldita carretera era estrecha, una entrada y una salida. Sin embargo, los dos hijos de puta se abarrotaron en el estrecho camino. Si venía un coche en dirección contraria, sería un choque frontal y los cinturones de seguridad no nos salvarían.

Las balas volaron a nuestro alrededor y saqué mi pistola de la parte trasera de mis pantalones. Caine empezó a disparar al coche que se acercaba a nosotros por la derecha. Los desgraciados intentaron rodearnos.

Al abrir la ventanilla, me incliné y disparé dos balas a los neumáticos de la camioneta a mi izquierda. Luego pisé el freno de golpe mientras el conductor perdía el control de su vehículo. Su coche apenas nos esquivó y se estrelló contra el de la derecha, mientras que el de atrás volvió a chocar contra nuestra parte trasera.

—¡Mierda!

Sailor levantó la cabeza, con terror en sus ojos azules.

—Todo estará bien —aseguré, aunque no tenía por qué darle esa seguridad.

Asintió. Pisé el acelerador y nos precipitamos por la carretera.

—Puedo disparar —confesó, sorprendiéndome.

Le temblaba la voz, pero no las manos. Con esas dos palabras, tomé una decisión rápida. Se desabrochó el cinturón de seguridad mientras yo sacaba una pistola de la guantera y se la entregué. La agarró sin vacilar y se dio la vuelta, asomándose por encima del reposacabezas.

Gabriel fue a moverse, pero lo detuvo.

—¡Agáchate, Gabriel! —advirtió—. Pase lo que pase, mantén la cabeza abajo.

—De acuerdo, mamá.

Maldición, esta mujer tenía agallas. Levantó la mano, apuntó, puso el dedo en el gatillo y apretó.

Pam. Pam. Pam.

Un acierto, dos fallos. No estaba mal teniendo en cuenta la velocidad a la que íbamos. Ayudé disparando mis propias balas, hundiendo una en el neumático del lado del conductor y haciéndolo girar sin control.

—Buen trabajo —la elogié.

Tragó saliva y fue entonces cuando de un movimiento le quité la pistola.

Se enderezó y Gabriel levantó inmediatamente la cabeza, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo. No fue precisamente el mejor primer día con mi medio hermano. Los miré a ambos por el retrovisor mientras bajaba a toda velocidad por la carretera, dejando atrás el desastre que habíamos causado.

—¿Estás bien, Gabriel? —pregunté.

Asintió con la cabeza y luego volvió los ojos hacia su madre.

—Mamá, ¿vamos a morir?

Vi en el espejo cómo Sailor tomaba la cara de Gabriel entre sus manos.

—No, no vamos a morir —dijo con su voz firme—. No dejaré que eso ocurra. —Sus ojos parpadearon y se encontraron con los míos en el espejo. Asentí, corroborando su afirmación.

Gabriel siguió su mirada.

—¿Quién eres tú? ¿Eres amigo de mamá?

Pequeño chico inteligente.

Dejaría que Sailor se lo explicara. Lo protegería con mi vida, pero no destruiría todo lo que Sailor le había dicho.

—Es amigo de un amigo —murmuró Sailor, con las mejillas sonrojadas—. *Umm*, nos encontramos ayer y ahora me está ayudando. —Se mantuvo con una verdad a medias—. ¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó Sailor—. No puedo volver a mi casa. Pondría a mis amigas directamente en peligro.

—Tenemos que salir de aquí —informé—. Le enviaré un mensaje a mi amigo para que las vigile a ambas.

—¿Qué amigos? —indagó—. No los que son com... como *tú*.

Sacudí la cabeza. ¿No sabía que su amiga ya estaba con alguien como yo?

—Alexei mantendrá a Aurora a salvo —respondí, manteniendo la generalidad. No había sorpresa en su rostro. Solo asintió—. En cuanto a tu otra amiga, ya tengo a alguien en mente.

Suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Qué desastre —musitó—. He acabado poniendo a todo el mundo en peligro.

Fue su artículo publicado sobre el Cártel de Tijuana insinuando sobornos a políticos prominentes y fotos de contrabando de mujeres lo que la puso en el radar de todo el mundo. O al menos en el radar del Cártel de Tijuana.

—No puedes cambiar lo hecho —dije con un gruñido. Me sorprendió que no pensara en las consecuencias antes de enviar el artículo a la imprenta. Era lista; sabía que le traería problemas. Tenía un hijo en quien pensar.

Saqué el teléfono del bolsillo mientras bajaba a toda velocidad por la autopista en dirección al aeropuerto privado.

—Raphael, dos veces en menos de veinticuatro horas —me saludó la voz familiar de Nico.

—Necesito un servicio de “limpieza”. Te enviaré la ubicación. Tres vehículos, posibles muertes.

Se rio entre dientes.

—No tardaste mucho —reflexionó.

—Los Tijuana —gruñí—. Esperaba que se fueran después del desastre de ayer.

—*Hmmm* —murmuró Nico pensativo—. También yo. Lo suyo es huir antes de que los encuentren. Me parece raro que se arriesguen a que los atrapen. Habría esperado que abandonaran el país. Sin embargo, fueron por la chica.

—También yo. —Algo de lo que dijo Sailor me molestó. Nadie sabía de la cabaña de los Ashford. Ni siquiera la aplicación de Nico fue capaz de verlo en su vigilancia. Y Nico tenía los mejores recursos—. ¿Puedes investigarlo?

—Por supuesto.

La llamada terminó y me guardé el teléfono en el bolsillo, luego miré detrás de mí para ver a Sailor sosteniendo a Gabriel en sus brazos. Nadie podía acusarla de ser una mala madre. Estaba

claro que el niño la amaba.

Mis ojos recorrieron su ridícula camiseta de tirantes con la inscripción “Muérdeme” en sus pechos y unos *shorts* que dejaban al descubierto sus largas piernas. Era el tipo de cuerpo que haría babear a los hombres. Sus ojos profundos como el océano y sus labios carnosos probablemente hacían que todos cayeran rendidos.

Sí, iba camino a convertirme en uno de esos hombres. Pero fue su mirada la que me hizo vibrar en lo más profundo de mi pecho. *Vulnerabilidad.* Me hizo querer protegerla a toda costa.

Era esa mirada destrozada la que me hacía volverme salvaje por ella.

VEINTIUNO

SAILOR

Subí al lujoso *jet* privado sujetando la mano de Gabriel.

Tomamos el asiento más cercano a la puerta de salida. Por si acaso. Raphael se tiró en el sillón reclinable de cuero, empujando su mano a través de su cabello grueso y oscuro.

—*Whisky* —le pidió a la azafata—. Dos cubitos de hielo. Sailor y Gabriel, ¿algo de beber?

Gabriel levantó los ojos hacia los míos.

—Adelante —lo alenté, sabiendo exactamente lo que quería. Siempre que volábamos, era lo que más le gustaba pedir.

—Tomaré una Pepsi —solicitó con una amplia sonrisa.

Afortunadamente, la terrible experiencia de que le dispararan no le hizo daño. Tal vez Gabriel tenía algunos genes de mafioso después de todo.

—¿Y usted, señorita? —preguntó la azafata.

—Solo agua, por favor. —Con un asentimiento brusco de la cabeza, se dio la vuelta y fue a servirnos.

Giré para mirar por la ventanilla de la cabina, los últimos atisbos de tierra a medida que nos elevábamos más y más en el aire. Los hombres de Raphael se movieron hacia la parte delantera del avión, asintiendo a Raphael. Ambos se movían como si estuvieran listos para el combate. No es que pudiera culparlos, no después de lo que les había sucedido a ambos.

—¿Cómo se llaman? —le inquirí a Raphael. Cuando volaban las balas, me preocupaba más seguir viva que prestar atención a sus nombres.

—Diego y Caine.

La azafata llegó con nuestras bebidas y Gabriel chilló, saltando de su asiento para agarrar su bebida.

Raphael arqueó una ceja.

—Al chico le gusta el refresco, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Es algo que solo puede consumir de vez en cuando.

—Gracias, Maria. —Dio un trago a su *whisky*, sus ojos me estudiaban. Como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo.

Tenía los nervios destrozados. Tantas explosiones y disparos en dos días podían alterar a cualquiera.

Gabriel volvió su atención hacia la ventanilla. El silencio se extendía por la cabina del avión, el único ruido eran los resoplidos ocasionales de Gabriel.

—Tengo que ir al baño —anunció finalmente.

Raphael señaló la parte trasera del avión y vi cómo mi hijo corría hacia allá. Cuando se perdió de vista, aproveché para interrogar a Raphael.

—¿Adónde vamos exactamente?

—A algún lugar seguro.

Totalmente inútil.

—¿Podrías explicarte mejor? —exigí, con la voz agitada—. Por favor —añadí apretando los dientes.

Suponía que los modales nunca habían matado a nadie.

Quería asegurarme de que mi hijo de siete años no acabara en una zona de guerra entre delincuentes. No pertenecía al cártel que dejaba un rastro de destrucción a su paso. Todos los criminales se parecían en eso. También lo eran los hombres como mi padre. Protegería a Gabriel a toda costa. Fue una promesa que hice. Era una deuda que tenía. Anya me protegió durante toda mi infancia. Y yo lo haría con Gabriel durante toda su vida.

—No quiero a mi hijo cerca de hombres como tú —agregué.

El diablo que tenía adelante se quedó mortalmente quieto, y daba más miedo que el ataque que se produjo antes a nuestro alrededor.

—Es mi hermano y lo alejaste de mí —gruñó.

El mal temperamento se encendió y mis ojos se entrecerraron. Las malditas pelotas de este hombre.

—¿Lo alejé de ti? —siseé, de repente sus hipnotizantes rasgos no eran relevantes—. No es tuyo. Es mío. —Me incliné hacia adelante y mi dedo presionó contra su duro pecho—. *Mío*.

Al darme cuenta de lo que estaba haciendo, mi cuerpo se apartó de él y nuestras miradas se cruzaron en una lucha de voluntades. Aquella boca carnosa se curvó en una sonrisa áspera.

—Es mi hermano. Es un Santos.

—¡Es un niño! —reviré—. ¡Mi hijo! Y ni de broma dejaré que lo metas en tu desastre. —Le sostuve la mirada, esperando que viera en mis ojos que hablaba en serio—. Ahora dime adónde vamos —ordené.

—Tengo una isla —explicó—. Justo frente a la costa de Florida y solo mis hombres de mayor confianza se quedan allí conmigo.

¿Isla? Dios mío, no habría manera de escapar sin pasar desapercibida.

—Como una cárcel, pero sin barrotes —me mofé.

Sonrió, imperturbable por mi tono.

—Como una isla que es *segura*.

—¿Cómo te enteraste sobre nosotros? —pregunté.

—Tengo mis maneras —replicó.

Lo miré fijamente. Era guapo, algo malvado; oscuro y peligroso bailaba en sus ojos. Sería idiota si no reconociera lo competente que se manejó durante el ataque. Las dos veces.

La cuestión era si al final intentaría matarme.

Gabriel regresó del baño y volvió a sentarse en su sitio. Sus ojos se desviaron hacia mí, luego hacia Raphael y de nuevo hacia mí.

Sonreí tranquilizadoramente.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza.

—Mamá, ¿van a volver los malos?

Tiré de él para abrazarlo, mientras encontraba la mirada de Raphael por encima de su cabeza. Reflexioné sobre qué decir. Lo de ese día había sido un *shock* para los dos. No quería mentirle y decirle que estábamos a salvo, pero tampoco quería preocuparlo.

—Si vuelven, estaré aquí para protegerte —aseguró Raphael—. Tanto a ti como a tu madre —añadió.

Observé fascinada cómo el alivio inundaba el rostro de mi hijo. Me di cuenta de que *confiaba en Raphael*. Quedaba por ver si estaba fuera de lugar o no.

—No dejaremos que te pase nada, amigo —dije, apretando un beso en la frente de Gabriel—. Pase lo que pase.

«Porque te amo. Porque hice una promesa. Porque tu madre hizo lo mismo por mí», pensé.

Se me oprimió el pecho de esa forma tan familiar y algo feroz me ardió en la garganta mientras me tensaba. Emociones: amor, miedo, aprensión.

Aliviado y seguro, Gabriel sacó uno de sus *comics* y se puso a leer, con los ojos desviándose hacia la ventana de la cabina para mirar las nubes de vez en cuando. Cuando tenía ese gesto soñador, me recordaba mucho a Anya. A veces, cuando aún éramos niñas, tenía esa mirada melancólica. Cuando aún deseaba una vida mejor.

—¿Pasa algo más, Gabriel? —inquirí, preocupada de estar haciendo algo mal. De que no estuviera contento.

—¿Y mi escuela? —Sus cejas se fruncieron—. No quiero tener problemas por faltar a clases.

Una sonrisa rozó mis labios. Mi pequeño niño preocupado. Le revolví el cabello y pasé las manos por sus suaves rizos oscuros.

—Hablaré con tu profesora. No te preocupes.

Esta vez sonrió.

—Gracias, mamá.

Me reí entre dientes.

—No hay problema, amigo. Eso es lo que hacemos las madres. Es nuestro trabajo.

—Eres la mejor en eso.

La verdad era que la mitad de las veces no sabía lo que hacía. Pero si él pensaba que lo hacía bien, eso era lo único que me importaba.

Gabriel se puso a leer sus historietas con una sonrisa aún en la cara. Y todo el tiempo pude sentir los ojos de Raphael sobre mí. Quemándome. Estudiándome.

Lo ignoré cuidadosamente y mantuve la mirada fija en Gabriel. Había algo en este hombre que me perturbaba a un nivel fundamental. Me asustaba más que su clara declaración del diablo tatuada en la mano, más que esa crueldad que llevaba como una segunda piel y más que la oscuridad que lo rodeaba.

Debería detestarlo. Debería odiarlo con cada fibra de mi ser. Sin embargo, no podía negar que nos había salvado a Gabriel y a mí. Podría ser un criminal despiadado, pero ya había demostrado hacer más por mi hijo de lo que mis padres jamás habían hecho.

El espeso silencio se hizo ensordecedor, una tensión palpable llenaba el aire. Casi podía sentirla tocándome la piel. La confianza era algo frágil y después de que mis propios padres traicionaran la confianza de una niña pequeña, una y otra vez, me encontré dudando de todo el mundo.

Amaba a mis amigas, me habían demostrado su lealtad y su amor una y otra vez. Sin embargo, nunca pude reunir fuerzas para compartir los vergonzosos secretos de nuestra familia.

Aunque podrían haberse hecho una idea de que no todo era de color de rosa en nuestro hogar

aquel día en el hospital.

El último día que pude abrazar a mi hermana.

Mis párpados se volvieron más pesados, la fatiga se instalaba lentamente en mis huesos.

Mi teléfono sonó mientras Aurora, Willow y yo nos apresurábamos a través del intenso frío. Llegábamos tarde a clase. El viento aullaba, congelándome las puntas de las orejas. No me gustaba el frío, a pesar de la gente que pensaba que mi cabello era apropiado para un ambiente invernal.

Lo ignoré. Tenía que hacer mi último examen y luego respondería a todas las llamadas.

Volvió a sonar.

Me detuve y rebusqué en mi bolsa de libros.

—Vamos, Sailor —se quejó Willow—. Vamos a llegar tarde y el profesor Idiota nos cerrará la puerta.

Miré el identificador de llamadas y levanté la vista.

—Váyanse —les dije a Aurora y Willow—. Iré detrás de ustedes.

—¿Estás segura? —preguntó Aurora. Odiaba dejar a alguien atrás. Era el resultado de lo que había pasado con su hermano.

—Sí —aseguré—. Estaré justo detrás de ustedes.

Y seguía sin moverse. No hasta que Willow tiró de su brazo y la arrastró.

Contesté la llamada.

—Anya, ¿está todo bien?

—Sail, creo... —El pánico en su voz disparó una alarma a través de mí. ¿Padre la lastimó?—. Creo que estoy en labor de parto.

—¿Qué? —dije con voz ronca, confundida. Se suponía que no iba a tener al bebé hasta dentro de un mes.

—¡No lo sé! —gritó. Anya nunca lloraba. Ni siquiera cuando papá la lastimaba lloriqueaba. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba fuera del edificio, mis pasos corriendo por el estacionamiento del campus.

—¿Dónde estás? —inquirí—. Iré a buscarte.

—¿Y tu examen?

—Olvida mi examen —pronuncié—. ¿Dónde estás?

—En el trabajo. —Podía oír dolor en su voz—. En la cafetería. A mi jefe no le gustará que me vaya.

—¡Que se joda tu jefe! —bramé, con los dientes castañeteando por el frío—. Prepara tus cosas. Voy a buscarte.

Las horas siguientes fueron borrosas. No recordaba cómo había llegado hasta Anya ni cómo habíamos arribado al hospital. La mancha de sangre en su vestido blanco de maternidad crecía por segundos. Había mucha sangre.

—Por favor, Anya —susurré mientras la ayudaba a salir del coche—. Por favor, no te mueras. —No me ofreció su seguridad habitual—. Apóyate en mí —dije.

El olor de la sangre abrumaba mis sentidos. Cada tambor de los latidos del corazón zumbaba en mis oídos. Al ritmo del miedo que crecía cada segundo.

—¡Ayuda! —grité, sujetando la figura de mi hermana que se desplomaba más y más a cada

paso. Apenas podía caminar. Su peso se convirtió en el mío y apreté mi agarre—. Te tengo, Anya.

—Me voy a morir —gimoteó.

—No, no lo harás. Solo apóyate en mí.

Mi mirada se clavó en su rostro y algo profundo en sus ojos oscuros me caló hondo en el alma.

—Cuida del bebé —gruñó.

Sacudí la cabeza. Ya era suficiente. Teníamos que apresurarnos.

—Cuidaremos del bebé. Juntas.

Sin previo aviso, se dobló y, antes de que sus rodillas tocaran el suelo, la agarré. Más sangre se acumulaba a nuestros pies. El olor metálico se filtró en mis pulmones.

—Me oriné encima —dijo Anya entre dientes.

Bajé los ojos. Una mezcla de líquido y sangre manchaba sus piernas. No creí que fuera orina.

—Creo que tu fuente se rompió —suspiré.

Luchando por mantenerla en pie, eché una mirada por encima del hombro.

—¡Por favor, ayuda! —grité.

Entonces estalló el caos. Las enfermeras corrieron hacia mí. Los médicos me rodearon. Más enfermeras.

Bip, bip, bip.

—No lo va a lograr. —Mis ojos iban de un lado a otro. El terror me subió por la espalda y se apoderó de mi garganta, asfixiándome.

—Tenemos que operar.

Más palabras. Oscuridad. Agarré la mano de Anya. Sus párpados se abrieron, con una mirada distante en ellos. No lo reconocí. Sus ojos tenían una pizca de alivio.

—No me dejes, Anya —pedí con voz ahogada, apenas por encima de un susurro.

—Mantén al bebé a salvo. Prométemelo. —Apenas pudo forzar las palabras a través de sus labios agrietados y secos. La mirada de pánico de sus ojos me destrozó el corazón.

Tragué saliva.

—Lo prometo —respondí con voz ronca.

—Sé feliz, Sail.

Las últimas palabras. Y se fue.

Siguió un extraño silencio mientras la alejaban de mí. El tiempo se detuvo. Reinó la oscuridad. Siguió la soledad.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuve allí de pie. Perdida y sola. Un sentimiento profundo me advirtió que me preparara. La perdería. Necesitaba descansar.

De pie en el mismo lugar, en la misma habitación, aún podía oír las palabras de mi hermana. Mantén al bebé a salvo.

—Señorita McHale. —La voz era distante a través de la neblina que llenaba mi cerebro—. Señorita McHale.

Parpadeé. Una mujer pelirroja y de ojos amables me observaba. Era joven. Mayor que yo, pero demasiado joven para ser médico.

—Soy la doctora Sophie. —Mis ojos bajaron al pequeño bebé en sus brazos. Cabello negro. Cara arrugada. Nunca había visto a un recién nacido.

—¿No eres demasiado joven para ser médico? —Era una pregunta irrelevante. Mi mente no estaba preparada para enfrentarse a la realidad.

—Acabo de terminar mi residencia. —Su voz era suave. Una mirada de lástima en su rostro. Pena.

Mis ojos se clavaron en el bebé envuelto en sus brazos.

—¿Anya?

—Lo siento mucho —susurró.

—No. —Mis labios se movieron, pero no escuché mi voz. Me dolía tanto el pecho que pensé que iba a colapsar. Eso no podía estar pasando. Anya y yo teníamos planes. Solo nosotras dos y su bebé.

—¿Quieres sostener al bebé? —Ofreció.

Tragué con fuerza. Necesitaba aire. Necesitaba recuperar a mi hermana.

—No sé cómo —murmuré.

Miró a nuestro alrededor y señaló el sofá cercano. Seguí su mirada. Aturdida, me acerqué y me senté.

—De acuerdo, abre los brazos como si fueras a cargar una sandía.

Era una instrucción extraña, pero la seguí de todos modos. Me puso al pequeño bebé en los brazos.

Un suave arrullo vibró y mi corazón emitió un extraño latido.

—Es pequeñita —musité, con las emociones a flor de piel.

—Es un niño. Un niño sano.

Mis ojos estudiaron la carita.

—Un niño sano —repetí en voz baja. Pelo oscuro. Dedos diminutos. Boca diminuta—. ¿No se supone que deber ser calvo?

—No siempre. Es hermoso.

Levanté la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Su cabello rojo fuego y sus ojos azules cristalinos la hacían parecer una diosa venida para arreglar las cosas. Estúpida idea. Nadie más que yo podía arreglar esto.

—Es hermoso —repetí—. Igual que su madre.

Asintió.

—Igual que lo era su madre.

Era. Una palabra. Fue todo lo que necesité para hacer sangrar mi corazón.

Estudié el pequeño bulto que tenía en mis brazos. Un trocito de Anya que Dios me concedió. No podría decir si se parecía a Anya. Se parecía al pequeño Gabriel. Fue el nombre que ella eligió. Gabriel para un niño y Gabriela para una niña.

—Quédate aquí —ordenó—. Si necesitas algo, pulsa ese botón y vendré.

Asentí con la cabeza, manteniendo la mirada fija en Gabriel. Un suave chasquido y desapareció. Un suave gemido y lo apreté más contra mi corazón.

No fue hasta que una gota cayó en la mejilla pequeña que me di cuenta de que estaba llorando.

—Todo estará bien, pequeño Gabriel. —Ahogué a duras penas—. Te mantendré a salvo. Se lo prometí a tu madre. Solo tú y yo contra el mundo, amigo.

Dios mío. No sabía nada de bebés. Nada. Anya no quería hacer la clase de Lamaze. Casi como si supiera que su final se acercaba.

Necesitaría pañales. Y leche. Mucha leche.

La puerta se abrió y levanté la cabeza para encontrar a Aurora, Royce, Byron y Willow en la puerta, junto con la doctora Sophie. Esta última no parecía muy contenta.

—No permitimos tantas visitas a la vez.

—No tengo mucha leche —murmuré. ¿Por qué me dolía tanto hablar? Incluso respirar. Era como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación. Las lágrimas me corrían por la cara y los labios, me sabían saladas en la lengua y me goteaban por la barbilla.

Mis ojos se encontraron con la mirada de Aurora y luego con la de Willow.

—No está, se ha ido.

Mis mejores amigas se apresuraron a sentarse a mi lado y nos abrazaron a Gabriel y a mí.

—No puedo volver a casa —dije con voz ronca—. Lo prometí.

Un gran peso aplastaba mis pulmones. Desesperación en cada una de mis palabras.

—¡Maldición! —exclamaron Byron y Royce al mismo tiempo, y después se pusieron en marcha. Royce se acercó a las tres. ¡No! Los cuatro. Con el pequeño Gabriel en brazos, éramos cuatro.

—No te preocupes, rubia —consoló Royce, y su gran mano se posó suavemente sobre la cabeza de Gabriel—. Byron puede mover montañas. Nosotros nos encargamos. No tienes que volver a casa.

—Podemos alquilar un apartamento juntas —sugirió Aurora—. Todos ayudaremos con el bebé.

—Gabriel —susurré—. Bebé Gabriel.

—Como un ángel —musitó Willow en voz baja.

—Justo como un ángel —contesté con voz ronca. Mantendría a mi ángel a salvo. Su madre era mi ángel de la guarda, yo sería el suyo.

La puerta se abrió de golpe y, en cuanto vi dos figuras en el umbral, me encogí hacia atrás, estrechando aún más a Gabriel contra mi pecho. Ni se inmutó, inconsciente del peligro que lo acechaba.

Demasiado cerca para mi comodidad.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Padre siseó—. ¿Por qué no estás en la escuela, Sailor?

Me encogí aún más. Los ojos de Byron se clavaron en mí y luego en mi padre. Nunca había visto al hermano mayor de Aurora en un modo frío y despiadado. Hasta ese momento.

Royce se puso delante de su hermana, Willow, Gabriel y yo. La habitación empezó a cerrarse sobre mí, el miedo que conocía trepando por mi espalda.

—Anya, tu hija mayor, ha fallecido —le informó Byron, mientras me asomaba por detrás de Royce, conteniendo la respiración.

Mi padre ni se inmutó. Menos mi madre. Siempre se empeñaba en complacerlo.

—No debería haber tenido un bebé. —Los ojos de mamá se desviaron hacia mí. No, no hacia mí. Al bebé en mis brazos y sus labios se convirtieron en una mueca desagradable—. El color de su piel es una desgracia.

No entendí a qué se refería. A mí me parecía un bebé. La doctora Sophie incluso dijo que era un bebé precioso.

—Disculpen —interrumpió la doctora Sophie—. Pero ¿y quiénes son ustedes dos?

—¡Somos sus padres! —bramó papá, levantando la mano derecha con aquel maldito anillo que tanto odiaba, como si estuviera a punto de abofetear a la hermosa doctora.

Byron se colocó delante de ella, protegiendo su pequeño cuerpo. No es que pareciera asustada.

—Sailor vendrá a casa con nosotros. Puedes agarrar a ese bebé y darlo en adopción. Me importa una mierda dónde termine.

Mi espalda se tensó.

—¡No! —Los ojos de todos, excepto los de Byron, se desviaron hacia mí. Mantuvo su fría mirada fija en mi padre—. Se queda conmigo. Es mío.

Byron murmuró en voz baja algo que sonó a "bien hecho", mientras la mirada de la doctora Sophie contenía la misma nota de aprobación.

—Ahí lo tienen —anunció—. Esta es la planta de maternidad. Así que a menos que sean una familia que dará apoyo, pueden retirarse.

¡Esa mujer era lo mejor! Me agradaba.

—Bien. —La cara de mi padre se puso roja como la sangre y pude ver que apenas podía contener su ira—. Entonces estás fuera de nuestra familia. Sin mesada. Sin ropa. Sin coche. Estás por tu cuenta con ese bastardo en tus brazos.

—¡No queremos nada de ti! —siseé. Tal vez era el hecho de que Royce y Byron estuvieran en esa habitación. O tal vez que mi vena protectora se había puesto en marcha, pero de repente encontré el coraje para enfrentarme a mis padres—. Y si vuelves a llamar bastardo a Gabriel, te mataré.

La diversión de Royce era evidente. La mirada que le dirigió a mi padre hablaba de castigo si pronunciaba otra palabra. Me encantaban los hermanos de Aurora.

—Sailor, sé razonable. —Intentó mi madre—. Ven a casa con nosotros. No estás en condiciones de cuidar a un bebé. Estás terminando tu primer año de universidad.

La terquedad y la determinación se dispararon a través de mí.

—Buscaré la manera. —De algún modo—. Ya no somos de tu incumbencia.

Los crueles ojos de mi padre se clavaron en mí, luego en Gabriel, y vi cómo su expresión se volvía retorcida y amenazadora.

—Esto no ha terminado, hija. Para nada.

Retribución. Fue la promesa que me hizo.

Contuve la respiración mientras mis padres me daban la espalda. Era a la vez alivio y miedo por el futuro que vendría.

Me levanté de golpe, con la respiración agitada y el corazón retumbando con fuerza contra mi pecho. Mis ojos recorrieron la cabina solo para encontrar a Gabriel profundamente dormido a mi lado y la electrizante mirada azul de Raphael que parecía atravesar mi alma mientras me observaba.

VEINTIDÓS

RAPHAEL

Miré hacia Sailor y vi que se había quedado dormida. Gabriel también.

Lo abrazaba de forma protectora incluso mientras dormía. Como si supiera que alguien se lo iba a quitar en cualquier momento. No dejaría que eso ocurriera. Estaba claro que Gabriel la amaba y ella a él.

Dejé escapar un suspiro.

Tenía un plan. Atar a Sailor a mí. *Para siempre.* La había deseado desde el primer momento en que la vi, ocho años atrás. Y qué apropiado que la volviera a encontrar durante la semana colombiana del *Amor y la Amistad*, equivalente al día de San Valentín.

Sus respiraciones eran lentas y uniformes al principio, antes de volverse más agitadas. Pesadillas. O tal vez recuerdos. Esos fantasmas que acechaban en sus ojos, pero que había aprendido a ocultar. Quería ahuyentarlos a todos.

Mi mirada recorrió su hermoso rostro. Esos suaves pómulos de porcelana. Esas largas pestañas rubias. Esa boca respingona y atrevida. Y ese cabello. Dios mío, ese cabello pondría de rodillas a un santo.

Y yo no era un santo. Ni siquiera cerca.

Sonó mi teléfono móvil y eché un vistazo al identificador de llamadas.

Byron Ashford.

No podría decir que me sorprendió. Esperaba su llamada desde el momento en que saqué a Sailor y a Gabriel de la cabaña. Francamente, me sorprendió que tardara tanto.

—Byron —respondí, reclinándome en mi asiento sin dejar de mirar a Gabriel y a Sailor.

—¿Qué demonios, Raphael? —El hermano Ashford estaba enojado—. Te llevaste a Sailor y a Gabriel.

—Sí. —No tenía sentido negarlo. No se me escapó que los Ashford tenían vigilancia de primera en la cabaña.

—Una advertencia, Raphael —indicó Byron entre dientes—. Que es más de lo que haría por cualquier otra persona. Tráelos de vuelta, o iré por ti.

El enfado se encendió en mi pecho. Sailor y Gabriel eran asunto mío, no suyo. Mi responsabilidad, no la suya.

—No voy a llevarlos de vuelta —contesté, pasándome la lengua por los dientes, agitado—. Sailor aceptó venir. La protegeré a ella y a Gabriel del Cártel Tijuana.

—Bueno, gracias por el aviso sobre el cártel —replicó secamente—. Han volado mi cabaña favorita.

—Estaba demasiado preocupado por sacar a Sailor y Gabriel de allí mientras me disparaban.

Una larga pausa.

—¿Cuál es tu interés en ellos de todos modos, Raphael?

—Es mi medio hermano. —*«Y ella será mi esposa»*. Aunque me guardé ese pensamiento para mí.

—¡Vete a la mierda! —El *shock* coloreó la voz de Byron—. ¿Cómo es eso posible?

—¿De verdad quieres que te explique cómo se hacen los bebés? —pregunté sarcásticamente.

—Idiota —murmuró—. ¿Lo sabe Sailor?

Interesante. Definitivamente lo sabía, pero la pregunta era por qué se lo ocultó a los Ashford. O al menos a ese Ashford.

—Tendrás que preguntárselo a ella —dije—. ¿En qué estado está tu cabaña?

—Está arrasada hasta los cimientos. Debiste de haberlos llevado hasta allí —declaró Byron, su enfado evidente incluso por teléfono.

—No me siguieron —agregué secamente.

—¿Estás seguro? —Me estaba provocando.

—Sí, estoy seguro, joder —respondí, sin morder su anzuelo—. Tal vez necesites actualizar tu sistema.

Se rio. El cabrón sabía que tenía uno de los mejores sistemas del mundo. Incluso rivalizaba con el de Nico.

—Ni en sueños, a menos que... —Hizo una pausa y esperé a que terminara su pensamiento.

Como no lo hizo, le pregunté.

—¿A menos que...?

Por un momento, pensé que no contestaría.

—A menos que sus padres hayan dejado que se filtrara la ubicación —siseó.

La pregunta de Sailor parpadeó en mi mente. Supuso que a mí también me habían seguido. Me cuestionaba si había llegado a la misma conclusión que Byron. Que sus padres podrían haber llevado a los Tijuana hasta ellos. Entonces eso significaba que el viejo McHale trabajaba con Santiago Tijuana.

—¡Quiero hablar con Sailor! —exigió Byron. Normalmente me caía bien, pero su petición me molestó muchísimo—. Quiero escuchar de su boca que ella y Gabriel están bien.

—Está durmiendo —gruñí, con los celos carcomiéndome. Estaba claro que Byron tenía una estrecha relación con ellos—. Tanto ella como Gabriel lo están. Han tenido una mañana dura.

Continuó el silencio.

—¿Está durmiendo delante de ti?

Parecía sorprendido y dudaba en creerme.

—No tengo por costumbre mentir sobre cosas así.

—Sailor *nunca* duerme delante de extraños. —Su afirmación me dio justo en el pecho. Quizá se acordaba de mí después de todo—. ¿Estás seguro?

—¿Quieres que tome una foto y te la envíe? —espeté con sarcasmo.

Una larga pausa.

—No hace falta una foto. ¿Pero, Raphael?

—¿Qué?

—Mantenlos a salvo —amenazó. La voz de Byron contenía un leve apretón de dientes—. Asumí la responsabilidad de ambos aquel día en el hospital, cuando el viejo McHale la desheredó por elegir al niño antes que a él. Y no confíes en sus padres.

Se intercambiaron otras pocas palabras. Colgué y tiré el teléfono sobre la mesa de al lado y mis ojos volvieron a la joven que nunca había olvidado. Con aquel cabello tan claro como nieve

recién caída.

En cuanto la vi, el mundo empezó a girar para mí. En cuanto mis manos tocaron su cuerpo durante nuestro baile, mi corazón empezó a latir.

No podía pasarlo por alto. No podía dejarla ir. Me casaría con ella y la mantendría a salvo conmigo.

Sailor se levantó sobresaltada, sus ojos llenos de sueño se movían de izquierda a derecha. Seguía confundiendo la realidad con su imaginación. Observé cómo su pecho subía y bajaba, cómo los fantasmas acechaban en aquellos ojos que me recordaban a un cielo azul despejado.

Si había un *cielo*, estaba en sus ojos.

Miró a Gabriel, que seguía durmiendo a su lado con la cabeza apoyada en su pecho. Vi cómo le quitaba los mechones de la frente con su mano, con un ligero temblor en sus dedos. Me hizo sentir aún más curiosidad por esa joven. Pelar todas sus capas y llegar al fondo de su esencia.

Era fuerte y frágil. Vulnerable y resiliente.

Tan diferente a mi propia madre, o a cualquier otra mujer que hubiera conocido.

—Tenemos que hablar —solté.

Dio un suspiro tembloroso y puso los ojos en blanco.

—*Estamos* hablando.

La mujer podía ser fastidiosa. Sería más fácil si solo escuchara y estuviera de acuerdo. Sin embargo, parecía ser demasiado obstinada.

—¿Qué te hizo publicar ese artículo? —pregunté.

La ira brilló en sus ojos.

—¿Qué tal el hecho de que las mujeres eran contrabandeadas? Torturadas. Violadas.

Me fulminó con la mirada, como si me considerara personalmente responsable de ello.

—Es despreciable, estoy de acuerdo. —Sus ojos se entrecerraron—. Pero habría sido más fácil dejar que otros se encargaran.

—Bueno, no lo estaban haciendo —reviró—. La policía me dio una excusa de mierda de causa probable.

—Así que planeabas acabar con todo el cártel tú sola —reflexioné.

—Si tuviera que hacerlo —siseó.

—¿Y por qué una mujer de tu crianza se interesa por cosas así? —Se puso rígida y su tez palideció ligeramente—. Las princesas mimadas no suelen preocuparse por los problemas de los demás.

—¿Mi crianza? ¿*Princesa* mimada? —*Madre de Dios.* Esa mujer se enojaba con cualquier cosa que yo dijera—. ¿Por qué no te preocupas por tu cuestionable educación? Tú eres el criminal, no yo. *Criminal mimado*.

—Y tú eres la que está buscando que te maten a ti y a mi medio hermano.

—Tú... hijo de...

—Cuidado, Sailor —advertí en tono bajo—. Cuidado con cómo terminas esa frase. —Un destello de miedo apareció en sus ojos. Lamenté verlo allí, pero más le valía aprender ahora hasta dónde podía llegar—. No hables mal de mi madre. —Esa advertencia quedó flotando en el aire.

—Qué bonito —murmuró, con una falsa valentía en la voz. Estaba asustada, no había duda —. Un criminal con un lado blando.

—Será mejor que aprendas a apreciarlo —agregué, reclinándome en el asiento y bebiéndome el resto del *whisky*—. Porque vamos a casarnos.

Parpadeó. Y volvió a parpadear.

La incertidumbre entró en sus ojos y sus labios se curvaron en una mueca o media sonrisa,

como si intentara decidir si estaba bromeando o no.

—Sí, en tus sueños, amigo.

Le hice señas a la azafata para que me sirviera otro trago. Maldición, necesitaría la botella entera para lidiar con esa mujer frustrante.

Una vez que entregó la bebida, la azafata desapareció de nuevo en la cabina del avión, devolví mi atención a Sailor, que parecía un ciervo atrapado en mis faros.

—Te *casarás* conmigo —aseguré con firmeza—. Si quieres vivir.

—Escucha, *Raphael* —soltó, sus labios curvándose con disgusto cuando pronunció mi nombre—. Primero, es la peor maldita propuesta de matrimonio. ¡De todos los tiempos! Segundo, no eres mi tipo. Y, por último, yo... yo... —Sus palabras vacilaron. Por alguna razón, no tenía otra razón—. Bueno, dos razones son suficientes.

—Ahora escúchame, *Reina de nieve* —dije en español. Le quedaba bien. Con ese cabello rubio plateado y esos ojos azules que podían helarse cuando se enojaba. Excepto que estaba seguro de que no había nada frío en esa mujer, pero me encantaba sacarla de quicio—. No me importa si vives o mueres. —*Mentira*. Me importaba, joder—. No obstante, me importa lo que le pase a Gabriel. Y nuestro matrimonio mostrará a *amigos y enemigos* que ustedes dos están bajo mi protección.

—Vuelve a llamarme *Reina del hielo* y te helaré las malditas pelotas —amenazó. No me molesté en corregirla sobre el significado de *nieve*—. O te las corto. —Nos miramos, la batalla de voluntades como un huracán en el aire—. ¿No puedes enviar un memorándum?

—No. —*¡¿En serio, un memorándum?!*

—No me voy a casar contigo —protestó—. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Estás dispuesta a arriesgar la vida de tu hijo por "se me ocurrirá algo"? — La estaba presionando mucho. Tenía una obsesión por Sailor y me importaba una mierda cómo la consiguiera, siempre y cuando la *obtuviera*. Sí, su seguridad y la de Gabriel eran mis prioridades, pero me negaba a renunciar a ella. La haría *mía*.

No podía soportar dejarla ir.

—Pero ¿casarse? —resopló—. Eso es un gran paso.

—Bueno, eventualmente te ibas a casar. —Puso los ojos en blanco—. Puede que no sea Aaron Kennedy, aunque a diferencia de él, puedo mantenerlos a salvo a ti y a Gabriel.

Se le escapó un pequeño jadeo. Abrió la boca y la cerró, con los labios entreabiertos por el disgusto.

—Definitivamente no eres Aaron —se mofó.

Me reí entre dientes.

—Tienes razón. *No* lo soy. —Un brillo de satisfacción entró en sus ojos, pero mis siguientes palabras lo aplastaron—. Prefiero mujeres y solo mujeres en mi cama. A diferencia del imbécil pomposo que se esconde detrás de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que tu novio intermitente no debería ser un maldito cobarde y esconderse detrás de ti para mantener su imagen. Si prefiere a los hombres, debería armarse de valor y decirlo.

—¡Demonios! —murmuró horrorizada. De acuerdo, al parecer Sailor desconocía las preferencias de su novio—. ¿Aaron es bisexual?

—¿Nunca lo supiste? —inquirí, sorprendido.

Negó con la cabeza.

—Claro que no. Solo pensé que él... —Se pasó la mano por su melena platinada—. No sé lo

que pensé. Simplemente funcionó para mí porque era meramente platónico. —Maldición, mi día estaba mejorando. No sabía por qué me emocionaba oír que no había nada entre ella y el imbécil pomposo—. De todos modos, todo eso no viene al caso. No me casaré contigo.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Lo harás, Sailor. Y me lo agradecerás de rodillas. —Sus mejillas se tiñeron de rojo ante la insinuación. La verdad es que no era mi intención, no obstante, me gustaba cómo funcionaba su mente—. Lo harás por Gabriel. Para mantenerlo a salvo.

Atrapó su labio inferior entre los dientes, contemplando sus opciones. No tenía ninguna. Pero, por alguna razón, me encantaba atormentarla, hacerle creer que tenía una salida. Cuando no la tenía.

—Si me caso contigo —empezó—, ¿puedo irme cuando quiera?

«No».

—Claro.

—¿Será seguro que Gabriel y yo nos vayamos?

Alargué la mano y le tomé la barbilla entre mis dedos. No pude resistirme a pasarle el pulgar por su labio inferior. Observé cómo se balanceaba su delicado cuello al tragar. Su tez era tan blanca que mis dedos ya habían dejado huellas en su delicada piel.

—Siempre será seguro para Gabriel y para ti.

Pero no para irse. Nunca para irse.

Porque mi red se había tejido y por fin la había atrapado.

VEINTITRÉS

SAILOR

Aterrizamos en una pequeña pista poco después de la hora del almuerzo.

En cuanto salimos de la cabina, contemplé la idílica isla. Aguas azules cristalinas rodeaban la tierra, y escuché a Gabriel jadear a mi lado.

—¿Te gusta? —pregunté sonriendo. Estaba claro que sí. Sus ojos se desviaron a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda. En ellos brillaban la curiosidad y la emoción.

En cuanto mis zapatos tocaron el suelo, Raphael me urgió hacia delante, donde nos esperaba un Jeep Sahara negro. La capota estaba bajada, las puertas abiertas y Gabriel chilló de alegría, corriendo hacia él.

—¡Quiero uno cuando sea grande, mamá! —exclamó mientras se subía al asiento trasero.

—Me aseguraré de que tengas uno —respondió Raphael. Lo fulminé con la mirada, molesta de que respondiera en mi nombre.

—No sabía que te llamabas mamá —murmuré sarcásticamente en voz baja. Gabriel no me oyó, aunque Raphael sí. Lo miré de reojo—. ¿Tratando de ganar algunos puntos?

Se deslizó en el Jeep y lo puso en marcha.

—Necesito algunos puntos con la madre de Gabriel. ¿Alguna sugerencia?

Puse los ojos en blanco.

—A mamá le encantan los perros, los helados y la playa —añadió Gabriel, sonriendo alegremente—. Y beber vino con tía Aurora y tía Willow.

—¡Gabriel! —lo regañé suavemente—. Se supone que debes guardar mis secretos.

Me dirigió una mirada fingida e inocente, pero su sonrisa maliciosa lo estropeó.

—Esas cosas te hacen feliz. Me *gusta* cuando eres feliz.

«Sé feliz, Sail». La brisa susurró las últimas palabras de mi hermana. Esas palabras cambiaron el curso de mi vida. Las había respirado. Me había empapado en ellas, como una flor marchita empapada en el agua.

Pasamos por delante de unas rejas de mármol y llegamos a la casa. Mis ojos recorrieron la mansión de mármol. Era tan luminosa que me hizo entrecerrar los ojos.

—Bienvenido al cielo. —Me reí suavemente—. Dime tus pecados y podrás pasar. No, solo bromeaba. El infierno es igual de brillante.

Oh, mierda. Lo dije en voz alta.

—Qué poético —resopló Raphael.

—A mamá se le dan bien las rimas —comentó Gabriel, ya bajando del vehículo—. Tía Aurora decía que a veces entraba a concursos de poesía en el colegio.

Agité la mano mientras salía del Jeep al mismo tiempo que Raphael.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Rodeó el Jeep y me puso la mano en la base de mi espalda, me guio por los grandes escalones de piedra y a través de la gran puerta. Cruzamos el espacioso vestíbulo de mármol con una escalera circular del mismo material que conducía al primer y segundo piso.

Mis ojos parpadearon por encima de mi cabeza para encontrar una gran cúpula sobre nosotros con una pintura de los arcángeles. Los cuatro ángeles: Raphael, Gabriel, Michael y Uriel.

Bajé la mirada para encontrarme con la expresión asombrada de Gabriel y su boca ligeramente abierta mientras miraba al techo.

—No quiero irme nunca —declaró.

—Eso me hace feliz, amigo —dijo Raphael divertido—. Quiero que tú y tu madre sean felices aquí.

No se me escapó que estaba haciendo todo lo posible para que Gabriel amara ese lugar. No es que tuviera que esforzarse mucho. El sitio era como un paraíso en la tierra, y cada ventana por la que se miraba permitía vislumbrar el agua azul cristalino que se extendía por kilómetros por el horizonte.

—¿Quieren que les muestre el lugar? —Ofreció.

Gabriel y yo compartimos una mirada y luego asentimos. Seguimos caminando por el vestíbulo y salimos por la puerta trasera, donde nos recibió un oasis verde con un encantador sendero de piedra que serpenteaba hacia lo que parecía una playa de arena blanca.

Incluso desde mi lugar, podía oír las olas rompiendo contra la orilla.

Sin previo aviso, Gabriel pasó corriendo a nuestro lado.

Seguimos el sonido de su risa alegre por el caminito romántico, a la sombra de las palmeras, hasta la playa.

Y todo el tiempo oí la voz de mi hermana. «*Sé feliz, Sail*».

———

Una suave brisa y el sonido de las olas me despertaron y me levanté de un salto. Era medianoche y estaba tumbada en una gran cama con dosel, tallada en madera de caoba. La pequeña luz nocturna iluminaba suavemente la habitación y encontré confort en ella.

Una inhalación profunda. Una exhalación suave.

La humedad en el aire era densa con el aroma salado que la perfumaba. Una mosquitera blanca me rodeaba y mis ojos se desviaron hacia la ventana abierta para encontrar la luna reflejada sobre la oscura superficie del mar.

Entonces los eventos de ese día, o fue el día anterior, volvieron rápidamente. Despertar con Raphael Santos en la cabaña de los Ashford, escapar a duras penas del ataque y tomar el *jet* privado a una isla.

Y su insistencia en que me casara con él.

Le dije que me lo pensaría. Me dejó claro que no habría nada que pensar. Sin embargo, no permitiría que ese hombre me mandara.

Mi parte razonable sabía que salvó la vida de Gabriel y la mía. Sin embargo, otra parte se dio cuenta de que no había forma de salir de la isla. Era una protección, pero también una especie de prisión. Aunque también me sentí aliviada al descubrir que no me llevó a Miami, el lugar donde Aurora, Willow y yo habíamos visto a su padre torturar a Anya.

La pesadilla que nos había atormentado durante los pasados siete años y medio.

Pero de momento me las ingeniaría. Hasta que se me ocurriera un plan mejor.

Me levanté de la cama y caminé por el suelo de azulejos españoles hasta la gran ventana abierta que daba al balcón. La vista era magnífica durante el día. Incluso de noche, la luz de la luna bailaba sobre la oscura superficie.

Alejándome del balcón, salí de la habitación y me dirigí al dormitorio de Gabriel. Estaba justo al lado de la mía. Lo encontré profundamente dormido, con su posición habitual de la pierna colgando sobre la cama y su oscura cabellera cubriéndole parte de la cara.

Me acerqué a la cama y le aparté los rizos de su rostro. Parecía un ángel oscuro así, con su expresión facial relajada. Me había horrorizado ver el miedo en su rostro cuando nos disparaban.

Aún más aterrador era el pensamiento que me rondaba por la cabeza. Que mis padres estaban relacionados con el ataque del día anterior. No le dije a mi madre que estaba en la cabaña, pero tal vez lo adivinó. O quizá mi estúpido comentario de que estaba en casa de los Ashford la puso sobre aviso.

Si los Ashford nunca hubieran confiado en ellos. Sin embargo, mis padres eran de esas pocas personas que conocían la ubicación de la cabaña. Después de todo, la familia McHale era una de las familias políticas más influyentes de D.C. ¿Quién iba a dudar de ellos?

No fue hasta que Anya tuvo un bebé y luego murió, y que me alejé de ellos, cuando empezaron los rumores. Que la familia McHale no era tan perfecta después de todo. No tenían idea de cuánta razón tenían. Nuestra familia estaba jodida.

En cualquier caso, había terminado. No quería tener nada que ver con ellos. Deseaba que se pudrieran en el infierno. Decían que el karma era una perra. Bueno, todavía esperaba que empezara a jugar con las dos personas que destruyeron a mi hermana.

Cerré los ojos e inspiré profundamente otra vez. A Anya le encantaban las montañas y las vistas. Encontró la paz en su última morada, en la cima de los Apalaches. Cortesía de Royce Ashford.

La nieve cubría cada centímetro visible de tierra mientras el ataúd de Anya descendía hacia la oscuridad de la tierra. No pude evitar pensar que le gustaría el escenario. Dejando la vista blanca de nieve fresca para abrazar su oscuridad.

A ella no le importaba; a mí me aterraba.

Un suave temblor me recorrió la espalda, y no tenía nada que ver con las temperaturas bajo cero. Apenas podía mantener la compostura. Lloré mucho durante los pasados días. Apenas dormí, hasta que Royce descubrió que me daba miedo la oscuridad.

Así que instaló una luz nocturna en mi habitación y en la de Gabriel. Byron se encargó de todos los trámites legales con sus abogados con la ayuda de Winston. Esos dos podrían gobernar el mundo juntos.

Mis ojos recorrieron el pequeño grupo. Los tres hermanos Ashford, Willow y Aurora, y el pequeño Gabriel. Y Anya descansando en el hermoso ataúd blanco.

Toda la gente que importaba.

El pequeño Gabriel dormía en mis brazos.

Mirara donde mirara en la cima de esa montaña, la escena era serena. Pacífica. Pero dentro de mi alma, se estaba gestando una tormenta. Fea, odiosa y roja como la furia. Quería hacer pagar a mis padres. Quería hacerlos sufrir, como hicieron sufrir a Anya.

Era un sentimiento feo, sin embargo, me negaba a dejarlo pasar y a que se enconara dentro de mí. No sabía cómo ni cuándo, pero los haría pagar.

—Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo. En la esperanza segura y cierta de la resurrección...

Dejé de escuchar. Mi mente iba a la deriva. Me dolía el alma.

Cada miembro de mi nueva pequeña familia se acercó y me abrazó con el bebé Gabriel aún durmiendo profundamente en mis brazos. No podía soportar marcharme. Necesitaba un minuto más para despedirme.

—Recuerda, rubia —me susurró Royce suavemente al oído mientras me rodeaba con sus grandes brazos—. Hoy haz luto. Véngate mañana.

Me encontré con la mirada oscura de Royce. Aurora y él se parecían mucho. Cabello y ojos oscuros.

El ardor de mi garganta se ahogó y mi pecho se oprimió.

—No puedo dejarla ir —solté con voz ronca.

—Y no lo harás —aseguró Royce. Sus ojos se desviaron hacia el bebé que tenía en mis brazos—. Es parte de Gabriel. Siempre será parte de ti.

Las lágrimas de mi cara se medio congelaron mientras corrían por mi rostro. Sentí sal en la lengua.

Seguí su mirada hasta el bebé que tenía en brazos, envuelto en un traje de nieve, con los ojos cerrados mientras dormía cómodamente. Debajo de todas las capas de ropa se le veían mechones de cabello oscuro. Era precioso.

—¿Quieres que me quede contigo? —Royce se ofreció. Negué con la cabeza. Su casa estaba a unos tres kilómetros de ahí y todos habíamos venido en dos vehículos. Pero en ese instante, necesitaba algo de tiempo a solas—. Te esperaré en el coche.

—Gracias.

A cada paso que daba, el crujido de la nieve bajo sus botas se hacía más y más tenue.

Mi mirada se clavó en el ataúd. Los hombres esperaban a que me fuera para cerrar la tumba.

Demonios, me dolía tanto dejarla ir. No podía reunir las fuerzas para moverme. Un elaborado arreglo lleno de prímulas rojas descansaba sobre el ataúd blanco. Encajaba con el escenario. La sangre manchaba la inocencia de Anya. Él manchó su inocencia.

Me sangraba el corazón, cada respiración temblorosa que daba era como un cristal hecho añicos que me cortaba por dentro. El viento repuntó y su suave aullido arremolinó la nieve a nuestro alrededor. Se avecinaba una tormenta. Era hora de irse, aunque no quisiera.

—Voy a hacérselo pagar, Anya —susurré al viento, con los ojos clavados en su lugar de descanso—. Y mantendré a Gabriel a salvo.

Un aullido de viento fue mi respuesta.

Y juré que podía oír su suave voz en él.

«Sé feliz, Sail».

Un escalofrío me recorrió la espalda con aquellos recuerdos. No había ido a la tumba en los últimos seis meses. Había sido el mayor tiempo que había pasado sin visitarla.

Nuestros padres odiaban a Gabriel. Eso lo sabía. Pero ¿irían tan lejos como para hacerle daño?

«Le hicieron daño a Anya», susurró mi mente. Si lastimaron a Anya, lastimarían a Gabriel. Dios, nuestra familia estaba tan rota desde que tenía memoria. Me protegió, pero nadie la protegió a ella.

Mirando a mi alrededor, lamenté no ver un sofá o una silla. Cualquier cosa, para poder

dormir en la misma habitación que mi hijo. Como si presintiera que algo iba a pasar. A él. A mí. *A nosotros.*

Con un suspiro, salí de la habitación de Gabriel, dejando la puerta abierta de par en par para poder oírlo si me llamaba. No es que alguna vez lo hiciera. Era más por mi bien que por el suyo.

Justo cuando doblé la esquina de la habitación de Gabriel, choqué con un pecho duro y caliente. Apoyé la mano en unos abdominales musculosos para estabilizarme. Se me cortó la respiración al darme cuenta de con quién me había topado. *Raphael.*

Mi palma se detuvo, apoyada en su camiseta blanca, y el calor ardió a través de ella y directo a mi núcleo. Como una llama encendida, parpadeó y se extendió por mi torrente sanguíneo. La casa estaba tan silenciosa que oí los latidos de mi propio corazón y el grito de alarma. Sin embargo, permanecí pegada a mi sitio.

Di un paso atrás y alcé los ojos para encontrarme con su imponente figura. Me miraba con esos ojos azules, su presencia ocupaba todo el aire y el espacio en el pasillo.

Tenía un teléfono en una mano, observándome con curiosidad.

—¿No puedes dormir? —preguntó finalmente. Negué con la cabeza—. Aquí estás a salvo —aseguró, pero eso no me hizo sentir mejor.

—Gracias —musité.

Siguió una larga pausa.

—S-sobre t-tu sugerencia... —Empecé titubeando—. Si lo llevamos a cabo, ¿cuál es tu plan? ¿Qué nos pasará a Gabriel y a mí después de que acabes con el Cártel Tijuana?

Me preocupaba nuestra seguridad. Se suponía que la isla era segura, pero también lo era la cabaña de los Ashford. Sin embargo, nos encontraron.

—¿Está Gabriel profundamente dormido? —indagó en su lugar, evadiendo mi pregunta. No me serviría de nada presionarlo. No en mi primera noche en su isla, no obstante, tendría que obtener al menos algunas respuestas.

—Sí.

—Bien. —Sus ojos se posaron en mis mejillas, la oscuridad bailando en su mirada. Llena de promesas. Consumidora. Lujuriosa.

—No has respondido a mi pregunta —señalé.

—Tú y Gabriel siempre estarán a salvo conmigo —declaró—. Tengo muchos enemigos vagando por el mundo. También deberías irte a dormir. A menos que estés buscando algo de diversión.

Ahí estaba el criminal. El diablo con el brillo malvado bailando en sus ojos. La forma en que me miraba prometía una manera de olvidar todas las heridas. Al menos durante un rato.

Era tentador. Oh, tan tentador ceder al dolor que palpitaba entre mis piernas.

En lugar de eso, me alejé corriendo de él y me dirigí a mi habitación como si el diablo me pisara los talones. Su suave risita me siguió hasta mi habitación.

VEINTICUATRO

RAPHAEL



Cerrando la puerta de mi dormitorio, que estaba en el ala opuesta de la mansión, me encontré de nuevo en mi escritorio y encendí la computadora. El archivo que Nico envió era largo y hasta ahora solo me había centrado en la información sobre Sailor.

Se me llenaba el pecho cada vez que pensaba en Sailor y Gabriel. No tardé en caer bajo su hechizo. El chico llevaba el corazón en la manga. En nuestro mundo, no era una buena cualidad, pero me importaba una mierda. Ayudaría a Sailor a conservar esa inocencia todo el tiempo que pudiera. Había tiempo de sobra para ser un cabrón.

Al igual que Sailor, sentí la necesidad de ver a Gabriel esa noche. Mi inocente y bondadoso medio hermano, a diferencia de aquel con el que crecí. Vincent era un desgraciado sádico y cruel. Gabriel no estaba marcado por el mundo atroz que nos rodeaba. Y yo, no era exactamente inocente, pero me gustaría pensar que no era tan sádico como Vincent que le gustaba torturar a los indefensos e inocentes.

Después de todo, tenía Diablo tatuado en mi mano. Tenía seis años cuando maté por primera vez. Atrapé a uno de los hombres de mi padre violando a nuestra criada y me volví loco. Agarré un cuchillo de carnicero de la mesa cercana y lo apuñalé en el cuello. Después de eso, fue un borrón. Cuando por fin me libré de él, mi piel estaba empapada de su sangre y él tenía sesenta y seis heridas. Un niño de seis años y sesenta y seis heridas. La gente vio seis-seis-seis y me declararon diablo.

Desde el momento en que Vincent fue declarado muerto, me convertí en el hijo visible. El único hijo vivo. Y lo odié. Hasta ese momento, tenía mi propia agenda y mis propios negocios. Conocía mis responsabilidades con la familia, pero ser el segundo hijo me dejaba la libertad de hacer lo que quisiera fuera del negocio familiar. No estaba de acuerdo con los métodos de Vincent y de nuestro padre. Tráfico de personas. Prostitución forzada. Venta de mujeres.

Lo odiaba todo, maldición.

Sin embargo, los cambios eran imposibles porque mientras mi padre viviera, gobernaba el Cártel Santos. Imaginen la sorpresa cuando Sasha Nikolaev, ese maldito desgraciado idiota e impulsivo, ejecutó a mi padre. De repente, el mundo volvió su atención hacia mí. Una nueva cabeza para el Cártel Santos. Una más fría. Una más centrada. Una más letal. Pero no más cruel.

El día que enterré a mi padre en *St. Peter and Paul Catholic Church*, filas y filas de ciudadanos honrados vinieron a despedirlo. No porque fuera un buen hombre, sino porque formaba parte del bajo mundo de Florida y gobernaba el crimen de todo el estado. Querían asegurarse de que seguían teniendo un sitio en mi mesa, sus manos ya ansiosas de más sobornos.

La procesión de limosinas, *paparazzi* y reporteros merodeaban por los alrededores,

vislumbrando a los delincuentes visitantes.

Si todos esos honrados ciudadanos supieran el drama que se vivía en sus propios mundos.

Solo había que ver D.C. y la familia McHale. Esa ciudad bien podría llamarse Ciudad del Pecado en lugar de Las Vegas. Ocultaba suciedad y secretos bajo la ilusión de justicia y largas filas de prominentes figuras políticas.

Mis ojos recorrieron la pantalla. Páginas y páginas de información, y por fin tenía sentido cómo Anya y mi padre llegaron conocerse.

El viejo McHale le debía un favor a Benito King y había firmado el acuerdo de Las Bellas y Mafiosos con el padre de Cassio. La mujer de Nico le disparó a Benito, pero desgraciadamente décadas de mierda tardan mucho en limpiarse. Anya fue una de las víctimas del infame acuerdo de Bellas y Mafiosos de Benito. Mi padre compró el contrato de Benito cuando mi viejo decidió que cogería todo bajo el sol para poder producir otro hijo. Mi padre llamó para cobrar la deuda y el viejo McHale ofreció a Anya como un cordero de sacrificio. Aunque McHale técnicamente había violado ese contrato, porque no le dio a su hija biológica.

Y luego estaba la información sobre la paternidad de Anya. *Interesante*. Explicaba la declaración de Sailor la noche que nos conocimos. Su padre odiaba todo lo hispano. Apostaría mi fortuna a que esa era la razón.

Me preguntaba si Sailor lo sabía, y cuánto exactamente. Me odiaba lo suficiente. Tal vez pensaba que era como mi padre. Era difícil averiguarlo cuando se mantenía tan cerrada.

Los padres de Sailor no eran mejores que mi padre, salvo que Sailor no tenía a los Nikolaev con la mira puesta en su familia. Sospechaba que los hermanos Nikolaev nunca se dieron cuenta de que en realidad me hicieron un favor, aunque tuviera que vengarme por ello. De repente, como jefe del cártel, pude aplicar cambios y nuevas normas. Puse fin al tráfico de personas y a todos nuestros negocios con el Cártel Tijuana, que eran los principales proveedores de carne humana.

Eso salió bien. O en realidad *no*. Y nuestra disputa comenzó.

Qué jodidamente irónico que ese mismo enemigo tuviera ahora en la mira a mi medio hermano y a su madre. Excepto, que no sabían de la conexión de Gabriel conmigo.

Pero los padres de Sailor sí.

Volví a leer el correo electrónico de Nico. Fue el último contrato el que me hizo temblar de rabia. Ardía tan fuerte que tuve que ahogarla. Me quemaba la garganta, el pecho, y me enrojecía la vista.

Como el día en que maté a mi primer hombre.

Mis ojos recorrieron las páginas y mi mandíbula se tensó mientras la necesidad de cazar a los padres de Sailor y dispararles en la maldita cabeza me recorría las venas.

No lo podía creer. Había esperado cualquier cosa de personajes estirados y traicioneros, pero nunca algo así. Miré la fecha del contrato. Se había firmado hacía una semana. Su padre vendió a Sailor a Santiago Tijuana. El viejo desgraciado era la conexión de Santiago en D.C. y gracias al padre de Sailor el Cártel Tijuana pagó la fianza.

Era hora de destrozar a la familia de Sailor.

«Nadie se sale con la suya haciendo daño a mi hermano pequeño. O a mi mujer».

VEINTICINCO

SAILOR

Di vueltas en la cama el resto de la noche. La preocupación se apoderó de mi mente.

Casarme o no casarme. Confiar o no confiar.

Gabriel necesitaba protección. De mis padres. Del Cártel Tijuana. Probablemente de muchos otros si su conexión con la familia Santos salía a la luz. Todo ello me mantuvo dando vueltas en la cama durante la mayor parte de la noche. Los primeros destellos del alba aparecieron en el horizonte y renuncié a dormir.

Saqué el teléfono, lo encendí y miré los mensajes. Tenía montones de mensajes perdidos y llamadas de Aurora y Willow.

Aurora: ¿Dónde estás?

Willow: ¿Por qué me está acosando ese tipo aterrador de New Orleans?

Aurora: ¿Quién? ¿Alexei? Está conmigo.

Willow: Su aterrador hermano.

Aurora: ¿Sasha?

Willow: No le pregunté su nombre. Está al acecho, asustando a mis citas.

Aurora: Sailor, ¿dónde estás?

Willow: Responde, mujer. Toda tu ropa y la de Gabriel han desaparecido. Me estoy volviendo loca.

Aurora: Sailor, voy a enviar a Alexei tras de ti si no respondes.

Santo Dios. Cualquiera menos ese hombre aterrador. No me gustaba juzgar a la gente por sus apariencias, pero por Dios, daba miedo. Todavía me costaba pensar en él y Aurora juntos. Eran polos opuestos.

Comprobé la hora del último mensaje. Algo me decía que, si me escondía en la maldita Siberia, aquel hombre me encontraría. El mensaje de Aurora estaba marcado hacía una hora, así que tecleé rápidamente mi respuesta.

Yo: Estoy bien. Tanto Gabriel como yo estamos a salvo. Estaré en contacto. No te preocupes.

Después, me di una ducha rápida y me vestí, pero antes de bajar las escaleras, comprobé

cómo estaba mi hijo. Estaba retorcido en la cama, con el pie colgando de ella otra vez, justo encima de la almohada y las sábanas medio levantadas. Mis labios se curvaron en una sonrisa al verlo tan profundamente dormido, con la boca ligeramente entreabierta. Al menos los acontecimientos del día anterior lo habían dejado indemne.

Estaba en silencio mientras hice mi camino por la casa, la mayor parte de la gente seguía durmiendo. Cuando aterrizamos, vi guardias merodeando por la casa y la isla. Raphael mencionó que tenía guardias y personal doméstico en la propiedad, sin embargo, nunca dijo cuánta gente vivía aquí. Aunque por lo que observé, tenía una pequeña operación militar.

El sol naciente proyectaba sombras por el pasillo. La casa era magnífica. Era lujosa, pero también acogedora. A diferencia de la casa de mis padres. Aprendí pronto a no tocar nada en nuestra casa. Una vez rompí accidentalmente el cenicero de mi padre. Me golpeó tan fuerte que salí volando por su estudio, con la nuca golpeando la pared. Anya vino a rescatarme ese día, como tantas otras veces. Le dijo que ella lo había roto. Él sabía muy bien que yo lo había hecho. Después de todo, me vio hacerlo.

Pero sonrió, esa horrible sonrisa malvada, y luego la envió a su habitación. Esa noche, Anya me prohibió ir a la suya.

Sacudiendo la cabeza y con ello el pasado, doblé la esquina y me encontré en una cocina enorme. La estufa y el horno ya estaban en marcha, y el olor a pan fresco me hizo agua la boca. Me acerqué a la estufa, levanté la tapa y encontré algo parecido a pollo. Al menos a mí me lo pareció, aunque se me hizo un poco raro cocinar pollo por la mañana.

Volví a poner la tapa y eché un vistazo al horno. Parecía pan, pero olía dulce, casi a chocolate derretido.

—Es *chocolate con pan*. —La profunda voz de Raphael llegó desde detrás de mí, y me estremecí por el sonido que llenaba la silenciosa cocina.

Me enderecé lentamente hasta alcanzar mi estatura completa y me giré para encontrarme con su mirada. Raphael en *jeans* y camiseta era un espectáculo para la vista. Mi corazón latía a mil por hora y mi respiración se entrecortó cuando su mirada recorrió mi cuerpo.

Algo en la forma en que me miraba encendió un cerillo y provocó chispas en mi torrente sanguíneo que amenazaban con convertirse en auténticos fuegos artificiales.

Me quedé allí con unos *shorts* blancos y una camiseta azul de cuello redondo, descalza sobre la fría baldosa mientras mi piel zumbaba de calor. Tinta negra cubría sus brazos, músculos fuertes y bronceados que dejaban volar mi imaginación. Me preguntaba qué parte de su bronceado cuerpo estaba realmente cubierta de tinta. La parte curiosa en mí quería examinar cada centímetro.

El calor se apoderó de la boca de mi estómago y se extendió por mi cuerpo como el fuego.

—¿Te vas a quedar mirando o vas a decir algo?

Parpadeé ante su tono.

—¿Así es como tratas a todos tus invitados? —respondí, con la voz entrecortada.

Sacudió la cabeza, dejando escapar un pequeño suspiro de diversión.

—Solo a los que no saben dar los buenos días.

Entorné los ojos hacia él. No era culpa mía que su cuerpo fuera tan hermoso que me dejara sin palabras.

—Buenos días —refunfuñé—. ¿Feliz?

—Sí.

Apartándose de mí, apagó el horno, agarró una guante de cocina y sacó una sartén llena de pan que olía delicioso.

—No me pareces del tipo que cocina —reflexioné en voz alta—. ¿Te despertaste hace horas para esclavizarte sobre la estufa?

Otra bocanada de diversión lo abandonó y su mirada brilló.

—No, Beatrice lo hizo. Mi cocinera.

Como si fuera una señal, una mujer con el cabello oscuro entró en la cocina y me quedé boquiabierta. No podía ser la cocinera. Tenía que ser una modelo o algún bombón con el que estuviera saliendo Raphael.

—Ah, ahí está. —Raphael lanzó una mirada fugaz a la mujer antes de volver sus ojos a mí—. Buenos días, Beatrice.

—Buenos días, señor. —Sus ojos oscuros me observaron con curiosidad.

—Señora.

—El desayuno huele delicioso —elogié. Mis ojos se movieron entre Raphael y ella, preguntándome si los dos tenían algo entre ellos. No podía imaginarme a nadie capaz de resistírsele. Era preciosa.

Observé cómo Beatrice se movía por la cocina, con confianza. Como si fuera la dueña del lugar. Y todo el tiempo, los ojos de Raphael permanecían fijos en mí mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

Beatrice puso la mesa y colocó un plato lleno de panes y algo que parecían tacos.

—Umm, ¿puedo ayudarte en algo? —Le ofrecí. Estaba en medio de limpiar las superficies de la cocina.

Agitó la mano.

—Por favor, siéntese.

Mis ojos parpadearon hacia Raphael, insegura de si debía sentarme aquí o en otro sitio a comer.

—Te acompañaré. —Raphael dio tres pasos y se encontró en la mesa, luego me acercó una silla.

Una vez sentados, Beatrice puso una taza de café delante de Raphael y frente a mí.

—Con vainilla francesa, como a usted le gusta —comentó, con una sonrisa genuina.

Parpadeé confusa.

—¿Cómo lo sabes?

Su rostro palideció un poco y lanzó una mirada preocupada a Raphael.

—No pasa nada, Beatrice —aseguró, y luego sus ojos se clavaron en mí—. He dado a todos en la isla información sobre ti y Gabriel en función de las necesidades básicas. Beatrice conoce las comidas y bebidas que les gustan, así que puede prepararles platos que disfrutarán.

—Oh. —*«Un poco exagerado, pero considerado»,* pensé—.¿Y cómo sabes lo que nos gusta o no?

—Nuestro amigo en común —comentó misteriosamente.

Arqueé una ceja.

—¿Nico Morrelli? —inquirí vacilante. No es que lo considerara un amigo. Más bien como un conocido.

Asintió con la cabeza.

—Sabe buscar información sobre la gente. Los informes detallados son su especialidad.

—Vaya informe detallado —refunfuñé.

—No tienes idea.

Decidí no hacer ningún comentario y, mientras masticaba, le eché un vistazo al reloj. A Gabriel le gustaba dormir hasta tarde, así que pasarían unas horas antes de que le viéramos la

cara. Eso me daría tiempo para trabajar un poco. Tenía que corregir tres artículos antes de que se imprimieran. Uno de ellos se centraba en los cárteles sudamericanos, incluido el de Raphael Santos.

Otra razón por la que casarme con Raphael era una mala idea. Sin embargo, había llegado a la conclusión de que podría ser mi mejor camino. Protegería a Gabriel. Excepto que me costaba decir ese "sí" final en voz alta.

Durante un rato, mantuve los ojos en mi plato mientras comía, Raphael sentado justo enfrente de mí.

—*¿Cuánto tiempo se van a quedar aquí?* —preguntó Beatrice de repente, cambiando al español. No moví ni un músculo, decidida a no dejar traslucir que podía entenderla. En la escuela estudié francés y griego, pero como Gabriel tenía Español desde el prescolar, lo estudié con él. Tenía un talento innato, yo me esforzaba por seguirle el ritmo.

—*Todo el tiempo que necesiten* —respondió también en español.

—*Entiendo que queramos que el niño se quede aquí, pero ¿por qué tiene que quedarse ella?* —Su tono se volvió quejumbroso y tuve que morderme el interior de la mejilla para no decir algo brusco.

—*Es su madre.* —El tono de Raphael era claro. No toleraría que lo cuestionaran.

—*No puedo creer que se acostara con el viejo.* —Se rio Beatrice, de nuevo en español—. *Probablemente una cazafortunas. Sin principios. Una de esas putas a las que les gusta abrirse de piernas para cualquiera con dinero.*

Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no levantarme y golpear a la mujer en la cara. Dios, ¿cuándo me había vuelto tan violenta? Aun así, la necesidad de ponerla en su sitio hizo que me temblara la mano de rabia.

«Tal vez más tarde». Por el momento, fingiría que no hablaba español.

Para el mundo, fui la que tuvo al bebé. Así que por supuesto, asumiría que como era la madre de Gabriel, me acosté con el padre de Raphael. De cualquier manera, la insinuación no me sentó bien. Lombardo Santos violó a Anya. Padre la había forzado, pero Anya se negó a decirme el por qué. Ese secreto murió con ella.

—*Beatrice, elige bien tus próxima palabras o no te gustará lo que viene a continuación* —dijo Raphael en voz baja, pero un toque de vehemencia lo atravesó. Demonios, había algo *sexy* cuando hablaba en español.

—*Era de tu padre y odiabas a tu padre.* —La chica continuó despotricando en español.

Contuve la respiración, esperando a que Raphael la corrigiera. No lo hizo.

«¿Realmente Raphael odiaba a su padre?», me pregunté.

No se lo preguntaría ahora. Ya habría tiempo para eso más tarde, cuando estuviéramos solos.

—¿Hace mucho que trabajas aquí, Beatrice? —indagué, mirándola a los ojos y sonriendo dulcemente. No sabría que era una sonrisa falsa, a menos que me conociera.

—Sí.

—¿Te follas a tu jefe? —pregunté, manteniendo mi voz mesurada.

Me importaba una mierda si lo hacía o no, pero maldición si dejaría que me degradara. O a mi hermana. No sabía lo que Anya sufrió esa noche. Nadie lo sabía, excepto Aurora, Willow y yo. Habíamos tenido asientos de primera fila para el jodido espectáculo.

Mis ojos se posaron en la mesa para encontrarme con la mirada de Raphael. Su expresión chispeaba con seca diversión, pero Beatrice echaba humo, una retahíla de maldiciones en español saliendo de su boca.

—¿Vas a dejar que me hable así? —siseó Beatrice, con los ojos llenos de ira.

Raphael ni siquiera le dedicó una mirada.

—Caine te llevará de vuelta a tierra firme —ordenó despreocupadamente—. Serás compensada por los próximos seis meses.

Sonó un jadeo agudo y medio esperé que se agarrara el pecho en plan teatral. No lo hizo. En lugar de eso, agarró un jarrón grande, dispuesta a arrojármelo cuando Raphael se levantó de un salto y la agarró de la muñeca.

—No lo haría si fuera tú —advirtió, su voz mortalmente calmada, pero el veneno cubría cada palabra pronunciada, dejándome entrever el mafioso despiadado que era.

Antes de que pudiera siquiera pestañear, aparecieron dos guardias y la escoltaron fuera de la cocina, luego fuera de la casa mientras sus rápidas palabras en español la seguían detrás.

Una vez que ya no podíamos oírla, Raphael finalmente se dirigió a mí.

—Ahora, vamos a hablar.

Arqueé una ceja.

—¿Y no podríamos haber hablado antes de que despidieras a tu novia?

—Beatrice no es mi novia —explicó con calma—. Nunca lo ha sido.

Me burlé suavemente.

—Puede que ella no haya recibido ese memorándum.

Se encogió de hombros.

—Ese es su problema. Ahora hablemos de nuestro futuro.

—No existe "*nuestro*" futuro —me mofé entre dientes—. Así que no nos adelantemos.

La mirada que me dirigió decía otra cosa, sin embargo, no me importó evaluarla. Quizás esperaba que se lo reprochara o quizá pensó que empezaría a disparatar. No hice ninguna de las dos cosas. Anya me enseñó hacía mucho tiempo que a veces era mejor guardarse las opiniones para uno mismo. Hasta que tuvieras la delantera en el asunto.

En ese caso, y con ese hombre, me preocupaba no tener la ventaja. Después de todo, era un criminal. El diablo. Aunque el hombre era definitivamente *sexy* y carismático, no podía olvidar lo que su padre le había hecho a Anya. Lo que casi nos había hecho a *nosotras*, a mis mejores amigas y a mí.

—¿De verdad odiabas a tu padre? —pregunté, sin dejar de mirarlo.

Sus ojos se oscurecieron, algo cruel y lleno de veneno pasó por su mirada, pero desapareció tan rápido como apareció.

—No era mi persona favorita. —Una pequeña admisión, aunque algo en ella me dio esperanza.

—Mío tampoco —murmuré. Me aclaré la garganta—. Ni el tuyo ni el mío. De hecho, estaría bien si no volviera a ver a mi padre —aclaré.

Asintió con la cabeza como si lo entendiera y creí que lo hacía. Era curioso lo que unía a la gente.

—¿Y tu madre? —inquirí vacilante. Tal vez me estaba pasando, pero si me casaba con él, necesitaba saber al menos algo sobre el hombre. Fuera de su actividad criminal.

—Mi padre era la persona favorita de mi madre. —Un destello de dolor y pesar cruzó su expresión—. Era una buena persona, pero la crueldad de mi padre la destruyó. Cuando murió, era una cáscara de la mujer que solía ser. Adicta a la cocaína y buscando alivio en el olvido.

Amaba a su madre. No lo decía, sin embargo, no tenía que hacerlo. Y eso me hizo pensar que Raphael Santos era mucho más de lo que parecía.

—Lo siento. —Y realmente lo sentía. No me gustó la insinuación de dolor que persistía en sus ojos—. Anya era todo para mí: mi madre, mi padre, mi hermana.

El silencio llenaba el aire y en él se entretejían frágiles lazos. Me asustaba y me emocionaba. Me confundía y me tranquilizaba. No podía entenderlo.

—Entiendes español. —No era una pregunta, sino una afirmación clara.

—¿Y? —desafié—. Entiendes inglés.

Se pasó una mano por la boca y soltó algunas palabras ininteligibles en español.

—Realmente tenemos que hablar —dijo finalmente—. Sobre nosotros.

—Ya lo estamos haciendo —reviré secamente. Algo en la forma en que me miraba hizo que mi alarma interna se disparara, y demonios si volvía a ignorar mi sexto sentido—. ¿Y no habíamos establecido ya que no hay un *nosotros*?

—Hay algo que tienes que leer. —No se me escapó que ignoró mi comentario sobre *nosotros*.

Mi teléfono sonó y, olvidándome temporalmente del hombre que tenía adelante, lo saqué del bolsillo trasero. Mis cejas se fruncieron al ver que era un mensaje de un número desconocido.

Deslicé el mensaje para abrirlo. Era un archivo adjunto.

«Probablemente spam», pensé y estaba a punto de borrarlo cuando la voz de Raphael me detuvo.

—Quizá quieras revisar eso. —Mis ojos se desviaron hacia él mientras mi dedo se cernió sobre el teclado.

—¿Por qué? —pregunté, vacilante.

—Porque tendrás que leerlo. —Cuando me quedé quieta, continuó—: Es un acuerdo hecho por tus padres.

El pavor llenó la boca de mi estómago y la vieja y familiar ansiedad me tocó la piel. En toda mi vida, nada bueno había salido de mis padres. Quizá no fueran criminales como el padre de Raphael, pero solo porque nunca se ensuciaron las manos. Tenían a otros que hacían el trabajo sucio por ellos.

Abrí el archivo adjunto y mis ojos ojearon las letras. Me temblaban los dedos y, con cada respiración agitada, mi corazón se hundía más y más. Nada te hacía peor el día que tus padres te dieran la razón.

Mi padre me vendió a Santiago Tijuana. Querían a Gabriel muerto.

Sabía que no se preocupaban por él, no obstante, eso iba más allá incluso de lo que temía. Volví al principio del documento para comprobar la fecha del acuerdo. Una semana atrás.

El miedo se coló por los rincones de mi mente. Los recuerdos dolían. Era como estar demasiado cerca del fuego mientras las llamas te lamían la piel, pero sin poder moverte. Incluso después de siete años de mantener la distancia, las dos personas que deberían haber velado por los intereses de Anya y los míos eran las que más daño nos hacían.

—Las niñas merecen ser castigadas.

Cada respiración se sentía como fragmentos de vidrio cortando mis pulmones.

—Quédate escondida, Sailor. —Se me helaron los pulmones—. No importa qué —dijo Anya —. Quédate callada.

La cama crujía sobre mí, asfixiándome.

Mordí más fuerte, saboreando la sangre. Me dolía la mano.

Gemidos. Gruñidos.

Mis pulmones se tensaron, las viejas pesadillas golpeaban contra las puertas, ansiosas por liberarse. No se lo permitiría. No podía permitirlo.

Por Gabriel. Por mí.

Mordí con más fuerza mi mano, la sangre resbalando por mi piel. Pegajosa. Maloliente. Cálida.

El terror me subió por la espalda. Sentía la piel húmeda. Me estaba asfixiando.

Dos manos grandes ahuecaron mi cara. Una cara borrosa. Su boca se movía. Mi cerebro no podía procesar sus palabras.

Me temblaba todo el cuerpo. Necesitaba que alguien me salvara. Siempre se trataba de ser salvada. Anya me salvó de *él.* De nuestro padre.

—Respira, *Reina*. —La voz era profunda y suave. Vehemente. No podía arrastrar un solo aliento a mis pulmones—. Concéntrate en mí y respira. —Cerré los ojos y escuché—. Abre los ojos y respira.

Su rostro se enfocó lentamente. Piel bronceada. Ojos azules.

—Aquí estás a salvo. —Sentí su olor. *A salvo.* Nos mantendría a salvo.

Apoyé la cara en el pliegue de su cuello, y su calor y su fuerza se filtraron en mí. Fue como una inyección de todo lo que necesitaba para que mi corazón por fin aflojara su carrera. Apoyé la cara en su cuello, mientras sus manos se dirigían a mi espalda, recorriéndola de arriba abajo, tranquilizándome.

El diablo me sacó de la pesadilla. Mi decisión estaba tomada.

VEINTISÉIS

RAPHAEL



—¿Todo bien? —pregunté con calma, aunque en el fondo me hervía la rabia. Algo o alguien debió de haber herido a esa mujer para causarle tanto dolor.

—Sí —murmuró, mirando a cualquier parte menos a mí—. El documento fue... —Pausa—… inesperado. —Tragó saliva y forzó una sonrisa. La verdad es que no estaba seguro de si lo sabía o no hasta el momento en que sufrió la crisis.

—Familia, ¿eh? —Intentó burlarse, aunque le salió demasiado débil.

No era exactamente la reacción que esperaba de ella. Estaba claro que no sabía nada del acuerdo al que habían llegado sus padres con Santiago Tijuana. El pánico en sus ojos era demasiado real, como fantasmas que había mantenido ocultos durante demasiado tiempo.

Sus padres la vendieron. A ella y a su hijo. A uno de los hombres más sádicos del planeta. La historia se repetía. Primero, con Anya. Ahora era su turno.

—Hay mejores familias. —Fue todo lo que dije para intentar hacerla sentir mejor—. La formas con la gente que te cubre las espaldas.

Asintió como si ella lo entendiera y en el fondo sentí que así era.

Manteniendo una expresión cautelosa en su rostro, se reclinó en su silla y me di cuenta de que necesitaba espacio. No podía culparla. No todos los días te enterabas de que tus padres tenían un contrato de esa magnitud para ti y tu hijo.

Así que lo dejé pasar esta vez.

Me senté a su lado y me tomé el café. Sailor necesitaba tiempo para recomponerse.

Había más en la historia de esa mujer que lo que contaba el expediente que Nico me consiguió.

Se notaba en el ataque de pánico que acababa de presenciar. En la pesadilla de la que despertó cuando estábamos en el avión. Casi como si hubieran abusado de ella o lo hubiera presenciado de primera mano. ¿Ese cabrón de su padre la utilizó para saldar su propia deuda?

Ninguno de los expedientes de Nico lo decía, y era muy minucioso.

Aquellos extraordinarios ojos azules se encontraron con mi mirada y se pasó la lengua por el labio inferior antes de hablar.

—¿Y si me negara a casarme contigo? —inquirió en voz baja.

Un resoplido sardónico me abandonó. Deseaba que se casara conmigo porque sentía esa atracción que surgía entre nosotros. Era parte del aire que respirábamos. Y aquí estaba preguntando qué pasaría si no lo hacía. Quemaría todo el maldito mundo, eso es lo que pasaría.

—Tengo muchos enemigos, Sailor. Y se correrá la voz de que Gabriel es un Santos. Los mantendré a salvo a ambos. De tus padres, de Santiago Tijuana y de cualquiera —juré. La

protegería, aunque se negara a casarse conmigo, sin embargo, ella no tenía por qué saberlo—. La forma más eficaz de hacerlo es que te cases conmigo.

Sus hombros se hundieron un poco y algo en ella me recordó a un ángel cansado. Sus gruesas ondas cubrían sus delgados hombros, como una corona demasiado pesada de llevar.

—Llamé a mi madre, ¿sabes? —Empezó suavemente, sus ojos se desviaron hacia la ventana —. Desde la cabaña. No había hablado con ella desde que Anya murió, pero pensé... — Se mordió el labio inferior como si le doliera pronunciar el nombre de su hermana—. Pensé que tal vez tenía al menos un instinto maternal. Se negó a ayudarme, me di cuenta de que cometí un error. Le dije que estaba en una de las propiedades de los Ashford. Mis padres conocían la ubicación de la cabaña. Te apuesto que así fue como Santiago Tijuana nos encontró.

Me quedé inmóvil ante su confesión. No porque me sorprendiera, sino porque demostraba su frágil confianza. Prosperó como una delicada flor entre nosotros y haría cualquier cosa para mantenerla.

—Byron llegó a la misma conclusión —confirmé y sus ojos brillaron de sorpresa—. Me llamó durante nuestro vuelo. Estaba dispuesto a venir contra mí.

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

—A los hermanos Ashford les agrada Gabriel.

—Y tú.

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Nos salvaron a Gabriel y a mí. Byron y Royce se enfrentaron a mis padres y nos ayudaron para que yo pudiera terminar la universidad. Sin Aurora, Willow y ellos, quién sabe dónde habríamos acabado.

Demonios, ojalá hubiera sido quien estuviera con ella en todo aquello. Pensé que le estaba haciendo un favor al no perseguirla y llevarla conmigo a las profundidades del infierno. Resultó que era donde habría estado a salvo. Bajo mi protección.

—Habrías encontrado una manera. —Y lo decía en serio. A pesar de su vulnerabilidad, tenía un tipo de fuerza silenciosa. Y terquedad.

Observé su delicado y pálido cuello mientras tragaba y nuestras miradas se entrecruzaron. Mirarla fijamente era como mirar la luz, o el océano azul cristalino en el que quieres ahogarte. Porque sería la mejor forma de morir.

—¿Raphael?

—¿Sí?

—Si llega a pasarme algo...

—No te pasará nada —gruñí. Este mundo ardería en las llamas del infierno si se atrevían a apartarla de mí.

Una pequeña sonrisa rozó sus labios.

—Puedes ser aterrorizante, ¿sabes? —Sus ojos se desviaron hacia mi mano—.¿Por eso tienes esas palabras tatuadas en la mano?

Negué con la cabeza.

—Tenía seis años la primera vez que maté a un hombre. Lo apuñalé sesenta y seis veces. La gente lo tomó como un mal presagio. —Me miró confusa—. Seis-seis-seis. Es una señal del diablo.

—*Oh.*

—¿Asustada?

Inclinó la cabeza y me estudió. No había miedo en sus ojos.

—No. No estoy segura de por qué, pero no, no lo estoy.

—Bien. —Porque su luz podría ser mi salvación.

Nos sentamos en silencio, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos. A veces temía convertirme en mi padre. Había vivido y respirado crueldad desde que tenía uso de razón. Cuando maté al primer hombre por violar a una mujer, nuestra criada, mi padre se sintió orgulloso. No por defender a una criada inocente, sino por ser salvaje.

Fue mi madre quien me llamó salvador. Supongo que hay salvadores de todas las formas y tamaños.

—Mis padres odiaban tanto a Anya. —Sailor rompió el silencio, cargado con los fantasmas de nuestros pasados. Podía oír el dolor en su voz y lo sentía como si fuera mío—. Si eres el diablo, ¿puedes por favor empujar a mis padres al último nivel del infierno de Dante?

—Por ti, cualquier cosa —respondí ligeramente divertido—. ¿Sabes?, no se merecían ni a ti ni a tu hermana —agregué suavemente.

Averiguaría cada cosa sobre ellos y luego ahuyentaría sus fantasmas. Sí, la mujer era un poco exasperante. Hermosa, inteligente y obstinada. Fuerte, también, a pesar del miedo que guardaba enterrado en algún lugar profundo de su ser. Y me encantaba cada una de esas cosas.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que le impuse la condición matrimonial. Y fue ahora, cuando dio su consentimiento, cuando sentí que me invadía el alivio. No es que realmente tuviera elección. Pero para guardar las apariencias, la dejé pensar que sí. Porque este *diablo* seguiría a su mujer hasta el fin del mundo.

Todo en ella me intrigaba. Seguía diciendo que era para mantener a salvo a mi hermano, pero me estaba mintiendo a mí mismo. Al demonio las consecuencias, *la deseaba*. Al igual que el diablo, quería su alma, su corazón y su cuerpo. Estaba demasiado involucrado en ese inminente matrimonio. En ella. Lo había estado durante mucho tiempo.

Y la chica ni siquiera me recordaba. Durante ocho largos años, acechó en mi mente. Incluso traté de encontrarla. Todo en vano. Usó una identificación falsa para entrar al club. Ni en mis sueños más salvajes había pensado que aterrizaría en mi maldito regazo.

Resultó que tenía que volver a dar las gracias a un Nikolaev. No paraban de dar, ¿verdad?

—¿Y qué vas a hacer ahora sin tu cocinera? —preguntó Sailor cambiando bruscamente de tema, con los ojos clavados en la ventana que daba al océano—. Será difícil encontrar a otra tan guapa.

—¿Estás celosa, *Reina de Nieve?*

Sailor se enderezó, con un poco de vergüenza en sus mejillas, pero seguía siendo tan *sexy* como siempre. Solo podía imaginar lo bien que luciría en mi cama. Porque hacia ese lugar nos dirigíamos.

Por supuesto, ella no lo sabría hasta que aterrizara allí.

—Te lo dije —respondió entre dientes—. No me llames *Reina de Hielo.* O no te gustará el nombre que se me ocurra para describirte, maldito *diablo.*

Me reí entre dientes. Me encantaban sus agallas.

—Significa Reina de Nieve.

Parpadeó confundida. Luego volvió a parpadear.

—¿Por qué no me corregiste la primera vez?

Me reí entre dientes.

—Me gusta ponerte nerviosa.

Arrugó las cejas.

—¿Por qué *Reina de Nieve*?

Mis ojos recorrieron su cabello. Levantó la mano y, cohibida, se peinó con los dedos.

—Sé que es raro —murmuró—. La gente lo llama gris.

—Es jodidamente precioso —contesté con voz ronca. El espectáculo más hermoso que jamás había visto—. Y desde luego no es gris. Me recuerda a la nieve recién caída, con el reflejo del sol brillando en su superficie. Me encanta.

Joder, podía ser que me gustara aún más cómo se sonrojó.

—Gracias —susurró suavemente.

—Tengo un regalo para ti —dije casualmente.

—Me da *miedo* preguntar —musitó—. Hay una mirada retorcida en tus ojos. —Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Con fuerza. Sonrió como si le complaciera el sonido—. ¿Son los fuegos del infierno? ¿La horca del diablo? —curioseó, aunque con una expresión de picardía en su rostro.

Mi labio se elevó con una sonrisa.

—No del todo.

—Entonces, por favor, no me hagas esperar —refunfuñó.

Saqué mi teléfono y escribí un mensaje a Diego.

—Ya verás.

Miró a su alrededor, como si esperara que los dominios del infierno invadieran la cocina. Era divertido verla.

Diego entró en ese momento, acunando una manta. Sin una palabra, se dirigió hacia Sailor, que instintivamente se apartó de él.

—No muerdo —expresó secamente—. Tómalo.

—¿Él? —inquirió, con expresión confusa. Me observó y luego volvió a mirar a Diego.

—Raphael lo eligió para ti —explicó Diego. Luego, viendo que Sailor no tenía intención de extender el brazo, dejó el paquete sobre la mesa frente a ella.

La manta empezó a moverse y un suave chillido escapó de los labios de Sailor cuando una pequeña cabeza la atravesó.

—¿Qué...?

Su voz vaciló y se inclinó más cerca.

—¿Es un...? —Aquellos ojos azules se alzaron y se encontraron con los míos—. ¿Es eso un animal?

Tragó saliva y bajó la mirada. Como si estuviera asustada, alargó la mano y retiró la manta. Un pequeño *bulldog* francés marrón chocolate de apenas ocho semanas asomó la cabeza. Sailor abrió los ojos y la boca.

—Un perro —dijo con voz ronca. Sus dedos temblaron cuando fue a acariciarlo—. Es un perro —repitió en un susurro.

—Sí. —*¿Te acuerdas?* Quería preguntar. Durante nuestro primer baile me dijo que quería un perro.

Sin embargo, era demasiado pronto para sacar el tema. En lugar de eso, me limité a observar cómo el cachorro y la mujer se estremecían. Sería gracioso, pero algo en ello me calentó el corazón. Sí, este diablo se estaba poniendo sensible.

El cachorro se puso en pie y Sailor instintivamente lo rodeó con sus brazos para que no se cayera. Se tambaleó sobre sus patas, empujando su hocico contra la palma de su mano.

—¡Oh, Dios mío! —musitó—. Es un perro de verdad.

—¿Prefieres un perro de mentira? —Diego, siempre gruñón, refunfuñó.

A Sailor no le molestó en lo más mínimo. Una amplia sonrisa se deslizó en su rostro.

—Me gusta. Es tan pequeño. ¿Está enfermo?

—No, *Reina* —aseguré—. Es un *bulldog* francés. Son pequeños.

—Oh. —Sus ojos permanecían pegados a él, como si tuviera miedo de que desapareciera si parpadeaba.

—¿Qué nombre le vas a poner? —inquirí.

Levantó la cabeza y miró de Diego a mí.

—¿Yo?

Me reí entre dientes.

—Sí, tú. Ahora es *tu* perro.

Casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿En serio?

—Sí, de verdad. —Le tembló el labio inferior, aunque se recompuso rápidamente. Su reacción me hizo mucha gracia. Una reportera de primera dispuesta a acabar con el cártel se ponía sentimental por un cachorrito—. ¿Le vas a poner nombre? —repetí la interrogante.

El cachorro se sentía cada vez más cómodo con Sailor y movía la cola con desenfreno. Con cuidado, lo tomó en brazos, se levantó de su asiento y lo dejó en el suelo. Se puso de rodillas. No estaba seguro de que me gustara que se olvidara de mí tan fácilmente, pero a la mierda. Parecía feliz.

Le hice un gesto con la cabeza a Diego y desapareció.

—No lo sé —dijo indecisa—. Tal vez Gabriel y yo podamos inventar un nombre juntos.

Una lágrima rodó por su cara y bajé en cuclillas.

—Pensé que un cachorro te haría feliz. ¿Por qué estás triste?

Sacudió la cabeza, las profundidades brillantes del océano se encontraron conmigo de frente.

—No estoy triste —susurró.

Sin embargo, los fantasmas acechaban en sus ojos y su labio temblaba mientras se esforzaba por esconder sus emociones. Nuestras miradas se cruzaron y el dolor de sus brillantes profundidades me atravesó como una violenta tormenta.

—Nunca había tenido un perro —admitió, volviendo a bajar los ojos hacia el cachorro que ya se acurrucaba en ella—. Anya y yo soñábamos con tener uno juntas algún día.

—Hay una primera vez para todo. —Asintió con la cabeza, sin apartar los ojos del cachorrito que olfateaba a su alrededor. Era un tipo de perro extraño, pero no creía que a Sailor le gustara un pastor alemán o un *husky*. Al menos no como su primer perro.

Una risita suave.

—¿Bruno?

—¿Hmm? —pregunté, confundido. No tenía ni puta idea de quién era Bruno. Mejor que no fuera otro hombre.

—¿Te gusta Bruno para el perrito? —preguntó, con la mano rascándole la oreja mientras él empujaba su cabecita contra ella, con los ojos caídos.

—Me gusta.

Sonrió.

—A mí también. Veremos si a Gabriel le gusta. Si le agrada, entonces será Bruno.

Con el cachorro profundamente dormido, lo envolvió en la manta y se levantó para sentarse de nuevo a la mesa. Y todo el tiempo, siguió sonriendo. La felicidad le sentaba bien.

—Tenemos que llegar a un acuerdo sobre mi proposición —dije sin dejar de observarla. Se puso tensa, pero no me miró. Sus ojos se centraron en su propia taza de café mientras soplaba el vapor.

—¿Por qué tengo la sensación de que es una trampa? —agregó y la diversión me invadió. La

mujer tenía buenos instintos. No había necesidad de prolongar esa mierda, así que fui directo al grano.

—Te mantendré a ti y a tu hijo a salvo. Todo lo que tienes que hacer es poner mi anillo en tu dedo.

Sus ojos se encontraron con mi pesada mirada. Pude ver toda una gama de emociones atravesar aquellos profundos océanos: desde la incredulidad a la sospecha, pasando por la resignación.

De acuerdo, podría haber salido mejor. Debería haber practicado. No todos los días le proponías matrimonio a una mujer. Sabía que Sailor sería una distracción de la peor clase. El tipo de adicción al que sería difícil renunciar. Apenas un día en mi casa y ya había despedido a mi cocinera.

Sin embargo, sabía que nada me detendría. La idea de no tenerla era algo peor. Gabriel nos conectó y ella estaría en mi futuro inmediato. Sailor no tenía una relación formal, pero eventualmente la tendría. Solo de pensarlo me daban ganas de romperle las piernas y las manos a todos los hombres y luego cortarles la verga.

—¿Sabes?, las proposiciones suelen venir acompañadas de buenas cenas y anillos elegantes —refunfuñó.

Nos observamos fijamente en un espeso silencio, la evidencia de su nerviosismo en la vena de su cuello. Tenía la tez pálida más delicada y las ganas de poner mis manos ásperas sobre ella rivalizaban con la necesidad de respirar.

—Acabo de despedir a la cocinera, así que tendremos que salir por una cena de lujo. Y, sobre todo, habrá un anillo elegante. Quiero que lo ames, así que tendrás que decirme exactamente de qué tipo te gusta.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Nunca bromeo sobre asuntos serios —respondí. Quería agarrarla por la nuca y morderle el cuello, marcarla. Me pasé la lengua por los dientes y reprimí el impulso. Si veía un destello de eso, la delicada reportera saldría corriendo.

La vi apartarse un mechón de cabello detrás de su oreja antes de que volviera a mirarme. El aire estaba tenso, sus grandes ojos azul océano me miraban fijamente, y esperaba que detonara una bomba. Pero esa mujer lo tenía todo muy controlado. Como si albergara tantos secretos que ni siquiera supiera cómo salir de ellos.

El débil tictac del reloj y el sonido de las olas del mar eran como una distracción tranquilizadora de todo lo que no fuera el cuerpo pequeño y curvilíneo sentado a mi lado.

Se mordió el labio, me miró con desconfianza y un sutil rubor le subió por el cuello. Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla, aclarándose la garganta.

—Sería un matrimonio falso —afirmó, enmarcado como una pregunta y una sugerencia al mismo tiempo—. ¿Verdad?

Un sentimiento sardónico me tiró del pecho. ¿De verdad esa mujer era tan ajena a mí? Incluso en ese momento, la atracción que se estaba gestando en mi interior era fuerte. Como un huracán a punto de tocar tierra.

Hice una pausa, sopesando mis opciones. Si le decía que quería enterrar mi polla dentro de su coño y follármela hasta el olvido, hasta que sacara de su mente a todos y cada uno de los hombres anteriores a mí, seguro que rechazaría la idea de nuestro matrimonio.

Incluso por el bien de mantener a su hijo a salvo.

—Por supuesto. —*Mi primera mentira a ella.*

VEINTISIETE

SAILOR

«*Estoy jodida*».

Desde luego, esta no era la forma en que me imaginaba una proposición. Sin embargo, sería un matrimonio falso. Solo de nombre. Una vez que la amenaza a Gabriel fuera eliminada, podríamos poner fin a la farsa y ambos seguir nuestro propio camino. Tal vez incluso continuar siendo amigos.

O no. Algo me decía que Raphael no estaba interesado en amistad. Al menos no conmigo.

Sin embargo, la inseguridad se deslizaba por mis venas, no sabía si por la propuesta o por lo que acabaría haciendo. Pero las amenazas eran reales. Del Cártel Tijuana y de mis propios padres.

No podía permitir que Gabriel y yo nos convirtiéramos en víctimas. De nadie.

Después de leer el acuerdo de contrato entre mis padres y Santiago Tijuana, que Raphael nos encontrara resultó ser lo mejor que le podía haber pasado a Gabriel. Al menos podía estar segura de que lo mantendría a salvo.

Poco a poco, el pánico empezó a oprimirme de nuevo el pecho, no obstante, rápidamente desvié mis pensamientos hacia la mejor alternativa.

El matrimonio falso.

Era mi mejor opción para mantener a Gabriel a salvo. Se lo debía a mi hermana.

Mirando fijamente a Raphael, sopesé todas mis opciones y volví una y otra vez a la que Raphael acababa de ofrecerme. Algo en el fondo de aquellos ojos que parecían fascinarme me hacía creer que podía confiar en él.

Por el momento.

El hombre era intimidante. Cada vez que me fijaba en sus rasgos faciales, me dejaba sin aliento. Aquellos ojos azul claro me daban ganas de perderme en ellos. La barba de un día que parecía lucir todo el tiempo le daba un aspecto desaliñado y *sexy*. Y su cabello oscuro era casi negro y lo bastante largo como para poder agarrar sus mechones.

Sí, ese hombre era exquisito. Precioso. Mortal.

Era esta última parte la que me tenía preocupada.

Fácilmente podría masticarme y escupirme una vez que terminara conmigo. Como su padre había hecho con Anya.

Sacudí la cabeza, ahuyentando esas imágenes de mi mente. Ya había suficientes fantasmas rondando esa mañana. Además, Raphael no era su padre. Lo despreciaba.

Levanté la mirada para encontrarme de nuevo con la suya y tomé una decisión. No tenía muchas opciones, pero supe instintivamente que esa era la que mantendría vivo a mi hijo.

Y haría que mi padre pagara por lo que le hizo a Anya. Mis dos padres. Porque ante mis ojos, nuestra madre era igual de culpable. Dejó que mi progenitor lastimara a Anya. Y ahora, venían por nosotros.

—De acuerdo —confirmé finalmente, con las palabras pesadas en mi lengua—. Sin embargo, tengo condiciones.

Las ganas de huir eran tan fuertes que me clavé las uñas en las palmas de las manos para permanecer sensata y pegada a mi sitio. Y todo el tiempo Raphael estaba sentado como un rey en su trono. Por supuesto, ese era *su* trono, su hogar, su imperio.

—Te escucho, *Reina*. —Sonaba casi divertido y eso me puso furiosa. No es que se me notara. Aunque deseaba poder leer *su* expresión. Sería mucho más fácil, pero la cara de póquer de Raphael era demasiado buena.

El diablo de ojos azules que incendiaba hasta lo más profundo de mi ser. ¿No había un dicho de no fiarse de un colombiano con ojos azules? ¿O era solo un hombre con ojos azules? Maldición si lo sabía, todo era una estupidez.

Respiré hondo.

—Bien, primero. Esto será un matrimonio solo de nombre.

Dos latidos.

—De acuerdo.

Hmmm. No podía distinguir si esa sensación en mi estómago era decepción o alivio. *«Definitivamente alivio»*.

—Decidiremos juntos cuándo es el mejor momento para contarle a Gabriel sobre su... —La frase me falló por un momento. Era algo que temía desde el momento en que él dijo sus primeras palabras. Tener que explicarle cómo llegó a ser. No ha empezado a preguntar por su padre. Pensaba que era mi hijo biológico. Sabía que todo acabaría saliendo a la luz.

Raphael no se molestó en esperar a que se me ocurrieran las palabras adecuadas.

—De acuerdo.

Bueno, hasta aquí todo iba bien. Tal vez el día estaba mejorando.

—Seremos discretos sobre ver a otras personas —continué.

—No.

—Pero...

—Eso es un no rotundo —gruñó, con la voz llena de determinación y los ojos ardiendo con algo que me hizo apretar los muslos.

—¿No quieres oír mi razonamiento? —protesté débilmente.

—No. Verás. A. Otros. Hombres. —Su voz era suave y vehemente, subrayada con algo que no podía precisar.

Mi boca se abría y cerraba como la de un pez tragando aire. Después de los dos primeros acuerdos, esperaba que ese fuera el fácil.

—Entonces cómo... cuándo... —No pude formular la pregunta.

—Deja que te lo aclare, Sailor. —Me dirigió una mirada que me produjo escalofríos por la espalda—. Si te veo con otro hombre, lo mataré. Y no será una muerte rápida. Le rebanaré las manos por tocarte y la polla por ponérsele dura por ti porque el *cabrón* ni siquiera tendrá oportunidad de tocarte con ella.

Inhalé profundamente y expulsé el aire con una exhalación medida. Algo en ese hombre me inquietaba. Debían de ser sus palabras salvajes o tal vez la forma en que me observaba. Como si fuera a devorarme si se lo permitía.

Tragué saliva.

—¿Así que celibato mientras estemos casados? ¿Pero no tienes... *ummm*... necesidades? —Como no respondió, continué—: Es hipócrita que tengas otras mujeres y no me concedas lo mismo con otros hombres.

La comisura de sus hermosos labios se levantó y mi corazón palpitó con torpeza. Como el aleteo de unas alas contra el frasco de cristal.

—No tiene por qué ser una relación con celibato —admitió en un tono perezoso que hizo palpitar mi centro—. Ninguna otra mujer para mí y ningún otro hombre para ti. Cuando sientas la necesidad de sexo, vienes a mí.

Lo miré confusa. ¿Esperaba que dijera *lo mismo*? Se levantó y al instante salté, preocupada porque ahora pusiera a prueba la teoría. Dio un paso hacia mí y retrocedí otro. Otro paso hacia adelante y la silla me golpeó la parte posterior de las rodillas. Su estatura me hacía sentir pequeña, su metro noventa y dos o noventa y cinco se alzaba sobre mí.

—¿En serio? —Respiré horrorizada. Y tan excitada que creí que me derretiría.

—Sí, en serio. —Extendió la mano y me colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Después de todo, estaremos casados, así que, ¿qué nos lo impediría? —Tenía razón. ¿Por qué reprimirnos? Me abofeteé mentalmente de inmediato. Tenía que controlarme.

—Bueno, para empezar esto es un arreglo —solté—. Un matrimonio falso. No existe el sexo falso.

Oh, santo cielos, ¿hacía calor aquí o qué? Apreté la palma de mi mano fría en mi mejilla sonrojada y Raphael sonrió tan devastadoramente hermoso, que estaba lista para probar el sexo falso.

—Esta es una mala idea —murmuré más para mí que para él.

—Es una buena idea —contradijo, su voz casi un ronroneo. Como si ya estuviera tratando de seducirme—. Los mantendré a salvo a ti y a Gabriel. Y todo lo demás… —Se encogió de hombros—… se arreglará solo.

—Dios mío, si esa es tu estrategia para ir por la vida, estamos jodidos —refunfuñé.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas. Una risa despreocupada y profunda que sentí vibrar en cada fibra de mi ser.

—Desde luego tienes facilidad con las palabras, *Reina*.

Agachó la cabeza y su boca quedó a un suspiro de la mía. Y las ganas de acortar la distancia eran tan grandes que tuve que apretar los dientes para no ceder ante el deseo.

El hombre era pura tentación. Y temía no poder resistírmele.

—¿Cuándo? —Me ahogué.

—Cuándo ¿qué?

—¿Cuándo nos casaremos? —Apenas pude pronunciar la última palabra.

«¿En qué me había metido?».

VEINTIOCHO

RAPHAEL



Dejé a Sailor y Gabriel en mi isla.

Cuando mi helicóptero se elevó en el aire, vi a dos figuras en el balcón, abrazadas y mimando a un pequeño *bulldog* francés. Fue una buena decisión traer al cachorro. Tanto Sailor como Gabriel ya estaban encariñados con él.

Llevaban dos días en mi casa y toda la mansión bullía de vida. Me agradaba.

Solo tardé dos horas en aterrizar de nuevo en D.C.

—Vuelves tan pronto —me saludó Nico en el aeropuerto al salir del avión—. ¿Visitando a tu futura familia política?

No me sorprendió que conociera mis planes. El día anterior había solicitado la licencia de matrimonio. Nada se le escapaba a Nico y su compañía.

—Será una ocasión *alegre* —me burlé sarcásticamente. Las palabras de Sailor seguían molestándome. Preferiría matar a tiros a su padre, pero eso traería más problemas a su puerta. La única razón por la que no tomaba ese camino era por ella y por Gabriel—. ¿Pudiste averiguar cómo la encontraron a ella y a Gabriel en la cabaña?

—Lo hice. Santiago recibió una llamada de un número imposible de rastrear poco después de la llamada de Sailor con su madre. Pude fijar la ubicación aproximada desde donde se originó la llamada. Definitivamente cerca de la residencia McHale.

Perfecto. Descubrir esa información justo cuando estaba a punto de ir a visitar a sus padres no presagiaba nada bueno. Las ganas de matarlos crecía cada segundo.

—¿Quieres que vaya contigo? —Nico se ofreció.

—¿Te brindas para ayudarme a matar a su viejo o para impedir que lo mate? —refunfuñé.

Se rio entre dientes.

—Lo que prefieras. —Se metió las manos en los bolsillos de su traje—. Aunque podría traer problemas si mato al desgraciado. Tiene conexiones.

Esa era la parte desafortunada.

—Gracias por la propuesta, pero no hace falta que me acompañes. Solo le advertiré al viejo cabrón —dije—. Si vuelvo a oír hablar del maldito contrato con el Cártel Tijuana, acabaré con los dos. Así que lo que sea que le haya pagado Santiago Tijuana, mejor que lo devuelva. Puede que le ofrezca comprar su parte.

Asintió con la cabeza.

—El dinero habla con ese desgraciado codicioso. Tengo hombres vigilando su casa. No hay señales de nada fuera de lo normal.

—No debería haber problemas —reconocí—. Nadie, aparte de Diego y yo, sabe que estamos

de visita.

Habíamos preparado dos coches señuelo, así como uno para explorar el terreno. Era una precaución extra. Ni loco me perdería mi propia boda en dos días.

Nico y yo nos dimos la mano.

—Gracias por tu ayuda —agregué.

—Por supuesto. Nos vemos en dos días. —La boca de Nico se tornó en una sonrisa y supe que lo siguiente que saldría de sus labios sería un comentario sabelotodo—. ¿Debería llevar a mis hijos o los dejo en casa? No quiero que te vean arrastrando a tu novia por el pasillo.

Maldito imbécil.

—Sailor aceptó casarse conmigo. —Sonreí satisfecho—. Creo recordar que le diste un puñetazo al amigo de tu mujer el día de tu boda.

—Todo quedó en el pasado —se burló Nico. Negué con la cabeza mientras me metía en el vehículo.

Tardamos cerca de una hora en llegar a la mansión McHale, a las afueras de Richmond, Virginia. La gran propiedad estaba rodeada de altos muros y guardias en el portón de entrada.

Pulsé el botón y la ventanilla se deslizó hacia abajo. El guardia de seguridad nos vio las caras. Era el hombre que estaba en mi nómina.

—Vengo a ver al señor y la señora McHale —informé.

Con un gesto seco de la cabeza, la verja se abrió. Diego condujo por el largo camino de entrada hasta que rodeamos la calzada circular y llegamos a la parte delantera de la casa.

Estacionándose, salió del coche y vino a abrirme la puerta. Daba la impresión de ser solo mi chofer, cuando en realidad era uno de mis mejores sicarios. Salí del auto y me dirigí a la gran escalera.

Antes de llegar a la entrada, la puerta se abrió de golpe.

No había duda de quién era la mujer que la abrió. No tenía el cabello rubio platinado como Sailor, pero su rostro se parecía al de su hija. Era una mujer hermosa, aunque a diferencia de su hija, todo en ella era una belleza fría, casi cruel.

Su madre tropezó cuando su mirada se clavó en mí. Lentamente, me miró de arriba abajo y luego curvó los labios con disgusto. Las palabras que Sailor me dijo en nuestro primer encuentro volvieron a mi mente. Dijo que sus padres odiaban a los hispanos.

Resulta que Sailor no exageraba.

—Señora McHale.—Me acerqué a ella y le tomé la mano—. Raphael Santos. Su marido reconocerá el nombre.

Se estremeció, luego palideció, y solté un suspiro sarcástico.

—No te esperábamos —comentó la mujer, con evidente confusión en la voz.

—Tengo una noticia que quiero compartir con usted y su esposo —informé, con una sonrisa de satisfacción en mis labios—. Sé que les encantará saber que su familia formará una conexión permanente con una colombiana.

Si antes me parecía pálida, en ese instante no se comparaba con su tez. Sus ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—Guíe el camino, señora McHale —insistí con voz fría. No se movió, así que, para asegurarme de que entendía que negármelo no era una opción, añadí—: Se trata del contrato que hizo de Gabriel y de tu hija Sailor. Ya sabes, mi medio hermano hispano al que dio a luz tu hija mayor. —Permaneció inmóvil. Mi paciencia se agotó—. ¿Quieres que saque mi pistola y te incentive?

Por fin se puso en marcha. Atravesó el vestíbulo y recorrió un pasillo con la espalda rígida.

Abrió una puerta y entró en lo que parecía un despacho. No le di oportunidad de dar un portazo y avisar a su marido.

Se vio obligada a adentrarse más en la habitación o arriesgarse a que la apartara de un empujón. En cuanto vi al desgraciado, luché contra el impulso de sacar mi arma y dispararle.

En lugar de eso, cerré la mano en un puño. Era mejor que agarrar mi pistola o su garganta, y luego darle una paliza. Así que, inhalé profundamente y mantuve el control.

—McHale —lo saludé, encontrándome con su mirada confusa. Me reconoció de inmediato. No porque nos hubiéramos visto antes, sino porque sabía exactamente quién era yo. Y mi parecido con mi padre. A diferencia de Sailor, que era una mezcla de sus padres, su cabello rubio platinado era cortesía de su viejo.

—Santos. —En ese momento no era tan valiente.

—Voy a hacer esto rápido. —Empecé, sonriendo con suficiencia—. Y relativamente sin dolor. —*Tal vez*—. Sailor y Gabriel están bajo mi protección. Mi familia. No toleraré *ninguna* amenaza dirigida a ellos. —Dejé que las palabras se adentraran en su grueso cráneo por un momento antes de continuar—: Y, lo dejaré perfectamente claro. Si intentas algo, no dudaré en filtrar a la prensa tu contrato con Santiago Tijuana, el que tenías con mi padre y Benito King. —Su rostro empalideció, pero luego se sacudió y miró entre su esposa y yo—. Vendiste a tu hija mayor a mi padre mediante el acuerdo de *Bellas y Mafiosos*, y a la menor a Santiago Tijuana.

Su mano voló hacia abajo, golpeando su escritorio.

—¡Mis hijas son asunto mío! —siseó, con puro veneno goteando de su boca. No entendía cómo un hombre así podía engendrar a una mujer tan hermosa como Sailor.

Merodeé hacia él y saqué el cuchillo al mismo tiempo y se lo clavé en la mano que tenía apoyada contra el escritorio.

El padre de Sailor soltó un fuerte aullido, tan fuerte que podría haber hecho añicos el cristal.

—En eso te equivocas —me mofé, mirándolo a los ojos—. Sailor es asunto mío. Me aseguraré de que mi esposa y mi hermano estén a salvo a toda costa.

Jaque. Mate. Hijo de puta.

Su cara se puso roja, a punto de estallar. Gotas de sudor en su frente y sangre acumulándose alrededor de su vieja y arrugada mano, empapando su piel, y su elegante anillo de media luna de la familia McHale.

Quería que me diera una razón para matarlo, así acabaría con él de una vez por todas. Por Sailor. Por Gabriel.

—¡Sailor no puede ser tu esposa! —bramó—. Está prometida a Santiago.

Me incliné más hacia él, sacando de golpe mi pistola de la funda y apuntando a su miserable cráneo.

—Si vuelves a mencionar a Sailor y Santiago en la misma oración, haré que te maten y te entierren en el fondo del río Potomac. ¿Entendido?

Al principio no se dio por enterado, con la mano libre apretada. Agarró un vaso de su escritorio. *Whisky* con hielo. Lo agarró con fuerza y se lo llevó a la boca. Estaba claro, por la forma en que lo sujetaba con los nudillos blancos, que apenas mantenía el control.

—Considera a Sailor el pago por el acuerdo Bellas y Mafiosos —dije con una mirada perezosa y autoritaria. No necesitaba saber que Sailor ya había aceptado casarse conmigo—. Después de todo, sigue siendo una deuda pendiente —me burlé.

«Vamos, cabrón. Pierde el control», susurraba mi mente, instándolo a que me mostrara sus verdaderos colores. Mi instinto me advirtió que sus tonos eran aún más oscuros de lo que nadie había visto nunca. Excepto quizá su familia.

—¿Lo. Entiendes?
Asintió con la cabeza. Apostaría mi vida a que no era así.

VEINTINUEVE

SAILOR

Mis ojos miraron el reloj de pared. Eran poco más de las cinco.

Gabriel y yo nos sentamos en el jardín de la parte trasera de la casa. La larga piscina infinita se extendía a nuestra izquierda, mientras que un gran césped verde se extendía a la derecha.

Bruno y Gabriel corrían por el césped, persiguiéndose el uno al otro. O tal vez corriendo en círculos. No sabría decirlo.

Mi hijo estaba en el paraíso aquí.

Miré mi teléfono. Ningún mensaje de Raphael. No podía decidir si eso era bueno o malo. Esperaba que el que pronto sería mi esposo se reportara. ¿Por qué? No tenía ni idea. Apenas nos conocíamos.

Ahora que había aceptado casarme con él, me sentía un poco perdida. No tenía ni idea de cuándo esperaba Raphael que nos casáramos. Sin embargo, sabía que quería que mis amigas y los hermanos Ashford estuvieran allí. Habían hecho tanto por mí y eran una gran parte de la vida de Gabriel.

Abrí el teléfono y llamé a Aurora.

—¡Sailor! —contestó al primer timbrazo—. ¿Qué está pasando? Byron dijo que estás con Raphael Santos. ¿Qué. Demonios?

—Hola a ti también —repliqué secamente. No es que pudiera culparla. Tendría la misma reacción si los papeles fueran al revés.

—Estaba muy preocupada —murmuró—. ¿Estás bien?

Suspiré. Esa era una pregunta capciosa. Habían pasado tantas cosas que no sé ni por dónde empezar.

—Sí, Gabriel y yo estamos bien —respondí finalmente—. Después de que Santiago Tijuana saliera bajo fianza, le pregunté a Royce si podía quedarme en la cabaña hasta que se calmara la situación. Nunca esperé que Santiago nos encontrara. Afortunadamente, Raphael llegó a nosotros lo suficientemente pronto como para sacarnos de allí.

—Jesucristo.

—¿Cómo estás? —inquirí—. ¿Todo bien con el hombre escalofriante?

Se rio entre dientes.

—Sí, todo está perfecto. Por fin.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Me encantaba oír felicidad en su voz. Se lo merecía después de años persiguiendo al hombre que secuestró a su hermano.

—Me alegro mucho por ti, Aurora.

—Gracias. También quiero que seas feliz.

Mis ojos recorrieron el horizonte. No podía decir que estaba triste. ¿Pero feliz? No lo sabía. Quizá no sabía cómo serlo.

—Me voy a casar con Raphael Santos —solté.

Siguió una larga pausa.

—¿Estás segura de que es prudente? —indagó. Era una pregunta razonable.

—Sabe lo de Gabriel —confesé—. Ya me ha salvado dos veces. Y resulta que mis padres me vendieron a Santiago Tijuana. Me he quedado sin opciones.

—Que tus padres hicieron ¿¿qué?? —gritó al teléfono—. Mis hermanos te protegerán —razonó.

—No los quiero en medio de esto —argumenté—. Tú y tu familia han hecho mucho por mí. Tú y Willow me ayudaron a sobrevivir esos primeros años con un bebé. Si algo te pasara a ti o a ellos, nunca me lo perdonaría.

—Mis hermanos son chicos grandes. Pueden cuidar de ti y de sí mismos. —Me reí entre dientes. ¡*Eran* chicos grandes!—. Sabes... —vaciló—. Siempre pensé que tú y Royce terminarían juntos algún día.

El *shock* me recorrió.

—¿Por qué pensarías eso?

—Porque tú y Royce siempre congeniaron. Sí, todo el mundo hablaba del buen partido político que harían Aaron Kennedy y tú. Pero nunca confiaste en él como confiabas en Royce. Ustedes eran como la misma cara de la moneda.

Pensé en todas las veces que Royce había estado ahí para mí. Todo el consuelo que ofreció. Aunque siempre fue como amigos.

—Solo somos amigos —aseguré.

Su suave risita se oyó por la línea.

—Lo sé, pero supongo que esperaba que fuéramos hermanas.

Fue mi turno de reír.

—No necesitamos eso para ser hermanas. Tú y Willow han estado conmigo en las buenas y en las malas.

—Aunque, seremos una especie de cuñadas lejanas si te casas con Raphael.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, Raphael es medio hermano de la media hermana de Alexei, Isabella Nikolaev. Así que nos conecta.

Qué mundo tan pequeño. Ni siquiera podía empezar a comprender cómo era eso posible. Cada familia tenía algunas cruces que soportar. Resultó que la familia Nikolaev no era una excepción.

—Es una dinámica familiar complicada, ¿eh? —contesté secamente.

—Seguro —concertó—. Quiero decir, mira a mi padre. Dejó embarazada a una mujer antes de casarse con mi madre. Sabe que tuvo un hijo ilegítimo. Incluso sabe quién es. ¿Le importa? Claro que no. Lo mismo con su hija ilegítima.

—¿Sigues checándola?

—Claro que sí —respondió—. Espero poder conocerla algún día. Pasaríamos todos juntos la Navidad, beberíamos y comeríamos, tendríamos pequeños correteando por ahí. ¿Y, Sailor?

—¿Sí?

—Tengo toda la intención de tenerte en esa fiesta de Navidad.

Se me apretó el corazón ante su amabilidad.

—¿Cómo he tenido tanta suerte de tenerte como amiga?

—Mi encantadora personalidad —bromeó y ambas nos reímos entre dientes.

Suspiré.

—¿Puedes hacerme un gran favor?

—Cualquier cosa.

—Mi instinto me dice que Raphael no se parece en nada a su padre. —Sabía lo que quería decir. Ver a Lombardo Santos violando a mi hermana nos contaminó a todas. Éramos niñas asustadas, atrapadas en una pesadilla. Willow y Aurora pudieron seguir adelante. Yo no—. No obstante, necesito la confirmación de alguien que sepa más. Tengo miedo de confiar en mí misma.

Mi visión del sexo había estado contaminada desde el momento en que vi a mi padre forzar a Anya. Ver a Lombardo violarla reforzó ese miedo.

Por extraño que pareciera, cuando estaba con Raphael, sentía que parte de ese miedo y de esa ansiedad se calmaban.

Siguió un tenso silencio.

—Ya lo he hecho. En cuanto Byron me dijo que Raphael te tenía, le pregunté a Alexei. Dijo que Raphael es un buen hombre. —Había algo más allí. Prácticamente podía escuchar un *pero* flotando en el aire—. Y, él fue quien le contó a Raphael sobre ti y Gabriel.

—¿Qué? —solté ahogadamente.

—Cuando estábamos en Rusia, tuve una pesadilla —confesó—. Expresó que le conté en sueños que Santos le había hecho daño a Anya. Estaba listo para matar a Raphael, pero le dije que fue el viejo Santos.

Bueno, al menos sabía que no fui quien trajo a Raphael a nuestra puerta.

—Por favor, no te enojes, Sailor.

—No lo estoy —susurré—. Solo quiero salir viva de todo esto y ver crecer a Gabriel. A salvo y sano. Como le prometí a Anya.

TREINTA

SAILOR

Las palmeras bordeaban nuestro camino hacia la playa. El susurro de las hojas verdes y el sonido del océano rompiendo contra la orilla casi me hacían creer que estaba en un complejo turístico vacacional. Casi.

—Vamos, Bruno —animó Gabriel a nuestro nuevo cachorrito. Al parecer, los *bulldogs* franceses eran bastante perezosos. Lindos, pero perezosos. Habíamos tomado tres descansos desde que salimos de la casa, y el paseo desde la mansión hasta la playa era de apenas ochocientos metros.

—Supongo que es hora de otro descanso —le dije a mi hijo, sonriendo.

A él no le importaba. Estaba deslumbrado con nuestro nuevo miembro de la familia. Y cuando le comuniqué que era un regalo de Raphael, pareció quererlo aún más. Ambos bajamos al piso y nos sentamos, el cachorro ya roncaba.

La humedad y el calor nos sofocaban a los tres. Incluso el vestido blanco de seda que llevaba me resultaba demasiado pesado. El calor, Florida y yo, no encajábamos bien. Tampoco Bruno. A Gabriel, en cambio, le encantaba.

—¿Has hecho la tarea, Gabriel? —pregunté. Por suerte, pude llegar a un acuerdo con sus profesores. Mientras siguiéramos las clases y entregáramos las tareas a tiempo, le darían créditos.

—Casi toda. Solo me queda Matemáticas.

—Buen trabajo —elogié. Bruno se dio la vuelta, mostrando su vientre blanco. No sabía mucho de perros, sin embargo, me pareció que tenía una coloración interesante. Su pelaje era marrón con las patas blancas como la nieve y el vientre aún más blanco. Le froté suavemente la barriga y escuché su casi ronroneo.

—¿Mamá?

Levanté los ojos para encontrarme con la expresión fruncida de Gabriel.

—¿Sí?

—¿Vamos a quedarnos aquí para siempre?

Negué con la cabeza.

—No, no para siempre.

—¿Cuándo puedo volver a la escuela?

Suspiré. Sabía que la pregunta iba a llegar. A Gabriel, a diferencia de otros niños, le encantaba ir a la escuela. Le encantaba aprender y el aspecto social.

—No estoy segura, amigo —admití sinceramente—. Pero espero que no tarde mucho. Tenemos que asegurarnos de que es seguro antes de volver.

—¿Crees que los abuelos McHale nos dejarán volver?

—¿Por qué los mencionas? —indagué, sorprendida. Nunca hablábamos de mis padres.

—Escuché a uno de los hombres decir que no podemos volver a casa hasta que los abuelos McHale estén muertos. —Me quedé helada—. Porque nos quieren muertos.

Maldita gente y sus grandes bocas.

—No quiero que te preocupes por los abuelos —dije con firmeza—. Tenemos a Willow y Aurora, y a sus hermanos.

—Y a Raphael —añadió.

Uff. Hacía solo unos días que lo conocía y el chico ya estaba encantado con ese hombre.

—Sí —murmuré vagamente, sin querer confirmarlo ni negarlo.

Aún no estaba segura de si casarme con él era sensato. Era como saltar de la sartén al fuego. Muy apropiado, ya que el infierno ardía en llamas y Raphael era definitivamente un diablo. Un maldito diablo guapo, carismático y hermoso.

—¿Y qué hay de mi padre? —Mi cabeza giró hacia él. Nunca había preguntado por su padre. Ni una sola vez.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, mi propia voz sonando extraña a mis propios oídos.

—¿Podría ayudar?

La piel de gallina me recorrió los brazos. Cualquier cosa relacionada con su padre me erizaba la piel de asco.

—No —repliqué, manteniendo la voz uniforme.

—¿Por qué no? ¿No se supone que los padres deben de ayudar?

Tragué saliva. Tenía razón. Se suponía que los padres debían *ayudar*. Excepto que el mío no lo hizo. Tampoco mi madre. Y su progenitor estaba muerto; no es que pensara que ayudaría de todos modos.

—Sí, lo hacen —respondí finalmente—. Raphael nos ayudará.

De repente Bruno saltó, algo parecido a un ladrido vibró en el aire, distrayéndonos a ambos y los dos estallamos en un ataque de risa.

—Qué ladrido de niña, Bruno. Nunca había oído uno igual —dije en broma.

—Cuidado, dama. —Un sonido profundo y familiar nos encontró y mi cabeza se levantó—. Podría tomárselo como algo personal.

Ardiente como las llamas del mismo infierno, Raphael caminó hacia nosotros, vistiendo una camiseta blanca y *shorts* negros que colgaban de esas caderas apetecibles. Dios mío, ningún hombre debería verse tan bien en pantalones cortos. Forzando mis ojos hacia su rostro, noté una barba de un día rozando su mandíbula. Él se había ido el día anterior y, por lo que fuera, no había dormido mucho.

«Quizá tuvo relaciones sexuales con otra y no hubo sueño de por medio», musité en silencio, aunque no se me escapó la amargura de mi tono. No me importaba. Realmente no me importaba; era solo el principio. Si no podía cumplir su palabra sobre algo así, entonces no cumpliría ninguna de sus otras promesas.

—¡Raphael! —Gabriel salió disparado, sus ojos se iluminaron y corrió hacia su hermano para luego lanzarse a sus brazos. Raphael lo atrapó y lo hizo girar, mientras sus ojos azules se encontraban con los míos y un hambre feroz con lujuria se reflejaba en su dura mirada. Se me escapó todo el aire de los pulmones, ambos nos observábamos fijamente y ninguno de los dos estaba dispuesto a apartar los ojos primero del otro.

Me sostuvo la mirada, algo urgente se movía como una brisa entre nosotros. La cuestión era si iba en la dirección equivocada.

—Sailor —me saludó y mis ojos se apartaron de él, temerosa de ahogarme en aquellas llamas

azules y olvidarme de respirar.

Asentí con la cabeza.

—¡Te extrañamos! —exclamó Gabriel.

—También los he extrañado. —Bajó a Gabriel antes de descender al suelo y frotar la cabeza del cachorro—. Hola, Bruno. Sí, a ti también, amigo.

Gabriel soltó una risita.

—Todavía está aprendiendo su nombre.

—¿Pero te gusta? —le preguntó Raphael y Gabriel asintió con entusiasmo.

—Mamá eligió un buen nombre.

—Claro que sí —coincidió Raphael. Las miradas de ambos, llenas de picardía, se dirigieron hacia mí. Algo me atravesó el pecho al verlos así. Nunca había sido tan evidente que Gabriel se parecía a su hermano. No se podía negar.

Y a pesar de toda la mierda que pasó y de lo que fui testigo, me invadió una especie de alivio. Porque si algún día tenía que preocuparme por la imposible tarea de explicarle a Gabriel que su abuelo era su padre porque había violado a su madre, no podía estar segura de ser capaz de hacerlo. Prefería matar gente a tener que decirle algo así a mi hijo y ver cómo el dolor destrozaba toda esa inocencia que había en él.

Me puse en pie de un salto.

—De acuerdo, hay que seguir. O nunca llegaremos a la playa.

Me alejé de los dos y empecé a caminar, con el pequeño Bruno trotando a mi lado. A veces entraba y salía entre mis piernas y yo vigilaba mis pasos. No estaría bien pisarlo.

—¿Cómo es la vida con Bruno? —Raphael me alcanzó y ahora caminaba a mi lado.

Lo vi de reojo, y en su mirada no había más que una seca diversión.

—¿Además de hacer sus necesidades por todas partes y de que tu ama de llaves grite que ese animal anda suelto? —señalé con sarcasmo—. ¿Lo hiciste a propósito?

Las comisuras de sus labios se inclinaron.

—Le diré a mi ama de llaves que deje de gritar y llamar animal a Bruno. Ahora él es de la familia.

—Sí, pero sigue *dejando premios* por todas partes —comenté—. Busqué en Google y leí cada maldita cosa sobre *bulldogs* franceses y cómo entrenarlos. Sigo haciéndolo mal.

Está bien, sonaba un poco quejumbrosa.

—Te ayudaré. —Se ofreció.

—¿Habías tenido perros antes? —curioseó Gabriel y ambos nos quedamos mirándolo expectantes.

—Tuve uno —admitió Raphael, frotándose la mandíbula—. Cuando tenía tu edad, Gabriel. Era un labrador chocolate. Murió cuando fui a la universidad.

Los ojos de Gabriel se apagaron.

—¿Por qué murió?

Raphael despeinó a su hermano.

—Se puso vieja. Luego enfermó. Pero no hay que preocuparse, era una perra muy buena y se fue al cielo de los perros.

—Bruno no irá al cielo de los perros hasta dentro de mucho tiempo —le aseguré a Gabriel.

El cachorro y Gabriel echaron a correr, dejándome a solas con Raphael. Se hizo el silencio, ambos sumidos en nuestros pensamientos. Era un silencio tenso, aunque casi confortable. Algo invisible nos consumía a ambos disfrazado de sensación de paz. Como la calma que precede a la tormenta.

—¿Tuviste un buen viaje? —pregunté, rompiendo el silencio.

Asintió con la cabeza.

—Fui a visitar a tus padres.

La alerta se disparó a través de mí.

—¿Qué?

—Fui a ver a tus padres —repitió, como si fuera lo más natural para él ir a visitar a mis padres.

«Chillido. Chillido. Los suaves gemidos de Anya».

—Pero ¿por qué? —Me ahogué, incapaz de arrastrar suficiente aire a mis pulmones. Cada vez que pensaba en mis padres, volvía a ser aquella niña asustada.

La respiración agitada y los gemidos invadieron mi memoria.

«Te voy a quebrar». Las amenazas de mi padre con voz áspera, su respiración enviando escalofríos helados y repugnantes por mi espalda.

El odio me ahogó la garganta. Mis pulmones se apretaron.

—Para advertirles que, si intentan algo contra ti y Gabriel, los mataré. —Su voz era suave y vehemente. No fue hasta que su brazo me rodeó que me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración—. Respira, Sailor.

Lentamente, exhalé, aunque mi corazón seguía retumbando bajo mi pecho.

Dos manos grandes y cálidas sostuvieron mis mejillas.

—Ya no importan, Sailor.

Me pasó un pulgar por la mejilla, la intensidad de su mirada azul destrozando los malos recuerdos.

—¿Tú...? —Tragué con fuerza—. ¿Averiguaste si enviaron a los hombres de Tijuana a la cabaña?

Asintió con la cabeza.

—Tengo confirmación de que le dieron la información de la cabaña a Santiago.

Se me escapó una risa amarga.

—Me mantengo fuera de su camino y aun así no es suficiente.

—Tu padre estará demasiado ocupado cuidándose la mano en el futuro inmediato —comentó secamente.

—Podrían haberte matado —añadí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Sacudí la cabeza. Era una larga historia para entrar en ella.

—Prométeme que no volverás a verlos.

Una sonrisa rozó sus labios.

—Cuidado, *Reina*. O pensaré que te importo. —Enterré la cara contra su pecho, inhalando profundamente, luchando por cada aliento—. Soy el diablo, ¿recuerdas? No pueden vencer al diablo.

—No bromees con eso. —Me atraganté.

Sus manos me rodearon, sus palmas me frotaron la espalda de arriba a abajo, el movimiento me tranquilizó. Inhalé profundamente y dejé que el aire me llenara los pulmones. El alivio me golpeó como una ola y poco a poco mi respiración se estabilizó y mi ritmo cardíaco disminuyó.

—¿Qué te han hecho?

«Nada. Todo».

Inhalé, luego exhalé y di un paso atrás, poniendo algo de distancia entre nosotros.

—No te acerques a ellos, Raphael. —Aún estábamos lo suficientemente cerca como para que

su calor se filtrara en mi torrente sanguíneo y su olor en mis pulmones—. Actúan civilizadamente, pero son malos. Detestables y malvados.

Su mano se acercó a mi cara y me apartó un mechón suelto de la frente.

—Soy peor que ellos, *Reina* —dijo roncamente.

Sacudí la cabeza.

—No lo eres —musité—. Son... —Se me escapó un hipo—. Mucho peor.

Porque *hirieron* a su propia hija.

Vi los dedos de Raphael volar sobre la pantalla de su teléfono. En cuanto se quitó la camiseta, se acabó el juego para mí.

Y, para colmo, delante de mi hijo.

Era una mala madre. Salivé sobre Raphael, estudiando cada maldito milímetro de su piel. Tenía todo el torso cubierto de tatuajes. Cuando llevaba sus trajes de tres piezas, era fácil olvidar que era un mafioso. Casi parecía un pulcro hombre de negocios. *Casi*.

Mis ojos recorrieron sus abdominales y juré que sentí cómo me caía la baba por la barbilla. Aquella piel bronceada y esa tinta, me tentaban. Ojalá se quitara los *shorts*. Hundí los dedos de los pies en la suave arena, disfrutando el sentirla y relajando mi cuerpo con cada minuto que pasaba en la playa.

Después de quitarme el vestido de verano y dejar al descubierto el bikini que llevaba debajo, me metí en el mar, el agua fría y azul me acariciaba mientras el sol me calentaba la piel. Necesitaba refrescarme. En ese mismo momento, santo cielo. Respiré hondo el aire húmedo mientras la brisa me revolvía el cabello.

El agua brillaba a mi alrededor, llegando hasta mis muslos y dejando mi diminuto bañador de dos piezas fuera del agua.

En el momento en que Raphael apartó el teléfono y levantó la cabeza fue cuando pensé que me iba a quemar. Sus ojos se posaron en mí y la temperatura se disparó otros cien grados. Y eso que para empezar no hacía frío.

El sudor resplandecía en mi piel, cosquilleando como gotas de aceite al correr entre mis pechos.

Tragué sonoramente y mi corazón se aceleró a cien kilómetros por hora. Con ese calor, seguro que me daba un infarto. Por suerte, Gabriel y el cachorro jugaban a unos tres metros en el agua poco profunda, disfrutando de la sombra.

Y por fin obtuve mi deseo. Sin apartar los ojos de mí, se quitó los zapatos y luego los *shorts*. *¡Por fin!*

Con su poderosa zancada, atravesó la arena y llegó a las cristalinas aguas azules en cuestión de segundos. Echó un vistazo a Gabriel y al cachorro y volvió a centrar su atención en mí.

Miré a mi alrededor, aunque no había nadie más que nosotros. Después de todo, era una isla privada.

Se detuvo a medio metro de mí. Mi respiración se hizo superficial. Me ardía la piel y no tenía nada que ver con el calor del sol y sí con su mirada.

Devorándome.

Se me revolvió el estómago y se me aceleró el corazón al imaginar su boca sobre mí.

Y contuve la respiración. *Esperando.*

Se acercó más. Podía sentir su aliento cálido y mentolado haciéndome cosquillas en la piel.

Sus dedos me acariciaron la cara y su boca rozó la mía. Su lengua me pasó por el labio inferior. Suave como una pluma. Luego su nariz rozó la mía.

Inhalé su aroma profundamente en mis pulmones. Una mezcla de océano y *aguardiente*.

Seguridad.

Una fuerte carcajada recorrió el aire, mezclándose con las olas que rompían contra la orilla. Ambos giramos la cabeza en su dirección para encontrar a Gabriel revolcándose en las aguas poco profundas mientras Bruno le lamía la cara, con su pequeña cola moviéndose a cien kilómetros por hora.

Siguió la estruendosa carcajada de Raphael y pude sentir su vibración en lo más profundo de mi alma. Era una risa fuerte y contagiosa, y me encontré sonriendo también.

Los dos nos dirigimos hacia ellos a través de las cristalinas aguas azules y, en cuanto nos acercamos, Gabriel se incorporó. La expresión de felicidad de su rostro me calentó el corazón más que el calor del sol caribeño. Sus ojos azules brillaban con picardía y en cuanto dimos otro paso hacia él, se puso en pie y nos salpicó.

Chillé al sentir el agua fría contra mi piel caliente. Sin pensarlo, tomé cubierta detrás del enorme cuerpo de Raphael. Fue a moverse, no obstante, puse mis manos en sus bíceps.

—¡No te atrevas a moverte! —chille y solté una risita—. Tienes calor. Puedes refrescarte.

Otro chapoteo de agua y me reí tanto que se me saltaron las lágrimas.

—Vamos, diablo malo —bromeé, dándole un codazo—. No le tienes miedo a un niño pequeño y un cachorro, ¿verdad?

Woof. Woof.

Eché un vistazo alrededor del gran cuerpo de Raphael. Bruno ya estaba empapado. Le ladraba a las olas y luego mordía la espuma blanca. Gabriel también estaba mojado, con el cabello pegado a la frente y una gran sonrisa en su cara.

En un rápido movimiento, antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, Raphael me estrechó entre sus brazos y la siguiente salpicadura cayó sobre mí.

—*¡Brrrr!* —Me doblé y me acurruqué aún más contra Raphael, robándole su calor—. El agua está demasiado fría —me quejé, con mis puños golpeando su pecho—. Bájame. ¡Ahora mismo!

—De ninguna manera —respondió, sonriendo—. Este diablo disfruta bastante de una pelea de agua. Siempre y cuando un ángel esté en mis brazos.

La risa de Gabriel llenó el aire.

—Mamá parece un ángel con ese cabello, ¿verdad?

Los ojos de Raphael brillaban mientras me observaba.

Su mirada prometía el paraíso, o tal vez el pecado más delicioso.

TREINTA Y UNO

RAPHAEL

Cerré la puerta tras de mí y entré en la sala de vigilancia.

La imagen de Sailor en ese bikini quedó quemada en mi cerebro. Si hubiera otro hombre en la playa, habría tenido que matarlo a tiros porque a nadie se le permitía verla así. Con sus largas piernas y aquel traje de baño rosa chicle, era difícil no fijarse en ella.

Su bronceado de playa resaltaba aún más su cabello rubio platinado hasta la cintura. Estaba allí como una ninfa del agua, mirándome fijamente con la boca entreabierta y las mejillas sonrojadas. Mi polla se sacudió.

Pero cuando reía, el mundo entero se iluminaba. No había sonido igual. Su risa era mejor que las campanas de una iglesia. Mejor que la dulce melodía del ruiseñor. Me hacía sentir completo, más feliz de lo que nunca había sido.

Fue entonces cuando me di cuenta de que su felicidad lo era todo para mí. La suya y la de Gabriel. Porque los dos estaban estrechamente entrelazados. Y pasaría el resto de mi vida haciéndolos felices a ambos.

—¿La pasaste bien en la playa? —preguntó Diego, con expresión impasible, pero lo conocía lo suficiente como para saber que probablemente había visto a Sailor en ese puto bikini que nunca olvidaría.

—¿Es un buen momento para matarte? —respondí secamente.

—¿Qué? No he visto nada —murmuró.

Caine y Diego se sentaron en una mesa, mientras que los otros tres hombres estaban en la otra. Mi equipo estaba siempre en guardia. Desde que terminé el acuerdo con los hombres con los que trataba mi padre, había estado preparado para cualquier suceso.

Nunca se sabía dónde y cuándo se lanzaría el ataque. Era un poco más de la hora de comida y, como verdaderos colombianos que eran, preferían tomar café caliente. No importaba la temperatura.

Me senté en la silla, con la mente puesta en la última conversación que había mantenido con Sailor. Faltaba una pieza del rompecabezas y quería descubrirla. La evidencia me devolvía la mirada en el pánico y terror que empañaba su rostro cuando hablaba de sus padres.

Me recordó a la noche en que la conocí, cuando encontré a ese hijo de puta tocándola.

Seguía sin acordarse de mí. Ocho años y la chica dejó una impresión duradera en mí y ni siquiera me recordaba.

Sería gracioso si no fuera yo.

Después de pasar un rato en la playa, Gabriel volvió a la casa para hacer la tarea y Sailor tenía trabajo editorial que hacer. Con Bruno acomodado en sus brazos.

—¿Cómo te va con la dama? —Caine rompió primero el silencio.

Me encogí de hombros. Era difícil leer a Sailor. Se mantenía reservada. Casi como si hubiera ocultado sus sentimientos toda su vida y no supiera cómo abrirse.

—Diego, necesito que vigiles lo que hace Sailor. Monitorea todo lo que hace en su teléfono y en la *laptop*. Quiero asegurarme de que no pueda ser rastreada. Mantén su IP en constante cambio, por si alguien lo intenta.

No confiaba en absoluto en sus padres. Y sospechaba que Sailor seguiría tras sus pistas, empeñada en meter entre rejas a hombres como yo. No era de las que se rendían fácilmente. La terquedad persistía en aquellos ojos azules y se afianzaba en su barbilla.

Diego asintió.

—Nico tiene su dirección IP oculta para que nadie pueda rastrearla.

—Bien.

Me giré hacia Caine.

—Necesito que investigues más sobre el señor y la señora McHale —ordené—. Hay algo que nadie sabe. Algo que asusta a Sailor y necesito saber *qué*.

Caine tenía el ceño fruncido y, por la forma en que me miraba, me di cuenta de que tenía algo en mente.

—Escúpelo, Caine.

—¿No crees que deberías hablarle a la chica del contrato entre su padre y el tuyo? El acuerdo de las Bellas y Mafiosos.

Me pasó por la cabeza, pero ¿cómo demonios se abordaba ese tema? Estaba claro que Sailor no era unida a sus padres, sin embargo, amaba a su hermana. Dar una noticia así destrozaría a cualquiera.

Sacudí la cabeza. No era el momento de decírselo. Ella y su hermana eran muy unidas. Sailor lo dejó todo y adoptó a Gabriel. Sería cruel decirle que Anya fue entregada a mi padre para que la embarazara y luego la convirtiera en una puta.

—¿Se acuerda de ti? —La voz de Diego era baja y nadie podía oírnos, pero deseé que estuviéramos teniendo esa conversación en un lugar más privado.

—No.

—No te lo tomes a mal —murmuró Caine—. No tienes precisamente una cara que una mujer olvide. Lo he presenciado bastantes veces. —Diego soltó una risita—. Lo único que digo es que es raro.

—Estoy de acuerdo —indicó Diego—. Es muy extraño que no te recuerde. Después de todo, mataste a un hombre por ella.

Una idea surgió en mi cabeza.

—Consigue hombres para encontrarnos en Miami. Voy a llevar a Sailor a una cita.

Sus dos miradas vacías se encontraron con la mía. No podía culparlos. No salía con nadie en citas. Sí, follaba con mujeres, pero en mi trabajo no había lugar para las citas ni las relaciones. Y una joven rubia de ocho años atrás siempre acechando en el rincón de mi mente, no ayudaba.

—¿Cita? —Caine finalmente preguntó—. ¿De qué tipo?

—La llevaré a la recaudación de fondos que organizamos para el alcalde en La Reina.

—¿Estará de acuerdo? —inquirió Diego—. Primero matrimonio y ahora una cita.

Tuve que luchar contra el impulso de no gritarle y golpearle la cara contra la mesa.

—Hazlo realidad, Diego —ordené, luego me levanté y salí de la habitación, consciente de sus ojos en mi espalda.

Llamé a la puerta de la recámara de Sailor y después de mucho alboroto, la puerta finalmente se abrió. Para revelar a Gabriel.

—Hola, amigo —lo saludé—. ¿Está lista tu mamá?

Miró por encima del hombro y luego puso los ojos en blanco.

—No está contenta con el vestido.

—¿No le gustó?

Hice traer el vestido especialmente desde Colombia. El vestido azul claro con la parte inferior acampanada tenía el mismo tipo de rosas rosadas por todas partes, del rosa claro al rosa oscuro. Era parecido al vestido que llevaba la noche que la conocí.

—Lo llamó esponjoso y demasiado —respondió Gabriel, encogiéndose de hombros.

Sailor apareció y, maldición, parecía un millón de dólares. Llevaba su cabello pálido recogido en un elegante moño y las mejillas sonrojadas.

—Demonios, es demasiado —murmuró—. ¿Qué clase de evento es este? No dijiste.

En ese momento, una pequeña sombra marrón se metió por dentro de sus elaboradas faldas. Una mirada compartida por los tres y al segundo siguiente nuestras risas llenaron la habitación.

Los ojos de Sailor brillaron de felicidad y aquella hermosa boca se curvó en una sonrisa. Acorté la distancia que nos separaba y me arrodillé.

—Espera, déjame ayudarte a encontrar a Bruno.

—A Bruno le encantan los vestidos de mamá —comentó Gabriel—. Se quedó dormido en su vestido negro. Tienes suerte, Raphael. Si no, se habría puesto ese vestido. —Luego soltó una risita—. Dijo que era el vestido perfecto para un funeral.

Mi mirada se clavó en la suya, la mirada sin remordimientos brillando a través de sus azules océano.

Sailor se levantó el vestido, y el pequeño Bruno se puso cómodo y apoyó su trasero en la pierna de Sailor. Alcancé a ver esas hermosas y delgadas pantorrillas, burlándose de mí. Joder, tenía que ser un maldito caso triste si sus pantorrillas me parecían *sexys*.

Entonces juré que su falda se levantó unos centímetros más. Mis ojos parpadearon y la encontré mirándome, sus ojos azules se volvieron unos tonos más oscuros.

—¿Estás agarrando al cachorro o mirándome las piernas, Raphael? —dijo pícaramente. Gabriel soltó una risita y se marchó, dejándonos solos.

—Las dos cosas, *Reina* —gruñí—. Soy bueno haciendo ambas a la vez.

Esa pequeña descarada. Tomé al cachorro que estaba apretado contra su pierna y me aseguré de que mis nudillos rozaran su piel. *Jesucristo*, era tan suave.

Volví a ponerme de pie y vi cómo sus dedos agarraban la tela del vestido con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Casi esperaba que diera una vuelta, pero Sailor era demasiado fría para eso. Y tan condenadamente hermosa.

El corte de su vestido en la parte trasera era bajo y dejaba al descubierto su suave y pálida espalda, dejando mucho a la imaginación. Se hundía lo suficiente como para dejarte ver algo más que esa hermosa y suave piel. Para hacerme imaginar lo que podría hacerle a ese trasero anidado justo debajo del borde del vestido.

Ignoré el calor que corría directo a mi miembro y forcé mi mirada hacia su torso. No muchas mujeres serían capaces de llevar un vestido así. Pero Sailor parecía una reina con él.

—Te pareces a mi reina —dije con voz áspera.

Por todos los infiernos, Sailor era una reina a la que valía la pena esperar.

TREINTA Y DOS

SAILOR

Los tacones chasqueaban contra el suelo de mármol.

El club La Reina se convirtió en un salón de baile, mientras que los pisos superiores albergaban mesas de póquer y ruletas.

—¿Haces esto a menudo? —pregunté, mirando de reojo a Raphael.

—¿Qué?

—¿Ofrecer apuestas al mismo tiempo que una recaudación de fondos?

—No, normalmente es un club nocturno y casino. —Su mirada recorrió la sala—. No obstante, para este evento, mi gente no organizó nada. Dejé que la ciudad organizara su recaudación de fondos y hoy tienen rienda suelta al edificio y al evento.

Un recuerdo parpadeó en un rincón de mi mente en cuanto llegamos, pero desapareció antes de que pudiera concentrarme en él. Mi instinto me advirtió que era algo importante, pero por más que intentaba evocarlo, me quedaba en blanco.

—¿Qué pasa? —La mirada de Raphael se centró en mí, sus hombres caminaban justo detrás de nosotros.

Sacudí la cabeza.

—Nada.

Bandejas de plata llenas de copas de *champagne* y aperitivos hacían la ronda por la sala. La cristalería brillaba bajo el gran candelabro. En un rincón, una pequeña orquesta tocaba canciones sencillas y, mientras tanto, hombres trajeados y mujeres con vestidos extravagantes se mezclaban.

Raphael agarró una copa de *champagne* de una bandeja que pasaba y me la entregó.

—¿Y tú? —pregunté.

—No bebo en este tipo de eventos —respondió, su mirada se fijó en un grupo de hombres que se acercaban a nosotros y su mano se enredó alrededor de mis caderas.

Parecía relajado, aunque sabía que era una máscara. Podía sentir su tensión como si fuera la mía propia.

—¿Está todo bien? —susurré en voz baja, mientras mantenía la sonrisa en mi rostro.

—Solo quédate cerca de mí.

—De acuerdo. —¿Qué demonios estaba pasando?

Tomé un sorbo del burbujeante líquido, tratando de calmar mis nervios y observando a los hombres que se acercaban a nosotras. Y fue entonces cuando lo vi. El desgraciado de Santiago Tijuana. Me acerqué más a Raphael mientras el miedo me envolvía la garganta.

Sabía quién era yo, no me cabía duda. De repente, dos hombres aparecieron a mi derecha y a

la izquierda de Raphael. Reconocí a Diego y a Caine, y me di cuenta de que eran sus hombres. Gracias a Dios. Significaba que estábamos a salvo. *¿Verdad?*

Los ojos de Santiago me recorrieron, observando mi vestido y algo oscuro parpadeó en aquellos ojos negros.

—Santos —saludó uno de los hombres a Raphael, tendiéndole la mano—. Aquí estás. Pensaba que tal vez habías decidido no venir.

—Alcalde. —Raphael tomó la mano que le ofrecía y la estrechó, luego se desabrochó la chaqueta del traje, mostrando el chaleco negro que abrazaba su vientre plano y la funda de la pistola. Apostaría mi vida a que lo hizo a propósito—. Sería descortés no presentarme en mi propio club, ¿no crees?

El alcalde parecía cansado y agotado. No lo envidiaba. Florida tuvo diferentes versiones de organizaciones criminales luchando durante años. Día diferente; criminal diferente. Probablemente solo quería sobrevivir y mantener a su familia intacta.

A diferencia de otras familias influyentes, como la mía, que realmente se beneficiaban de ello. Mi padre era un monstruo, igual que Santiago Tijuana.

—¿Y a quién tenemos aquí? —La voz fuertemente acentuada de Santiago y su mirada lasciva me provocaron un hormigueo en la parte posterior de los brazos, y no en el buen sentido.

—Esta es mi esposa —me presentó Raphael, mintiendo como el verdadero *diablo* que era. Permanecí inmóvil, rogando a Dios que mi gesto fuera inexpresivo. Excepto por su encantadora y falsa sonrisa—. Sailor, este es el alcalde de Miami, el señor Sanders.

Incliné la cabeza en señal de reconocimiento.

—Deja las bromas. —Sanders le dio una palmadita en el hombro a Raphael, el movimiento fue algo cómico ya que Raphael era una cabeza más alto que él—. Felicidades. Bienvenido a la felicidad conyugal.

—O, quizás no —añadió Santiago, con una mirada fría e inquebrantable. El mero hecho de estar en su presencia me producía escalofríos repugnantes. Santiago Tijuana era alto, pero gordo, sus ciento treinta y seis kilos lo hacían parecer como Brutus, el de los dibujos animados de Popeye.

Su piel aceitunada, a diferencia de la de Raphael, tenía un aspecto enfermizo. Su cabello estilizado con tanto gel que no se movía en absoluto. Y brillaba como un cristal de obsidiana negra.

Su mirada recorrió mis antebrazos desnudos e incluso dio dos pasos a mi alrededor para echar un vistazo a mi espalda desnuda. Aquel tipo me ponía enferma.

Raphael me acercó más a él y Caine dio un paso más, bloqueándole la vista. De repente, amaba a los hombres de Raphael. Ese tipo era un millón de veces mejor que Santiago Tijuana.

—Señorita McHale, ¿cómo están sus padres? —se mofó Santiago.

—Señora Santos —corregí, apoyando la mentira de Raphael, y luego me encogí de hombros —. Bien, supongo.

Los ojos del alcalde se abrieron de par en par.

—¿No *los* McHale?

—Exactamente *los* McHale —confirmó Santiago, observándome como una víbora. Listo para atacar en cualquier momento. Odiaba a ese imbécil más de lo que creía posible—. Su carrera política rivalizaba con la de los Kennedy. De hecho, creí que había rumores de que se le relacionaba con Aaron Kennedy.

Me puse rígida.

—Y yo escuché el rumor de un contrato. —Fingí una expresión de aburrimiento mientras

dejaba que mis ojos vagaran detrás de él, como si no mereciera mi tiempo—. Y aquí estamos. Casada.

¡Desgraciado!

—Las cosas cambian —agregó entre dientes, manteniendo una sonrisa falsa, parecida a una mueca.

—Estoy deseando tenerte como residente en Miami —comentó el alcalde, ajeno a la tensión que se vivía a nuestro alrededor.

—He oído que tu hermano tiene nuevos seguidores —expresó Raphael—. El *hermano* preferido Tijuana.

Eso le valió a Raphael una sonrisa tensa que no le llegó a los ojos, pero al menos la atención del desgraciado ya no estaba puesta en mí.

—*Me has robado, Santos* —siseó Santiago en español. El alcalde seguía de pie con una sonrisa congelada en su cara, parecía una marioneta desechada. Era exactamente lo que era, un títere entre los criminales.

—Nunca te perteneció, *cabrón* —respondió Raphael en inglés.

Una espesa tensión impregnaba el aire y hacía difícil respirar, mientras mis ojos se desviaban entre los dos criminales. Algo oscuro acechaba en los ojos de Raphael y estaba claro, al menos para mí, que un solo movimiento en falso de Santiago y Raphael se pondría en modo matanza.

Diablo.

Mis ojos parpadearon hacia su mano que me rodeaba la cintura y allí estaba. El tatuaje con el que a veces soñaba. Me palpitaban las sienes mientras mi mente buscaba algo. *Algo* importante.

Se evaporó, como todos los sueños de libertad de Anya antes de morir.

Forzando una sonrisa en mis labios, me volví para mirar a Raphael.

—¿Listo para saludar a tus invitados, querido?

Los ojos de Raphael estaban en Santiago, algo oscuro en su mirada. *Goteo, goteo, goteo.* Sí, Raphael estaba hasta el cuello cubierto de sangre, pero al menos no se dedicaba al tráfico de personas ni violaba a mujeres inocentes. Su padre podría haberlo hecho, sin embargo, él no.

Una comisura de los labios de Raphael se levantó.

—Caballeros.

Su voz contenía una amenaza tácita de venganza y, de repente, me sentí feliz de tenerlo de mi lado.

TREINTA Y TRES

RAPHAEL

De una cosa podía estar seguro.

Sailor no se acordaba de mí ni de La Reina. Era como si nunca hubiera visitado el club. Por supuesto, ahora sabía que una de las mujeres que estaba con ella esa noche era Aurora Ashford.

—*Wow*, nunca pensé que vería a Diablo esperando a su señora en el pasillo de los baños —se burló Diego.

Me importaba una mierda. Su seguridad era lo más importante para mí. Sailor tenía que usar el baño, y me negaba a dejarla vagar por el lugar desprotegida ni por un segundo mientras ese hijo de puta de Santiago Tijuana estuviera aquí.

Lo estaban escoltando a la salida. En ese mismo momento. Y como me lo esperaba, se escuchaban protestas y quejas en español rompiendo en el aire.

Dejé escapar un suspiro sardónico mientras lanzaba una mirada aburrida en dirección al ruido, justo a tiempo para ver a mis dos porteros obligando a Santiago a avanzar por el pasillo.

—¿Qué demonios hace Sanders con Tijuana? —refunfuñó Caine.

Con el teléfono en la mano, empecé a escribirle un mensaje a Alexei.

—Probablemente haciendo tratos a mis espaldas —respondí—. Quizá sea hora de recordarle a quién le pertenece Florida.

—¿En qué estás pensando? —inquirió.

—¿Todavía tenemos una foto de él cogiendo con su amante? —Caine asintió—. Hazla llegar a la prensa.

Terminé de teclear el mensaje para Alexei.

> Yo: Comprueba si tu mujer recuerda haber venido al club La Reina en Miami hace ocho años con Sailor.

Mi mujer salió del baño y sus ojos se iluminaron con una chispa de sorpresa.

—¿Se ha trasladado la fiesta al pasillo? —curioseó, divertida.

Aunque algo estaba mal. Podía verlo grabado en su cara. *Preocupación.*

—No te preocupes, *Reina*. La escoria de Tijuana fue escoltada fuera.

Asintió con la cabeza, aunque no dijo nada más.

Durante los siguientes treinta minutos, hicimos nuestras rondas saludando a los asistentes. Fue entonces cuando la educación de Sailor salió a relucir. Tenía clase y compostura, y se escondía tras un rostro y una sonrisa perfectos. Se sentó a la mesa con la esposa del alcalde, junto

con otros miembros de la alta sociedad de Miami. A primera vista, encajaba perfectamente.

No podían distinguir entre sus hombros tensos y su postura perfecta, ni entre su sonrisa sincera y la falsa.

Estuve con el alcalde hablando de la próxima campaña política y se esforzaba por conseguir que yo firmara una donación. Decidí dejarlo que esperara nervioso.

Un movimiento con el rabillo del ojo captó mi atención cuando un destello de tela azul se perdió de vista. El vestido de Sailor.

La seguí por el pasillo, pegado a las sombras, interesado por ver adónde iba. Giró a la izquierda, luego a la derecha, hasta que vio una terraza y salió. Una vez afuera, se acercó el teléfono a la oreja y miró por encima del hombro.

—Sí, puedo hablar. —Su voz era suave, pero el silencio era tan pesado, permitiendo que su voz viajara sobre la ligera brisa.

—En serio, ¿lo encontraste? —Su voz era esperanzada, sus delgados hombros tensos—. ¿Qué tipo de evidencia? —Siguió un tramo de silencio y exhaló con incredulidad—. Eso no es nada nuevo. Necesito algo que conecte a ambos.

Otro tramo de silencio.

—Bueno, a Santiago Tijuana no se le debió permitir la libertad bajo fianza —siseó—. Las pruebas eran sólidas. —Fuera lo que fuera lo que le estaban diciendo, no le gustaba.

Sopló un aire de frustración.

—No, gracias. Es la última vez que confío en los federales para mantenernos a salvo.

No me sorprendió que Sailor siguiera persiguiendo su historia. Sí, me decepcionó, pero no esperaba menos de la mujer.

—Demonios —murmuró y mis labios se estiraron hacia arriba—. Esos desgraciados. —Tenía una boca sucia—. ¿Sabemos al menos dónde buscar?

Se pasó la mano por su cabellera. Fuera lo que fuera, estaba preocupada.

—Si lo hubieran dejado en la maldita cárcel, no estaríamos teniendo esta puta conversación. —Siguió otro silencio y una retahíla de maldiciones—. No, no quiero preguntarle a mi maldito padre. ¡Puedes irte a la mierda!

Se metería en problemas. Caine estaba unos metros detrás de mí y me hizo un gesto con el pulgar. Pudo captar la conversación. Otras pocas palabras y colgó.

Empezó a caminar de un lado a otro, murmurando algo para sí misma.

Salí de las sombras y me acerqué a ella. Giró la cabeza y sus ojos se abrieron de par en par al verme. Me entraron ganas de agarrarla por la nuca y castigarla con mi boca hasta dejarla sin sentido por seguir poniéndose en peligro.

Metí las manos en los bolsillos del traje.

—¿La estás pasando bien? —inquirí.

Sus hombros se tensaron ligeramente, pero se obligó a relajarlos.

—De lo mejor. —Su voz se llenó de sarcasmo.

—Vamos a casa —indiqué.

Después de todo, teníamos que preparar una boda para el día siguiente.

TREINTA Y CUATRO

SAILOR

La luz del sol brillaba a través de las ventanas de mi dormitorio. Las partículas de polvo bailaban en el aire como pequeños destellos de plata y oro. Igual que mi vestido.

—¡Oh, Dios mío! —Sonrió Willow—. El vestido es precioso. ¿Lo elegiste tú?

Sacudí la cabeza mientras miraba mi reflejo. Me habían maquillado y recogido el cabello en un elegante moño trenzado. Una tiara de diamantes me hacía sentir como una princesa. Una princesa de nieve. Una princesa de plata.

El vestido de novia era una mezcla perfecta de blanco y plata, como la nieve recién caída. Los finos tirantes tenían pequeñas cuentas de brillantes que hacían juego con los diamantes de la tiara. El corsé tenía la misma decoración, me abrazaba el torso mientras que el material transparente se abría hacia el suelo de madera formando una larga cola acampanada detrás de mí.

Era simplemente hermoso. Impresionante.

—Te queda perfecto —elogió Aurora mientras tiraba de los últimos cordones de mi espalda —. Estás radiante.

—Estoy nerviosa —admití.

—Bueno, si quieres huir, secuestraré el avión. —La voz de Royce vino de detrás de mí y me di la vuelta para encontrar a los tres hermanos Ashford aquí.

Sonreí.

—¿Vinieron? —Sonreí.

—Por supuesto —respondió Royce—. Nunca nos lo perderíamos.

Gabriel venía justo detrás de ellos, muy guapo.

—Dios mío —murmuré suavemente—. Estás tan guapo, amigo.

Se ajustó la corbata y tiró de cada manga, el movimiento suave. Nunca había visto a Raphael hacer un gesto así, pero me recordó a él.

—Mi traje hace juego con el de Raphael. Dice que me parezco a él —anunció mi hijo con orgullo. Y tenía razón. Se parecía a mi futuro esposo.

—¿Tienes los anillos? —pregunté, sonriendo ante su entusiasmo. Gabriel era el portador de los anillos y se tomaba muy en serio esa responsabilidad.

Los sacó de su bolsillo.

—Están seguros.

Mis ojos recorrieron a los presentes y me di cuenta de que era la primera vez desde que enterramos a Anya que todos estábamos en la misma habitación. Si ella estuviera...

—Anya está aquí con nosotros —aseguró Royce, con voz grave.

—¿Cuidándonos desde el cielo? —inquirió Gabriel.

Le di un fuerte abrazo.

—Sí, amigo. Siempre nos está cuidando desde el cielo.

—Y de su montaña.

Parpadeé, esforzándome por no derramar ninguna lágrima.

—Porque te quiere mucho —susurré.

—Y a ti —añadió.

Asentí, incapaz de decir nada. Las emociones me ahogaban y el corazón se me apretaba. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, la promesa de un futuro mejor era más fuerte que cualquier otra cosa.

———

—¿Sailor Brooke McHale tomas a Raphael Matteo Santos como tu legítimo esposo, para vivir juntos en matrimonio, para amarlo, consolarlo, honrarlo y mantenerlo, en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, para tenerlo y conservarlo, desde este día en adelante, hasta que la muerte los separe?

Pasó un segundo muy largo. Mi corazón se aceleró. Mi pecho subía y bajaba. Me preocupaba desmayarme.

Demasiado rápido.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Cada palabra, cada paso hacia esa farsa era incierto por mi parte. Sin embargo, se sentía bien. Seguro. Esa parte me preocupaba aún más. Sabía que había hombres buenos y malos en este mundo. Los hermanos Ashford eran buenos hombres.

Los mafiosos eran malos. Excepto que ahora me había encontrado con algunos que tenían algunas normas. Una brújula moral mejor que la de mis propios padres que destruyeron la inocencia de una niña. La de mi hermana. La mía. Incluso la de Gabriel si se les daba una oportunidad. *Nunca* lo permitiría.

—Sí, acepto. —Algunas chicas soñaban con casarse con un príncipe azul, mientras que yo soñaba con un diablo. Nunca imaginé que me casaría con uno.

Sin embargo, en el fondo sabía que era lo correcto. Para mi hijo y para mí. Ese *diablo* había venido a salvarnos de aquellos que nos amenazaban. Pero la pregunta era: ¿cómo me salvaría de él? Cada día que pasaba, caía más y más bajo su hechizo.

Este diablo protegería a Gabriel. Raphael podría ser muchas cosas, pero protegía a inocentes. Igual que Nico Morrelli.

—¡Ahora los declaro marido y mujer! —proclamó el sacerdote.

Raphael dio un paso adelante y su brazo me rodeó la cintura, atrayéndome contra su duro cuerpo. Mi ser se estremeció de anticipación. Mi respiración se hizo más lenta, todo se desvaneció y le sostuve la mirada mientras se acercaba cada vez más. Me tomó la barbilla entre los dedos y me levantó la mandíbula. Las llamas azules de su mirada agitaron algo muy dentro de mí y temí que mi pacto con el *diablo* fuera mi perdición.

No era inteligente sentir todas esas emociones confusas. No hacia ese hombre.

Otro centímetro. Contuve la respiración y el corazón me retumbó en el pecho. Nuestras bocas se conectaron y todos los pensamientos se evaporaron cuando sus labios conectaron con los míos. Caliente. Excitante. Me robó el aliento. Le di paso a su lengua que se deslizó en mi boca. Sabía incluso mejor de lo que olía. Como el *bourbon* más delicioso. Se me cerraron los ojos. Olvidé dónde estábamos. Olvidé la razón por la que estábamos haciendo esto. Olvidé las

amenazas que nos acechaban a mi hijo y a mí.

Todo se desvaneció y solo me dejó sintiendo. Este hombre sabía besar. Era, sin duda, el mejor y más caliente beso que jamás he recibido. Fue la sensación más emocionante que jamás había experimentado. Mis palmas apretadas contra su pecho, su calor filtrándose en mí. Tenía toda mi atención.

Dios, era todo músculo y no podía ni imaginar lo bien que me sentaría que su cuerpo cubriera el mío. Ansiosa, me apreté contra su duro pecho, su boca contra la mía y el dolor palpitó entre mis muslos.

Palpitante. Exigente.

Ese hombre podría arruinarme si se lo permitía. Y tenía la clara sensación de que ya iba en esa dirección.

El sonido de los aplausos atravesó la bruma de mi cerebro.

Retrocedí un paso, insegura, me apoyé suavemente en su pecho y parpadeé. Había olvidado que teníamos público.

Su mirada seguía clavada en mis labios y la intensidad de sus ojos me aceleró el corazón. Un calor posesivo brillaba en sus ojos azules y mi sangre ardía en respuesta. Mi cuerpo se movió hacia adelante, como un imán hacia el acero.

Cuando sientas la necesidad de sexo, ven a mí.

Dios, sentía la necesidad de sexo. En ese momento.

¿Sería demasiado si dejáramos a los invitados y me lo llevara a rastras a su recámara? Maldición, no sabía dónde estaba su habitación. De acuerdo, mi habitación.

—¡Síííí! —El chillido de Gabriel me bajó de mis alturas enloquecidas por el sexo—. ¿Eso lo convierte en mi papá?

Raphael y yo nos estremecimos al mismo tiempo y compartimos una mirada.

—No estoy preparada para eso —musité negando con mi cabeza. No había forma sensata de explicar este árbol genealógico a un niño de siete años.

—Gracias por ser mi portador de anillos —respondió Raphael en su lugar—. Y por ayudarme a elegir el anillo adecuado. No podría haberlo hecho sin ti.

Gabriel brillaba como una bombilla de cien voltios, con una sonrisa de oreja a oreja.

Por el rabillo del ojo, vislumbré a mis mejores amigas.

—¡Oh, mira! —exclamé, con la intención de distraer a Gabriel—. Tía Aurora y tía Willow quieren verte.

Funcionó porque giró la cabeza y, sin volver a mirarnos, se le iluminó la cara y salió corriendo hacia ellas.

—Vamos a tener que decírselo, *Reina.* —La voz de Raphael era suave como el terciopelo. No tenía ni idea de por qué seguía llamándome *Reina*, pero secretamente me encantaba. Aunque sería una reina enojada si llamara así a todas las mujeres. *«Podría acomplejarme e insistiría en que me llamara por mi nombre de pila cuando tuviéramos sexo».*

Me quedé helada ante ese pensamiento. ¿Había decidido ya que tendríamos sexo? No, no podía ser tan imprudente. Excepto que pensé *cuándo* tengamos sexo, no *si lo tendríamos*.

TREINTA Y CINCO

RAPHAEL

El cuerpo de Sailor se puso rígido a mi lado mientras luchaba contra el impulso de arrastrar a mi novia hasta el dormitorio y deleitarme con su cuerpo. Estaba preciosa con su vestido de novia. Plateado y blanco. Lucía exquisita. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño trenzado, los rayos del sol le daban un aspecto de halo, y apenas iba maquillada. Y, aun así, era la mujer más hermosa que había visto.

Tenía la boca hinchada por mi beso y el aspecto de una mujer recién cogida. Y maldita sea si no se me puso la polla dura como una piedra al sentir su cuerpo entre mis brazos. Dócil y suave.

Sin embargo, ahora me miraba con desdén. Como si estuviera horrorizada de sí misma. Fue suficiente para amargar mi estado de ánimo. Me molestaba muchísimo que me importara.

—Decidiré qué decirle a Gabriel. —Apretó los dientes—. Y cuándo.

Y joder, si eso *no* me enfadaba. Sí, era su hijo, bueno técnicamente sobrino, pero también era mi hermano. Tenía derecho a saber que éramos parientes y cuanto más esperábamos, más difícil sería.

—Vámonos. —Mi voz era fría y antinaturalmente calmada. El cambio en su comportamiento era evidente. Al menos para mí.

Salimos de la parte trasera de la casa que daba a la puesta de sol y nos dirigimos al comedor formal. Caminamos en silencio, su sonrisa ligeramente reservada mientras pasábamos junto a nuestros invitados, que eran nuestros amigos más íntimos. Gabriel, Caine, Luciano con su esposa, Cassio y Nico con sus parejas, los Nikolaev, mi hermana y las mejores amigas de Sailor.

Y, por supuesto, un reportero de confianza que mañana publicaría un artículo para que tanto su familia como los Tijuana entendieran que, si le hacían daño, se ganarían mi ira.

Una vez en el pasillo, pude sentir cómo se relajaba a cada paso hacia el comedor, donde tendríamos una cena de celebración. La habitación estaba decorada con velas y flores. Sutil y con gusto. No había nada exagerado y, por la expresión de Sailor, me di cuenta de que estaba gratamente sorprendida.

—Esto es bonito —murmuró.

—¿Qué esperabas? *¿Piñatas?*

Sus ojos se entrecerraron en mí.

—No, piñatas no. —Luego intentó soltarme el brazo de un tirón. Sin éxito—. No tienes que ser tan imbécil —siseó en voz baja.

Tenía razón. Claro que la tenía, pero me molestó que actuara como si ese maldito beso no hubiera hecho estallar fuegos artificiales.

Una vez en la cabecera de la mesa, le acerqué la silla y se sentó en silencio. Una vez sentada,

dirigió su atención a sus amigas, que estaban a su izquierda. El resto de los invitados llenaban la sala mientras Caine se colocaba a mi derecha.

Miró a Sailor, escrutándola con una mirada apreciativa y los celos me invadieron. Joder, ¿qué demonios me pasaba con esa mujer?

—Te ves hermosa —elogió—. La novia más hermosa que he visto.

Sonrió suavemente, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Jodidamente genial, ahora estaba listo para matar a mi hombre de confianza.

—Caine —gruñí y la sorpresa apareció en su rostro. Nunca fui del tipo celoso y posesivo.

Levantó las manos, como rindiéndose.

—No se preocupe, jefe. Está casada. No me meto con mujeres casadas.

Sailor se burló, poniendo los ojos en blanco, y luego se volvió para hablar con su amiga mientras Caine me ponía al corriente de la seguridad.

—Un intento de intrusión.

Un gruñido grave vibró en mi pecho.

—¿Quién?

Desde el momento en que me vi obligado a volver a nuestro negocio familiar, hice que Caine realizara chequeos detallados de todos los que trabajaban para mí. Los hombres y mujeres que pisaban mi isla se sometían a verificaciones de antecedentes adicionales junto con sus familias, desde el cocinero hasta la sirvienta y todos los guardias.

Me dirigió una mirada mordaz y no hizo falta nada más. *Beatrice.*

Mi puño se apretó tanto que mis dedos empezaron a acalambrarse.

—¿Dónde? —La palabra era apenas reconocible mientras la apretaba entre los dientes.

Caine miró a mi lado y luego contestó en voz baja.

—Intentó llegar nadando desde un bote.

—¿Qué bote? —Beatrice no tenía un bote.

—Un nuevo novio. Estamos buscando información sobre él. Aparentemente, lo convenció de conducir hasta aquí.

—¿Así que hay un extraño que conoce la ubicación de esta isla? —bramé.

Los ojos de Caine volvieron a mí.

—Los seguimos hasta Miami. Atracaron en el Sunset Harbor Yacht Club. Pero ambos desaparecieron.

—Que sigan buscando —contesté entre dientes—. ¿Hundiste el bote?

Un conciso asentimiento de confirmación.

Fui un idiota al darle una oportunidad a Beatrice. Tuvo una infancia dura y pensé que merecía un respiro. Tan equivocado. Necesité todo mi autocontrol para no ponerme en pie e ir a cazarla. Darle una lección a esa perra.

—Asegúrate de que el artículo se publique mañana —ordené, cambiando de tema—. Es imperativo que esté en el periódico de Washington, así como en todos nuestros periódicos locales.

Por el rabillo del ojo, vi que Sailor volvía a ponerse tensa y la irritación destelló en mi interior.

—¿Por qué lo publicaremos en los periódicos? —cuestionó. Tendría que asegurarme de mantener mis conversaciones en privado. Después de todo, no me gustaría que mi mujer publicara un artículo sobre mi negocio.

—Para que no haya duda de quién será la ira que tendrán que soportar si tocan una sola hebra de cabello tuya o de Gabriel.

Ladeó la cabeza como si estuviera considerando mis palabras. No importaba si estaba de acuerdo o no. Haría lo que fuera necesario para protegerlos a ambos. Pasara lo que pasara.

Durante la cena, seguí observándola. Ella y sus amigas soltaban algunos chistes, Gabriel en medio de todo, y los cuatro echaban la cabeza hacia atrás y se reían a carcajadas. Alexei merodeaba alrededor de su mujer, como si estuviéramos en medio de un campo de batalla, obstinado en no perderla de vista.

Después de la cena, el patio trasero se abrió al baile. Teniendo en cuenta que se planeó en cuestión de días, el organizador de bodas se superó a sí mismo. Todo el patio estaba iluminado, la brisa soplaba desde el océano y el ambiente era relajado. Aunque la música era un poco cuestionable. Por los altavoces sonaba *rap* y las tres chicas bailaban como si estuviera pasado de moda.

Esta vez me quedé con Nico, Cassio, Vasili y Alexei en el extremo más alejado de la improvisada pista de baile. Mi mujer y sus amigas cuchicheaban entre ellas. Fuera lo que fuese que estaban discutiendo, Aurora y Willow estaban confundidas. Las tres nos miraron, fruncieron el ceño y siguieron cuchicheando entre ellas.

Me encontré con los ojos árticos de Alexei clavados en mí.

—Hablé con Aurora de su noche de chicas en La Reina de ocho años atrás —informó inexpresivo. Esperé, presintiendo que sus siguientes palabras no serían de mi agrado—. Anya, la hermana de Sailor, recibió una invitación de tu padre. Las cuatro fueron a su casa después de salir de fiesta. Como nadie les abrió la puerta, se escabulleron y se bañaron desnudas en la piscina.

—Mierda —murmuré, con la rabia amarga en la lengua. Ninguna mujer debería estar cerca de mi padre, y mucho menos chicas jóvenes. Debería haberlo matado hace mucho tiempo.

—Tu padre apareció y las arrastró a todas dentro. Violó a Anya con las chicas en la habitación.

Me invadió una furia roja y violenta. Exigía venganza.

—Impactó de lo peor a Sailor —continuó Alexei—. Le jodió la memoria. Aurora dijo que era lo único que recordaba de aquellas vacaciones de primavera.

—¿Las tocó? —gruñí. Si hubiera tocado a Sailor, desenterraría sus huesos y los quemaría.

Alexei negó con la cabeza.

—Solo a Anya.

Dejé que el alivio me invadiera, calmando la ardiente rabia. Ese no era el día para estar enojado y lo último que quería era asustar a mi esposa.

Mi esposa. Las dos palabras que sonaban tan perfectas.

Las esposas de Nico, Cassio y Vasili estaban a unos metros de nosotros. Los pequeños correteaban salvajes y despreocupados, tan distintos de nuestra infancia. Era la promesa de una generación nueva y mejor.

—Bueno, eres el último. —Cassio me dio una palmada en la espalda.

Alcé una ceja.

—Que yo sepa, hay otros dos que aún no se han casado. —Sasha y Luca eran los últimos. Una risa agradable surcó el aire, atrayendo mis ojos hacia la fuente. Mi mirada se oscureció al ver con quién estaba bailando Sailor. *Sasha Nikolaev*—. Aunque podría estar muerto antes de tener la oportunidad de ponerse delante de un sacerdote.

El cabrón bailaba muy bien y odiaba ver sus manos sobre mi esposa.

—Si vas a matarlo, avísame —agregó Alexei con su voz fría y monótona—. Sacaré a Aurora de esa zona.

—Me he dado cuenta de que no está tomando alcohol —comenté secamente.

No contestó, pero no tenía por qué hacerlo. El labio del idiota se movió, que era la mayor emoción que había visto en su cara.

Sailor debió de haber sentido mis ojos en ella, porque se giró y me miró.

—Disculpen, caballeros.

—Joder, no lo mates —refunfuñó Vasili—. A Isabella no le hará ninguna gracia. Será nuestro niñero este fin de semana.

Dejé mi vaso en una mesa cercana y me dirigí directamente hacia mi esposa.

TREINTA Y SEIS

SAILOR

El *champagne* me estaba afectando, encendiendo mis entrañas. O tal vez eran las miradas que me dirigía mi nuevo esposo. Eran como una cálida caricia en mi piel y se sentían mejor que la ligera brisa del mar.

Durante toda la cena, fui consciente de sus ojos llenos de promesas y, por primera vez, no me produjo escalofríos de miedo por mi espalda. Y eso me asustó más que nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Aurora, inclinándose más hacia mí mientras su brazo se entrelazaba con el mío. Willow imitó el movimiento a mi otro lado. Las tres caminamos juntas hacia la zona de baile.

—¿Estás deseando que te coja hasta dejarte exhausta? —Willow comentó, sus ojos brillando con diversión.

Me puse un poco rígida. No es que fuera inexperta, pero nunca había llegado hasta el final.

Era la razón por la que mi relación intermitente con Aaron funcionaba. Nunca me presionó, y dejé que Aurora y Willow creyeran que era sexualmente activa, cuando en realidad me asustaba cada vez que Aaron me tocaba. Como él prefería no tocarme, marchaba perfectamente.

Pero, ¿cómo se lo explicabas a tus mejores amigas? Oye, soy una virgen de veinticinco años porque la idea de llegar hasta el final es una locura de proporciones épicas. Ah, y por cierto, mi padre había estado violando a mi hermana mayor desde que tengo uso de razón.

Y no había hecho nada para protegerla. ¡Maldita sea!

—Sailor, ¿qué pasa? —Aurora tiró de mi brazo.

Suspiré.

—Me preocupa lo que viene después.

Ambas parpadearon y me miraron con expresión confusa.

—¿Después? —inquirió Willow.

—Sí, si intenta acostarse conmigo —refunfuñé. De verdad, ¿necesitaba que se lo explicara todo?

Ambas miraron a mi nuevo marido y luego volvieron a mí.

—¿Quieres decir porque es muy *ardiente*? —Hizo un gesto con la mano y, antes de que pudiera comentar nada, continuó—: No te preocupes. También eres *ardiente*. Así que dos fuegos solo hacen más *ardor*.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Estoy preocupada porque nunca he llegado hasta el final —reviré en voz baja. Mi agitación debió de notarse en mi rostro, porque mi marido y sus amigos nos miraban con curiosidad.

Aurora dejó escapar un suspiro sardónico.

—¿Qué quieres decir? Tú y Aaron han estado saliendo durante años.

Quería tirarme del cabello en señal de frustración, pero arruinaría mi peinado.

—Nosotros. Nunca. Lo. Hicimos. —La frustración parpadeó en mi pecho y mis mejillas se calentaron con ella—. No sé qué más clara puedo ser.

Las palabras salieron de mi boca y, al admitirlo, sentí alivio. Willow era la más sexual de las tres y a veces era agotador fingir.

Sin embargo, mientras ambas me miraban fijamente, me pregunté si debería haberme guardado las palabras para mí misma. Mis mejillas ya debían de estar teñidas de carmesí y, de repente, mi precioso vestido de novia blanco plateado me resultaba tan pesado que tuve la tentación de quitármelo.

—Por Dios, deberías decírselo —susurró Aurora—. ¿Cómo no nos dimos cuenta? Y soy una maldita perfiladora para el FBI.

—No, no, no deberías decírselo —protestó Willow, y luego se volvió para mirar a Aurora—. Supongo que no eres tan buena haciendo perfiles. Después de todo, ese hombre con el que sales es un psicópata. Incluso ahora, puedo sentirlo observándonos fijamente, listo para atacar.

Los ojos de Aurora se desviaron de nuevo hacia Alexei y sonrió suavemente, luego volvió a centrar su atención en nosotras.

—Es el mejor psicópata y es mío. No te pongas celosa porque no puedes encontrar uno, Willow.

Gemí suavemente.

—Ustedes me vuelven loca a veces.

—¡Pero nos amas! —exclamaron las dos al unísono. Era tan bueno ver a Aurora feliz. Hacía poco que Alexei y ella estaban juntos y estaba radiante. Claro que también podía ser su embarazo. Aunque las miradas que esos dos compartían con frecuencia me decían que probablemente era una combinación de ambas cosas.

—Sí las amo —admití.

—De acuerdo, sobre el predicamento de la virginidad —interrumpió Willow—. Le encantará tu coño virgen, pero si le dices que eres virgen, puede que dude en hacerlo bien. Recuerdo lo incómodo que fue para mí con el primer chico.

Aurora puso los ojos en blanco.

—Debería saberlo para que no se la devore. —Las tres lanzamos miradas hacia Raphael, que estaba de pie con Vasili, Nico, Cassio y algunos otros. Sus miradas estaban clavadas en nosotras.

—No sé, devorar suena algo emocionante. —Se rio Willow.

—Fingiré que tengo experiencia —refunfuñé—. Ustedes no son de ninguna ayuda.

—Se dará cuenta —protestó Aurora—. No deberías fingir.

Hice un gesto con la mano. Seguramente tenía razón, no obstante, ya había terminado de hablar de ello.

—Hola, ustedes tres. —Sasha apareció de la nada, con su cuñada Isabella a su lado. Isabella Nikolaev era la media hermana de Raphael. Qué pequeño era el mundo, ¿no?—. ¿De qué están hablando? —preguntó con curiosidad.

—Nada —respondimos.

Isabella rio suavemente.

—Oh, ahora también tengo curiosidad.

Willow se encogió de hombros.

—Solo decíamos lo molestos que son los acosadores.

Los ojos de Sasha se entrecerraron en ella.

—No soy tu maldito acosador, Willow. Raphael me contrató para mantenerte a salvo.

Willow agitó la mano.

—Lo que tú digas, *acosador*. Asustaste a mi cita.

Aurora y yo compartimos una mirada fugaz.

—¿Quién era la cita? —curioseé.

—Alguien parecido a Ryan Gosling —aclaró Sasha, sonriendo como el mismo Lucifer.

—*Era* Ryan Gosling, imbécil. Era una cita de negocios.

Sasha levantó su hombro.

—Parecía una versión horrible de él, y Ryan Gosling no estaba tan bueno para empezar.

Aurora enarcó una ceja.

—No sabía que eras un experto en los niveles de guapura de los hombres, Sasha.

La misma sonrisa de tiburón que tenía cuando interrumpió nuestra cena en New Orleans se extendió por su rostro. El tipo era guapo si lo mirabas fijamente el tiempo suficiente, pero tan aterrador. Si pensaba que Raphael era el diablo, Sasha era Satanás.

—Tengo muchas habilidades —alardeó Sasha—. Bailar es una de ellas. —Sus ojos se clavaron en mí—. ¿Puede la nueva novia concederme un baile?

Me encogí de hombros.

—Supongo, si realmente insistes. Solo para que dejes de molestar a Willow.

Y nos fuimos a la pista de baile. A pesar de su corpulencia, Sasha bailaba bien. De hecho, excelente.

—Sabes cómo despertar emociones, ¿no? —bromeé.

—No tanto como tú, por lo visto —replicó con frialdad—. Ni siquiera yo he conseguido molestar a todo un cártel.

—No sé si llamaría a eso un logro —murmuré.

—Deberías. —Luego se inclinó más cerca—. Odiamos a cualquier organización que trafique con mujeres y tú, Sailor Santos, derribaste una sin ayuda de nadie. Ni una sola persona de esta sala lo ha conseguido sola. —Pasaron dos latidos antes de que continuara—: Eres una mujer increíble.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Soy muchas cosas, Sasha Nikolaev, pero una mujer increíble no es una de ellas.

La sonrisa que me dedicó era sincera.

—Tendremos que acordar no estar de acuerdo entonces.

Su mirada parpadeó por encima de mi cabeza.

—Tu nuevo esposo se dirige directamente hacia nosotros —anunció Sasha, con una mirada ligeramente malvada—. No parece muy feliz.

Entonces, como si necesitara agitar más a Raphael, sus manos bajaron hasta mi cintura, luego serpentearon detrás de mí y su cabeza bajó, acercándose a mis labios. Puse los ojos en blanco, pero antes de tener la oportunidad de agarrarle las manos y volver a subirlas, sentí a Raphael detrás de mí.

—¡Quita tus manos de mi mujer! —amenazó Raphael entre dientes—. Si tengo que quitarlas, no te quedará ninguna.

Sasha se limitó a sonreír.

—Me estaba familiarizando con la hermosa chica. Nos encontramos en New Orleans. Si tan solo hubiera podido conquistarla antes de que apareciera el colombiano grande y malo.

—Deja de agitarlo —regañé a Sasha—. El colombiano podría patearte tu trasero ruso.

—¡Este colombiano *le* pateará el trasero! —bramó Raphael.

Sasha se encogió de hombros.

—Adelante. Sería un buen entrenamiento. Tuve que saltarme uno esta mañana, por venir corriendo a tu boda.

Sí, los mafiosos pululaban por mi boda. Curiosamente, me agradaban todos. Especialmente Raphael. Muy a mi pesar, porque con cada hora que pasaba, era consciente de que sería más y más difícil resistírsele.

—*Reina*, tengo algo que enseñarte. —La voz de Raphael estaba teñida con algo peligroso, dándome una pista del hombre despiadado que acechaba bajo todo ese exterior pulido.

Mis cejas se fruncieron en señal de confusión.

—¿Qué?

—Mi dormitorio. —Mis labios se curvaron en una sonrisa un poco tonta. De acuerdo, quizá el *champagne* había sido una mala idea. Rara vez bebía y parecía habérseme subido a la cabeza.

—Vigilaremos a Gabriel —aseguró Willow—. Ve a ver la habitación de tu marido.

La última frase casi la gritó y mis mejillas se tiñeron de carmesí. La fulminé con la mirada, deseando matarla, pero antes de que mi mirada asesina pudiera siquiera inmutarla, Raphael me levantó de un rápido movimiento y me arrojó por encima de su hombro.

Se me escapó un chillido y entonces me dio una maldita nalgada. Delante de todos nuestros invitados.

Risas. Y casi me muero de mortificación.

—¡Bájame, bruto! —Pataleé y chillé. Otra nalgada—. ¿Qué demonios, Raphael? Eso dolió.

—Se supone que lo haga. —Sentí que su control estaba fuertemente refrenado—. La próxima vez que encuentre las manos de otro hombre sobre ti, haré que se las quiten. —Luego volvió a darme otra nalgada y añadió—: Para siempre.

—Un *poco* exagerado —murmuré.

—¿Se irán ahora mamá y tú de luna de miel? —La voz de Gabriel estaba cerca y levanté la cabeza, aunque no podía verlo. La ancha espalda de Raphael bloqueaba mi vista.

—Pronto, amigo —respondió Raphael—. Eso te pone a cargo de nuestros invitados. ¿Puedo contar contigo?

—Sí. Sí. Claro que sí. —No tuve que ver la cara de Gabriel para saber que estaba sonriendo. Podía escucharlo en su voz.

—Gracias, Gabriel. Ahora mamá y yo vamos a hacer las maletas. —Resoplé, el sonido se me escapó antes de darme cuenta. Una ligera nalgada. *Delante* de mi hijo. Solté un jadeo indigno—. Puede que volvamos antes de irnos. Si tenemos tiempo.

Como estaba colgada boca abajo, sobre su espalda, me agaché y le pellizqué el trasero. Con fuerza. Ni siquiera se inmutó. Y, Dios mío, su trasero era todo músculo. Agradable.

Otra nalgada. Ugh.

Atravesamos su mansión y bajamos por un pasillo desconocido, luego por una gran puerta. La puerta se cerró firmemente tras nosotros y mi cuerpo se deslizó por el suyo, dejándome cara a cara con él.

Me dio la vuelta y apretó su duro cuerpo contra mi espalda. Incluso en esa posición, podía sentir sus músculos contra mi espalda. Pero no fue eso lo que me encendió. Fue su dura erección que empujaba contra la parte baja de mi espalda, enorme y lista para mí. La respiración se me dificultaba y salía rápida y entrecortada, con mi mejilla caliente pegada a la pared.

Enredó los dedos en mi cabello, agarró un puñado y lo apartó hacia un lado, desnudando mi cuello para él. Su otra mano me rodeó la nuca, sujetándome con fuerza, antes de que sintiera su

boca en mi piel sensible.

Fue solo un roce de sus labios contra mi piel y, sin embargo, todo mi cuerpo se estremeció por ese pequeño contacto, y mi gemido vibró contra las paredes. Sus dientes acariciaron el lóbulo de mi oreja y lo mordió. La colonia de Raphael era fuerte, almizclada y potente. *Totalmente masculina*.

Su agarre era firme, me tenía como rehén y algo de estar a su entera merced me hacía sentir bien. Segura.

Me lamió el lóbulo de la oreja, mordisqueándolo y recorriéndolo con la lengua.

—Te voy a follar sin condón —me susurró al oído, provocándome escalofríos—. Después, me quedaré con tus bragas y volveremos con nuestros invitados. Quiero verte hablar con ellos, sabiendo que *mi* semen corre por tus muslos.

Jesucristo, ¿por qué eso me ponía caliente? No debería. Si cualquier otra persona me hubiera dicho esas palabras, me habría resistido y habría huido. Sin embargo, con él, quería escuchar mucho más.

Su agarre en mis muñecas se tensó.

—¿Entendido, *Reina*?

Se me entrecerraron los ojos por la presión de su cuerpo contra el mío. Por su voz profunda y áspera y su aliento caliente contra mi oído. Ese hombre era *adictivo*. Se sentía bien.

Apoyé mi trasero contra él y un gemido vibró a través de su pecho directo a mi centro.

—Entendido —suspiré.

Una palabra. Fue todo lo que se necesitó para incendiar el mundo. Su mano rodeó mi garganta, su pulgar rozó mi pulso y luego lo presionó. Debería estar aterrorizada, pero no lo estaba. No con Raphael.

Y como una adicta, apreté más mi cuello contra su agarre.

—Solo puedo pensar en cogerte. —Su voz era áspera, su agarre un poco más fuerte—. Tu olor. Tu risa.

—Lo mismo digo. —Se quedó quieto, como si lo sorprendiera. ¿Qué me estaba pasando? El diablo me estaba tentando con sus palabras y sus manos, y como una pecadora caí bajo su hechizo—. Por favor, ¿me cogerías? No puedo esperar...

Las palabras se me escaparon mientras sus dientes me mordisqueaban el cuello. La lujuria que sentía por él corría por mis venas. Cada respiración aumentaba el deseo y ya no había vuelta atrás. Me lamió la oreja con la lengua y luego me mordió. *Con fuerza*.

Dios, esto era el cielo y el infierno. Demasiado y no lo suficiente. Tal vez debería advertirle que no tenía experiencia.

—Te diré cuando te folle —gruñó—. No al revés.

Puse los ojos en blanco, aunque mi interior se encendió con un calor lánguido.

—Qué mandón —me quejé, con la voz demasiado carrasposa y necesitada.

—Abre las piernas.

Como una mujer hambrienta de placer, obedecí ansiosamente sus órdenes. Con tal de que me tocara el coño, haría cualquier cosa. Dentro de unos *límites*, me mentí a mí misma.

Mientras me sujetaba la nuca con una mano, metió la otra por debajo del vestido y mi cabeza se echó hacia atrás para apoyarse en su hombro en el momento en que acarició mi núcleo caliente y necesitado. Deseé no tener bragas.

—¡Joder! —gimió—. Estás lista para mí.

Un rápido movimiento y el sonido de desgarro llenó la habitación. Obtuve mi deseo, mis bragas habían desaparecido. Debería haberme aterrorizado. Sin embargo, no fue así.

Nunca me había sentido tan viva como cuando ese hombre me tocaba. Mis nervios palpitaban de emoción al oír la excitación en su voz y sentir su mano en mi coño desnudo.

Apreté mi trasero contra su dura erección.

—Y estás listo para mí —suspiré.

Deslizó sus dedos por mis pliegues mojados, extendiendo la humedad y haciéndome más sensible por todas partes. Había perdido la cabeza y culpaba a ese hombre por ello. Todos sus duros bordes, su naturaleza *sexy* y carismática me convertían en una mujer deseosa. Era excitante y quería más de él. En el momento en que su dedo se introdujo en mi interior, me puse de puntillas y ahogué un gemido.

—Siempre buscando tener la última palabra. —Ronroneó, hundiendo aún más su dedo en mi interior—. Tal vez necesites ahogarte con mi polla para que pueda darte una lección.

Otro gemido. Cada célula en mí estaba ardiendo.

Cualquier respuesta se esfumó cuando me introdujo otro dígito y me apretó aún más la nuca. La sensación me abrumó mientras deslizaba sus dedos dentro y fuera de mí, con fuerza y profundidad.

—Basta de palabras —ordenó con voz ronca mientras continuaba la tortura con sus dedos. Con cada salvaje embestida, el placer iba en aumento hasta que solo pude sentir el inminente orgasmo.

—Demonios, estás apretada —gruñó. Giré las caderas, correspondiendo a cada embestida. Su boca me quemaba el cuello, sus dientes rozaron mi piel, marcándome hasta que todo mi cuerpo ardió. La presión creció y creció hasta que las chispas estallaron y las olas me golpearon, haciéndome ver estrellas detrás de los párpados.

Los dedos de Raphael siguieron penetrándome, prolongando mi orgasmo. No se parecía a nada que hubiera sentido antes, me rompía en mil pedazos para volver a recomponerme.

—Abre esos preciosos ojos, *Reina* —exigió con voz oscura. Me agarró por el cuello y me giró para que me pusiera de frente a él.

Mis ojos, entrecerrados y fuera de enfoque, se encontraron con los suyos y algo suave y oscuro se escondía en su mirada. Disfruté de una sensación de languidez que me oprimía los músculos y no pude resistirme a apretar los labios contra los suyos. Su agarre en mi nuca se apretó y me besó fuerte y profundamente.

Apoyé mis manos en su pecho y su corazón retumbó duro y con fuerza. Rompiendo el beso, le pasé mis labios por la barba incipiente.

Le rocé el cuello con la lengua, saboreando su piel. Me arrodillé y calor se encendió en sus ojos. Lo miré fijamente y el hambre profunda de su mirada coincidía con la que sentía en la boca de mi estómago.

La expectación me recorría la espalda junto con la incertidumbre. No tenía tanta experiencia como pretendía y no quería decepcionarlo. Por ridículo que pareciera. Le abrí el cinturón y el tintineo metálico me aceleró el pulso. En cuanto le desabroché los pantalones, rodeé con la mano su dura longitud. Era suave y cálido, duro y grueso. Se me hizo agua la boca, la necesidad me urgía a probarlo.

Me incliné hacia adelante y lo lamí desde la base hasta la punta. Me agarró del cabello como si le preocupara que dejara de hacerlo. Volví a lamerlo sin dejar de mirarlo a la cara. Se le escapó otro gemido que me produjo un zumbido de satisfacción. Mis muslos se apretaron y el doloroso pulso entre mis piernas se intensificó.

Le pasé la lengua por la punta antes de metérmela en la boca. Su cabeza cayó hacia atrás con un gruñido.

—¡Joder!

Volví a chuparlo, más profundo y deslizándome arriba y abajo. Su presemen sabía salado y almizclado. Me encantaba, lo inhalaba profundamente en mis pulmones...

Su mano en mi melena se desplazó hacia un lado y movió mi cabeza, controlando el ritmo. Arriba y abajo, más profundo y más fuerte. Cerré los ojos y gemí alrededor de su pene. Empujaba con fuerza y sin control. Y lo dejé usar mi boca para su propio placer.

—¡Mírame! —ordenó bruscamente y mi mirada se desvió hacia arriba, ansiosa por complacerlo.

Se introdujo más profundamente en mi boca, golpeando el fondo de mi garganta. Lo metí más, ahuecando las mejillas. Sujetándome el cabello, empujó su miembro más adentro y relajé la garganta para que me lo metiera hasta el fondo. Sus gruñidos me incitaron a seguir, ansiosa por hacerlo perder el control. Sus párpados cayeron y su ritmo se ralentizó, pero seguí chupándosela con avidez. Me deleitaba con los sonidos de su placer, esos gruñidos graves y gemidos profundos. Aumentaban mi propio entusiasmo y me excitaban.

Respiraba con dificultad y me miraba con los ojos entrecerrados. Moví la cabeza con impaciencia y, con un gemido, me apartó de él.

Parpadeé confundida y me limpié la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué pasa?

—Nuestra primera vez, me voy a venir en tu coño, no en tu bonita e inteligente boca, *Reina*.

Me sonrojé, sus palabras me encendieron y me mordí el labio para evitar que se me escapara un gemido.

—Quítate. La. Ropa. Ahora.

Me puse en pie y me quité el vestido. Sus grandes manos rozaron mi piel, con un toque posesivo. Nadie podría decir que Raphael Santos no iba tras lo que quería. Su mirada me hacía sentir la mujer más hermosa del mundo.

Su palma rozó mi cuello, bajó por mi pecho y se detuvo en mis senos. Agarró un pezón con los dedos, lo apretó y luego lo retorció. Entonces su boca se aferró a mi pico y una llama recorrió mi torrente sanguíneo. La forma en que me tocaba era hambrienta y urgente, áspera y consumidora, alimentando mi propio fuego.

Mis dos manos subieron y se enterraron en su cabello mientras chupaba y mordisqueaba cada centímetro de mi cuello.

—¡Súbete a la cama! —gruñó y me apresuré a obedecer mientras se despojaba de su propia ropa. No pude evitar mantener mis ojos pegados a él, hambrienta de ver cada centímetro suyo. Y no me decepcionó.

Dios mío, cada parte de ese hombre era hermosa. Perfecto. Pensé que me iba a combustionar solo de verlo. Ni siquiera me había cogido todavía y ya estaba cayendo a sus pies.

Un pensamiento atravesó mi lujurioso cerebro.

Debería decírselo. Sí, hasta ese momento no había entrado en pánico, pero normalmente era el acto en *sí* lo que me provocaba un ataque de pánico.

—Raphael —musité roncamente, con escalofríos recorriéndome la espalda—. Tengo que decirte algo.

Su pene, duro como una roca, palpitaba y se esforzaba por alcanzarme, no obstante, se detuvo al instante.

—¿Te he hecho daño?

Fueron esas cuatro pequeñas palabras las que lo cambiaron todo para mí.

TREINTA Y SIETE

RAPHAEL

—¿Te he hecho daño? —Si lo hubiera hecho, me cortaría la verga. Tocarla me hizo sentir tan bien que perdí la cabeza. Me emborraché tanto con su aroma que dejé que mi hambre por ella abrumara todos mis sentidos—. Sailor, ¿te he hecho daño? —repetí, con la preocupación y el pesar desconocidos abriéndose paso en mi corazón.

Sacudió la cabeza, pero algo le preocupaba. Se mordió el labio inferior, sus ojos miraban a cualquier parte menos a mí. *Mierda.*

Estiré la mano por mi bóxer, pero sus siguientes palabras me dejaron helado.

—*Umm…* nunca he hecho esto antes.

Con la mano aún en mi ropa interior, estaba seguro de haber entendido mal. Me enderecé, todo olvidado excepto la mujer sentada a mi lado. Parecía una diosa de un cuadro renacentista. Su largo cabello rubio platinado le caía en cascada por los hombros, sus ojos azul claro se clavaron en mí mientras seguía mordisqueándose el labio inferior.

—No te escuché bien —gruñí, con la polla todavía dura. Era imposible que la hubiera entendido bien. Sailor era preciosa. No había un solo hombre que pudiera resistirse a una mujer así.

—Umm... —Se pasó las manos por el cabello y me miró. Todavía tenía las mejillas sonrojadas por el orgasmo que acababa de experimentar—. No te rías —advirtió, con los ojos brillantes con fastidio—. Si lo haces, te juro, Raphael, que te mataré.

—No me reiré —prometí. Sería imposible que la entendiera bien. *Diablo* no tenía tanta suerte.

Observé las delicadas líneas de su cuello al tragar, luego sus hombros se enderezaron como si necesitara valor para decir las siguientes palabras.

—Nunca he llegado hasta el final —suspiró—. Aaron y yo éramos más platónicos que otra cosa. Lo intentamos, pero yo... —Se aclaró la garganta, luego respiró hondo y exhaló—. Me asusté o algo así.

¡Santa Madre de Dios!

La sangre se me subió a la cabeza. A las dos. Mi pene se movió ansioso por sentir su coño a mi alrededor. Esas palabras eran como un canto de sirena para mi miembro.

—¿Eres virgen? —repetí, para asegurarme de que la había entendido bien.

—Sí.

Mis manos rodearon su pequeña cintura y la empujé suavemente contra el colchón. Su piel parecía más pálida contra mí, su cabello aún más blanco contra mi piel. Su luz en mi oscuridad. Un ángel y un demonio.

Me importaba una mierda. Mataría a cualquiera que la tocara o intentara alejarla de mí.

—*Mi amor* —murmuré en voz baja. Se sonrojó, lo que me dijo que había entendido mis palabras en español.

Mi dedo trazó ligeramente el contorno de sus suaves labios, separándolos. Su lengua lo rozó, y mi miembro estaba listo para su coño. Estaba listo desde el momento en que la vi. Sus dedos se enroscaron alrededor de mi bíceps, su anillo de boda era una versión más pequeña del mío. Ónix negro. Pensé que optaría por diamantes, pero no esa mujer. Cuando le pregunté qué tipo de anillo y piedra quería. Su respuesta fue: « El que haga juego con el tuyo».

Nuestra unión empezó de un modo poco convencional, no obstante, la mantendría a salvo. La haría feliz. La amaría hasta mi último aliento e incluso en mi muerte, estaba seguro de que mi alma negra la buscaría.

—Iré despacio —susurré mi promesa, recorriendo lentamente con el dedo su suave piel, desde el cuello, pasando por el pecho, sus costillas, su vientre plano hasta llegar a su centro—. Si te duele o no te sientes cómoda en algún momento, solo tienes que decirlo.

Su mirada bajó entre nuestros cuerpos.

—¿No se te hará difícil parar?

—Por ti, no. —Maldición, lo sería, pero prefiero sufrir mil muertes antes que ver miedo en sus ojos o hacerle daño—. Pararé cuando lo necesites.

—De acuerdo —afirmó.

Mi dedo rodeó su clítoris y sus párpados se cerraron, su cuerpo respondió con escalofríos mientras deslizaba lentamente mi dedo dentro de ella. Estaba empapada. Su dulce gemido llenó la habitación, el sonido era una de las melodías más hermosas que jamás había oído.

—Abre los ojos, *Reina* —exigí. Sus ojos brillaron para encontrarse con mi mirada—. Quiero que mires a tu diablo mientras hago que te corras.

Nuestras miradas se cruzaron, con un deseo ardiente en sus estanques de cristal que coincidía con el mío ardiendo en mi alma. *Quería* robarle el alma, su corazón. Pero el ángel me engañó. Me robó el mío. Se convirtió en mi paraíso. Mi salvación. Mi todo.

—Por favor, Raphael —suplicó y al instante me tensé—. Te deseo —añadió, arqueando el cuerpo ante mis caricias y observándome con ojos llenos de lujuria.

Era demasiado perfecta.

Le metí un dedo y sus piernas se abrieron para mí. Vi cómo se mordía el labio inferior. Me moría por volver a saborearla. Metí y saqué el dedo de su interior y admiré la forma en que la expresión de su cara se volvía eufórica, sus gemidos se hacían más fuertes y mi nombre aparecía en sus labios como una plegaria susurrada.

¡Jesucristo! Podría venirme de solo verla así. Arruinando a mi esposa virgen que estaba resbaladiza de deseo y tentándola con mi oscuridad y placeres pecaminosos.

Su olor, sus gemidos encendieron esa obsesión que ardía por mis venas, la necesidad de poseerla. Saqué el dedo de su húmedo coño y un gemido de protesta salió de sus labios.

—¡No pares! —rogó.

—No voy a parar, *Reina* —prometí—. Estoy haciendo lo que debería haber hecho en cuanto entramos en nuestro dormitorio. Hacerte el *amor*.

Su boca se entreabrió y sus ojos brillaron como los zafiros más claros, mezclándose en ellos el anhelo y el deseo ardiente.

—Hiciste que me corriera —musitó, ondeando las caderas contra mis caricias—. A-así que hiciste algo bien —balbuceó.

Llevé su pezón a mi boca y mis dientes rozaron el sensible capullo.

—¡Dios mío! —gimió, con los dedos enredados en mis hebras y las uñas rozándome el cuero cabelludo. Mordí su pezón y su cuerpo se arqueó sobre la cama, empujándose contra mí—. Más. Fuerte.

Sonreí contra su suave piel, su pecho buscando mi contacto. Mi ángel ansioso.

Volví mi atención a su otro pezón y lo mordí con más fuerza, mientras mis dedos entraban y salían de ella.

—Ohhh. Raphael, voy a...

Otro gemido.

Maldición, con todos esos ruidos que hacía, no duraría mucho. La expresión de éxtasis en su rostro era un espectáculo para la vista. La adoraría por el resto de mis días, solo por ver ese gesto en su cara.

Sus paredes internas se cerraron en torno a mis dedos y seguí metiéndolos y sacándolos, luego enroscándolos para alcanzar su punto más dulce.

Sus ojos se volvieron de un tono más oscuro. Su cuerpo empezó a estremecerse. Mis dedos estaban empapados de sus jugos. Estaba lista para mí. Me deslicé por su cuerpo, besando su estómago. Más abajo. Hasta que llegué a su coño y el aroma de su excitación era la mejor fragancia de todas.

Mi lengua se deslizó por su hendidura. Su resbaladiza dulzura me rodeaba. Probar a mi esposa fue el mejor postre de mi vida. Y como un manjar, la devoré. Mordisqueé su clítoris, comiéndomelo mientras estrechaba su coño contra mi cara. Deslicé la lengua en su interior y los labios de Sailor emitieron un gemido. Lamí sus jugos con avidez sin dejar de mirarla. Tenía las mejillas sonrojadas y su cabello era como un halo a su alrededor.

Un diablo devorando a su ángel. Su *reina*. Mi reina.

Volví a mordisquearle el clítoris y su cuerpo se tensó, sus uñas se aferraron a mi cuero cabelludo y sentí cómo su cuerpo se estremecía debajo de mí.

—¡Raphael! —Gimoteó—. Dios mío, estoy...

No aflojé. Seguí lamiendo su coño, decidido a probar hasta la última gota.

Era exquisita. La forma en que se apretaba alrededor de mi dedo. La forma en que gemía mi nombre.

Me puse en cuclillas y me cerní sobre su cuerpo.

—Tú, *Reina,* eres el paraíso en mi lengua.

Apreté mi boca contra la suya, dejando que se saboreara en mis labios.

—¿Estás lista?

Sus manos me rodearon el cuello y me acercaron. Nuestras miradas se ahogaban la una en la otra.

—Sí. —Carraspeó, sus suaves labios rozaron los míos.

Puse mi polla en su entrada, sumergiendo solo la punta en su interior y sentí cómo su coño se apretaba, ávido de ella.

—¿Lo quieres? —gruñí.

—Sí. —Jadeó—. Por favor, dámelo.

Me deslicé más profundamente en su interior, mantenía mi mirada en su rostro. Buscaba cualquier señal de pánico o de que necesitara que me detuviera, mientras luchaba contra el instinto de penetrarla hasta el fondo y llenarla hasta el final.

Sus piernas me rodearon y se cerraron en torno a mis caderas. Su espalda se arqueó, su vagina caliente llevando a mi miembro aún más profundo.

—Joder, *Reina*. —Mi control pendía de un hilo—. Te sientes tan bien. —Mis ojos buscaron

los suyos—. ¿Te estoy haciendo daño?

Sacudió la cabeza.

—No —suspiró. Me agarró con más fuerza—. Te necesito dentro de mí.

—*Reina*, no quiero perder el control.

Su boca rozó mi cuello y su nariz mi piel. Y luego inhaló profundamente, como si me necesitara en sus pulmones. Igual como *yo* la necesitaba en mi sangre.

—Nunca he llegado tan lejos —susurró contra mi cuello—. Creo que estoy bien. No te contengas.

Me aparté lo suficiente para verle la cara. Necesitaba mirarla para asegurarme de que lo decía en serio. Nuestros ojos se encontraron y vi seguridad en los suyos. *Lujuria.* Y la necesidad que había en ellos reflejaba la mía.

La penetré hasta el fondo y me detuve. Su coño se apretó a mi alrededor y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Maldición, eres tan grande —gimió.

—Mi reina sabe exactamente cómo halagar al diablo. —Tuve que luchar contra el impulso de empezar a penetrarla como una bestia. Sin embargo, primero tenía que acostumbrarse a mí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, su cabello se esparció a su alrededor como un abanico. Como mi ángel personal.

—No te contengas, Raphael —murmuró—. Estoy lista.

Levantó la espalda de la cama, su canal estrangulando mi pene. Mis músculos temblaban por la necesidad de arremeter contra ella. El sudor se acumulaba en mi frente. Se sentía tan bien.

—Dámelo todo —me dijo suavemente al oído.

Y mi control se rompió. La necesidad salvaje se abrió paso y, como el diablo, me solté. Me aparté y luego la penetré con fuerza. Su fuerte gemido fue la mejor música. Mi enorme cuerpo la inmovilizó contra el colchón, golpeándola y lo recibió todo.

Con mi cuerpo encima del suyo, apoyado en mis antebrazos, mis caderas penetraban en ella una y otra vez, sin dejar de mirarla a la cara. Su cálido coño se cerró en torno a mi polla, dándole la bienvenida.

Me zumbaban los oídos y me perdí en su cielo.

—Mía. —*Empuje.*

—Siempre mía. —*Empuje.*

—Para siempre. —*Empuje*.

Gritó mi nombre. No podía decir si mis palabras salían en inglés o en español. Todo lo que hice fue sentirla. Esa hermosa mirada llena de lujuria. Su vagina apretándose alrededor de mi longitud. Su suave cuerpo cediendo ante el mío.

Nuestros gemidos y gruñidos se mezclaban.

Se sentía tan bien. Me encantaba. La había esperado durante mucho tiempo. Nunca la dejaría ir. La penetré sin pensar, más profundo y más fuerte.

—¡Dios mío! ¡Raphael, Raphael! —Mi nombre salió de su boca como una plegaria—. ¡Por favor, Raphael! —Jadeó—. ¡Más!

Empujé con más fuerza, preocupándome en el fondo de mi mente si debería ser más suave. Más dulce. Pero había llegado muy lejos y aún no me había detenido. Tomé su boca y seguí penetrándola, embistiéndola más profundamente. Nuestras lenguas se enredaron al ritmo de mis ataques. Nos besamos rudo, con fiereza, chocando nuestros dientes y lenguas.

Gritó. Sentí cómo su cuerpo se tensaba debajo de mí, sin embargo, no podía dejar de cogerla con fuerza. Chilló contra mi boca y me tragué su sonido. La visión del orgasmo de mi reina sería

mi único objetivo para el resto de mi vida. Mi adicción.

Su coño se cerró en torno a mi polla. Su cuerpo se estremeció contra mí, me encantó y seguí cabalgándola hasta que mi propio clímax me subió por la espalda.

Me corrí más fuerte que nunca, mi miembro palpitaba dentro de ella y todos mis músculos se tensaban.

—Mi reina —gruñí mientras me derramaba dentro, con la cara hundida en su cuello.

No fue hasta que el olor a prímula y sol en su piel se filtró en mis pulmones que me di cuenta de que me había follado a mi esposa virgen como una bestia.

Me levanté sobre el codo.

—Maldición, lo siento mucho, *Reina*.

La sonrisa más suave que jamás había visto en una mujer se dibujó en sus labios y su expresión era de pura felicidad.

—Eso fue... —murmuró, con los párpados pesados—. Increíble —musitó.

Entonces sonó un suave ronquido en la habitación y se le quedó una sonrisa en la cara.

Nunca volvimos a ver a nuestros invitados.

Observé a Sailor durmiendo, arropada en la cama, frente a mí, y por fin encontré mi paz. Había llenado mis pensamientos desde aquella noche en que bailamos en La Reina, ocho años atrás. Entonces la deseaba, y ahora por fin la tenía.

Me equilibraba. La pasión que surgió entre nosotros ardió más que nada que hubiera experimentado antes. Los dos perdidos en la agonía de la pasión nos dejamos solos en este mundo donde solo existíamos nosotros.

Nada ni nadie me la volvería a arrebatar. Gabriel y Sailor eran familia. *Mi familia.* De la que no tuve, ni con mi padre ni con mi hermano. Solo con mi madre durante unos pocos años.

Mi mente volvió al funeral de mi hermano. La última vez que mi padre tuvo algo contra mí.

Me quedé afuera de la iglesia y nadie me hizo caso. No me sorprendió. Había sido invisible, el hijo de repuesto, desde que nací. Y me parecía perfecto. Me había escondido a plena vista, siempre sin ser detectado porque hacía mis cosas en las sombras.

Y ahora, sin Vincent, no era el escenario que había imaginado para mí.

Los periodistas acechaban frente a la iglesia, esperando a verme. Para ver si era verdad que era el asesino despiadado de mi propio hermano. Puede que no tuviera corazón, pero no era su asesino.

Mientras me dirigía a la entrada del santuario, los periodistas pululaban por la zona como moscas sobre la mierda. A Vincent y a mi padre les encantaba. Yo lo odiaba, como los odiaba a ellos. Hicieron un trato con los Tijuana y traficaron con mujeres, permitiéndoles atracar en nuestros almacenes. Aún más, pensaron en traicionar al viejo Nikolaev. No me extrañaba que Vincent se encontrara muerto. Hermano o no, el maldito enfermo se lo merecía. Había visto lo que les había hecho a algunas de esas mujeres con las que traficaba. Las marcó. Les sacó los ojos de las órbitas.

Mi padre era un cabrón sádico, pero Vincent lo llevó demasiado lejos.

Me pusieron micrófonos en la cara. Todos querían una maldita declaración. Los periodistas

matarían por conseguir una exclusiva. Así que suponía que no eran mucho mejores que nosotros.

—Raphael, ¿es verdad que no tienes coartada para la noche del asesinato? —gritó un periodista.

—Señor Santos, ¿ordenó matar a su propio hermano? —Mis puños se cerraron, aunque no me detuve y mi rostro permaneció inexpresivo mientras me abría paso entre la multitud. Cuando llegué a las pesadas puertas de madera de la iglesia, los gritos de todos no eran más que ruido blanco.

Las acusaciones no importaban. Lo que importaba era el arrepentimiento de haber dejado que Vincent se saliera con la suya. Que no me molesté en investigar lo que hacía o los tratos que cerraba hasta que el nombre de nuestra familia quedó tan manchado que se necesitarían litros y litros de cloro para limpiarlo.

Agarrando la ornamentada manija de la puerta, la abrí y crucé el umbral de la iglesia. Sorpresa, sorpresa, no ardió en llamas.

—Ya era hora de que aparecieras —me saludó Caine con un gruñido—. Tu padre está hecho una furia. El sacerdote se está orinando encima, asustado de empezar el servicio.

—Será mejor que se cambie de ropa antes de empezar la misa. Nadie quiere oler esa mierda.

Caine posó su mirada en mi rostro y en las múltiples heridas esparcidas por él. No tenía mi mejor aspecto. Aún podía saborear el matiz metálico de la sangre seca en mi lengua. Ya sabía que tenía unos cuantos moretones oscuros y un corte profundo en la frente.

—¿Qué demonios te pasó?

Me limité a encogerme de hombros. No tenía sentido entrar en los detalles de mi encuentro con el Cártel Tijuana, que estaba recogiendo un cargamento en nuestro almacén. En resumidas cuentas, rompí el acuerdo. Golpeé a unos cuantos de sus hombres, maté al resto y saqué de allí a las mujeres que estaban metidas en un contenedor como si fueran ganado.

Cassio y Luca las tenían ahora. Las pondrían a salvo.

Maldito Vincent. No tenía dudas de que mi padre también lo sabía. Era un negocio que mi abuelo nunca tocó. Era un negocio que nunca debimos haber tocado.

—Tu padre te dará una paliza cuando se entere. —Sí, estaba diciendo lo obvio.

Caine se cruzó de brazos, mirándome fijamente. Era una de las razones por las que éramos buenos amigos. Me decía las cosas sin rodeos, me daba su opinión sincera. Lo quisiera o no. Eso era raro en nuestro mundo.

—Por el amor de Dios, Raphael. Sé que estás enojado. —Bajó la voz para que nadie más pudiera escucharnos—. Ahora que se ha ido, puedes hacer cambios. Tu viejo no puede detenerte.

—Lo intentará. —Me ardía el pecho ante las imágenes de mujeres que había visto—. Pero no lo conseguirá.

Asintió con la cabeza.

—Solo juega tu parte. Hazlo creer.

Para él era fácil decirlo. No fue testigo de lo que vi. Podía decir qué mujeres Vincent había probado en ese grupo. Todas tenían una u otra cicatriz. Se me revolvía el estómago. Si aún estuviera vivo, podría haberlo matado yo mismo.

Con un gesto seco de la cabeza, me adentré en la iglesia, donde me invadió un aroma abrumador a flores. Cientos de arreglos y coronas de flores cubrían todos los bancos y rincones de la iglesia. Me pregunté si sería para ocultar el hedor maligno del hombre que yacía en aquel ataúd. O del que estaba sentado en la primera fila con la cabeza inclinada.

Era la única puta vez que mi padre inclinaba la cabeza. En la iglesia. Tal vez era para buscar el perdón y así poder hacer más cosas jodidas. O tal vez pensó que podía comprar su absolución, quién demonios lo sabía.

Pasé junto a los bancos llenos de familiares, soldados, políticos. Incluso rivales. Entorné la mirada hacia Santiago Tijuana, sentado allí con una tonta de tetas postizas que le llegaban a la barbilla. Tenía un gusto horrible para las mujeres.

Sin saludarlo, continué hacia el frente. Tres pasos más. Dos. Uno.

Fue entonces cuando mi padre por fin me vio.

—Deberías ser tú en ese ataúd —espetó mi padre en español—. No mi primogénito.

¡Nada como una reunión familiar en la que te deseaban la muerte!

—Es curioso, también podría desear tu muerte —advertí, prestando toda mi atención a mi padre por primera vez en años. Como sospechaba, se puso rojo, a punto de estallar. Eso sí que podía ser divertido.

—Ten cuidado, hijo mío —siseó. Era la primera vez en más de una década que me llamaba hijo. Podría haber pasado otra década más sin hacerlo—. O podría encontrar la manera de que visites a tu madre.

Yo era el favorito de mi madre. Vincent era el de mi padre. Y mi viejo sabía exactamente cómo asegurar lealtades.

—Tu madre no necesita maquillaje cuando tiene la cara morada, azul e hinchada —dijo, y la furia me recorrió como heroína. Una lenta sonrisa apareció en su rostro y deseé poder partirle la cara—. Me encanta oírla gritar.

Uno pensaría que una madre vendría al funeral de su hijo. Sin embargo, no éramos una familia normal. Estábamos jodidos, completamente. Mi madre dio a luz a Vincent, no obstante, dejó de ser su hijo con la primera violación que cometió. Bajo su techo. Lo odiaba tanto como a mi padre. Después de todo, así fue como llegamos a ser. El viejo gordo se forzó sobre ella.

La última vez que papá la vio, estaba ensangrentada, magullada y temblaba tanto que tuvieron que desatarla y sacarla cargando de su dormitorio. Aquel repugnante recuerdo me oprimió el pecho y perdí la compostura por un instante. Nunca había deseado tanto matar a mi progenitor como en los momentos en que encontraba en la tortura de mi madre una forma de entretenimiento.

Mi madre era mi debilidad. No se merecía este jodido destino ni a ese viejo cabrón de su marido.

Ninguna mujer merecía esa mierda.

Y aun así no la salvé. Mis ojos bajaron a mi esposa en mis brazos.

Salvaría a mi mujer, aunque tuviera que morir en el proceso.

TREINTA Y OCHO

SAILOR

Me desperté y lo primero que vi fue el mar azul claro con un gran pájaro kiskadee, sentado confiadamente en solitario encima de una rama. La espectacular raya blanca sobre su cara negra lo convertía en una de las aves únicas de la costa colombiana.

Luna de miel. Luego, lentamente, los acontecimientos del último día se precipitaron. La boda. Nuestro viaje a las Islas Rosario. Colombia. Nuestra luna de miel.

La noche anterior llegamos a la isla frente a la costa colombiana que había estado en mi lista de deseos durante mucho tiempo. Qué coincidencia que Raphael la elegiría como nuestro destino. Me encantó. Gabriel estaba con Aurora, Alexei y Willow. Se quedarían con él hasta el día de nuestro regreso.

El sol brillaba en el dormitorio, el aire húmedo y tropical era denso. Inhalé y luego exhalé mientras escuchaba el susurro de los árboles, las olas y el piar de los pájaros.

El sitio a mi lado estaba vacío y me incorporé para encontrar a Raphael sentado a los pies de la cama.

—Buenos días.

Me alisé el cabello y lo peiné con los dedos.

—Buenos días. —Me pasó una taza de café y la agarré—. Gracias.

—¿Dormiste bien? —El calor subió a mis mejillas. Se rio entre dientes—. Sailor, anoche saboreé cada centímetro de tu cuerpo, ¿y vas a sonrojarte cuando te pregunte cómo dormiste?

Puse los ojos en blanco.

—Bien. He dormido bien.

Sonrió, una sonrisa de autosatisfacción.

—¿Quieres ir a nadar?

Mis ojos parpadearon hacia la ventana.

—¿Están llenas de gente las playas aquí?

Sacudió la cabeza.

—Seremos solo nosotros.

—De acuerdo.

La playa de arena blanca estaba vacía. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla viajaba con la brisa. El sol me acariciaba la piel. Era la primera vez que me sentía

completamente en paz desde la muerte de Anya.

Raphael descansaba a mi lado. Sus gafas de aviador sombreaban sus ojos y sus tatuajes estaban a la vista. Algo en mi pecho se agitó, como las frágiles alas de las mariposas y los sentimientos floreciendo. Estaba guapo con su bañador blanco. Su piel parecía más oscura y mis dedos se estiraron para rastrear sus tatuajes. Me encantaba tocarlo. Recorrí su piel cálida, mi piel contrastaba tanto con la suya.

—*Reina* —murmuró, sin moverse—. Si sigues tocándome así, acabaremos desnudos.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Eso no es tan malo.

—Ven aquí. —Me acercó y apoyé la cabeza en su pecho, cerrando los ojos y poniendo la cara al sol mientras escuchaba los fuertes latidos de su corazón.

Sonreí soñadoramente, disfrutando del calor del sol y de él contra mi piel.

—Este lugar es el paraíso —musité, escuchando las olas y el susurro de las hojas.

—No, tú eres el paraíso. —Sonreí contra su pecho, inhalando su aroma profundamente en mis pulmones—. Estás sonriendo.

Levanté la cabeza.

—¿Cómo lo supiste?

Se quitó las gafas de sol y en el momento en que sus ojos azules chocaron con los míos, de repente sentí que el oxígeno escaseaba.

—Brillas cuando estás feliz. —Volví a apoyar la cabeza en su pecho y cerré mis ojos.

Me burlé suavemente.

—Tal vez brillo cuando estoy enojada. —Su pecho se agitó bajo mi cabeza y me di la vuelta para poder verle la cara. Se estaba riendo y sus ojos resplandecían divertidos—. ¿Raphael?

—Hmmm.

—¿Me pones bloqueador solar? —pregunté, sacando el frasco de la pequeña bolsa de playa antes de dárselo.

Necesitaba sus manos sobre mí. *Lo* necesitaba sobre mí.

Me tocó la mejilla. Sus nudillos ásperos recorriéndola. Sus ojos se ablandaron, con el deseo acechando en su mirada, mientras su pulgar rozaba el borde de mi labio inferior.

—Nada de sexo hasta que te sientas mejor.

—Me siento mejor. Lo prometo.

Rodé sobre mi estómago y, al cabo de un instante, oí el apretón del tubo de protector solar y cerré los ojos, sonriendo feliz contra la toalla. Se sentó a horcajadas sobre mi trasero, sus manos se frotaron juntas y luego sentí sus ásperas palmas deslizarse por mi espalda. Me desabrochó la parte superior del bikini y subió con un movimiento suave hasta mis hombros.

—Me gusta este bikini en ti, *Reina*. —Raphael no cesaba en sus movimientos, frotando la loción sobre mi piel—. Aunque, me gustas aún más sin él.

Giré la cabeza hacia un lado y lo miré por encima del hombro.

—Podríamos quitarlo —sugerí usando mi voz más seductora.

Su mano bajó, bajó y bajó, hasta que su palma rozó mi trasero semidesnudo en la braga del bikini de tiras. Mientras Raphael optó por unos *shorts* de baño blancos, yo usé un bikini negro. Llamativas diferencias entre nosotros. Sin embargo, a pesar de nuestros notables contrastes, los dos nos complementábamos.

—¿Llamaste a Gabriel? —inquirió. Justo cuando nos preparábamos para irnos a la playa más temprano, Raphael recibió una llamada de negocios que tenía que atender así que aproveché y llamé a Aurora para poder hablar con mi hijo.

—Lo hice. Aurora, Alexei y él iban de camino a la playa. Sorprendentemente le agrada Alexei —comenté.

—Es un tipo agradable —replicó.

Me levanté sobre el codo y giré el cuerpo para observarlo mejor.

—¿Un tipo agradable?

—De acuerdo, es un poco tenso. Pero es un buen hombre.

Le creí.

—¿Y tu llamada? —curioseé.

Su expresión no cambió, aunque se tensó. Apenas un parpadeo, pero era inconfundible.

—¿Pasa algo? —No pude evitar preguntar.

—No, todo está bien.

No lo estaba. Me jugaría la vida. Se apartó y me di la vuelta, luego me llevé las rodillas al pecho.

—Raphael, si algo está mal, quiero saberlo —dije.

—Son cosas de negocios —aseguró—. Nada de lo que debas preocuparte.

De acuerdo.

Nuestras miradas se entrelazaron, en ese preciso momento, casi parecía que fuéramos los únicos en el universo. Sin peligro ni contratos retorcidos que pendieran sobre nuestras cabezas.

Solté un fuerte suspiro.

—¿Qué pasa, *Reina*? —Raphael me acarició la cara—. Dime qué está en tu cabeza. ¿Qué te preocupa?

—¿Cómo termina esto? —solté—. Mi padre. Santiago Tijuana. Su contrato. Ninguno de los dos se detendrá, lo sé.

Me acarició la cara.

—No te preocupes, *Reina.* Los derribaré a ambos.

—Estuve tan cerca de derribar a mi padre —murmuré—. Tan malditamente cerca, y esa fianza estaba fijada. Sé que fue papá quien movió sus conexiones.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó. Podía ver demasiado. Probablemente también sabía demasiado—. ¿Desde cuándo sabes que tu padre hacía tratos con criminales?

Tragué saliva.

—Desde... —Era tan difícil hablar de Anya. Demonios, era tan difícil pensar en aquella noche en Miami cuando entramos en casa de Lombardo Santos, como corderos que iban al matadero—. Desde que Anya fue a ver a tu padre —admití suavemente—. Nunca entenderé por qué accedió, pero dijo que papá se lo ordenó. Si no, habría consecuencias.

Un sudor frío brotó bajo mi piel. Como siempre que pensaba en aquella noche. Estábamos en medio del paraíso y apenas podía respirar. No había suficiente oxígeno aquí fuera.

—¡Respira! —exigió. Agarré sus brazos. Me zumbaban los oídos. Mis pulmones se cerraban —. *Reina,* respira.

Inhalé profundamente y aun así no fue suficiente. El pánico me desgarró el pecho. Me estaba asfixiando.

El agua fría me golpeó la piel. Fue entonces cuando mis pulmones se abrieron. La presión disminuyó en ellos y el aire entró por fin en mi torrente sanguíneo.

La niebla se disipó en mi cabeza y la hundí en el cálido pecho de Raphael. Las olas subían y bajaban contra nuestros cuerpos, ahuyentando mi miedo.

Me mantuvo apretada contra su cálido cuerpo, y en ese momento fue cuando me di cuenta de lo mucho que temblaba. Me aferré a él como si fuera toda mi vida. Temía que ya se hubiera

convertido en una gran parte de ella.

—¿Mejor? —inquirió. Era mi balsa salvavidas en la tormenta.

Asentí con la cabeza y volví a respirar hondo. El alivio era fuerte. Abrumador.

—Sí, gracias.

Apoyé la cara en su cuello y rodeé su cintura con las piernas, mientras él me pasaba la mano por el cabello. Una y otra vez. El acto era relajante, pacífico. Inhalé con calma. Los latidos de mi corazón se ralentizaron. El viento me acariciaba el cabello. Y, mientras tanto, mis labios rozaban su cuello.

Se sentía tan bien. Su cuerpo era fuerte contra el mío, piel contra piel. Mis dedos jugaban con las puntas de su cabello oscuro.

—Algún día tendrás que contarme lo que pasó —señaló en voz baja. Algo oscuro retumbó bajo su piel, una pizca de vehemencia dejándose ver. Mi cuerpo confiaba en él. Mi corazón confiaba en él. Sin embargo, era mi mente la que tenía miedo.

Nunca se lo había dicho a nadie. Tampoco Anya. Era nuestro secreto. Nuestra vergüenza. A veces deseaba habérselo contado a alguien, para que hubieran salvado a mi hermana. Así habría dejado de sacrificarse por mí. Pero me lo hizo jurar.

—Algún día. —Mis palabras eran tranquilas. Suaves. Prometedoras—. ¿Me besarás ahora?

La mirada de Raphael se posó en mis labios, con un hambre feroz en ellos. Posesiva. Profunda. Oscura. Consumidora.

Inclinándome, acerqué mis labios a los suyos, deteniéndome a un suspiro. Mi lengua recorrió su labio inferior y luego tiró de él. El calor palpitó y se extendió por mí como un incendio, mi coño palpitaba de necesidad. Por él.

Luego le mordisqueé el labio inferior, mientras mis dedos se aferraban a su cabellera. Un gemido grave retumbó en su pecho. Incluso me parecía *sexy* cuando se trataba de él.

—Llévame de vuelta a la cama —susurré mientras volvía a lamerle los labios. Una necesidad pura e íntegra me recorría las venas.

Con su fuerte zancada, atravesó las olas y llegó a la playa sin que mi boca abandonara su piel. No había delicadeza en mis besos, pero no podía dejar de besarlo. Saborearlo.

Ya no estábamos en la playa. No tenía ni idea del tiempo que tardamos en volver a nuestra cabaña o al baño. Me deslicé de su cuerpo y mis pies tocaron la fría loseta.

Apoyé las palmas de las manos en su pecho y sentí su calor. Mis dedos recorrieron los tatuajes de su torso y bajaron por sus abdominales duros como piedras. Cada centímetro que me acercaba a su vello púbico, mi corazón latía con más fuerza y mi pulso se aceleraba. Ya me había penetrado varias veces y aún no era suficiente.

Me puse de puntillas y busqué sus labios. Me quedé a un respiro, su forma repentinamente inmóvil. Como si esperara algo. De *mí*. Acorté la distancia y desaté su monstruo hambriento. Me besó con tanta pasión que no pude mantener los ojos abiertos y todo pensamiento me abandonó.

Nuestros besos se volvieron frenéticos. Como si ambos hubiéramos estado hambrientos de contacto humano durante años. Rompimos la presa y dejamos un deseo desquiciado a su paso. Llevé mis manos a su cabello, tirando de él. Lo necesitaba más cerca, su piel sobre la mía.

—Raphael, por favor —gemí.

Sus manos me agarraron por el trasero y me levantaron, mis piernas rodearon su cintura.

Me mordió el labio inferior, suavemente, pero lo suficiente como para escocerme, y jadeé en su boca. Sentía su deseo arder y chocar con el mío. De algún modo, terminé con mi espalda apoyada contra la fría baldosa, refrescando mi piel abrasada.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos clavados en mí, absorbiéndome. Su mirada azul

oscura ardía, contenía un infierno en sus profundidades.

Me deslicé por su cuerpo, me desabrochó el *top* del bikini y lo tiró a un lado. Sus dedos recorrieron mi cuerpo y me pusieron la piel de gallina. Su áspera palma contra mi suave piel me provocó escalofríos. Sus dedos se engancharon en las bragas del traje de baño y bajó sobre sus rodillas, deslizándolo por mis piernas.

Un siseo de agradecimiento salió de sus labios. Me temblaban las piernas y me habrían fallado si sus fuertes brazos no me hubieran sostenido. Me separó las piernas, su mirada se clavó en mi piel y me provocó un dolor latiendo entre los muslos. Mi sexo palpitaba, y la evidencia de mi excitación se deslizaba por el interior de mi muslo. En el momento en que su boca tocó mi núcleo, un fuerte gemido resonó en el cuarto de baño, vibrando contra las baldosas.

Levantó una de mis piernas y la echó sobre su hombro, sin apartar su boca de mi parte más íntima.

—*Mmmmm.* —Su gruñido vibró en mi interior y mis dedos se enredaron en su pelo oscuro.

—¡Raphael! ¡Dios mío, Raphael! —Me besó con la boca abierta, metiendo su lengua dentro de mi entrada—. ¡Santo cielo!

Me doblé y mi espalda se arqueó contra la pared de azulejos. La sensación era excesiva. No era suficiente. Sus dedos me penetraron. Su lengua recorrió mi húmedo coño, provocándome una serie de estremecimientos.

«Me estoy muriendo. El mejor tipo de muerte».

Chupó y lamió mis partes más íntimas sin descanso. Cada fibra de mí se estremeció de placer. Estaba justo ahí, a mi alcance. Me estaba tocando.

—Mírame, *Reina* —ordenó, con la voz ronca.

Abrí los párpados y lo observé mientras los músculos de su mandíbula se contraían al comerme mi parte más íntima. Me mordió el clítoris y me sacudí contra la pared, arqueándome en su boca. Su mano se movió hacia mi estómago, manteniéndome quieta, y mis manos se aferraron a su cabeza.

—¡Oh, oh, oh! —Jadeé, sus lengüetazos no cesaban. Volvió a pellizcarme el clítoris y el orgasmo me desgarró como una presa abierta. Su lengua no se detuvo, chupó y lamió, absorbiendo hasta la última gota de mi éxtasis.

Me temblaban las piernas y me zumbaban los oídos por el intenso placer.

Una vez de vuelta en la tierra, Raphael volvió a centrar mi atención. Sus ojos ardían de hambre, pero no hizo ademán de desvestirse, aún llevaba puesto el traje de baño.

Se levantó, con una mano aún en mi cadera, mientras con el dorso de la otra se limpiaba la boca. Nuestras miradas se cruzaron, nuestras respiraciones se sincronizaron y ninguno de los dos apartó la vista. Quería darle el mismo placer. Poseía todo el mío, quería poseer todo el suyo.

La adrenalina se disparó por mis venas y mis ojos se clavaron en sus voluminosos hombros y en toda la tinta que marcaba su piel dorada. Su cuerpo me dejó sin aliento. La visión de sus músculos y su ancho pecho, salpicados de vello oscuro y una hermosa piel dorada y bronceada, me hizo agua la boca. Agarré su bañador blanco y lo bajé.

Tenía el vientre duro como una roca y unos abdominales de infarto que me hacían palpitar el interior de los muslos. Su enorme miembro colgaba pesado y grueso entre sus piernas. Hasta ahora, todo había sido precipitado, pero ahora lo absorbía todo, admirándolo. Unas gruesas venas recorrían su dura longitud.

Era un espectáculo glorioso para la vista, todo desnudo y *mío*. Se quedó quieto, con una mano en mi cadera y la otra a su lado, mientras mis ojos lo contemplaban.

Apoyé mi mano en su pecho y su corazón retumbó bajo mi toque.

—Eres tan hermoso —susurré, bajando los ojos.

De la punta de su miembro goteaba presemen y mi mano rodeó su grueso pene, frotando el líquido con el pulgar. Una fuerte inhalación salió de sus labios y mis ojos se alzaron hacia su mirada azul.

Mi pecho subía y bajaba, luchando por aire. Esa desesperada necesidad por él, su sabor, sería mi muerte. Sin embargo, me negué a ser razonable. No podía vivir un solo día sin probarlo.

Era mi propia droga. Y al igual que una droga, tendría que romper esa adicción a él. Con el tiempo. El corazón me dio un vuelco en el pecho. Me acerqué a sus labios y lo besé suavemente. Sería el beso que recordaría para siempre. El beso que acabaría rompiéndome el corazón, porque quedaría grabado en mi mente.

Su mano me rodeó la cintura y su duro cuerpo se apretó contra el mío.

—Eres mía —gruñó, la posesividad vibrando en su voz—. Desde el momento en que te vi, *Reina.*

«Golpe, golpe, golpe. Ahí va mi corazón».

La ducha seguía abierta y se rompió cualquier control que había tenido sobre sí mismo en los últimos minutos. Cerró el espacio entre nuestros cuerpos. Su boca asfixió la mía, encendiendo de nuevo el fuego en todo mi cuerpo.

Mis dedos hambrientos recorrieron toda su forma, necesitando sentir cada centímetro suyo bajo mis dedos. Me puse de puntillas y profundicé nuestro ardiente beso, gimiendo en su boca.

Me agarró las muñecas y me las inmovilizó por encima de la cabeza. Con la otra mano me tomó la barbilla entre sus dedos y ralentizó el beso. Los dos estábamos resbaladizos por el agua, pero no notábamos nada. Solo importaba que su cuerpo se apretaba contra el mío, su boca se movía contra la mía, ajustando el ángulo de nuestro beso.

TREINTA Y NUEVE

RAPHAEL

Me tragué el gemido de Sailor, nuestras lenguas deslizándose una contra la otra.

Mis dedos recorrieron sus esbeltas costillas hasta la perfecta protuberancia de sus pechos y luego rozaron su pezón con el pulgar. Sus ojos azules se encontraron con los míos y nos miramos mientras mi polla penetraba en su caliente entrada. Un escalofrío me recorrió la espalda al sentir su apretado coño agarrando mi miembro. Era el paraíso y el infierno al mismo tiempo.

Moví las caderas lentamente, inclinándolas para aumentar su placer. Jadeó y sus pálidas mejillas enrojecieron. Introduje los dedos entre los dos, sobre su clítoris y se estremeció. Empujé mis caderas más deprisa y otro gimoteo brotó de sus labios.

Levanté su pierna y la enganché en mi cadera, cambiando el ángulo de mi embestida y deslizándome más profundo. Echó la cabeza hacia atrás, mostrando su cuello pálido y elegante. Se quejó y luego gimió. Empujaba hacia dentro y hacia fuera, cada vez más fuerte y más rápido, y su respiración aumentaba. Volvió a buscar mi mirada y la sostuvo mientras la penetraba hasta el fondo.

Controlando mis movimientos, la penetré una y otra vez, disfrutando de sus estrechas paredes apretándose alrededor de mi longitud.

—¡Raphael! —Jadeó.

—Así es, *Reina* —gruñí. Podía sentir cómo alcanzaba la cima, cómo su cuerpo tembloroso era el mejor premio que un diablo podía conseguir—. Dámelo todo. Grita mi nombre.

Y lo hizo. Me la cogí duro y profundo. Cerré mis labios sobre la suave piel de su garganta y mordí. Quería marcarla. Reclamarla.

Se tensó y luego se estremeció con fuerza. Zumbé de aprobación antes de penetrarla. Una y otra vez, aceleré el ritmo. Mi miembro se sacudió, su vagina se apretó con más fuerza alrededor de mi polla y empujé más profundo. Besé su boca y deslicé mi lengua en su interior, tragándome otro gemido mientras llegaba al orgasmo a mi alrededor y me llevaba al límite.

Un último empujón y eyaculé dentro de ella con un violento estremecimiento.

—Mi reina —murmuré mientras enterraba mi cara en su cuello, con la respiración agitada de ambos—. Por fin te he encontrado.

CUARENTA

SAILOR

De acuerdo, en cuanto a lunas de miel se trataba, no nos fue mal.

Fue increíble.

Sin embargo, en cuanto regresamos a su isla, sentí que las barras invisibles me rodeaban. Cuando el helicóptero aterrizó en la isla, Caine y Gabriel ya estaban allí esperándonos. En el momento que salí, mi hijo corrió hacia mí con Bruno pisándole los talones.

Una gran sonrisa se extendió en mi rostro y agarré a Gabriel cuando se lanzó a mis brazos.

—Hola, amigo. —Lo cargué y le di un fuerte apretón—. Te extrañé tanto.

Soltó una risita.

—Solo han pasado dos días, mamá.

Me reí entre dientes.

—Lo sé, pero fueron dos días *muy* largos.

—Eso no augura nada bueno para el novio —comentó Caine burlonamente—. ¿No tuvo buen rendimiento?

Puse los ojos en blanco, ignorando sus palabras, aunque mis mejillas se sonrojaron. Raphael cumplió a la perfección. Lo sentía en cada dulce dolor de mis músculos y juraba que tenía la sensación de que estaba caminando raro.

—¿Adivina qué, mamá? —inquirió Gabriel entusiasmado, con los ojos desviados entre Raphael y yo.

—¿Qué? —respondimos los dos al unísono. Los labios de Raphael se elevaron ante la emoción de Gabriel.

—¡Me parezco a Raphael! —anunció Gabriel.

Se me heló el corazón y parpadeé, antes de desviar lentamente la mirada hacia mi esposo. También parecía desconcertado por el comentario de Gabriel.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué quieres decir? —Apenas me salieron las palabras.

—Vi fotos de Raphael y su mamá —explicó.

Mis ojos se desviaron hacia mi marido.

—¿Fotos?

Se encogió de hombros.

—Tengo algunas fotos familiares en la biblioteca.

Rechiné las muelas. ¿Creía que Gabriel no exploraría la casa?

—¿Cómo es que me parezco a ti y no a mi mamá? —curioseó Gabriel, ajeno a la tensión.

Los ojos de Raphael se clavaron en mí, el significado tácito en ellos claro. Era hora de

decírselo a Gabriel. Excepto que no quería hacerlo. Quería mantener toda la sucia historia lejos de él.

—Vamos a caminar hasta la playa, ¿de acuerdo? —sugirió Raphael. Negué con la cabeza, no obstante, mi marido era un hombre decidido—. Sí.

—Deberías haberlo ordenado desde el principio, en lugar de hacerlo parecer una opción —musité en voz baja.

—*Reina*, por aquí —dijo.

Suspiré.

—No estoy vestida para la playa. —Intenté débilmente—. Tú tampoco.

Era una excusa estúpida. Llevaba unos *jeans* que le colgaban de las caderas y una camiseta negra, lo que lo hacía parecer un apuesto diablo, mientras que yo llevaba un sencillo vestido amarillo que me llegaba hasta las pantorrillas. Hubiera preferido llevar un vestido corto, pero Raphael refunfuñó por enseñar demasiado las piernas y luego me pasó ese vestido largo.

«—Nadie verá esas *bonitas piernas* —murmuró, llamando bonitas a mis piernas en español —. Son solo mías».

No tenía sentido discutir con él. Además, había algo tan ardiente en el tono posesivo de su voz. Así que tiré mi emancipación por la ventana y me tapé las piernas. Pero en ese momento me arrepentía un poco.

Me miré el vestido largo. ¡Demonios!

Agarrando la tela con los dedos, levanté el vestido y lo anudé, acortándolo. Ahora me llegaba a las rodillas. Sonriendo como una tonta, levanté la cabeza y me encontré con la mirada de Raphael. En sus ojos había diversión, en lugar de ira, como esperaba.

Como sea.

Empezamos a caminar por un sendero ancho, bordeando un camino de entrada que albergaba vehículos lujosos. Jeep negro, Ferrari negro, Lamborghini negro.

Sí, el diablo amaba el negro.

Lástima que la elegante mansión fuera de mármol blanco. El mármol negro le sentaría mucho mejor a *Diablo*. El césped verde perfectamente cuidado también arruinaba la imagen.

Pero las torres mirador que rodeaban la casa y dominaban cada rincón de la isla encajaban perfectamente con la imagen de la jaula dorada.

Gabriel y Bruno corrieron delante de nosotros, sin importarles la tensión y los fantasmas que acechaban entre Raphael y yo. Nuestros fantasmas unidos le dieron la vida a Gabriel.

—No está preparado para escucharlo. —Por fin rompí el silencio. Lágrimas de rabia impotente picaban en las comisuras de mis ojos—. No puedo decírselo.

—Tenemos que hacerlo. —Me atrajo hacia el calor de su cuerpo, su mirada entrecerrada me ofrecía consuelo y lujuria. Aceptaría la lujuria, pero aceptar el consuelo que me brindaba me daba mucho más miedo—. No tenemos que contárselo todo.

—¿Todo? —Tragué saliva. Nunca entramos en los horripilantes detalles de cómo nació Gabriel—. ¿Qué quieres decir?

—Podemos decir que lo adoptaste cuando falleció tu hermana. Si pregunta por su padre, le diremos que murió y que tenía sentido que lo acogieras.

—¿Y cuándo pregunte por ti? —inquirí con voz ronca.

—Dile que no me conocías.

Inhalé profundamente y luego exhalé lentamente.

—Eso podría funcionar.

—Lo hará. —Parecía seguro—. Los niños son resistentes. Es mejor que aprenda ahora que

cuando tenga dieciséis años y las hormonas adolescentes estén alborotadas.

—¿Hablas por experiencia? —pregunté, mirándolo de reojo.

Se rio entre dientes.

—Los arrebatos no eran un lujo que me permitiera.

—Lo mismo digo —murmuré.

La risa de Gabriel nos interrumpió y fue un sonido bienvenido.

—Deberíamos ir a nadar —sugirió Gabriel, justo cuando llegamos la arena. Me quité los zapatos y hundí los dedos desnudos en la arena caliente.

—Hoy no, amigo —respondió Raphael—. Tu madre y yo queremos hablar contigo.

El corazón me golpeaba las costillas. Estábamos hablando de mi hijo. No quería ver sombras de duda en sus ojos. Nunca quise que se enterara de los fantasmas que me perseguían. Nunca quise que experimentara nada de lo que Anya y yo pasamos.

Los ojos de Gabriel se movieron entre Raphael y yo con curiosidad.

—De acuerdo.

Me doblé el vestido, me senté en la arena y palmeé un lugar a mi lado.

—Ven, siéntate a mi lado.

Bruno saltó a mi regazo y Gabriel bajó a mi lado, mientras Raphael se ponía a su otro lado.

Mis ojos miraron a mi marido por encima de la cabeza de Gabriel. Asentí con la cabeza y respiré hondo.

—Tengo que decirte algo, Gabe. —Empecé suavemente, volviendo a su apodo de cuando era pequeño—. Quiero que sepas que te amo. Te amé desde el momento en que la enfermera te puso en mis brazos.

Gabriel sonrió.

—Lo sé, mamá. También te amo.

La vacilación se deslizaba por mis venas. Ojalá hubiera un manual con instrucciones sobre cómo criar a un niño. Desde el momento en que sostuve a Gabriel, había seguido mi instinto. Esperanza. Amor.

Tragué saliva, pronuncié una oración silenciosa y las palabras brotaron de mis labios.

—¿Recuerdas todas las historias sobre mi hermana? ¿Anya?

Gabriel asintió.

—Sí, mi tía Anya.

Me mordí el labio inferior.

—No es tu tía. —Gabriel me miró confuso y me escocían los ojos—. Es tu madre.

Una ola golpeó la orilla. Un sonido normalmente relajante parecía más bien un *crescendo* disonante que me ponía los vellos de punta. Aguanté la respiración, esperando.

—¿Q…Qué? —La voz de Gabriel apenas era un susurro. Odiaba ver a mi hijo enfadado. Lo odiaba, maldición.

—Mi hermana lo era todo para mí —confesé suavemente, tirando de él hacia mis brazos—. Tuve mucha suerte de tenerla. Siempre que tenía miedo, estaba ahí para mí. —Me hormigueaba la nariz y me ardían los ojos. El dolor de perderla nunca había sanado del todo—. La quería mucho. Luego quedó embarazada del padre de Raphael. Por eso te pareces a él.

—¿Mi padre tampoco me quería? —La voz de mi hijo era pequeña.

La mano de Raphael se posó en el hombro de Gabriel.

—Lo hizo, pero no era un buen tipo. Tu mamá, Sailor, te mantuvo a salvo.

No creía estar haciendo un buen trabajo aquí.

—Tu madre y yo hicimos planes. Queríamos mudarnos al sur, tener una casita y criarte

juntas. Ninguna de las dos pensó que ella moriría. Así que te tomé como si fueras mío. Tenía miedo de que... —Que la familia Santos se enterara de ti. Aunque no era lo correcto decirlo—. No lo sé, cariño. Creo que solo tenía miedo. La tía Aurora y sus hermanos, junto con la tía Willow, me ayudaron. Un abrir y cerrar de ojos, y pasaron los años.

Siguió el silencio. Me dolía el corazón. Por él. Por Anya. Por todas las cosas que salieron mal. Pero todo nos condujo aquí. Nos dio un niño precioso.

Gabriel miró a Raphael.

—¿Eres mi hermano?

Raphael asintió.

—Somos hermanos.

Los ojos de Gabriel volvieron a mí y asentí.

—Ella te amaba mucho, Gabe —dije roncamente, con la emoción en mi voz—. Y yo también. Todos te amamos.

A mi hijo le brillaron los ojos, sin embargo, no lloró. Nuestras miradas se cruzaron y enterró la cara en mi pecho.

—También te amo, mamá.

Resultó que mi esposo tenía toda la razón.

CUARENTA Y UNO

SAILOR

Dos días encerrada en esa casa. En esa isla. Ese mundo era una jaula en forma de paraíso y rodeada de un océano azul de ensueño.

Estaba lista para gritar. Excepto que ya lo había hecho, a los hombres de Raphael. Me hizo mucho bien. No podía perder la cabeza con Gabriel cerca. Estaba encariñado con Raphael y después de nuestra pequeña charla en la playa, lo amaba aún más. Si es que eso era posible.

Me sentía como un animal enjaulado. La ansiedad y la tensión se cocinaban a fuego lento bajo mi piel. Necesitaba quemar algo de esa energía y la isla no era lo suficientemente grande. Necesitaba cien kilómetros, no veinte kilómetros entre Raphael y yo en ese momento.

Intenté salir de la isla para ir de compras, pero me dijeron que no. Cuando Gabriel y yo quisimos ir al zoológico de Miami, nos pararon y nos indicaron que no era buen momento.

Llamé a mi jefe con la intención de cubrir la noticia editorial, pero antes de que pudiera pronunciar cinco palabras, la llamada se interrumpió y la señal se cortó.

Fue entonces cuando perdí la cabeza. La rabia vibraba en mis venas mientras irrumpía en la gran mansión y entraba directamente en el despacho de Raphael. Mis manos temblaban de rabia y marché directo al gran escritorio de caoba tras el que se sentaba, como el diablo gobernando su infierno.

Golpeé el escritorio con las palmas de las manos. Llevaba una camisa de vestir blanca que acentuaba sus bíceps y dejaba entrever los tatuajes que tan bien conocía. Me observaba con una mirada oscura y entrecerrada, como *Diablo* gobernando su reino, mientras mi corazón se aceleraba por la adrenalina y la ira.

—*Reina*...

—¡No me digas reina! —siseé—. ¿Soy tu maldita prisionera o qué?

—Eres mi esposa.

—¡A la mierda con lo de esposa! —reviré—. Una esposa aparentemente también puede ser una sentencia de por vida. ¿Soy tu maldita *prisionera*?

La animosidad se sentía pesada en el aire, bailando entre nosotros como veneno.

—Sailor. —Una palabra, dicha en tono suave, pero subrayada con el más leve apretón de sus dientes. No hice caso de la advertencia.

—Raphael.

Mi esposo hizo un gesto seco con la cabeza a los hombres en la habitación. Ni siquiera miré detrás de mí. Lo único que oí fue el arrastrar de pies, sus hombres despejando el despacho.

—¿Qué te ha molestado?

Ese tipo no podía ser real. O era tonto, o intentaba molestarme a propósito.

—*Tú* me has molestado. Y *tus* hombres que no me dejan salir de esta maldita prisión.

—Esto no es una cárcel. —Se reclinó en su silla, se desabrochó un botón y mis ojos se clavaron en su pecho de bronce. Si pudiera arrancarme los ojos, lo haría, porque con solo una mirada y tuve que luchar contra un escalofrío que me recorrió.

Sábanas revueltas. Sus gruñidos. Mis gemidos. Su cuerpo cubriendo el mío, empujando dentro de mí.

Genial, ahora estaba toda excitada.

El hombre me hizo hiper consciente de cada una de sus respiraciones. Maldito desgraciado.

—Lo es —dije, mi tono ligeramente sin aliento—. Es una prisión si no puedo salir cuando lo deseo.

—No es un buen momento para salir. —Eso fue todo. Ninguna explicación. Nada.

Se suponía que debía aceptarlo.

—¿Por qué? —No hubo respuesta y eso avivó aún más mi rabia. La ira calentaba mis mejillas, latidos nerviosos en mi corazón que hacían que mi sangre fluyera de pura frustración. No quería ser una mujer débil, nada más que masilla para él.

—¿Por qué, Santos? —gruñí.

Se levantó de la silla, rodeó su escritorio y me agarró la muñeca con su gran mano en una fracción de segundo. Me hizo girar y me inclinó sobre el escritorio.

Intenté resistirme, pero fue inútil. Su pecho me oprimía la espalda, mis respiraciones llenaban la habitación y, para mi horror, estaba excitada, lo que me enojó aún más.

—Santos era mi padre. —Su boca me rozó la oreja y su aliento tibio me calentó la piel—. Soy Raphael. Tu esposo. Tu amado. Tu *cariño*. Elige lo que quieras.

—Mi diablo. —Jadeé y sentí cómo su cuerpo se tensaba contra mí. Maldito sea y esa lánguida sensación que tiraba de mis músculos.

Apretó sus labios contra mi oreja, mientras su otra mano rodeaba mi cintura.

—*Tu* diablo.

Jesucristo. ¿Qué me estaba pasando? Estaba excitada como nunca antes. La confusión luchaba en mi interior y, cuando su boca me rozó el cuello, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Inhaló y emitió un sonido grave de satisfacción. La vibración del sonido retumbó entre mis piernas, haciéndome dolorosamente consciente de cada centímetro suyo.

—Mi reina —pronunció en tono áspero mientras me agarraba por la cintura. Apretó su frente contra mi espalda, nuestros cuerpos quedaron alineados uno al otro y su erección presionó la curva de mi trasero.

Se encendieron chispas bajo mi piel, chisporroteando la sangre en mis venas y encontré difícil respirar. Mi corazón latía con fuerza, al ritmo de las palpitaciones entre mis piernas. En anticipación.

Maldito sea, lo quería. Ahora.

Mi cuerpo fue en contra de mi orden explícita y se agitó, mi trasero moviéndose contra él.

—No empieces algo que no vas a terminar, *Reina* —advirtió entre dientes y podría haberme venido con tan solo el sonido de su voz y la contención que sentía vibrar en cada uno de sus músculos.

Me di la vuelta y me encontré con su mirada. *Azul*. Endiablada.

—Tengo la intención de terminar —contesté con voz seductora—. ¿ *Tú* quieres terminar?

Mi respiración se agitaba, el corazón me latía en el pecho con tanta fuerza que me costaba respirar. O pensar. Todo lo que sentía era el deseo por él acumulándose entre mis piernas y exigiendo ser aliviado. Estaba tan cerca que sus rodillas prácticamente rozaban mi piel.

Acorté la distancia entre nosotros y lo insté a dar un paso atrás. Un paso. Dos pasos. Y sus piernas se apretaron contra el sofá. Como el verdadero diablo que era, se sentó, con las rodillas abiertas, dándome la bienvenida.

Así que me interpuse entre ellas.

Cada centímetro de mi cuerpo ardía, solo por él. La piel me hormigueaba, alternando entre el ardor y la piel de gallina. Así debía de ser la adicción al diablo: tan buena, pero tan mala para ti. Y aun así me negué a detenerme.

Mi cuerpo lo pedía a gritos, cada célula de mí exigía que obtuviera liberación. Tal vez había esperado demasiado, años sin sentir que nada se derrumbaba. O tal vez había estado esperando a ese hombre y mi cuerpo lo reconoció antes que mi mente. Simplemente sabía que lo necesitaba, sin importar las consecuencias. Ese diablo, mi esposo, lo estaba encendiendo.

Su sabor se convirtió en una necesidad.

Mis labios se entreabrieron y los ojos de Raphael bajaron hasta ellos, el fuego en ellos coincidía con el que ardía dentro de mí.

No se movió. Permaneció sentado, esperando, con las manos aparentemente relajadas, pero desprendiendo una gran intensidad. Como si quisiera darme la oportunidad de elegir si quería continuar. Pero no tenía elección, porque tenía miedo de consumirme como una vela sin él. Quería que su toque siguiera ardiendo.

Dijo que quería *todo* de mí, poseer mi cuerpo y mi alma, pero el diablo exigiría un alma, ¿no? Sin embargo, una parte de mí deseaba dormir y despertar con su cuerpo junto al mío.

Quería darle mi todo y superar las cadenas invisibles que me retenían.

Agarré el dobladillo del vestido y me lo pasé por la cabeza, dejándolo caer silenciosamente sobre la alfombra. Mis pezones se tensaron, hormigueando de expectación. El calor palpitaba entre mis muslos, deseando sentirlo allí.

Siguieron el sujetador y las bragas, y todo el tiempo me observó con esa mirada de ojos pesados.

Me ardía la piel mientras estaba allí, desnuda y sin aliento.

Se inclinó hacia adelante, acercó mi pecho a su boca y lo mordió. Con fuerza.

Grité.

—Eso es por irrumpir en mi despacho. —Luego lamió el ardor y chupó, tirando suavemente de él y mi cabeza cayó hacia atrás con un gemido.

Me tocó entre las piernas y deslizó dos dedos dentro de mí.

—Y esta es mi recompensa.

Lo necesitaba.

Como el sol necesitaba a la luna para equilibrar la noche contra el día. Su tacto me encendía y me calmaba. Ahora que estaba tan cerca de él, respirando su aroma, sintiendo que sus ojos me consumían sin esfuerzo, tenía el corazón atascado en la garganta. Lo deseaba tanto. Sabía que había caído demasiado profundo en esta supuesta farsa de matrimonio.

Desde el momento en que lo conocí, supe que encendería el fósforo de mi cuerpo y me desintegraría en cenizas sin él. Ocurría cada vez que me tocaba.

Le pasé una mano por el cuello y la hundí en su espeso pelo oscuro. Sus manos callosas se acercaron a mis muslos con un ligero toque y rozaron mi piel, dejando un rastro de chispas a su paso. Sus dedos se volvieron firmes y apretaron mi trasero, provocándome un dolor insoportable entre las piernas.

Mis dedos se enroscaron en su cabello, la necesidad caliente y resbaladiza por él me hizo perder todos mis sentidos.

—Raphael… —Su nombre escapó de mis labios en un suspiro.

Esta necesidad era tan extraña que las señales de alarma deberían haber surgido en mi mente. Pero no fue así. Mi mente fue engañada por mi cuerpo, susurrándome que lo había estado esperando. Era mío y yo era suya.

Al menos por el momento.

Se me cerraron los ojos de lo bien que me sentía. Ser suya y reclamarlo como mío. Sus manos volvieron a meterse entre mis muslos y, sin previo aviso, introdujo un dedo.

—Joder —gruñó con voz áspera. Su voz me recorrió por la espalda. Ese hombre lo era todo. Amor, lujuria y felicidad. Ese pensamiento resonó en el rincón más oculto de mi mente, sin embargo, quedó ahogado cuando su boca volvió a aferrarse a mi pecho y arrastró los dientes por mi pezón. Mientras tanto, su dedo me cogía lentamente, entrando y saliendo.

Eché la cabeza hacia atrás y mis manos subieron hasta su cuello, aferrándome a él como a mi propia roca. Siguió moviendo el dedo, la presión crecía entre mis piernas hasta que fue demasiado y temí desintegrarme en cenizas.

Me balanceé sobre él, sin importarme si me quemaba. No sería tan mala forma de morir, con su boca sobre mí y su toque marcándome la piel.

—Tan húmeda, maldición —gimió. Dos dedos se deslizaron dentro de mí y mi cabeza cayó hacia atrás con un suspiro.

—¡Dios mío! —Jadeé. La presión aumentaba; estaba tan cerca mientras me metía los dedos con fuerza y rapidez. Una y otra vez. Mi piel estaba tan caliente y un fuego ardía en mi vientre bajo, creando una hoguera que solo él podía alimentar.

Su boca adoraba mi seno; su lengua y sus dientes alternaban entre mordiscos y besos. Sus dedos entraban y salían de mí, rozándome el clítoris, aumentando la presión. No me había dado cuenta de que estaba bajando sobre su regazo, rozándome contra él, desesperada por correrme, hasta que lo hice.

Hasta que estallé en llamas, luces blancas se dispararon tras mis párpados y un escalofrío recorrió mi cuerpo, un calor lánguido se extendió por todo mi torrente sanguíneo.

Sus labios mordisquearon el lóbulo de mi oreja y su voz profunda y áspera retumbó en mí.

—*Mía*. Para siempre.

Su declaración debería haberme devuelto a la tierra, pero en su lugar me hizo flotar más alto en el espacio. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho. Abrí los ojos y me encontré con sus ardientes llamas azules. No me había dado cuenta de que mis piernas habían cedido, dejándome sentada sobre su muslo.

—Quiero más —suspiré, acercándome a la cremallera de sus pantalones. Mis dedos tantearon con ella, ansiosos por más de aquella altura. Una risita oscura sonó en sus labios. No me importó. Me ayudó a deshacerme de sus pantalones y agarré su camisa, con los dedos temblorosos. Dios, estaba ansiosa por echar otro vistazo a su glorioso pecho.

Una vez que su ropa se unió a la mía en el suelo, mis ojos se fijaron en él. Nadie, y quiero decir nadie, tenía mejores abdominales que Raphael.

Y esos tatuajes en su pecho y sus brazos, cubriendo su piel dorada me tentaron desde el momento en que lo conocí.

—Levántate —ordenó con voz áspera, una dura exigencia en la voz. Me levantó de un tirón, me abrió las piernas y me acercó a él. Mi coño estaba junto frente a su rostro. Me apoyé con una mano en su hombro, sus manos se clavaron en mis nalgas y su cara se hundió en mi sexo. El fuego se encendió como un volcán, su boca chupó y lamió, mordisqueando mi clítoris. Mi piel ardía de necesidad. Mis uñas se clavaron en su hombro y giré las caderas contra su boca. Me

estaba matando, robándome el aliento y la cordura. Y no podía estar más contenta.

Antes de que la liberación me recorriera, me agarró por las caderas, me deslizó sobre su regazo y me penetró de golpe.

Se me escapó un grito ahogado. Se detuvo, sus ojos se oscurecieron y ardieron. Seguía sensible y adolorida.

—Lo siento —murmuró suavemente. Sus manos se posaron en mí. Se inclinó hacia adelante y tomó mis labios con reverencia, besándome. Sujetó mi labio superior entre los suyos y mi cuerpo se relajó con cada suave beso y caricia que me daba. Se inclinó hacia mí y recorrió mi garganta con sus labios, dejando un rastro de besos que me marcarían como suya para el resto de mi vida.

—Te lo daré todo .—Carraspeó, una promesa que sabía que cumpliría. Su barba rozó mi suave piel y sus dientes me mordisquearon la clavícula. Suspiré y mis manos recorrieron su cuerpo. Quería sentir cada músculo, conocer cada centímetro. Su toque en mí era hambriento, urgente, y alimentaba las llamas de mi interior. No quería que se extinguieran nunca.

Moví las caderas, lenta y suavemente al principio. El dolor estaba ahí, pero el fuego y la necesidad por él eran mayores. Le rodeé los hombros con mis brazos y hundí la cara en su cuello, inhalando profundamente. Olía a hogar, a seguridad, a *aguardiente* y a deseo, todo en uno.

Un escalofrío me recorrió, el calor chisporroteando mientras apretaba mi clítoris contra su pelvis. Sus manos recorrieron mi espalda, sus duras palmas rozaron mi suave piel. Se detuvieron en mi trasero y sus dedos se clavaron ahí, apretándome más contra él. Estaba muy dentro de mí y cada vez que movía las caderas, mis gemidos se hacían más fuertes y susurrantes. Subí un centímetro y luego volví a bajar, moviéndome arriba y abajo contra su pene.

Sus manos tomaron el control y empezaron a moverme arriba y abajo. También quería dárselo todo. Tomó mi boca con la suya y captó mi siguiente gemido. Me cogió, guiando mi cuerpo sobre él y la presión caliente empezó a aumentar. Mi respiración era agitada y mi pecho estaba a punto de estallar.

—¡Maldición, *Reina!* —gimió. Bajó la cabeza y se metió un pezón en la boca, y con cada embestida dentro de mí, sus dientes tiraban de los sensibles brotes.

—¡Oh, Dios! —suspiré—. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡¡Por favor!!

Sus dedos se clavaron en mis caderas y volvió a empujar. Con fuerza. Y otra vez. Me besó con más avidez, me mordió el labio inferior y mi cuerpo explotó cuando la presión estalló en un millón de estrellas. Su cuerpo se tensó, apretó su cara contra mi garganta, dejó escapar un gemido y me mordió el cuello cuando encontró su liberación.

Esto era el paraíso. O el infierno más delicioso.

Nos sentamos, los dos respirando frenéticamente, mi piel caliente contra la suya. Pecho contra pecho y latido contra latido.

Juntos.

Todo sobre ese hombre empapaba la esencia de mi ser y me moldeaba. Me cambiaba. O tal vez lo había estado esperando todo el tiempo. Simplemente no lo sabía. Podría haberme importado incluso menos en ese momento.

Lo único que sabía era que partes de mí que siempre habían estado un poco rotas sanaban a su alrededor.

Mis manos se apoyaron en su pecho, ese anhelo, una necesidad, tirando de mí más profundamente en los pozos del infierno. *Su infierno* y no podía encontrar la fuerza para que me importara.

—¿Tomas la píldora? —Su pregunta me tomó desprevenida. Más aún porque la protección

no me había pasado por la cabeza.

—Sí. —Podía sentir mis mejillas sonrojadas por la vergüenza. Tonto, lo sabía. Me senté en su regazo desnuda y me estaba sonrojando.

—Quiero que dejes de tomarla. Un *bebé* contigo será un sueño hecho realidad.

Me quedé mirándolo unos instantes y luego parpadeé.

—Absolutamente no —respondí—. No haré nada de eso hasta que esté preparada y pueda estar segura de que mis hijos no están bajo amenazas. —No parecía contento con mi respuesta, pero no dijo nada más—. Raphael, dime ¿qué está pasando?

—¿Qué te hace pensar que está pasando algo?

Evitó responderme.

—Porque tus hombres están nerviosos. Estás tenso. Llamadas urgentes.

—No es nada de lo que debas preocuparte.

Dejé escapar un suspiro exasperado.

—¿Ves?, eso hace que me preocupe aún más.

—No te preocupes, *Reina*. No quiero que te estreses por tonterías.

—Si son tonterías —refunfuñé—. ¿Por qué te empeñas en no contarme lo que pasa?

Le sostuve la mirada, estudiándolo. Un músculo en su mandíbula se tensó.

—Han explotado algunos de mis negocios —respondió finalmente.

—¿Quién lo hizo?

Algo oscuro y despiadado pasó por su expresión.

—Aún no estamos seguros.

Apostaría mi vida a que tenía una idea de quién era. Sin embargo, se negó a decirlo. ¿Podría ser que mi padre y Santiago Tijuana estuvieran tomando represalias?

—¿Es Santiago? —Exhalé mi pregunta—. ¿O mi padre?

—La información provista por mis espías dice que ninguno de ellos ni sus hombres han sido vistos en Miami.

Dijo antes que tenía muchos enemigos, pero el momento era peculiar. Demasiado cerca de todo lo demás que estaba sucediendo.

—¿Me estás mintiendo? —pregunté en voz baja.

—No. —Lo estaba haciendo.

—Entonces, ¿por qué mantenerme atrapada aquí?

No contestó y sacudí la cabeza con decepción. Deseaba que no me importara, no obstante, lo hacía. Demasiado.

Me aparté y, en cuanto me alejé de él, todo mi cuerpo gritó en señal de protesta. Pero había cosas que no podías dejar que un hombre dictara. Y desde luego él no iba a dictar mi libertad. Agarré la ropa que había tirado y empecé a vestirme.

El silencio era aún más ensordecedor después de lo que acabábamos de compartir. Podía oír el tambor de los latidos de mi corazón y el tic-tac de un reloj cucú.

Me giré hacia él y nuestras miradas se encontraron.

—Quiero irme de la isla —exigí bajamente, con voz suave y lánguida, todas aquellas sensaciones aún nadando por mis venas.

—No.

Que. Se. Joda. Esta. Mierda.

—Quiero acabar con esto —respiré. *Mentirosa.* No quería terminarlo; quería más de él.

—¿Te has cansado de mí? —inquirió con voz peligrosamente calmada.

—Esa no es la cuestión, Raphael —razoné con él—. Pero no puedes tenernos aquí para

siempre. Es una sentencia de prisión.

—Yo digo cuándo puedes irte —replicó entre dientes.

La ira estalló en mi interior. Todos esos maravillosos sentimientos de hace unos momentos, desaparecieron en un instante. Una molestia de que pensara que podía encerrarme así los reemplazó en un instante.

—Dijiste que *esto* era temporal.

Se le tensó la mandíbula y en sus ojos brilló una expresión de enfado.

—Nada de lo nuestro es temporal. Y nunca dije que fuera temporal. Asumiste que lo era.

—Tú... tú... —No encontraba la palabra adecuada para llamarlo—. Si así es como va a ser, quiero el divorcio.

—No habrá divorcio por mi parte, *Reina*. Si estás cansada de mí. Vete a la cama —indicó con una sonrisa burlona—. Volveremos a intentarlo mañana.

—Son las malditas tres de la tarde —señalé molesta—. No soy de las que duermen la siesta.

Levantó los labios.

—Tal vez puedas empezar a tomar siestas. Después de todo, he oído que es bueno para las embarazadas.

—No. Estoy. Embarazada. —Apreté tanto los dientes que me dolía la mandíbula—. Y seguiré tomando la píldora.

Mi esposo no parecía perturbado por mi enfado.

—Pronto. Trabajaremos en ello esta noche, ¿verdad, *Reina*? Por ahora, obedéceme. Confía en mí para mantenerlos a salvo a ti y a Gabriel.

Mi temperatura corporal subió al menos cien grados. En ese momento, no sabía si quería matar a mi esposo o cogérmelo otra vez.

¡*Ugh*, prioridades!

CUARENTA Y DOS

SAILOR

Dormí en mi antigua habitación. Mi débil intento de protesta.

Y evitar a mi marido.

En pocos días me había acostumbrado a dormir con el cuerpo de Raphael a mi lado. La luz de noche estaba encendida. No fue hasta que volví a estar en mi cama sola que me di cuenta de que dormía a oscuras con Raphael. La lucecita de noche ni siquiera me pasó por la cabeza.

Me quedé mirando las sombras que danzaban por el techo oscuro, maldiciéndolo, luego a mí y de nuevo a él. Todo era culpa suya. Me hizo desearlo. Estaba perfectamente bien antes de que apareciera. Bueno, menos la explosión y las amenazas de asesinato.

Con un suspiro, me giré hacia un lado y miré por la ventana. La luz de la luna se reflejaba en la distancia, la única luz visible en el cielo oscuro. Ni siquiera se veían las estrellas. Solo la luna solitaria en la oscuridad del espacio. Algo así como esa isla en medio del océano.

Sin embargo, no me sentía sola. Solo demasiado agitada.

Di vueltas en la cama por centésima vez y finalmente me rendí. Me quité las sábanas y me deslicé de la cama. Salí silenciosamente del dormitorio, caminé de puntillas por el oscuro pasillo y bajé por la escalera trasera hasta la cocina. La luz de la luna se colaba por los grandes ventanales y abrí la puerta de la nevera cuando noté una figura oscura detrás de mí.

Sobresaltada, reaccioné por instinto y agarré lo primero que pude, lanzándolo luego por los aires. La sombra se agachó y esquivó la jarra de leche, dejando que chocara contra la pared y salpicara todo el azulejo.

Una risita profunda y familiar resonó en la cocina.

—¿Siempre le tiras leche a la gente?

Mi corazón se aceleró y me puse la mano en el pecho.

—¡Jesucristo, Raphael! Me diste un susto de muerte.

—¿Esperabas a alguien más? —bromeó. No parecía preocupado en absoluto.

—No, pero podrías haber anunciado tu presencia, ¿sabes? —Como no respondió, continué—: ¿Qué haces despierto?

—Mi esposa no vino a la cama —replicó secamente—. Hace difícil el dormir.

Un latido me saltó en el pecho y un calor recorrió mi cuerpo. Era ridículo que unas palabras tan sencillas pudieran causar una reacción en cadena y hacer que me derritiera por dentro.

Mi esposo estaba delante de mí en solo pantalones de pijama, con la parte superior de su cuerpo marcada por la tinta a la vista. Mi cuerpo se puso al rojo vivo al contemplar su pecho duro y musculoso. Había visto muchos abdominales, pero ninguno se comparaba con el de

Raphael. No existía ningún espécimen que pudiera comparársele a ese hombre. Sus abdominales me provocaban a empujar mi suave cuerpo contra el suyo. Aquellas manos fuertes enhebradas con venas y tinta podían ser tan ásperas, aunque a la vez tan suaves.

Apartando los ojos de él por pura voluntad, me puse en movimiento, corriendo a agarrar un rollo de toallas de papel y las empapé contra el azulejo. Luego corrí hacia el zafacón y lo acerqué para evitar que goteara por toda la cocina.

Todo el tiempo evitaba mirar el cuerpo más magnífico y apetitoso, dolorosamente consciente de su presencia, observando cada uno de mis movimientos. Lo menos que podía hacer era ayudar. Sin embargo, se quedó allí como una estatua, su mirada quemándome.

Me lavé las manos, sus ojos me quemaban la espalda. Dios, ese hombre me estaba volviendo una maldita idiota. Miré hacia la ventana, pero la oscuridad me impedía notar algo.

Una vez que me sequé las manos, corrí hacia las grandes puertas francesas y las abrí de par en par, con la esperanza de que el aire fresco me ayudara a calmar la energía nerviosa que zumbaba bajo mi piel. Abrí la puerta y entró una brisa cálida. Cerré los ojos, inhalé profundamente y luego exhalé. Repetí el proceso una y otra vez, con la desesperación creciendo a cada segundo.

Me metí en ese lío. Peor aún, puse la vida de Gabriel en peligro. Aunque el contrato que mis padres tenían con Santiago Tijuana me decía que íbamos a tener problemas desde el principio. Solo nos llevé allí un poco más rápido.

—*Reina,* tenemos que hablar.

Mis ojos se desviaron hacia él, viéndolo rodeado de oscuridad. Los latidos de mi corazón vibraban bajo mi pecho. La forma en que me miraba me debilitaba las rodillas.

Con un fuerte suspiro, miré hacia la puerta y luego volví a observarlo. La oscuridad bailaba entre nosotros: la suya, la mía, la nuestra. El resplandor de la luna arrojaba la luz suficiente para ver fantasmas parpadeando en su expresión y me pregunté si podría ver los míos.

—¿Vas a decirme por qué me tienes atrapada en esta isla?

No podía enfrentarme a mis fantasmas ni a la abrumadora culpa. Todavía no.

—Ahora mismo no es seguro —explicó, pero no se me escapó la vaguedad—. Están llegando amenazas y no puedo arriesgarme a que les pase algo a ti o a Gabriel.

—¿Era tu intención dejarme ir alguna vez? —pregunté. No necesitaba explicación. Sabía exactamente a qué me refería. Se suponía que este matrimonio era una farsa, una protección temporal. Y lo convirtió en algo permanente.

—No.

—¿Por qué?

—Porque eres mía —afirmó, como si fuera lo más natural del mundo—. Porque has sido mía desde hace mucho tiempo.

Algo en la forma en que me observaba me inquietaba, como si esperara... no sabía qué.

Espera. ¿Qué? Dijo que era suya desde hacía mucho tiempo.

Otro empujón en mi memoria, pero se disipó antes de que pudiera aferrarme a él.

—Acabamos de conocernos —respondí, con la voz débil y la sangre latiéndome en los oídos.

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—Eres mía desde hace años, *Reina.* Desde aquel primer baile en La Reina. Desde la primera palabra que dijiste esa noche, he estado bajo tu hechizo.

Y así, sin más, el recuerdo cayó en su lugar.

CUARENTA Y TRES

RAPHAEL



Finalmente recordó.

Pude verlo en sus hermosos ojos y en sus labios entreabiertos, la conmoción evidente en su expresión.

—Tú. —Exhaló—. Te he visto antes.

Sus ojos bajaron hasta mis manos y se quedaron clavados en ellas.

—*Diablo* —susurró—. El tatuaje. —Sus ojos volvieron a mi cara—. Lo recuerdo.

Me miró fijamente y me pregunté qué estaría pasando por aquella hermosa mente. La mujer no tenía ni idea de lo obsesionado que había estado con ella durante años. Nunca había salido de mi cabeza. Era difícil de creer que después de ocho años, fuera capaz de tocarla. Llamarla *mía*. Si pensaba que la dejaría ir, estaba fuera de sus malditos cabales.

Había esperado demasiado para encontrarla. Le daría *cualquier cosa*, menos su libertad.

—Te he esperado por mucho tiempo —admití suavemente.

Suspiró y extendió la mano, acercando la palma a mi pecho desnudo. Como si intentara reclamar lo que latía debajo. Ya era suyo. Siempre había sido suyo.

—Olvidé que fuimos a ese club esa noche —murmuró—. A decir verdad, todo sobre esa noche fue un borrón, excepto el final.

—¿El final?

Sus zafiros brillaron y su expresión reflejó el dolor más crudo.

—Tu padre violó a Anya —susurró tan bajo que, si no estuviéramos los dos despiertos, no lo habría escuchado—. Padre la amenazó y le ordenó que tenía que ir a verlo. Fuimos y entonces tu padre la violó. Delante de nosotras.

Recordé las palabras de Byron cuando me encontré con él y su hermana en New Orleans. A las chicas las atraparon bañándose desnudas en la piscina de mi padre. Alexei me confirmó más o menos lo mismo. Fue el papá de Byron quien vino a buscarlas después. ¿Por qué el viejo de Aurora no habría dicho nada? ¿Mi padre tenía algo contra los Ashford?

—Cuéntamelo todo. —Intenté controlar el veneno en mi voz. No quería asustarla.

Tragó saliva, tratando de mantener la respiración calmada.

—Estábamos en nuestras vacaciones de primavera. Anya fue invitada a casa de tu padre. Fuimos todas. Aurora y Willow se pusieron salvajes y saltaron a la piscina. Nos atraparon. Él y sus guardias nos metieron en una de las habitaciones que tenían rejas. A todas menos a Anya. —Noté un pequeño temblor en su mano—. Luego la violó. Una y otra vez. Nos obligaron a verlo. A oír los quejidos de Anya. Y no pude hacer que se detuviera. Ni siquiera pude salvarla.

Mierda. Odiaba a mi padre, aunque en este momento, deseaba poder traerlo de vuelta a la

vida para poder torturarlo. Hacerlo sangrar. Hacerlo gritar. Por Sailor.

Di un pequeño paso hacia ella y tomé su rostro entre mis manos. No se inmutó. No se apartó. Lo tomé como una buena señal.

—Era un sádico bastardo —expresé—. Destruía todo lo que tocaba, incluida mi madre. —Mi frente se apoyó en la suya—. Ojalá pudiera quitarte el dolor y cambiar la historia. Maldición, desearía tanto haberte llevado conmigo después de darle una paliza a ese *cabrón* que te tocó y haberte retenido conmigo. Tanto a ti como a tu hermana.

Porque por una fracción de momento, la había visto. Era la chica a la que sorprendí a mi padre ahorcando aquella noche en mi despacho y a la que eché, sin pensar nada de ello.

La nariz de Sailor se puso roja, pero se negó a llorar, a pesar de que las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Lo siento. Si pudiera volver atrás y asesinar a mi padre, lo haría. Por ti, *Reina*, quemaría el mundo. Te fallé.

Negó con la cabeza.

—Me salvaste de ese asqueroso en el pasillo. Si no hubieras llegado, quién sabe qué habría pasado.

Rocé nuestras narices.

—Podríamos haber pasado todo este tiempo juntos. Debería haberte arrebatado como el diablo que era y haberte tenido calentando mi cama y mi hogar.

Parpadeó y dejó escapar una respiración incrédula.

—Por favor, no me digas que no has tenido sexo desde esa noche.

—No he tenido a una mujer en mi cama desde la noche en que te conocí, hace ocho años, —confesé—. Sí, me he cogido a otras mujeres, sin embargo, nunca en mi cama. *Nunca* en mi casa. Ese lugar estaba reservado para alguien que significara más para mí que un revolcón casual. Para ti.

Tomé su mano entre las mías, su suavidad contrastaba con mi dureza. Era tan jodidamente suave que a veces me preocupaba romperla.

Le pasé un pulgar por la pálida vena de su muñeca y se estremeció visiblemente.

—¿Tienes miedo, *Reina*?

Observé cómo se balanceaba su delicado cuello mientras tragaba.

—No.

Me abrazó con más fuerza y mi pecho se llenó de emoción. Años de soledad se apoderaron de mí y fueron su olor y su calor los que los sustituyeron. Por primera vez en mi vida, supe que estaba exactamente donde debía estar.

La levanté del suelo de azulejos, sus manos me rodearon el cuello y sus labios rozaron mi nuca.

—Mi *diablo* —musitó, su boca moviéndose contra mi piel—. Me acuerdo de ti. —Lamió mi piel, besando cada centímetro de ella. Y me encantaba.

La llevé a nuestro dormitorio. Sí, *nuestro* maldito dormitorio. Todo era nuestro, pero ella era *mía*.

—Raphael. —Su voz suave y ronca se filtró en cada pedazo manchado de mi alma. Si era su diablo, ella era mi ángel. Cada centímetro de su cuerpo me llamaba. Siempre lo había hecho.

Sus claros ojos azules reflejaban mi propia lujuria y necesidad, mis sentidos consumidos por su dulce excitación.

En cuanto la recosté en nuestra cama, hundí los puños en su cabello y aplasté mi boca contra la suya. Sailor podía ser suave, pero besaba con la misma necesidad feroz que yo. Me apretó con

más fuerza, tirando de mí y presionando su cuerpo contra el mío.

Gemí profundamente en su boca.

—Mi *reina,* dime que quieres esto —exigí.

—Sí —susurró, bajándome los pantalones de pijama. Gracias a los malditos santos que no llevaba bóxer—. Dámelo todo.

Acaricié su culo y me rodeó la cintura con sus delgadas piernas. Necesitaba estar dentro de ella. De un tirón, le arranqué el camisón de satín y el ruido del material al rasgarse llenó la habitación.

—Ese es mi camisón favorito —murmuró contra mis labios.

—Te compraré más —prometí, tirándolo al suelo. Siguieron sus bragas y la empalé de un áspero empujón.

Los dos gemimos al mismo tiempo, y casi me vuelvo loco cuando su calor me envolvió, su coño apretándose a mi alrededor, atrayéndome más y más dentro de su cuerpo. Entonces empecé a empujar, dentro y fuera. Profundo y rápido.

—¡Raphael! —gimió—. ¡Oh, Dios mío! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Eso es, grita mi nombre —ordené con dureza, buscando sus labios. Abrió la boca, acogiendo el empuje de mi lengua. El frenesí y el hambre por ella crecían con cada bocado que probaba. No había forma de calmarlo. Era como si todos los años que la había buscado, que la había esperado, me hubieran convertido en un hijo de puta codicioso que tenía que recuperar el tiempo perdido.

No pude moderar el ritmo y la penetré con fuerza y rapidez. Sus músculos internos se cerraron en torno a mi polla, estrangulándola, haciéndome entrar en un maldito espiral.

—¡Córrete conmigo, *Reina!* —rugí, chocando nuestros dientes. Se tensó, su cabeza cayó hacia atrás contra las almohadas, y enterré mi cabeza en el pliegue de su cuello, marcándola con mis dientes mientras se convulsionaba alrededor de mi miembro. Al mismo tiempo, mi propio orgasmo se descontroló, llevándome a un olvido en el que no existía nadie más que nosotros dos.

Con los dos agotados y mi pene aún enterrado dentro de ella, una paz se apoderó de mí.

«Nunca la dejaré ir».

CUARENTA Y CUATRO

SAILOR

El diablo que me salvó.

Lo he tenido de vuelta durante semanas, y ni siquiera lo sabía. ¿Cómo podría olvidarlo? Me salvó, como lo había hecho Anya.

Apenas recordaba esa noche o esa semana. Excepto la violación de Anya por Lombardo Santos. Fue como si toda la noche pasara a primer plano y mi mente se revelara.

No tenía sentido que me olvidara de ir al club esa noche. Casi me violaron y Raphael me salvó. Sin embargo, lo único que recordaba claramente de aquella noche era al viejo Santos llevándose el último trozo del alma de mi hermana. Esa mirada muerta en sus ojos.

Tal vez fue mi mecanismo de supervivencia. No tenía ni idea, pero no debería haber olvidado a Raphael. O el hecho de que me salvó esa noche. Antes de que una amenaza aún mayor viniera por mi hermana. Aurora trató de convencerme de ver a un terapeuta después de ese día. Me negué. Apenas podía pensar en ello, ni si quiera pensar en hablar. *Quería olvidar*.

Tras la admisión de mi esposo, dormí en su cama. Cada noche. A veces con mi cara sobre su pecho. A veces con su cuerpo acurrucado sobre el mío, sus brazos sosteniéndome contra él. Y siempre con su corazón latiendo en sincronía con el mío.

Hace ocho años, bailé con el diablo. Luego hui, pero *él* me salvó. Después de que las chicas y yo nos fuimos, los acontecimientos dieron un giro a peor, y me di cuenta de que mi diablo era en realidad un salvador. Debería haberme quedado con él.

Esta vez, lo haría.

Al igual que la primera vez que lo conocí, algo en ese hombre me tocaba en lo más profundo del pecho. Era cálido y frágil. Días de momentos tiernos robados y otros duros.

Su boca en cada centímetro de mi cuerpo era el paraíso. Su cuerpo sobre el mío era la tortura más dulce. Su piel contra la mía me marcó para siempre.

Los días eran un borrón. Las noches eran una clara revelación.

El sol brillaba a través de las grandes puertas francesas. El cálido resplandor sobre mi piel me hizo sonreír en sueños y buscar a mi esposo.

La satisfacción me invadía. Sí, aún quedaban cosas por resolver, pero íbamos en la dirección correcta. No tenía ninguna duda de que lo conseguiríamos. Nuestros caminos no se habían vuelto a cruzar para ser separados.

Sentí su mano recorriendo mi cuerpo, sus ásperas palmas contra mi suave piel se habían convertido en otro tipo de consuelo que había llegado a ansiar. Su pulgar rozó mi labio inferior. Separé la boca, lamí su dedo y lo chupé.

—Mi *reina* —gruñó, su enorme cuerpo cubriendo el mío. La ronquera de su voz acarició mi piel, su boca rozó mi cuello y luego me besó. Me derretí contra su cuerpo, recorriendo sus músculos con mis manos.

—Mi *diablo* —murmuré contra su boca. Los latidos de mi corazón zumbaban de felicidad. Al ritmo del suyo, habría podido morir como una mujer feliz en ese mismo instante.

El timbre del teléfono rompió el silencio.

—Ignóralo —sugerí. Me besó la garganta y ladeé mi cabeza. Recorrió mi garganta con la boca mientras el móvil dejaba de sonar. Entonces su boca volvió a tomar la mía. Dura. Húmeda. Posesiva.

Entonces volvió a sonar su teléfono y su frente se posó sobre la mía. Suspiré.

—Supongo que será mejor que contestes.

Se apartó de mí y buscó su aparato.

—¡Más vale que sea importante! —bramó al teléfono.

Me di cuenta de que era malo. Fuera cual fuese el motivo de la llamada, su expresión se ensombreció. No dijo nada, se limitó a escuchar palabras apresuradas en español que no podía oír lo bastante bien como para entenderlas.

Raphael terminó la llamada con una expresión oscura y pasándose los dientes sobre el labio inferior. Estaba *realmente* enojado.

—¿Qué pasó? —pregunté.

No miró hacia mí, su mandíbula se tensó y su mirada se clavó en el horizonte.

—Mi club nocturno, La Reina, estalló.

CUARENTA Y CINCO

RAPHAEL



Mensaje recibido, hijo de puta.

Era un mensaje de Santiago Tijuana. Vino detrás de mí por tomar algo que consideraba suyo. Y ahora que había conocido a Sailor, la quería aún más. Era del tipo que prosperaba consiguiendo lo inalcanzable.

Hijo de puta.

Intentaba incitarme atacando mi club nocturno favorito.

—Lo siento. —La mano de Sailor se posó en mi bíceps—. ¿Alguien resultó herido?

Apreté los dientes.

—Sí, dos hombres y una mujer.

Me mataba saber que gente inocente perdía la vida por mi culpa. Debería haber tenido mejor seguridad en el lugar. Mejores guardias. Algo *mejor*, maldición.

—¿Puedo hacer algo? —Ofreció.

—Sí, quédate aquí. En la isla.

Permaneció conmigo mientras me vestía y luego se puso su propio vestido. Después me acompañó hasta el helipuerto y no pude evitar sentir calor en mi pecho. Sailor no sabía que mi madre siempre intentaba acompañar a su marido y le deseaba un buen día.

Mi padre se reía en su cara y la hacía volver. Hasta que un día dejó de despedirlo.

Me detuve y la giré para que me mirara, luego agarré sus mejillas y acerqué mi cara a la suya.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —musitó, rozando su nariz con la mía.

Acerqué mis labios a los suyos y la besé con fuerza. Sabía tan dulce. Era como darle agua a un hombre que se moría de sed.

—Estaré a salvo.

Diego y Caine se acercaron a nosotros, y el piloto ya había puesto en marcha el helicóptero, con el potente motor rugiendo.

—Tengo que hacerme cargo de sus familias. —Y cazar a la basura de Tijuana.

En menos de treinta minutos, estaba en Miami. Justo cuando aterricé, otro de mis casinos en cenizas. Sí, el maldito calor estaba sobre mí.

—¡Ordena que cierren todos mis negocios! —grité la orden—. Podemos prever que habrá más bombardeos, y no quiero que mueran hombres y mujeres por mi culpa.

Tijuana era un maldito idiota si pensaba que aceptaría esto sin hacer nada. Me tomó una hora, dos llamadas telefónicas y tres hombres para conseguir los detalles de la ubicación del cargamento de droga de Santiago. Y mira, *qué casualidad*, estaba sucediendo en ese momento.

Así que, como otro edificio vacío mío, se incendió, también lo hicieron los diez millones de

dólares en drogas del hijo de puta.

La venganza era una perra, y con gusto volvería a perder cien millones solo por ver llorar a esa zorra de Santiago. Nunca había visto a un hombre llorar tantas malditas lágrimas.

Waaa. Waaa. Waaa. Hijo de puta.

Diego, Caine y yo lo mirábamos desde lo alto del edificio de al lado tirándose de los pelos y maldiciendo al cielo.

—Puedes repartir, pero no aguantar, ¿verdad, zorra? —murmuré, observándolo desde mi torre.

Era hora de acabar con el imbécil. Tal vez su hermano sería un mejor líder.

«Funcionó para el Cártel Santos, ¿verdad?», pensé con una sonrisa sardónica.

CUARENTA Y SEIS

SAILOR

La tensión recorría cada célula de mi ser. Desde que Raphael y sus hombres se marcharon rápidamente, había estado al límite. Vagué por la mansión, de habitación en habitación, desesperada por distraerme. Gabriel estaba totalmente absorto en su juego y no quería distraerlo. Lo último que quería era contagiarle mi pánico.

Intenté trabajar en la redacción que tenía que hacer, pero no podía concentrarme lo suficiente como para terminar una frase, mucho menos un párrafo. Ojalá Raphael me hubiera contado todo lo que sabía. Ojalá estuviera aquí. Con nosotros. Siempre sentí que estábamos más seguros con él aquí.

Mi instinto me advirtió que Santiago Tijuana estaba detrás de las explosiones. Y si lo estaba, eso metía también a mis padres.

Entré en el salón de baile donde se celebró la recepción el día de nuestra boda. Estaba impecable, como si nunca hubiera ocurrido nada. Continué hasta la sala contigua. Un comedor, tan grandioso como cualquier otra habitación de esa mansión.

Al abrir la gran puerta francesa, me encontré con dos guardias. Me saludaron y continué por el camino, alejándome cada vez más de la casa. No tardé en llegar a la playa. Me tumbé en la fina arena blanca y dejé que mis ojos recorrieran el vasto horizonte.

Vivir en ese lugar era como estar presa en un paraíso permanente. Unas vacaciones permanentes, pero pronto tendría que despertar al mundo real. Raphael no podía mantenerme atrapada aquí para siempre. El sitio estaba fuertemente custodiado, con hombres posicionados en cada esquina de la isla. Esa no era la forma en que la gente estaba destinada a vivir.

Tal vez gente como Raphael, pero yo no. Ni Gabriel.

Quería hablar con mi esposo sobre un plan. Teníamos que encontrar la manera de tener una vida normal. Por Gabriel. Por nuestros futuros hijos.

Mi corazón se calmó. *Nuestros hijos.*

Nunca en mi vida había pensado en tener hijos. Sin embargo, en ese momento, con Raphael, lo deseaba. Quería todo con él y Gabriel. Nuestra familia. *Una familia feliz.*

Un movimiento de hojas desvió mi atención del horizonte y lejos de mis pensamientos.

Beatrice.

¿Qué demonios hacía aquí? La encontré de pie, con un bonito vestido blanco que se movía con la brisa. Su hermosa e impecable piel oscura contrastaba con el vestido blanco que llevaba y mis ojos bajaron de mala gana hacia mi propio atuendo. Un vestido rosa fuerte con rayas blancas y verdes, mientras que mi propia piel pálida apenas parecía bronceada.

Odiaba admitirlo, pero Beatrice y Raphael harían una pareja de aspecto llamativo y exótico.

No es que importara. Era mío ahora. Y yo era suya.

Me levanté, me alisé el vestido y me dirigí hacia ella.

No debería estar aquí, no a menos que Raphael cambiara de opinión y no me parecía un hombre que cambiara de opinión fácilmente. El diablo era terco como una mula.

Me acerqué a ella, ignorando el fuerte nudo en el estómago que gritaba que no debería estar aquí. Culpé a mis celos.

—Beatrice —la saludé, deteniéndome a metro y medio de distancia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La expresión siniestra en su rostro debería haber sido mi primera advertencia. Quizá me cegó su belleza. O tal vez intentaba convencerme de que no sentía envidia hacia ella. Había estado con él todos esos años, aunque solo fuera su cocinera.

—He venido a buscarte —anunció. Sí, eso no sonó *aterrador* en absoluto y ciertamente no era el tipo de saludo que había esperado.

—No deberías estar aquí —repliqué—. Raphael no se pondrá contento si se entera de que has entrado sin permiso. —No se movió—. Tienes que irte ahora.

Sus ojos recorrieron todo mi cuerpo.

—Podría tener algo mucho mejor que tú —espetó con amargura.

Mis hombros se pusieron rígidos y levanté la barbilla.

—Aun así, me tiene —señalé fríamente—. ¡Así que por qué no te vas y te metes en tus propios asuntos!

—Raphael sabe lo del acuerdo de *Bellas y Mafiosos*, ¿sabes?

—¿Qué? —pregunté con cautela. Nunca había oído hablar de ningún acuerdo llamado *Bellas y Mafiosos.*

—El que el querido viejo papá de Raphael le compró a Benito King —respondió con suficiencia. Sus palabras no tenían sentido. Mi mente buscó entre los nombres que había encontrado durante mi investigación. Benito King me sonaba, pero no conseguía ubicarlo. Siempre estaba tan centrada en el cártel sudamericano.

Se rio entre dientes.

—Benito King era un jefe del crimen de New York. Tu padre necesitaba un favor que solo un criminal podía hacerle. Y *boom*. Ahí lo tienes.

Una advertencia me atravesó y mis pulmones se apretaron. De repente, todo el aire fresco del mar Caribe no era suficiente oxígeno para alimentar mis pulmones.

—¿Ahí tienes qué? —inquirí—. Lo que dices no tiene sentido.

La miré con desconfianza. Tal vez la mujer estaba drogada.

Soltó una carcajada, del tipo loca. Del tipo siniestro. La había oído mucho cuando crecí cerca de mi padre.

—Veo que no sabes una mierda. —Me tragué el grueso nudo que tenía en la garganta—. ¿Quieres saber cuál era el acuerdo? —curioseó.

Negué con la cabeza, aunque cada fibra de mi ser gritaba que sí. Sin embargo, no quería averiguarlo de ella. De quien fuera, menos ella. Tacha eso. Quería oírlo de Raphael. Si lo sabía, debería habérmelo dicho.

Volvió a reír, una risa del tipo amenazadora.

—El padre de Raphael iba a domar a tu hermana. Justo después de que le diera un heredero, por supuesto.

Chillido. La sangre chorreaba por mi mano. *Chillido.* Marcas de dientes en mi mano, sofocando mis sonidos. *Chillido*.

—¿Domarla? —Con un nudo en la garganta, mi propia voz sonaba distorsionada. Como si me estuviera ahogando en la parte menos profunda de una piscina.

—Sí, para que pudiera ser una puta en uno de los prostíbulos de los Santos —se jactó. Le encantaba infligir dolor—. Anya estuvo de acuerdo, ¿sabes? —continuó, como si estuviéramos hablando de un tema cotidiano. La hermosa boca de Beatrice se curvó en una sonrisa cruel, y supe que se acercaba el golpe final—. Para que tu padre *te* dejara en paz.

¡Anya se sacrificó por mí!

El familiar dolor me recorrió el pecho y luché por respirar. Me ardía la garganta. El pecho me dolía, los viejos cortes me quemaban como el ácido en una herida abierta. Dolía tanto que estaba segura de que tenía que estar sangrando. Bajé los ojos hasta el pecho. Nada.

Volví a centrarme en Beatrice, con la ira y el dolor hirviendo a fuego lento en mis venas. Quería arañar su hermoso rostro, hacerla sangrar y lastimarla. Para que conociera el sufrimiento que sentía. El que sintió Anya.

—¿Cómo sabes todo esto? —Me atraganté con mis propias palabras. Con mi propio dolor.

—A Santiago le gusta compartir información cuando coge.

Sus ojos parpadearon por encima de mi cabeza y seguí su mirada. Los ojos crueles y familiares se clavaron en mí.

Retrocedí un paso, con las manos temblorosas por el miedo familiar.

—Ahí estás.

Antes de que pudiera abrir la boca y gritar, su mano me tapó la boca y un paño me cubrió la nariz. El olor a éter se filtró en mis pulmones. Cloroformo, me di cuenta.

El mundo se volvió negro.

CUARENTA Y SIETE

SAILOR



Meciéndose. Cayendo.

Sentí como si todo el suelo se moviera debajo de mí. Mis párpados se abrieron de golpe y la oscuridad me rodeó. Sin un ápice de luz. Fue entonces cuando me di cuenta de que algo estaba mal. Raphael nunca mantenía la habitación en total oscuridad.

Entonces afloró la última imagen que vi antes de perder el conocimiento. Mi padre me atrapó. Mi pesadilla se hizo realidad. Mis dedos rozaron las suaves sábanas de la cama en la que estaba acostada.

Me encontré con un botón y lo pulsé. Una suave luz parpadeó en la habitación y miré a mi alrededor. El amplio y lujoso dormitorio, bellamente decorado.

Meneo. Meneo.

Con horror, me di cuenta de dónde estaba. En un bote.

Sentada en la cama, me sentía aturdida, pero ignoré la sensación. Tenía que salir de ese lugar. Mis pies tocaron la alfombra de felpa y di dos pasos hacia la pequeña ventana con cortinas.

La luz de la luna se reflejaba en la distancia y brillaba sobre la oscura superficie en movimiento.

Mierda. Mierda. Mierda.

Eso no era bueno. ¿Se llevaron a Gabriel? Todavía estaba en la mansión cuando fui a la playa y la seguridad era pesada alrededor de la casa. Tal vez mi padre nunca se acercó a la casa.

Fui una idiota al salir de casa. En retrospectiva o como sea que se diga esa maldita frase.

El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas y me costaba respirar. El miedo me rodeaba la garganta como un cinturón apretado. Volví a sentirme como aquella niña pequeña, vulnerable y débil. Anya siempre me protegía. No era justo. No debería haberla dejado. Pagó el precio más alto por mí.

Era hora de que saldara esa deuda. Garantizando la seguridad de Gabriel.

El barco avanzaba muy despacio y esperaba que aún estuviéramos cerca de la isla de Raphael.

Alcancé la manija de la puerta de la cabina y la empujé hacia abajo.

Abierta.

La puerta estaba abierta. Eso era una buena señal. ¿Verdad? Salí del dormitorio, fui por el pasillo, luego subí las escaleras y me dirigí hacia la parte delantera del barco. Tenía razón, el barco se movía lentamente.

Un paso. Otro.

La luz parpadeó en una de las habitaciones. Giré la cabeza en su dirección, y fue entonces

cuando por fin lo vi. A mi padre.

Los mismos ojos crueles. La misma sonrisa cruel.

Era mayor, su cabello más fino y las arrugas de su cara más prominentes. Sus gafas ocultaban sus ojos, pero no la crueldad. Llevaba un traje costoso, probablemente para mostrar su dominio. Su pelo platinado, tan parecido al mío, estaba peinado hacia atrás y su complexión parecía más pequeña.

Podría derribarlo. Si tuviera que hacerlo, le rodearía la garganta con mis manos y lo estrangularía.

—Por fin despertaste. —Ronroneó con esa voz que tanto odiaba.

—¿Qué está pasando aquí?

Mi intento de sonar fuerte fracasó. Tenía la boca demasiado seca y la voz demasiado débil.

—Voy a contarte una historia muy interesante, pequeña Sailor —dijo mi padre—. Es sobre ti, tu madre, Anya y yo.

Intenté tragar, pero tenía la boca demasiado seca. Sentía como si tuviera arena en la boca.

—¡Le hiciste daño a Anya! —espeté. Se me revolvió el estómago—. No necesito ninguna de tus historias. Me das asco.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio. Una carcajada siniestra.

—Pero la tendrás de todos modos, pequeña. —Tragué con fuerza, el miedo llenaba mi expresión—. Siempre has tenido miedo de tu propia sombra.

Dios, cuánto lo odiaba. Era el tipo de odio cegador que te hacía cometer crímenes impensables. Podría matar a mi propio padre y nunca perdería el sueño por ello. *Tanto* así lo odiaba.

—¡Violaste a tu propia hija! —siseé, el viejo ácido familiar burbujeó en mi garganta. Era repugnante—. Una y otra vez. Destruiste su infancia. *Nuestra* infancia. —Su mirada cruel me recorrió con asco, como si estuviera evaluando un trozo de basura bajo sus pies—. ¡Eres un asqueroso pedazo de mierda! —reviré—. Estás enfermo de la cabeza y el día más feliz de mi vida fue cuando me alejé de ti y de mamá.

Suspiró con angustia fingida.

—Anya nunca fue mi hija. —La admisión fue como una bomba detonando.

—¿Qué-é? —tartamudeé, con la confusión claramente reflejada en mi rostro.

—¡Significa que Anya no era mi maldita hija! —escupió—. ¿Casarte con el maldito Santos te convirtió en una idiota?

Los ojos de mi padre me recorrieron y me costó todo lo que pude no poner las manos delante de mí para tapar todo lo que pudiera.

—¿Soy tu hija? —*«Di que no. Di que no»,* rogué para mis adentros.

Debió de ver la expresión de nostalgia en mi rostro porque me dedicó una sonrisa tensa.

—Eres mía. —*Extinguida*. Fue una esperanza fugaz—. No creerás que te habría dejado escapar si no fueras mía. —El veneno y la insinuación en su voz eran inconfundibles, y juré que mi tez se había vuelto mortalmente pálida.

—¿Quién es su padre? —cuestioné, pero permaneció en silencio—. Tu hija o no, ¿cómo pudiste lastimar a Anya de esa manera?

—¡Porque su padre tocó algo que me pertenecía! —bramó—. Su madre aprendió desde entonces que fue un error. Estaba acostumbrada a la vida de la clase alta. Aunque fue demasiado tarde. Quedó embarazada. Con esa maldita bastarda que tuve que criar como si fuera mía.

—No la criaste —siseé—. La torturaste. Hiciste de nuestras vidas un infierno. Deberías habernos abandonado. Deberías haberla dejado encontrar una familia que la quisiera.

Se rio.

—Pero mira, pequeña, para entonces ya tenía un contrato firmado. Tenía a Benito King contratado para matar a un hombre a cambio de una hija. El acuerdo entre *Bellas y Mafiosos* era inquebrantable. Y quién mejor para pagarlo que Anya.

El odio cruzó mi expresión y se deslizó por mis venas. Ocho años lejos de mi padre no fueron suficientes. Los ocho años lejos de él no compensaban los primeros dieciocho que viví con miedo. Por Anya y por mí.

Entonces comprendí sus palabras. El contrato era por una de sus hijas. Pero Anya no era suya.

—¡Los engañaste! —reviré.

Una expresión de suficiencia en su cara me decía que estaba satisfecho de sí mismo. Tanto, que quería apuñalarlo en el corazón. Una y otra vez. Como Raphael cuando mató a su primera víctima.

—Lo hice. —Se regodeó—. Y le dije a Anya que, si no arrastraba su culo hasta el viejo Santos, te pondría en riesgo. Quería protegerte a toda costa. Todo se trataba de ti para ella. Le di instrucciones específicas. Quería que lo vieras. Funcionó mejor que cualquier látigo contra tu piel.

El horror entró en mis ojos. Mi padre era Satanás reencarnado. No había otra explicación para ello.

—Era una niña. Una inocente.

Se rio. Como si destruir una vida humana fuera una broma.

—Nunca fue inocente. Nació del pecado y murió del pecado.

Parpadeé.

—Eres un enfermo.

Una mano me cruzó la cara, la bofetada me hizo caer de rodillas. Me zumbaban los oídos y me ardía el rostro. La mejilla me estalló de dolor. Las lágrimas me escocían en la parte posterior de mis ojos y necesité toda mi voluntad para evitar que cayeran. Me negaba a llorar delante de nadie.

Parpadeé y levanté la cabeza. Fue entonces cuando vi a Santiago Tijuana.

Una burla salió de mis labios.

—Debería haber sabido que no podrías hacer esto tú solo —pronuncié las palabras, aunque mi voz tembló de emoción—. ¿Qué pasó con tu odio a los hispanos, *padre*?

Nuestras miradas ardían, chocando la una contra la otra. Sabía que lo odiaba. Ya no me molestaba en ocultarlo.

—¡Te cogiste a un hispano! —espetó mi padre—. ¿Qué es otro más?

—Raphael es *mi* esposo. Y te destruirá. —Intenté desesperadamente mantenerme fuerte—. ¿Dónde está mi hijo?

«Por favor, que no lo tengan». Si hubiera un Dios, no permitiría que estos hombres pusieran sus sucias garras en alguien tan inocente.

—No te preocupes, también iremos por él —intervino Santiago. Solté un suspiro de alivio. Significaba que no lo tenían.

«No, no lo tendrás». Mantendría mi promesa a Anya. Raphael lo protegería.

—¿Cómo encontraste la isla de Raphael? —pregunté, ganando tiempo.

Necesitaba encontrar una forma de escapar de esos monstruos.

—Beatrice estaba más que feliz de compartir la ubicación —expresó mi padre, satisfecho de sí mismo—. Corrió a la cama de Santiago, se lo folló y le pidió ayuda para quitarte de en medio.

—Tuvimos que deshacernos de ella, por supuesto —agregó Santiago—. Sin testigos.

Ni siquiera pude reunir fuerzas para sentir lástima por ella, porque se lo buscó.

—De acuerdo, ahora la historia —murmuró mi padre, mientras alargaba la mano para apartarme un mechón de cabello de mi cara. Alejé mi rostro, su toque me ponía los vellos de punta—. Érase una vez, una época cuando tu madre estaba prometida a mí.

Puse los ojos en blanco.

—Qué historia más aburrida.

Esta vez mi mejilla derecha explotó.

—La paciencia es una virtud —gruñó mi padre. *A la mierda la paciencia*, pero sabía que no debía decir esas palabras—. De todos modos, tu madre se acostó con un cualquiera y quedó embarazada.

—Vaya, eso debió haber dolido —escupí—. Embarazada por un tipo común.

Santiago Tijuana dio otro paso amenazador, pero padre levantó la mano, indicándole que estaba bien.

—Sí, un tipo común hispano. Se llamaba Miguel, si mal no recuerdo. Un trabajador de la construcción, renovando nuestra futura casa—. Y su odio por los hispanos finalmente tenía sentido. No es que me importara una mierda. Quería ver a mi padre muerto.

Entonces se filtraron sus palabras. Dijo *se llamaba*.

—¿Qué quieres decir con que *se llamaba* Miguel? ¿Ya no está por aquí?

Se rio, de una forma espeluznante.

—Sí, fue mi primer asesinato. Es la razón por la que contraté a Benito King. Para deshacerme de él. El hombre no tenía escrúpulos. Como Miguel corrió a esconderse aquí en Miami, Benito se arregló con el viejo Santos para cazarlo y hacer que lo mataran. —Tragué saliva. El padre de Raphael mató al padre de Anya. El padre de Raphael violó a Anya. ¿Dónde terminaba todo esto? —Hubo ironía en la forma en que Anya terminó bajo él, ¿no?

Una sensación nauseabunda crecía en mi estómago a cada segundo.

La sonrisa en su cara me dio la respuesta.

—Poético, ¿verdad? Padre e hija destruidos por el mismo hombre. Por mí. El viejo Santos fue solo mi herramienta. Y la mejor parte fue que el pago fue Anya. Ni siquiera era mi hija.

—¡Enfermo hijo de puta! —siseé, dando un paso adelante, dispuesta a empujarlo y derribarlo. La expresión de mi padre se tornó feroz y sacó una navaja de alguna parte, con un leve movimiento la abrió.

Un solo corte. Presioné mi mano contra el filo, un líquido caliente manchó mis dedos. *Sangre.* El color de la sangre era rojo. Igual que mi odio por ese hombre.

—Cálmate, Sailor —se burló papá—. ¿No te he enseñado que controlar tu temperamento lo es todo? Enséñale una lección, Santiago —ordenó, mientras sus ojos parpadeaban a mi lado. Otro golpe en la mejilla y me mordí la lengua con tanta fuerza que pude sentir el sabor metálico de la sangre.

—No me has enseñado una mierda —gruñí, sujetándome la mejilla y parpadeando para alejar las lágrimas. Demonios, no lloraría delante de él—. A menos que quieras contar “lo que no hay que ser” como parte de tus enseñanzas. Violador. Acosador sexual. Depredador de niñas.

Chasqueó la lengua ante mi discurso.

—¿Quieres saber cuál es la mejor parte? —continuó, ignorando mis acusaciones.

—La verdad es que *no.*

—Te lo voy a decir de todas formas —dijo satisfecho. Mi padre se quitó las gafas y las limpió como si estuviéramos hablando de las noticias del día. No de sus pecados—. Cuando tu

marido vino de visita, sacó a colación el contrato que incumplí con el viejo Santos. —Se me heló el corazón y supe que sus siguientes palabras me destrozarían. Podía verlo en su expresión feroz y satisfecha—. Me exigió que lo cumpliera entregándote a él. Sabía que Anya no era mía y engañé a la familia Santos con el contrato. Supongo que la manzana no cae lejos del árbol. Tu esposo es igual que su padre. Raphael Santos quería comprarte.

Bum-bum. Bum-bum. Ahí fue mi corazón.

CUARENTA Y OCHO

RAPHAEL



—Envía todo lo que tengas.

Caine terminó la llamada, con la boca en una línea sombría.

Hacía dos días que no veía a mi esposa y me parecían dos años. Tenía ganas de volver a casa. Con ella y Gabriel. Sin embargo, todo lo que estaba haciendo era perseguir mi propia maldita cola aquí en Miami.

Sin embargo, era importante que visitara a las familias de mis empleados muertos. Al menos les debía eso. Estaba terminando la visita a la última familia de mis empleados fallecidos. Pero en el momento en que los ojos de Caine encontraron los míos, instantáneamente me puse en alerta máxima.

Hizo falta toda la educación de mi madre para permanecer inmóvil y seguir ofreciendo consuelo. Entonces busqué al hermano menor de la familia colombiana. El chico tenía quince años.

—¿Raúl?

Dio un paso adelante.

—Sí, señor.

—Lleva a tu madre adentro —ordené—. Dile a la funeraria que me envíe todos los gastos. Voy a establecer un fideicomiso mensual para tu familia.

Su espalda se puso rígida y el joven se enderezó hasta alcanzar toda su estatura.

—No queremos caridad.

—No es caridad —repliqué—. Es una deuda.

Sacudió la cabeza.

—Voy a conseguir un trabajo y...

—Terminarás la escuela —interrumpí, viendo la expresión destrozada en el rostro de su madre. Acababa de perder a un hijo, no tenía por qué temer perder otro—. Entonces irás a la universidad. Ni tú ni tu madre se quedarán sin nada. Me aseguraré de ello. —Cuando abrió la boca para protestar, continué—: Entonces, cuando termines la universidad, si todavía quieres trabajar, vienes a buscarme. ¿Entendido?

Vi cómo madre e hijo entraban en la pequeña casa y luego me acerqué a Caine.

—¿Qué pasa? —inquirí, mientras me invadía un frío pavor.

Podía hacer que los trajeran aquí, pero la amenaza era mayor aquí que en la isla.

—Sailor se ha ido. —Simples palabras. Un efecto en cadena—. Nadie sabe dónde está.

—¿Gabriel? —siseé. ¿Me dejó, demonios?

—Él no... —Se detuvo, mirándome fijamente—. Todavía está en la casa.

Si Gabriel seguía en la casa, eso significaba que alguien se había llevado a Sailor. Nunca lo dejaría atrás. Apostaría mi vida en eso. Pero, por otro lado, el significado de esa afirmación me golpeó con fuerza.

—Alguien se la llevó —siseé—. Nunca lo dejaría.

Asintió con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio? —La ira me arañó el pecho. Me hervía la sangre. No obstante, tenía que mantener la cabeza fría. Tenía que encontrar a mi esposa—. Hace tres horas. Se fue a la playa y no volvió.

—¿Quién es el traidor? —Limpiaría a todos mis malditos hombres, hasta encontrar al hijo de puta que pensó que traicionarme era una buena idea.

—Beatrice.

¡Mierda! Por darle a la gente una segunda oportunidad en la vida. Más valía que esa zorra se escondiera, porque cuando le pusiera las manos encima sería una *zorra muerta*. Caine debió de leer mi expresión, porque añadió:

—Encontraron su cadáver en la playa.

No podía pensar en esa perra. Eligió su bando. La rabia me invadió al pensar en Sailor herida. ¿Con quién me traicionó? ¿Con el padre de Sailor? ¿Tijuana? ¿Con quién demonios?

—Deben habérsela llevado en barco. Que Diego busque todos los ángulos de vigilancia.

—Ya está en ello.

Infierno.

Lo dominaba. Incluso prosperaba en él. Sin embargo, esto era mucho peor.

Mi reina se había ido.

Me quedé en medio de mi mansión sin poder respirar. Incapaz de moverme. La necesitaba. No había *necesitado* nada en mucho tiempo, pero *la* necesitaba.

El mensaje de texto que acababa de recibir era claro.

Santiago Tijuana y su padre la tenían.

Con un movimiento rápido, lancé el teléfono al otro lado de la habitación y se hizo añicos contra la puerta de cristal de la vitrina. Los trozos de cristal volaron por el suelo de mármol.

Todos mis sentidos estaban dominados por miedo.

Miedo por *ella*. Miedo a *perderla*.

—¡Mataré a cada uno de esos hijos de puta! —Malditos imbéciles.

Indefenso. Asustado.

Hacía tanto tiempo que no experimentaba esas emociones, que me sabía diferente a como las recordaba. Solía estar relacionado con el bienestar de mi madre. Sin embargo, la sensación en ese momento era mucho peor. Tenía cada músculo de mi cuerpo retorcido en nudos.

—Lo siento, *Reina.*

Quemaría este maldito estado hasta los cimientos. De una forma u otra, la encontraría.

CUARENTA Y NUEVE

SAILOR

Estaba segura de que moriría aquí. Sin nada más que la oscuridad para tragarme entera.

Me pesaban los párpados. Me dolía todo el cuerpo. El olor a podredumbre, sal, metal y orina se mezclaba en el aire. Me senté en la cama y me apoyé contra la pared, rodeándome con los brazos. Hacía frío y estaba oscuro.

Gritos espeluznantes recorrieron el aire. Los horribles sonidos me hicieron sentir miedo.

Chillido. Chillido. Grito.

Mis gritos. Mis brazos se apretaron a mi alrededor y empecé a balancearme adelante y atrás. De un lado a otro. Luché contra el impulso de gritar para que se detuvieran.

En lugar de eso, me llevé la mano a la boca y mordí mi carne. Con fuerza. Un líquido caliente se deslizó por mi piel, el olor metálico me resultó familiar.

De eso estaban hechas las pesadillas. Qué irónico que mi vida acabara de la misma forma que empezó.

Santiago aún no me había violado. Pero se acercaba el momento. Podía sentirlo con cada segundo que pasaba.

Otro grito. Otra chica. Un terror diferente.

Mi mirada se desvió hacia la puerta de acero y recé en silencio para que permaneciera cerrada. Aunque eso solo prolongó las largas y tortuosas horas. Tal vez habían sido días; no sabría decirlo.

Intenté no pensar en Raphael porque me dolía. Me dolía tanto que pensé que me habían desgarrado el pecho. Sabía que su padre intentó quebrar a Anya y no me dijo *nada.* Sabía lo del contrato. Sabía que Anya no era hija de mi padre. Intentó convertirme en un contrato.

Sin embargo, no me dijo *nada*.

Quería gritar mi rabia. La traición. En lugar de eso, mantuve todo hirviendo dentro de mí.

Me ardía la garganta. Me picaban los ojos. Me zumbaban los oídos.

La puerta se abrió y el pánico se apoderó de mi pecho cuando miré en su dirección.

—He venido por ti, pequeña. Mi princesa de hielo.

No podía moverme. El olor nauseabundo de la habitación oscura y la podredumbre me daban ganas de vomitar, excepto que no me quedaba nada en el estómago. Era una pesadilla. Había aprendido a respirar ese miedo de no saber cuándo llegaría el próximo azote.

A Santiago Tijuana le encantaba mofarse de mí.

Ese fue el sabor del terror que Anya soportó durante toda su vida. Los minutos se convirtieron en horas. Las horas se convirtieron en días y noches.

Los hombros me ardían del dolor, la cabeza me latía con fuerza y la vista se me nublaba.

Podría morir aquí. Lágrimas silenciosas se mezclaron con el sudor de mi cara.

El agotamiento pesaba en mis pulmones y en mis huesos, pero aún encontré fuerzas para maldecir mi propia estupidez. Anya hizo que su sacrificio por mi vida no valiera nada porque al final, era demasiado débil para luchar.

«No tenía ni idea de dónde estábamos. En el sótano. En algún lugar del Caribe», pensé.

Tictac.

Perdí la noción del tiempo. El sótano estaba oscuro, sin ningún atisbo de luz. No había ventanas. La desesperación sustituyó mi miedo a la oscuridad. Cada hora estaba más débil y desesperada.

Morir sería un respiro bienvenido.

Pero seguí luchando. Seguí respirando, mi mente se revolvía ante la idea de rendirme.

Me mordí el labio esperando otro latigazo. No llegó. Pero mi cuerpo se negaba a relajarse. Mi mente sabía que el dolor llegaría. Quizás había alcanzado el punto de insensibilización y ya nada me dolería. Perdí la cuenta después de veinte.

Crack.

Grité cuando el látigo me azotó la espalda. Santiago me tiró del cabello y echó mi cabeza hacia atrás. Su aliento me revolvía el estómago. Luché por respirar e intenté desesperadamente apartarme de él.

Necesitaba espacio para respirar.

La boca de Santiago se aplastó contra la mía. Me subió la bilis a la garganta. Odiaba su toque. Odiaba todo de él. Lo mordí. Con fuerza.

Gritó, alejándose de mí de un salto como si lo hubiera quemado. Mi cabeza cayó hacia adelante y le siguió un fuerte puñetazo. El dolor estalló en mi cráneo. Unos puntos negros se agolparon en mi visión. Parpadeé.

—Tal vez iremos a por tu hijo —se mofó—. ¿Qué tan rápido te romperás entonces?

El pánico en el pecho me asfixiaba. La falta de oxígeno en mis pulmones me mareaba. O tal vez era por la falta de flujo sanguíneo.

Gritos en la distancia. Alguna pobre alma soportando algo que estaba segura que llegaría a mí.

—Pronto será tu turno —prometió Santiago, confirmando mis pensamientos.

Me palpitaba la cabeza. La vista se me nublaba. El miedo estalló en mi pecho, no obstante, la esperanza aún persistía. Raphael protegería a Gabriel. Quizás yo no le importaba, pero Gabriel sí. Nunca le pondrían las manos encima. El legado de Anya viviría a través de él.

—Ese desgraciado de Santos te tuvo primero. —La amargura en la voz de Santiago era inconfundible—. Eras mi pago y ahí fuiste abriéndote de piernas para la basura de Santos.

Crack.

Otro latigazo atravesó mi piel.

—Puede que *él* te haya cogido, pero *yo* voy a romperte.

Un sollozo ahogado brotó de mi garganta, pero me lo tragué rápidamente. Anya nunca le daba a mi padre la satisfacción de llorar. Tampoco le daría esa satisfacción a este imbécil.

Fue entonces cuando lo sentí. Sus carnosas y asquerosas manos entre mis muslos, separándolos. Su pelvis moviéndose contra mí.

Sacudí la cabeza. *No. No. No.*

Moví la boca, aunque no salió ningún sonido. *«Por favor, no»*.

Sus dedos se acercaron. La bilis se me subió a la garganta, un escalofrío repugnante me recorrió la espalda y la piel se me puso de gallina.

No. No. No.

Otro centímetro y rozó mi entrada. Me aparté de un tirón, aunque no tenía a dónde ir. No podía huir de sus dedos sucios y asquerosos. No estaba Anya para salvarme.

Me obligó a separar más las piernas y luché contra él. Con fuerza. No lo suficiente.

Su otra mano me agarró del cabello y lo echó hacia atrás, haciéndome estallar el cuero cabelludo de dolor.

—¡Para! —Gimoteé.

Se negó, empujando sus dedos dentro de mí. Un grito salió de mis labios y, una vez que empecé, no pude parar. Grité hasta que me ardieron los pulmones, hasta que la garganta se me puso en carne viva y, mientras tanto, las lágrimas rodaban por mi cara, el escozor era un dolor bienvenido.

Metió los dedos y el dolor me invadió, me consumió. Sentía su aliento rancio contra mi cuello y su dura longitud presionando mi espalda. Respiraba fuerte, entrando y saliendo, frotando su pene contra mí, gruñendo.

Me quedé inmóvil y pensó que había ganado. Escuché una risita victoriosa, pero mi cuerpo permaneció inmóvil. Hasta que estuvo exactamente donde necesitaba que estuviera. Su cabeza detrás de la mía, su boca contra mi oído.

Eché la cabeza hacia atrás y nuestros cráneos chocaron. Las estrellas se agolparon en mi campo de visión y maldijo, golpeando mi cabeza contra la pared con el puño. Sentí un líquido caliente. Suyo o mío, no lo sabía. Me esforcé por ver. Los puntos se agolpaban en mi visión, la negrura bailaba, tentándome al olvido.

Entonces su mano se enroscó alrededor de mi garganta.

—No me extraña que tu papá no te quisiera. ¡Maldita puta!

—Me importa una mierda mi padre. —Jadeé, aferrándome a mi consciencia con desesperación. Su agarre alrededor de mi cuello se hizo más fuerte.

«Me estoy muriendo». Me estaba asfixiando. Recé por el olvido. Por alivio. Para poner fin a este sufrimiento. Pero no mientras él estuviera en la habitación.

Anya soportó años de tortura. Para mí solo habían sido días, tal vez, y estaba lista para sucumbir.

¡Pelea! Casi podía oír la voz de Anya. *¡Lucha, maldición!*

Su agarre se aflojó y el aire volvió a mis pulmones. Y también más lágrimas. Rodaron por mis mejillas sin mi permiso, y el escozor siguió su camino. No necesitaba un espejo para saber que tenía la cara llena de cortes y moretones.

—¡Una puta! —Santiago bramó las palabras con asco. Dio dos pasos hacia adelante y me agarró la barbilla, apretándome demasiado la mandíbula mientras me sacudía la cabeza hacia la izquierda—. Para cuando termine contigo, estarás gritando mi nombre.

Y lo único que podía hacer era esperar.

CINCUENTA

RAPHAEL

Cuatro días.

Cuatro putos días sin ella y estaba a punto de perder la maldita cabeza. No podía dormir, no podía descansar. Mi temperamento era corto y mortal. La única vez que mantuve alguna apariencia de cordura fue cuando Gabriel estaba cerca de mí.

Y lo hice por mi esposa. *Solo* por ella.

El cielo sin estrellas me cubría mientras dirigía a mis hombres hacia Cuba.

Alexei, Nico y Sasha también vinieron. Mi hermana Bella, Vasili y Aurora se quedaron en mi isla para proteger a Gabriel.

Cada minuto desde que se la habían llevado había sido angustioso. Localicé el barco que el padre de Sailor y Santiago usaron para llevarse a Sailor. Busqué en todos los malditos botes en los que pude poner mis manos. El padre de mi mujer no tenía un bote. Tampoco el cabrón de Santiago. Así que obtuve registros de venta de barcos, así como contratos de alquiler recientes.

Y finalmente encontré al hijo de puta que lo hizo. El pedazo de mierda ya no tenía un bote para vender.

Y gracias a Dios por Nico. Solo gracias a su incansable búsqueda pudimos seguir la trayectoria de la embarcación. Tuvo que hackear varios satélites gubernamentales, incluido el de Cuba, para seguir el bote hasta su destino final.

Contratamos lanchas pesqueras para que nos ofrecieran un camuflaje. Digamos que esos pescadores estarían bien durante los próximos cinco años. Necesitábamos pasar de incógnito y eran la mejor forma de entrar. La única munición era la que podíamos cargar.

Estábamos a un kilómetro y medio de la costa.

«Ya voy, Reina. Aguanta».

En cuanto los pescadores engancharon las cuerdas a la costa, salté del bote y mis hombres me siguieron rápidamente. La falta de sueño tenía mi cabeza nadando. Pero no podía detenerme en ese momento. Necesitaba llegar hasta mi esposa.

Una vez que la tuviera de vuelta, entonces dormiría. Con ella en mis brazos.

Mis ojos recorrieron a mis hombres. Diego y Caine a mi lado, como siempre.

—Es hora de moverse. Recuerden el plan. El equipo A se encargará de los guardias. El equipo B es de búsqueda y rescate. Cualquier víctima—. Les lancé una mirada a todos—. Traeremos a mi esposa a casa.

No podía permitir que la duda se colara en mi mente. Me haría pedazos. Tenía que mantener la calma.

Por ella. Por Gabriel.

Los ojos de Alexei se encontraron con los míos.

—Si tuviera que adivinar, diría que la tienen en un sótano.

Era una buena suposición. Y oí rumores de la aversión de Alexei por los sótanos.

—Revisaré los sótanos con Sasha. —Le ofrecí una salida.

—También iré —dijo con voz fría. No había tiempo que perder.

Una breve inclinación de cabeza y nos pusimos en marcha.

Metí mi pistola en la cintura del pantalón y subí por el sendero que conducía a la pequeña fortaleza. Un arcaico complejo militar del antiguo régimen. ¿Adivina quién lo compró? El hijo de puta de Santiago Tijuana. Iba a deberle a Nico toda una vida de favores por toda su ayuda para localizar a Sailor, favores que pagaría con gusto. Una y otra vez.

Pero, primero, tenía toda la intención de arrasar ese lugar antes de irme de este agujero de mierda.

———

A través de los muros de piedra rotos, encontramos nuestro camino a un patio.

Y fue entonces cuando se desató el infierno. La explosión sacudió la isla, haciendo que pareciera que el suelo se derrumbaba bajo nosotros. Las paredes de los edificios temblaron y los gritos llegaron de todas direcciones.

—Hay mujeres adentro —siseó Sasha.

Corrí hacia el edificio, con mi grupo de hombres detrás.

Entonces estalló otra explosión y grandes trozos de piedra se esparcieron por el aire. Los hombres nos disparaban desde todos los ángulos. No aflojamos el paso y les devolvimos los disparos mientras avanzábamos.

El tiempo era esencial.

Recargué mi arma en movimiento mientras Sasha y Alexei me cubrían, devolviendo los disparos a los desgraciados.

—¡Estos hombres están disparando demasiadas balas a nosotros! —reviró Sasha—. Nunca lograremos entrar así.

Había cuatro puertas, cada una de las cuales daba a un edificio distinto.

—¿Cual edificio? —Nico gritó.

—Nos separaremos. —Miré a los hombres del grupo—. Dos cada uno. Si encuentran prisioneros, llévenlos a los botes. En cuanto localicen a mi esposa llámenme por radio y nos largamos de aquí.

—Sasha y yo iremos contigo —sugirió Alexei.

—De acuerdo. —Me giré hacia Caine y Nico—. ¿Pueden ustedes dos guiar a los demás?

Sin preguntas. Sin retrasos. Todos corrimos en direcciones diferentes.

Entré por la puerta más lejana a la izquierda. En el momento que irrumpí, pude ver que el edificio estaba en peor estado de lo que había pensado en un principio. Había dos pisos, pero faltaban la mitad de los escalones, y no creí que la explosión se los hubiera llevado.

Compartí una mirada con Alexei.

—Pues el sótano será —murmuré.

Continuábamos por el oscuro pasillo que nos conducía más profundamente al sótano. Estaba húmedo, el olor a sangre, orina y moho llenaba el aire. Las ásperas paredes de piedra hacían que el pasillo pareciera más pequeño de lo que era. O tal vez nuestros grandes cuerpos no encajaban aquí, ambos teníamos que agachar la cabeza para pasar por ciertas secciones.

Cuando llegamos al final del pasillo, vimos una única puerta de hierro que parecía una jaula de los viejos tiempos de los gladiadores.

A cada paso que dábamos, los gemidos se hacían más fuertes. Los tres compartimos una mirada, con las armas preparadas en las manos.

Un paso. Otro. Y otro.

Fue entonces cuando las vi. Acurrucadas en la oscuridad. Un grupo de cinco mujeres, escondidas en el rincón más oscuro de la habitación. El hedor era insoportable.

—Demonios —siseé. Eso era malo.

—Denle la espalda a la puerta —ordené. Como ninguna se movió, se los repetí en español. Una fugaz mirada compartida y obedecieron.

Sasha puso el pequeño explosivo en la puerta. Los tres nos alejamos y nos cubrimos. *Boom.*

Fue lo suficientemente fuerte como para romper la cerradura de la puerta. Nos apresuramos a atravesarla. Recorrí todos los rostros, buscando los ojos azules que me robaron el corazón. No estaba aquí.

—No está aquí. —Sasha reflejó mis pensamientos.

—Saca a las mujeres de aquí.

—Raphael, es un callejón sin salida. No puedes quedarte aquí. Harás que te maten. — Intentó razonar Sasha. Pero irme sin ella no era una opción.

—No me iré sin ella —dije entre dientes—. Voy a revisar el extremo sur del edificio. Ustedes saquen a las mujeres de aquí.

Alexei no tenía muy buen aspecto. El frío ruso, habitualmente inmóvil, tenía sudor en las sienes. No necesitó otra indicación, empezó a apresurar a las mujeres hacia la puerta. Era un hijo de puta escalofriante y, en su estado, no estaba seguro de si las estaba asustando aún más.

Un tirón en mi manga me hizo detenerme y bajar la mirada. Una mujer de un metro y medio estaba frente a mí, con el miedo claramente reflejado en su maltrecho rostro. No tendría más de veinte años y sus extraños ojos me miraban fijamente.

Señaló hacia la pared sur y seguí su dedo, pero no entendí lo que intentaba decir. Miré a Sasha, preguntándome si había visto algo que yo no. Se limitó a encogerse de hombros.

—Cabello blanco. —Carraspeó y mi espalda se tensó. Señaló el mismo lugar. ¿Estaba Sailor aquí? No podía ver a nadie.

Me dirigí hacia el área. La esquina estaba vacía, pero fue entonces cuando la vi. La grieta en la pared. Miré por encima del hombro y me encontré con los ojos de la joven. Asintió.

—Gracias. —Un asentimiento de reconocimiento—. Sasha, ayuda a tu hermano y lleva a las mujeres a un lugar seguro. Continuaré aquí.

—No puedes...

—No te pregunté qué puedo hacer —respondí entre dientes. Encontraría a Sailor, viva o muerta. Irme sin ella no era una opción—. Lleva a las mujeres a un lugar seguro. Si no regreso, he hecho arreglos. Caine se quedará con Gabriel. Alexei ya me dio su palabra de que lo acogería.

Aurora y Alexei cuidarían de él como si Gabriel fuera suyo.

La mandíbula de Sasha se tensó. No estaba de acuerdo con mi decisión. No lo entendería hasta que encontrara a su propia mujer.

—Volver a casa sin su cuerpo no es una opción —agregué.

—¿Qué les pasa a todos ustedes volviéndose estúpidamente locos por sus mujeres? — murmuró, y luego me dedicó una sonrisa—. Será mejor que vuelvas. Porque nuestro bote no se irá sin ti.

Saqué otro detonador y lo empujé contra la puerta. Sasha se apresuró a salir con Alexei y las

mujeres, empujándolas hacia la entrada. Cuando el último salió de la habitación, la explosión estalló y sacudió las paredes del edificio.

Me estaba quedando sin tiempo. Podríamos acabar enterrados aquí si tenía que usar un detonador más. Cuando el polvo se asentó, pude ver el camino a otro pasillo. Más oscuro. Más ominoso.

Recargué mi arma y atravesé los escombros y las piedras. En cuanto entré en el espacio, pude ver que había puertas a cada lado de la pared. El frío pasillo de piedra era mucho más grande en ese lado, abriéndose de vez en cuando a un espacio más amplio donde se alojaban más celdas.

Algunas celdas vacías. Otras llenas de cadáveres. Ojos sin vida de mujeres jóvenes. Vidas truncadas.

—¿*Reina*? —rugí. Podía sentir el entumecimiento que me invadía, el viejo miedo a perder algo precioso que crecía con cada paso que daba. Entonces llegué a otro conjunto de escaleras. Que conducían más abajo en la suciedad.

Al infierno.

¡Qué jodidamente apropiado!

Seguí los escalones en espiral, que me llevaban cada vez más abajo, a los pozos de la oscuridad y el infierno. El polvo y el moho parecían más pesados ahí abajo. El olor a sangre dominaba todos los demás olores.

Fue al llegar al último escalón cuando por fin la vi.

Mi corazón negro dejó de latir.

Todo el aire salió de mis pulmones de golpe. En ese momento supe que no era nada sin ella. No podría vivir sin ella. Quemaría este maldito mundo por ella.

Estaba encadenada, de cara a la pared, con el cabello rubio platinado apenas reconocible. La suciedad y la sangre lo manchaban. Aquella melena que normalmente brillaba como el oro platinado le colgaba suelto por la espalda, con partes pegadas a la piel, ocultando parte de su espalda azotada y ensangrentada.

El dolor que me atravesó fue tan profundo como las marcas de látigo en su espalda.

«Por favor, no dejes que la pierda», recé por primera vez en mucho tiempo a todos los santos a los que les rezaba mi madre.

Mi esposa colgaba, abierta de piernas, con los brazos y las piernas encadenados y la ropa rota en irreconocibles andrajos. Su pálida piel era un lienzo de suciedad, moretones y sangre. Su cabeza colgaba suelta, como la de un ángel roto.

Tenía los brazos, la espalda y las piernas llenas de cortes, y en ese momento los sentí como si fueran míos. Demonios, deseaba que lo fueran para que se salvara. No se había movido.

Su cuerpo estaba mortalmente quieto. Demasiado inmóvil.

Acorté la distancia que nos separaba.

—*Reina.* —No sentí que mi boca se moviera, pero su nombre salió de mis labios una y otra vez. Desabroché una cadena, su frágil cuerpo cayó en mí—. Aguanta, *Reina.* Te llevaré a casa.

Su cuerpo estaba frío. *Demasiado frío*. Me apresuré a desabrocharle el otro brazo. Tenía la piel húmeda, los ojos cerrados y su hermoso rostro desgarradoramente magullado. Apreté los dientes, con una combinación de miedo y rabia deslizándose por mis venas.

Acerqué mi cara a la suya, con el terror llenándome el pecho. Sus labios estaban azules. Azul pálido. El único color que tenía era el de la sangre y los cortes morados.

Sonó un suave jadeo. *El suyo*. Como un destello de luz en la oscuridad del infierno, me aferré a él. Era el mejor sonido que alguna vez había oído. No estaba muerta. Podía sentir el leve subir y bajar de su pecho. Manteniendo su cabeza levantada con una mano, apreté mi boca contra su

frente.

—¡No te me mueras, maldición! —gruñí, con la voz ronca y temblorosa—. Por favor, *Reina.* No te mueras.

Sus ojos se abrieron, la opacidad de sus azules me golpeó justo en el pecho.

—M…mi *diablo.* —Su voz se quebró y una sola lágrima rodó por su rostro lleno de moretones—. Viniste por mí.

—Siempre. —Mierda. Mi garganta se apretó y mi corazón sangró. *Diablo* nunca lloraba, pero por ella, podría hacerlo—. Siempre vendré por ti, *Reina.* ¿Qué es un *diablo* sin su reina?

Sus ojos se cerraron y, a continuación, un ataque de tos sacudió su cuerpo. Disparé a las cadenas que sujetaban sus piernas, desintegrándolas, y su cuerpo se sacudió. La rodeé con los brazos para no dejarla caer.

Su frágil forma golpeó mi pecho y juraría que mi corazón se rompió en ese momento. Al ver el estado de su cuerpo. Estaba inerte en mis brazos. Perdió el conocimiento, probablemente buscando alivio en el olvido.

Nunca debería haber experimentado eso. Debería haberla protegido mejor.

Estaba demasiado absorto cuidándola cuando un fuerte brazo me rodeó el cuello por detrás, aplastándome la tráquea. El cuerpo inconsciente de mi mujer se me escapó de las manos y cayó al suelo.

Maldición.

—Nunca la tendrás. —Reconocí la voz. Santiago Tijuana. Su agarre se apretó alrededor de mi garganta—. Gritó por ti. Lloró por ti. Suplicó por ti.

No escuché sus palabras. Me jodían. Solo reaccioné. Tenía que sacar a Sailor de aquí.

—Tu puta es algo especial —se burló—. Esa boca.

Una oleada de rojo llenó mi visión, la furia alimentando mi rabia. Quería arrancarle miembro a miembro, maldición. El cuerpo inerte de Sailor yacía inmóvil, con los ojos cerrados y el cabello, antes rubio platino, ahora cubierto de rojo. Como mi rabia.

—Iba a hundir mi polla en ella el día de hoy, pero tenías que aparecer —se quejó—. Iba a probar ese coño privilegiado, *cabrón.* Porque es mía.

Tiré mi brazo hacia adelante y le hundí un duro codazo en las costillas. Una y otra vez. Santiago chilló, el maldito cobarde intentó apartarse. Volví a tirar del codo y golpeé con toda mi fuerza. La electricidad se disparó a través de mi extremidad, y me deleité con su aullido de dolor cuando sus costillas fueron aplastadas por la fuerza del impacto.

—¡Nunca será tuya! —reviré, con su agarre aún demasiado fuerte en mi cuello.

Metí la mano en mi bolsillo delantero y saqué mi navaja. Al mismo tiempo que pulsaba el botón para abrirla, giré el brazo y la clavé en su cuello.

Un siseo torturado salió de sus labios y me giré, viendo al miserable pedazo de mierda sujetándose el cuello, intentando detener el sangrado. Si tuviera tiempo, lo curaría, solo para rebanarlo de nuevo. Para que probara su propia medicina.

Sin embargo, no tenía tiempo que perder. Mi *reina* me necesitaba. Estaba herida y era mi prioridad. Así que saqué mi pistola, apunté a su frente y apreté el gatillo. Seis veces. Así si alguien encontraba su lamentable trasero, sabrían que el diablo lo había encontrado.

Me quité la chaqueta del hombro, la arrojé alrededor del cuerpo semidesnudo de mi esposa y luego la alcé en brazos. Me dirigí de nuevo a la escalera y encontré el camino de vuelta por donde había llegado, con el frágil cuerpo de Sailor en mis brazos resollando de vez en cuando.

—Quédate conmigo, *Reina* —supliqué. Me importaba un demonio cómo sonaba. Era lo único que me importaba. Apretó su cara contra mi pecho, su cuerpo temblando.

El camino de salida parecía mucho más largo que el de entrada. Estaba ansioso por salir de aquí. Había llegado demasiado lejos para perderla. Gabriel la necesitaba. *Yo* la necesitaba, maldición.

Salimos al patio casi demasiado tarde. Otra explosión detonó, ensordeciéndome y lanzando piedras por los aires.

—¡Raphael! —Sasha gritó, alcanzándome. El desgraciado estaba esperando, a pesar de que le dije que se fuera. Era lo que lo hacía un buen hombre. Un buen amigo—. Maldito loco. Creí que te habías perdido. —Sus ojos bajaron a Sailor en mis brazos y la furia cubrió su expresión—. Jesucristo.

Sailor estaba inconsciente, lo que probablemente era lo mejor.

—¡Tenemos que movernos! —exclamé.

Tras él, nos dirigimos a los botes. Todos estaban llenos de mujeres.

—¿Dónde demonios vamos a meterlas a todas? —preguntó Diego, mirando la cara magullada de Sailor. No podía soltarla. Necesitaba sentir el débil latido de su corazón, sentirla respirar o me volvería loco.

—¿Cuántas mujeres? —inquirí, sintiendo que me invadía la fatiga.

—Unas cincuenta. —Fue Nico quien contestó.

Sin dejar de sujetar a Sailor, saqué el teléfono con la otra mano y le marqué a Cassio. Me debía algunos favores. Y era un amigo. Contestó al primer timbrazo.

—Cassio, tenemos unas cincuenta mujeres. ¿Puedes organizar alojamiento?

—Sí. —Sin preguntas—. ¿Necesitas que las recoja?

Mis ojos recorrieron los barcos que nos llevarían a mi yate, que a su vez nos llevaría de vuelta a mi isla.

—En mi isla.

CINCUENTA Y UNO

SAILOR

Dos semanas.

Floté en un sueño durante dos semanas. El ángel Anya susurraba palabras de consuelo. El demonio de padre me dijo que me fuera. Mi *diablo* me rogó que me quedara. Anya susurraba palabras de consuelo, y un recordatorio de mi promesa.

Amaba a mi hermana. Nunca me había fallado. Era mi madre, mi padre y mi hermana. Lo era todo para mí.

Hasta que dejó de serlo.

No supe cuándo el diablo de ojos azules y piel dorada se convirtió en mi corazón y mi alma. *Mi todo*. ¿Fue ocho años atrás, cuando bailamos por primera vez? ¿Fue cuando me salvó del hombre cruel del pasillo?

¿O fue cuando vino por Gabriel y por mí?

En algún momento durante todos esos años, *Diablo* volvió por mí. Resultó que, lo había estado esperando todo el tiempo.

Sin embargo, me traicionó.

Me moví en la cama, el dolor persistente en cada músculo me recordaba lo que había pasado. Quería olvidar. No quería sentir.

Habían pasado dos semanas desde que Raphael vino por mí. O eso me habían dicho.

Había estado entrando y saliendo de la realidad. A veces oía la voz de Gabriel. Me abrazaba y susurraba que todo estaría bien. Las palabras que Anya me murmuraba tiernamente cuando tenía miedo.

La garganta me apretaba tanto que estaba segura de que me asfixiaría. Sin embargo, mi corazón seguía latiendo. Así que mantuve los ojos cerrados, avergonzada y decidida a olvidar.

Todo y a todos.

Murmullos.

Tonos susurrantes. Olor a *aguardiente*. Una presencia tan dolorosamente familiar que mis párpados se abrieron.

La luz de la luna destacaba la silueta de un hombre. Una figura alta y oscura. Mi diablo.

—Tienes que dejarla ir. —Reconocí la voz femenina. La de Aurora—. La conozco. Querrá espacio.

—¿Dónde demonios está tu hombre? —La voz de Raphael sonaba cansada. Casi resignada.

—Está justo afuera —siseó Aurora—. Quiero llevarla a casa. Willow y yo cuidaremos de ella.

Podía saborear la animosidad en el aire. La suya. La de ella.

—Si tocas a mi esposa, no vivirás…

—Será mejor que pienses dos veces antes de terminar esas palabras. —El aire se volvió ártico. Reconocí la voz de Alexei Nikolaev. Las cosas estaban mal, pero no encontraba fuerzas para preocuparme.

—¿Por qué no nos calmamos todos? —La hermana de Raphael, Isabella, intervino—. Sailor es la esposa de Raphael. Ha pasado por un infierno, déjenla descansar. Luego hablarán y decidirán qué es lo mejor para ellos.

—Irse es lo mejor para ella —afirmó Aurora. Estaba equivocada, pero también tenía razón—. Llevo tres malditas semanas escuchándola gritar por las noches. *No* está mejorando. Se está muriendo. No come. No duerme.

—Haré que se mejore. —La voz de Raphael reflejaba una furia apenas contenida.

—Ha pasado por una situación difícil —siseó Aurora—. No estoy diciendo que te deje para siempre. Pero tiene que aceptarlo. Nunca aceptó la muerte de su hermana. Siguió adelante. Por el bien de Gabriel. Es hora de que cuide de sí misma. Necesita curarse.

—Se curará conmigo. —Podía oír la terquedad en la voz de Raphael. Maldita sea, estaba tan cansada. Tres semanas de sueño no eran suficientes. Sentía como si tuviera ladrillos sobre el pecho, dificultándome la respiración.

Me moví en la cama y todo el mundo se quedó quieto. Les di la espalda antes de que el colchón se hundiera a mi lado.

—Salgan todos. —Una orden. Una demanda.

Pies arrastrándose.

Clic.

Estaba sola con el diablo.

El silencio era pesado. La historia y la verdad salieron por fin a la luz. Las estrellas parpadeaban en la oscuridad, insinuando su belleza. Pero estaba demasiado ciega. Mi corazón sangraba demasiado, coloreando la oscuridad con el rojo carmesí de nuestros pasados.

—No me alejes de ti. —Carraspeó, con voz áspera—. Háblame.

—Me mentiste. —Una acusación. Una traición—. Sabías que Anya era mi media hermana. Sabías del acuerdo. Intentaste comprarme de mi padre.

Su respiración se detuvo. Su rostro se acercó, sus ásperas palmas me acariciaron la cara y después su nariz rozó la mía.

—Y mentiría mil veces más, solo para mantenerte conmigo.

Era apropiado. Mi *diablo* no sentía arrepentimiento. Ni pena. Ni dolor. Ni miedo. Mientras que yo lo sentía todo.

—¿Está muerto? —pregunté en su lugar, mi voz como papel de lija contra mi tráquea.

—Santiago Tijuana está muerto. —Mi alivio. Su furia. Podía saborearla; era algo vivo, que respiraba y viajaba por el aire—. Tu padre es el siguiente.

Esperé a que llegara la culpa. Aunque no fue así. En todo caso, me decepcionó que mi padre no estuviera muerto.

—Mi madre también —agregué con desgano.

Dejó que lastimara a Anya. Lo dejó ir tras Gabriel. Era tan culpable, y no tenía más perdón en mí. No para ellos, no para mí.

Se librarían fácilmente. Anya sufrió durante veintidós años. Sus muertes serían rápidas.

Otra pausa.

—Me encargaré de ello. Por ti, *Reina,* cubriré las calles de sangre.

Cuando no dije nada más, se levantó y se dirigió a la puerta. Una suave luz inundó la habitación cuando la abrió.

Miró por encima de su hombro y sus ojos se encontraron con los míos.

—Te amo, *Reina* —expresó en voz baja. Tres pequeñas palabras que deberían significar el mundo entero. Sin embargo, ahora estaban manchadas de amargura y mentiras—. Solo necesité un baile para enamorarme de ti. Ni siquiera mi último aliento acabará con ello.

Un diablo. Dos corazones. Tres almas.

Raphael. Gabriel. Yo.

—Quiero irme.

CINCUENTA Y DOS

SAILOR

Tres semanas y dos días desde que me rescataron. Dos días desde que le dije a mi diablo que quería irme.

Aurora me visitó, asegurándome que estaba a salvo. Isabella también lo hizo. Gabriel se limitó a abrazarme y a hablar de cosas normales. Sabía que ya no estaba en ese sótano. Pero mi mente seguía vagando hacia él. Volviendo a ese lugar oscuro.

Las pesadillas me atormentaban. Me despertaba gritando, oyendo la voz de Santiago. A veces la de mi padre.

Pero Raphael siempre estaba ahí para traerme de vuelta. Mi salvador y mi captor.

No habíamos hablado desde que le dije que quería irme. No es que hayamos hablado mucho desde que me rescató. No obstante, estaba decidida. Tenía que irme, sanar en mis propios términos. Averiguar a dónde ir desde aquí.

Mis terrores afectaban a Gabriel. Podía verlo en sus ojos. Incluso desgarraban a mi esposo. Sombras oscuras permanecían bajo sus ojos. Escuché susurros sobre el mal genio del diablo por parte del personal cuando vinieron a limpiar la habitación y pensaron que estaba durmiendo.

—Tengo que irme —dije a mi reflejo, que me miraba fijamente.

Sentada en el asiento del inodoro, en el lujoso cuarto de baño de mármol negro de Raphael, escuché cómo corría la ducha y vi cómo el agua rodaba sobre el mármol resbaladizo.

Gabriel me visitó antes y luego se fue a la escuela. Raphael lo inscribió en una escuela a la que solía asistir cuando era niño. Fue una buena decisión. Gabriel necesitaba estabilidad, una rutina. Metas.

Ya no sabía cuáles eran mis objetivos.

Sin rumbo. Estancada.

Así era como me sentía. Atrapada en la niebla, entre una pesadilla y un sueño.

Me picaba la piel de la espalda. El médico dijo que se estaba curando bien. No había infección. No debería haber cicatrices de por vida.

Pero las duchas dolían. Eran dolorosas y relajantes al mismo tiempo. Excepto que me hacía falta el valor para meterme bajo el agua.

Así que me quedé allí sentada, en bragas y camiseta de tirantes, mirando cómo el agua salpicaba contra la pared de mármol y escurría, creando gotas de lluvia. Mi cuerpo seguía siendo un lienzo de moretones y cortes.

Mis ojos volvieron a encontrarse con mi reflejo en el espejo.

Tenía el mismo aspecto, pero no me reconocía. Como si viera a través de los ojos de un extraño. Anya y yo no nos parecíamos en nada. Ella tenía el cabello negro como el ébano y los

ojos marrones. Suponía que como su padre. Nunca reflexioné sobre nuestras diferencias físicas, porque nos parecíamos mucho por dentro. Pero ahora que miraba mi reflejo, podía ver a Anya en mis ojos.

La puerta del baño se abrió y mi mirada se dirigió hacia arriba para encontrar a Raphael observándome. Iba vestido con su traje negro de tres piezas, con el contorno de su funda de pistola claramente visible. Un diablo guapo y carismático, como la primera noche en que nos conocimos.

—¿Estás bien?

Sus ojos recorrieron el cuarto de baño, como si pensara que iba a encontrar a alguien aquí, antes de volver a centrar su atención en mí.

Dio dos pasos y bajó sobre su rodilla.

—*Reina*, ¿te duele?

Sí. No. Suspiré cansada.

—No lo sé.

Sus ojos se desviaron hacia la ducha y luego volvieron a mí.

—¿Quieres ducharte?

Bajé la mirada. Mi cuerpo era un desastre. La vergüenza me invadía y las lágrimas me quemaban los ojos. Tragué con fuerza, desesperada por contener las lágrimas mientras me temblaba el labio inferior.

La mano de Raphael tomó suavemente mi barbilla entre sus dedos.

—Déjame ayudarte, *Reina*.

Nuestras miradas se sostuvieron. El amor que me dio fue como escribir en una ventana empañada, pero el vapor de la ducha caliente lo borró. Dijo que me amaba. No pude responderle. Me sentía sucia. *Rota.*

—¿Está bien si te quito la ropa? —Sus palabras eran suaves como un susurro.

Tragué saliva y abrí la boca para darle permiso. No podía encontrar la voz, así que me limité a asentir. Me ayudó suavemente a levantarme y me puse de pie como una niña, sin apartarle la mirada.

Me rodeó con su gran mano, tan ligera como una pluma contra mi piel, y mientras tanto no quitaba los ojos de mi rostro. Como si esperara a que me llenara el pánico. Agarró el dobladillo de mi camiseta, me la pasó suavemente por la cabeza y la tiró al suelo. Enganchó los dedos en mis bragas y las deslizó gradualmente por mis piernas.

Se quitó la corbata y luego la chaqueta. El pánico parpadeó en mi pecho. Se me oprimió el corazón. El oxígeno no llegaba a mis pulmones. Temblores recorrieron mi cuerpo.

—Me dejaré la ropa puesta, *Reina* —aseguró rápidamente y mis ojos encontraron los suyos, buscando la verdad en ellos—. Solo voy a deshacerme de la chaqueta, el chaleco, mi funda y los zapatos. ¿De acuerdo?

Tragué saliva. Otra inclinación de cabeza.

Se quitó la funda de la pistola, a continuación, los zapatos y los calcetines.

Me empujó suavemente hacia la ducha y los dos nos metimos juntos bajo el torrente.

—Dime si te duele —indicó roncamente, alcanzando un paño y gel de ducha—. También puedes pegarme. Con fuerza.

Mis labios se levantaron. Fue como si le hubiera hecho el regalo más grande, porque la luz parpadeó en sus ojos. Nuestras miradas se cruzaron y fue como si contuviera la respiración. Pero las palabras me fallaron.

—¿Lista? —inquirió suavemente.

—Sí —respondí en voz baja, mi voz apenas un susurro.

Empezó a lavarme el cuerpo, el aroma a prímula llenaba la lujosa ducha. Me enjabonó cada centímetro del cuerpo con tanta suavidad que casi se me saltaban las lágrimas.

Se arrodilló y me enjabonó el pie izquierdo y luego el derecho. Después se levantó y me lavó el cabello. Se echó champú en las palmas de las manos y me lo frotó despacio, con un toque suave como una pluma.

Luego lo enjuagó y repitió el proceso con el acondicionador.

Cuando terminó, me rozó la frente con la boca, cerró el grifo y tomó la toalla grande esponjosa, me secó el cuerpo y me envolvió con ella. Hizo lo mismo con mi cabello y lo secó.

—¿Bien? —preguntó, con la voz cargada de emociones. No estaba segura de qué tipo y no me atreví a preguntar.

—Gracias.

Un gesto seco con la cabeza. Salimos juntos de la ducha, con el agua goteando de su ropa.

—Te vas a enfermar —musité.

Su mirada siguió por su cuerpo y luego volvió a mí.

—¿Estarás bien si me quito la ropa?

—Claro.

Sus movimientos fueron eficientes y rápidos mientras se despojaba de su ropa. Durante unos instantes desapareció en el dormitorio, dejando la puerta abierta. Vi cómo se dirigía al armario y sacaba un cambio de ropa. Vi sus músculos moverse mientras se ponía un bóxer seco y un pantalón de pijama.

Cuando se dio la vuelta, tenía una expresión cautelosa en el rostro mientras nuestras miradas se cruzaban, el aire era denso entre nosotros. La energía peligrosa zumbaba en el aire. Raphael nunca ocultó su crueldad.

Tenía su título tatuado en la mano, por el amor de Dios.

Pero ahora la escondía. Volvió al baño.

—Gracias. —*«Por salvarme. Por no rendirte conmigo. Por amarme*».

Tomó cinco pasos hacia mí, su alto cuerpo se alzaba sobre el mío. Su mirada me atravesó, viendo mi corazón. *Sangrante. Dañado.*

Se recostó contra la encimera, mi cuerpo inmóvil mientras observaba la tinta familiar que marcaba la parte superior de su torso. Parecía relajado, con las manos enroscadas en el borde de la encimera de mármol. No obstante, tenía los nudillos blancos. Sus dedos se aferraban al mármol y temí que lo rompiera.

Sin embargo, lo que me llamó la atención fue su anillo de matrimonio, que brillaba a contraluz.

—No me dejes, *Reina.* —Su voz oscura estaba impregnada con desesperación—. Dime lo que quieres, lo que necesitas. Puedes tenerlo todo, cualquier cosa. *Todo.* Pero no me dejes.

No podía encontrar mis palabras. Las emociones me enredaban la lengua y me quemaban el alma. Y dolía tanto, maldición, que creí que una mano me rodeaba la garganta y me asfixiaba.

—Quiero morir. —La vergonzosa admisión se deslizó por mis labios.

Una pesada pausa llenó el aire, sofocándonos a ambos.

—No.

Inhalé con fuerza y mis ojos se clavaron en los suyos. Sus manos se apretaron brevemente, luego su gran mano se posó sobre la mía y me atrajo hacia él.

—No, *Reina.* No quieres morir. ¿Sabes por qué?

Apretó mi cuerpo contra el suyo, sus manos aferrándose a mí. Como si tuviera miedo de que

lo dejara ahora.

—¿Por qué?

—Porque eres fuerte. —Sus labios rozaron mi frente—. Porque eres mía y soy tuyo. Porque Gabriel te ama. Porque *te amo*. Eres mi razón de vivir. Te he esperado toda mi vida. Te encontré por un momento y luego te perdí durante ocho años. Ahora que te tengo, no puedo dejarte ir. —Su boca estaba en mi cuello en ese instante—. Por favor, no me pidas que te deje ir. —Incliné la cabeza, sintiendo que el viejo deseo revivía. A pesar de todo, seguía deseándolo—. Vive por mí. —Desesperación mezclada en cada una de sus palabras. Su boca se aferró a mi piel, mordisqueándola, luego lamiéndola, para después besarla con reverencia y dulzura. Una lágrima rodó por mi mejilla—. *Reina,* vive por mí y por Gabriel. Por nuestra familia.

Sacudí la cabeza con tristeza.

—Tienes que dejarme ir —susurré, odiando romperle el corazón—. Gabriel te necesita. Me quedaré cerca, pero necesito tiempo.

—Cuando fui a ver a tus padres —empezó, con los brazos apretándome—, los amenacé con que, si intentaban algo, los mataría. Luego me ofrecí a comprar el contrato con esa escoria de Tijuana, para asegurar otra capa de protección. —Su razonamiento tenía sentido. No podía echárselo en cara. Después de todo, parecía un detalle sin importancia—. Cuando se negó, fui por el acuerdo que violó hace ocho años. No intentaba comprarte. Quiero tu amor dado libremente. No comprado.

La sangre me latía en los oídos. Mis manos estaban húmedas. El miedo me invadía. La oscuridad bailaba entre nosotros: la suya, la mía, la nuestra.

La verdad era que me sentía segura en su oscuridad. Quizás era precisamente eso lo que me asustaba aún más.

—Me lo ocultaste —reproché con voz ronca—. Te conté lo de ver a tu padre violar a Anya. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te duele solo hablar de ello. —Podía ver la verdad en sus ojos, pero no me hizo sentir mejor—. No quería causarte más dolor.

Tenía sentido. Dejar a los fantasmas descansando en el pasado. Excepto que ahora tenía nuevos fantasmas, y no podía simplemente esconderme de ellos bajo la cama.

—*Necesito* irme —susurré en voz baja, odiando estar haciéndole daño—. Necesito tiempo a solas. Gabriel puede quedarse contigo. Necesita estabilidad y dormir bien. Es algo que no puedo darle ahora.

Algo conflictivo brilló en sus ojos. Algo demasiado cercano a su propio pánico. No me gustó verlo. Mi mirada se encontró con la suya y mis pulmones se contrajeron. Sabía que, si escondía ese miedo bajo la alfombra, me perseguiría. Y no solo yo pagaría el precio.

—Mi madre se suicidó. —Sus palabras rompieron el aire. Busqué su rostro ante el brusco cambio—. Mi padre no era bueno con ella. La última vez que la forzó, ella no pudo soportarlo más. Se activó un interruptor y ya no hubo vuelta atrás. No llegué a tiempo para salvarla. Saltó por el balcón justo delante de mí. —Vi cómo se movía su manzana de Adán mientras tragaba saliva—. No pude salvarla.

La presión en mi pecho aumentó. Aunque no era por mí, sino por él. El dolor en su voz hizo que me brotaran las lágrimas, lo rodeé con mis brazos y me di cuenta del egoísmo de mi afirmación anterior.

—No me dejes, Sailor. —Algo áspero e indómito vibró en el aire, la emoción en sus palabras se acercaba peligrosamente al pánico—. Quiero salvarte. *Salvarnos.*

Tragué saliva, entendiendo por qué mis palabras anteriores de que quería morir le afectaban

tanto. Se me partía el corazón por segunda vez en ese mes, pero esta ocasión era por él. Si me quedaba, acabaría en un agujero del que no habría vuelta atrás. Si me *quedaba*, lo arrastraría a él y a Gabriel a un abismo.

Me había aferrado a Anya toda mi vida. Hasta que se fue. Entonces fue Gabriel. Seguí por él y por la promesa que mantuve. Y ahora Raphael.

Y todo el tiempo, había dejado que todos sufrieran para que yo no lo hiciera. Si me mantenía alejada, mi padre los dejaría en paz. Vendría por mí. Lo sabía tan bien como mi próximo aliento.

Vendría por mí, y cuando lo hiciera, no quería a Raphael ni a Gabriel cerca de mí.

Mi mirada se encontró con la de mi marido y respiré entrecortadamente.

—Lo siento.

Me incliné hacia adelante, apretando mi boca contra la suya.

Entonces me aferré a él, con la misma cruda desesperación que oí en su voz.

Solo un poco más.

CINCUENTA Y TRES

RAPHAEL

La dejé ir.

Habían pasado veintisiete días, seiscientas cuarenta y ocho horas y treinta y ocho mil ochocientos ochenta minutos desde que la dejé en mi *penthouse* de Miami. Dos de mis hombres de confianza custodiaban la puerta principal. Tenía un equipo de cincuenta hombres vigilando el edificio y acechándola cada vez que iba a algún sitio.

Y todavía me preocupaba por ella. Cada maldito segundo del día.

Mi mandíbula se tensó, mis muelas rechinaron con fuerza mientras me alejé de ella y mis malditos ojos ardían. *¡Dios mío!* De repente, era un completo pendejo, llorando por una mujer. Sin embargo, no era una mujer cualquiera. Era *mi* esposa.

Recibía actualizaciones a diario. Tomó clases de defensa personal. Incluso fue a un campo de tiro y practicó disparar. Era buena para empezar, pero murmuró a su guardaespaldas que quería ser aún mejor. *Invencible*.

El problema era que ninguno de nosotros era invencible, y tendría que aceptarlo.

En cualquier caso, sabía lo que comía, lo que vestía, adónde iba y lo mucho que gritaba por las noches. Eso último me desgarraba. Quería consolarla, asegurarle que haría un mejor trabajo y protegerla.

Le había fallado, maldición.

Así que ahí estaba. La dejé ir y esperaba que encontrara el camino de vuelta a mí. Desgraciadamente, cada día que pasaba, esa esperanza disminuía. Hacía días que no me afeitaba y la única razón por la que no me tomaba una botella de aguardiente era Gabriel.

Acordamos que dividiría su tiempo entre su casa y la isla. Iría a su *penthouse* después de clases y harían la tarea juntos, jugarían con Bruno y le prepararía la cena. *O quemarla,* bromeaba Gabriel. Luego paseaban por la playa con Bruno a sus pies. El pequeño *bulldog* francés se convirtió en su única compañía constante.

A pesar de que Sailor odiaba dejar ir a Gabriel cada tarde cuando mi chófer iba a recogerlo, se negaba a dejarlo pasar la noche. No necesitaba decir el por qué. Sus pesadillas.

Me recosté en la silla y mis ojos recorrieron la mesa. Crují los nudillos. Luego volví a crujirlos. El desasosiego me recorría la piel y mi paciencia se estaba agotando.

Cada día que pasaba sin Sailor era peor y peor. Necesitaba espacio. Yo *la* necesitaba. En mi cama, en mi casa. Joder, solo conmigo. No sabía cómo iba a pasar otro maldito día sin ella, ni hablar de otro mes.

Estaba sentado frente a tres hombres del cártel mexicano y no podía dejar de pensar en mi esposa. Si una bala se alojara en mi cabeza, me lo merecería. No hacías negocios con el cártel

mientras fantaseabas con una mujer.

—Podríamos empezar un socie...

—No me interesa ninguna alianza. —Interrumpí al hombre, con voz impasible—. ¿Algo más? ¿O quieres hablar más mierda?

La tensión se apoderó del ambiente y el narcotraficante mexicano me dedicó una sonrisa cómplice.

—Parece que el señor necesita una mujer que le caliente la cama. —Empezó. *¡Oh, no lo hizo!*—. Tengo muchas mujeres. Tú puedes elegir.

—Estoy casado —siseé —. Y la próxima vez que ofrezcas a una mujer o siquiera insinúes traer a una mujer traficada a mi territorio, quemaré todo tu maldito negocio hasta los cimientos. ¿Entendido?

Su piel bronceada se tiñó de manchas, se levantó de su sitio y salió de la habitación dando un portazo.

Sus hombres lo siguieron y, una vez concluida la reunión, mis ojos se clavaron en el océano Atlántico, cuyos claros colores aguamarina me recordaban a los ojos de Sailor.

Mis hombres se fueron con el resto, dejándome a solas con Caine. Me lanzó una mirada vacilante.

—¿Qué? —bramé. Sí, mi temperamento había tenido una mecha corta en los últimos días.

—Escucha, Raphael —dijo desde el asiento de al lado—, quizá tengas que considerar que ella no va a volver.

Nunca.

Encontraría una manera de traerla de vuelta a mí. Era el diablo. Buscaría la manera. *Encontraría* la forma de robar su alma, su corazón y su cuerpo. De alguna manera.

—Necesitas tener sexo —añadió.

—Tendré relaciones sexuales cuando mi esposa esté lista —contesté entre dientes.

No obstante, Caine tenía razón. Cuando me abstenía del sexo, mi temperamento se encendía más fácil y la gente moría más rápido. No es que no se lo merecieran.

Pero me negué a encontrar liberación con alguien más. Sería con mi esposa o con nadie más.

Sacudiendo la cabeza, salió de la habitación y el silencio llenó mi despacho. La abstinencia no era mi único problema. También lo era el hecho de que buscaba por todas partes a los padres de Sailor. Los cobardes se escondían. Me moría de ganas de ponerles las malditas manos encima y despedazarlos, miembro a miembro.

Por lo que le habían hecho a mi esposa. Por intentar quitármela. Por ir tras ella, después de advertirles que era mía. Tuvieron su advertencia. No hicieron caso. Ahora aprenderían lo que significaba traicionarme.

Había sido lo mejor de mi maldito mes. Me mantuvo en marcha el ponerles fin por el bien de mi esposa. Así encontraría la paz. Tenía que sanar, y no podía hacerlo con esos dos desgraciados vagando por la tierra.

Todos los momentos con Sailor se repetían una y otra vez en mi mente. Desde el momento en que la conocí, ocho años atrás, hasta que la dejé en el *penthouse*. Parecía tan frágil, tan vulnerable, con esa mirada rota en sus ojos, que me dolió alejarme de ella.

Necesitaba espacio. Tiempo para sanar. Necesitaba algo, pero no era a mí.

Sin embargo, nunca renunciaría a ella.

Porque durante un tiempo, por breve que fuera, había tenido una familia y ahora había desaparecido. Gabriel se esforzaba por ser fuerte, pero también se preocupaba. Ningún niño debería preocuparse tanto. Había intentado distraerlo. Visitamos juntos el zoológico, fuimos a

pescar, incluso fuimos a la iglesia. Pensé que no le haría daño.

Así que, por primera vez desde que era niño, fui a la iglesia para algo que no fuera un funeral. Nos sentamos en los bancos y escuchamos el servicio en silencio. Y todo el tiempo me preguntaba qué diría Sailor ya que su diablo estaba en la iglesia. La vieja Sailor se habría reído y me habría dicho que ardería en llamas.

Gabriel me pidió que lo ayudara con una oración, así que recurrí a la memoria de la oración que me enseñó mi madre. En español. Así que rezamos juntos.

Para que Sailor volviera con nosotros.

Como si Gabriel hubiera oído mis pensamientos, entró en mi despacho con una mochila al hombro.

—Oye, Raphael.

Levanté la cabeza y lo encontré de pie junto a la puerta.

—Hola, *hermano.* —Me encantaba llamarlo hermano en español. Me levanté de mi sitio y me acerqué a él—. ¿Qué tal la escuela? —*¿Cómo está tu madre?* No me atrevía a preguntar esto último. No estaba bien.

—Genial. —Sonreí ante su entusiasmo—. Mamá vino por nuestro compromiso para almorzar, así que pasamos casi todo el día juntos.

No le pregunté cómo estaba. No podía. Temía que dijera que era feliz. Lo más feliz que había sido nunca y los frágiles lazos que empezamos a construir se harían añicos.

—¿Qué había para comer? —pregunté en su lugar, tratando de sacarle más información.

Como un patético perdedor. Jodidamente *maravilloso*. Cuarenta años y por fin me había convertido en un tonto enamorado.

Odiaba que mi esposa necesitara espacio. Mi cabeza lo entendía, pero mi corazón se negaba a permitirlo. Buscaba cualquier excusa o razón para volver al apartamento donde estaba. Solía quedarme allí cuando hacía negocios en la ciudad, sin embargo, le dije que le daría espacio.

—*Pizza.* —Sonrió—. Mamá compró *pizza* para toda la escuela. Dijo que era cortesía de su esposo "jodidamente adinerado". Los profesores la miraron raro. Creo que mamá buscaba el efecto sorpresa.

Por primera vez desde el secuestro de Sailor, mis labios se estiraron.

—Le gusta escandalizar a la gente, *¿eh?*

Se encogió de hombros.

—A veces. La señora Rush la reprendió por usar las palabras "jodidamente adinerado" delante de los niños. Así que mamá te llamó marido mafioso adinerado.

Sacudí la cabeza. Al menos su espíritu estaba volviendo. Pagaría buen dinero por ver aquel intercambio entre ella y los profesores de la escuela St. Mary Catholic School.

—Oye, Raph. —La vacilación en la voz de Gabriel disparó una alerta a través de mí y centré mi atención en él.

—¿Sí?

—¿Crees que volverá con nosotros? —inquirió—. ¿A la isla?

¡Demonios! Eso esperaba. De lo contrario, sería una vida triste para mí.

—No lo sé, amigo —repliqué honestamente—. Pero quiero que sepas que esto entre tu madre y yo es culpa mía.

—Eso es gracioso —murmuró—. Porque mamá dice que es culpa suya.

Me enderecé.

—No es culpa suya —protesté—. Ha pasado por mucho.

La expresión de Gabriel se volvió seria.

—Lo sé. Pero tampoco es culpa tuya.

Maldita sea, el chico era demasiado inteligente y tenía buen corazón. Como Sailor.

Siguió una larga pausa.

—¿Tu padre era un buen hombre? —No se me escapó el hecho de que lo llamara *mi* padre y no *nuestro* padre. Su pregunta me sorprendió un poco. Salió de la nada. Pero era de esperarse, ya que mi padre era muy conocido en Miami. En el momento en que Gabriel comenzó a asistir a la escuela allí, era de prever que escucharía los rumores acerca de nuestro progenitor.

—No, no era un buen hombre. —No tenía sentido endulzarlo—. Sin embargo, tú sí lo eres. No somos nuestro padre.

No habría culpado a nadie por alejar a un niño de mi viejo. La madre de Isabella la mantuvo oculta y mi media hermana era mucho mejor por ello. Aunque encontró su camino de regreso al bajo mundo a pesar de todo.

Lo mismo ocurrió con Gabriel.

Asintió con la cabeza.

—Creo que el papá de mamá tampoco era un buen hombre. —Sostuve la mirada de mi hermano, las preguntas en ellos claras. Quería una explicación, mas no podía contárselo todo. Era algo que Sailor y yo tendríamos que hacer juntos. Cuando fuera mucho mayor. Estaba de acuerdo con ella, querríamos preservar su inocencia el mayor tiempo posible—. Creo que es la razón por la que no le gusta dormir en la oscuridad.

Ojalá hubiera podido evitarle a Sailor todo su dolor, pero entonces los dos nunca nos habríamos cruzado. Éramos tan diferentes, sin embargo, eran nuestras experiencias pasadas las que nos conectaban y, joder, no podía imaginar mi vida sin ella.

Dos horas más tarde, estaba estacionado enfrente de mi antiguo apartamento.

Mis hombres me pusieron al día de sus actividades. Ese era el momento en el que paseaba por la playa. A Gabriel se le escapó que había planeado seguir caminando hoy. Así que aquí estaba, como un acosador en busca de cualquier señal de mi esposa.

Me quedé mirando el edificio, con los ojos clavados en la única puerta que daba directamente a la playa.

Sí, sabía que había aceptado darle tiempo. Solo necesitaba verla para seguir adelante. La obsesión con mi esposa me dificultaba pensar con claridad. Dormir. Vivir.

¿Cómo demonios iba a sobrevivir sin ella si decidía no volver?

Ni siquiera podía pensar en ello.

Al ver el cabello rubio, del color de la nieve fresca, por el rabillo del ojo, me tranquilicé.

Era ella.

Llevaba unos *leggings* blancos y una camiseta negra que apenas cubría aquel precioso culo, no podía apartar la mirada de aquella hermosa vista. Fue otra cosa que noté. Últimamente vestía colores sin vida. Blanco, negro, gris. Estaba seguro de que tenía algo que ver con su estado de ánimo.

Algunos transeúntes la saludaron y los reconoció con una inclinación de cabeza, pero su mirada nunca se detuvo en ellos mientras pasaba a toda prisa a su lado.

Atravesó la verja, se quitó los zapatos y solo tardé unos segundos en perderla de vista. Y como un perro, salí del coche y la seguí.

Estaba a medio camino de cruzar la calle, pasando junto a los hombres que había asignado

para vigilarla. La brisa soplaba en la playa, arrastrando su olor.

Solo otro vistazo.

CINCUENTA Y CUATRO

SAILOR

Un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta la espalda.

Alguien estaba detrás de mí. Y no eran los guardaespaldas. Los hombres de Raphael de alguna manera dominaban el mezclarse en la nada por lo que apenas era consciente de ellos.

Me mordí el labio inferior mientras pensaba cómo mirar discretamente detrás de mí y un destello de ansiedad se convirtió poco a poco en un ataque de pánico en toda regla.

Mis pulmones se apretaron, contrayéndose.

Respiré hondo y luego otra vez. El pánico me retorcía el pecho. No podía llevar suficiente oxígeno a mis pulmones.

—*Reina.*

Mis ojos se movieron en la dirección de la voz. *Raphael.*

—Mi diablo.

Las palabras viajaron en la brisa. No había sentido que mi boca se moviera, pero debió hacerlo porque oí mi susurro en el viento.

—Sí, tu *diablo*. —Su voz era suave. Dos zancadas y sus manos me rodearon. Estaba apretada contra su cuerpo cálido, inhalando su aroma profundamente en mis pulmones.

Veintisiete días.

Lo extrañaba. Las pesadillas llegaban, pero así también mi diablo. Me salvaba cada vez. Como en ese momento. Pensé que sería más fácil no estar cerca de él. No lo era. Lo extrañaba y a Gabriel cada segundo del día y de la noche. Me despertaba, vagaba por el *penthouse* vacío y acababa encontrando a Bruno. Quería a nuestro cachorro, pero no podía llenar el vacío que sentía sin Gabriel y Raphael.

Los fines de semana, sin embargo, eran los peores. La soledad era más pesada entonces. Había tenido demasiadas llamadas por FaceTime con Aurora y Willow. Las dos querían visitarme y me costó mucho convencerlas para que no vinieran.

Sin embargo, era a mi esposo a quien ansiaba cada día.

Enterré la cara en su pecho y le rodeé la cintura con las manos. Un ruido áspero sonó en el fondo de su pecho y me acercó aún más a él.

—Respira, *Reina.*

Me pasó una mano por mi cabellera y luego por la espalda. Murmuraba palabras suaves en español que me tranquilizaban. Pronto, mi ritmo cardíaco disminuyó y mi respiración se estabilizó, mis brazos alrededor de su cintura.

Poco a poco, el sonido de las olas volvió a aparecer. Voces humanas riendo. El zumbido de las lanchas motoras. Pájaros.

Olía tan bien. Como una manta favorita que te reconfortaba. O tal vez como el diablo que necesitabas absolutamente.

Sus dedos se enredaron en mis hebras y tiró suavemente de ellas, obligándome a verlo a los ojos. Su mirada, sin parpadear, se clavó en la mía y me consumió.

Dios, me encantaba su cercanía. Se sentía caliente y sus músculos duros contra mí, y olía tal como lo recordaba. Un cálido aroma a regaliz y todo hombre. *Mi hombre*.

La tensión se apoderó de él, aunque sus manos ofrecieron consuelo. Sabía que estaba mal aceptar el alivio que me ofrecía. No era justo para él, sin embargo, en ese instante, lo necesitaba tanto.

—Está bien —susurró contra mi cabello—. Nadie volverá a hacerte daño.

Mis dedos se aferraron al dobladillo de su chaqueta. Como si fuera mi bote salvavidas.

La verdad era que temía que en cualquier momento mi padre apareciera y me llevara de nuevo. Entregarme a otra persona y que esa vez Raphael no me encontrara.

Odiaba lo vulnerable que me sentía. Odiaba aún más lo débil que me hacía sentir. Aurora era fuerte. Era una mujer valiente y después de lo que vivió, se hizo lo más fuerte que pudo. Yo no.

Me aferré a Anya toda mi vida. Luego se fue y me aferré al bebé que dejó. Sí, lo crie. Sí, lo cuidé. Sin embargo, no me hice fuerte e invencible para luchar contra gente como mi padre.

Y ahora... me aferraba a Raphael, pero no quería ser esa mujer pegajosa que necesitaba ser rescatada. A expensas de otros.

—No puedo hacer esto —gemí—. Cada segundo del día, espero que *esté* aquí. Cuando Gabriel viene de visita, me preocupa tanto que papá venga que apenas puedo respirar.

Se detuvo, algo oscuro parpadeó en su mirada.

—Ese *cabrón* está escondido —siseó—. No vendrá por ti, pero lo encontraré. Te lo prometo, *Reina.* No se acercará a ti. Nunca más.

El atisbo de vehemencia vibraba en cada una de sus palabras, y le creí. Su oscuridad me rodeó en una burbuja protectora. ¿Quién iba a pensar que el diablo sería mi salvador?

—Mírame, Sailor. —Sus dedos se acercaron a mi barbilla y la levantaron para que nuestras miradas se encontraran—. *El amor todo lo puede.* —Sus suaves palabras en español hicieron palpitar mi corazón—. Tú y yo acabaremos con tus padres —juró—. Prefiero morir antes que dejar que alguien te haga daño a ti o a Gabriel.

Tragué saliva y una lágrima cayó por mi mejilla. Ese era exactamente el problema. No quería que muriera. La apartó con el pulgar y me pasó el dedo por el labio inferior. Mi lengua lo recorrió, lamiendo el sabor sobre su dedo.

Su mirada se posó en mis labios, con ese oscuro deseo que tan bien conocía, persistiendo en lo más profundo de esos ojos azules. En ellos brillaba un calor posesivo que se ofrecía a consumirme.

Y se lo permitiría.

Me di cuenta de que los colores del diablo no eran rojos. Eran azules, como el color de sus ojos.

CINCUENTA Y CINCO

SAILOR

Raphael y yo volvimos de la playa, tomados de la mano.

No quería poner distancia entre nosotros. Su fuerza y su calor me llenaba hasta los huesos y su toque me reconfortaba.

Mientras entrábamos en el ascensor que nos llevaría al *penthouse*, permanecí cerca de él. Sus manos se acercaron a mis caderas y tiraron de mí. No era sexual, sino más posesivo. Como si necesitara sentirme cerca de él tanto como *yo* necesitaba sentirlo cerca de mí.

Mi corazón tamborileaba. La sangre me ardía en las venas. Y mi piel zumbaba por la necesidad. Pero todavía no estaba preparada. Lo sabía en el fondo de mi corazón.

Demasiadas pesadillas. Demasiadas preguntas. Demasiadas cosas sin resolver.

Tuve suerte de que Raphael viniera cuando lo hizo. Puede que Santiago Tijuana no me violara, no obstante, estuvo a punto de destrozarme. El daño, mental más que físico, perduraba en lo más profundo de mi mente y de mi alma.

El ascensor sonó, indicando que estábamos en la última planta, y él presionó con la palma de la mano el dispositivo de seguridad. Se abrió directamente a mi piso, con dos hombres de Raphael en el pasillo.

Un breve reconocimiento y los dos entramos en el *penthouse* a través de otra puerta blindada que solo abrían la palma de la mano de Raphael y la mía.

La cerradura hizo *clic* y mi marido me abrió la puerta.

Entré por ella y la gran vista del agua azul cristalina de Miami se extendía a través de las ventanas que cubrían toda la pared sur. La vista me atrapaba cada vez. Era impresionante.

—Seguro que sabes elegir casas con las vistas más hermosas —murmuré, rompiendo el silencio. Me temblaban los dedos y me corría energía nerviosa por las venas—. *Umm,* ¿quieres algo de beber? —Le ofrecí. Esa era su casa, así que me sentí rara haciendo de anfitriona.

—Sailor, no te pongas nerviosa. —La voz de Raphael llegó desde detrás de mí, pero no demasiado cerca, como si percibiera que necesitaba espacio.

Respirando hondo, me giré lentamente y lo miré a la cara. Seguía pensando que era el diablo más guapo que había conocido.

—No estoy nerviosa —musité. Sus ojos bajaron hasta mi mano, girando y agarrando mi muñeca con tanta fuerza que mis nudillos se volvieron blancos—. De acuerdo, quizás un poco —admití.

—Solo estamos hablando —aseguró—. Piensa que es una visita.

Era una estupidez que necesitara que me tranquilizara. No era que no lo quisiera. Realmente lo deseaba. Excepto que el miedo aún persistía en algún lugar profundo y no podía quitármelo de

encima.

—¿Agua entonces? —Ofrecí—. No creo que tenga alcohol.

A pesar de que llevaba aquí casi un mes, no era un hogar. No sin Gabriel y Raphael. Así que se había convertido en un lugar para quedarse hasta que pudiera asimilar todo lo que había sucedido.

En ese sótano. Con todos los secretos que permanecían entre nosotros. Y mi miedo a que de alguna manera Gabriel o Raphael se vieran envueltos en esa relación de odio con mis padres.

—Agua está bien.

—Por favor, siéntate. —Al fin y al cabo, era su casa. Se había desabrochado la chaqueta del traje, mostrando su chaleco negro que abrazaba su vientre plano y su funda de pistola. Vi su mano moverse con elegancia, la tinta de su mano seductora mientras se sentaba en el sofá.

Diablo.

Quizás era precisamente eso lo que me hacía sentir segura a su lado. El hecho de que llevaba su crueldad como una insignia de honor. Era fuerte y valiente; yo no. Era todo bordes duros; yo no.

Tal vez era el hecho de que fuéramos tan diferentes lo que tiró de mis hilos invisibles y me atrajo hacia él.

Me dirigí a la cocina abierta, y pude sentir su mirada clavada en mí todo el tiempo mientras me movía por ella. Agarré el agua embotellada de la nevera y se la serví en un vaso.

Salí de la cocina y lo puse a su lado. Durante una fracción de segundo, debatí dónde sentarme. ¿A su lado? ¿Enfrente de él? ¿De pie?

Entonces opté por el asiento junto a él.

—¿Cómo estás, *Reina?* —Cada vez que oía el profundo sonido de su voz, mi corazón se calmaba y luego se derretía un poco. Me encantaba escuchar su voz. Me encantaba oír su apodo de cariño hacia mí.

—¿Llamas a alguien más por ese nombre? —pregunté de la nada.

—¿Qué nombre?

—*Reina.*

—No, solo a ti —replicó. Algo cansado persistía tras sus ojos—. Solo hay una como tú. Eres la única para mí.

Me encontré con su mirada y me agarró el corazón, como cada vez. Un mes podía cambiar tanto o no lo suficiente.

Las cicatrices invisibles se convirtieron en una parte permanente de mí. Las pesadillas persistían. No sabía cómo librarme de ellas. Quería ser salvada, pero al mismo tiempo no lo quería. Era el recordatorio de que no podía ser débil.

No era fuerte como Anya y Aurora. Resultó que siempre busqué un salvador. Sin embargo, la verdad que Raphael me ocultó hizo más difícil confiar en él.

—Pareces cansado —opiné lo obvio.

—No puedo dormir sin ti.

Su confesión causó mariposas revoloteándome en el estómago. Tampoco podía dormir sin él. Sí, las pesadillas me mantenían despierta, pero también lo hacía una cama vacía. Necesitaba su calor, su olor y su respiración profunda a mi lado.

—Rompiste mi confianza. —La acusación no era justa porque, a pesar de todo, me salvó. Tanto a mi hijo como a mí.

—Y por eso lo siento. Si pudiera volver atrás, te habría dicho que fui a ver a tu padre para chantajearlo. Para asegurarme de que nadie te alejaría de mí. Sabía cómo funcionaba el acuerdo

entre *Bellas y Mafiosos.* Una vez acordado, no había vuelta atrás. No cumplió su obligación con mi padre, y fue mi forma de truncar el acuerdo que hizo con Santiago.

—No puedes comprarme. —Nos miramos en silencio—. ¿Tu intención era comprarme, Raphael?

El asombro se reflejó en el rostro de mi esposo, seguido de una ferviente emoción.

—Nunca fue mi intención comprarte. Solo *amarte* —respondió con aquella voz baja y tranquila que siempre advertía de una violencia inminente—. Exigí a tu padre que cumpliera el contrato no para comprarte. Sino para protegerte. *Porque te amo.*

Las palabras que toda mujer ansiaba escuchar. Las palabras con las que había soñado desde que lo dejé. Me dijo que me amaba, una y otra vez, y aún no se lo había dicho. No porque no lo hiciera, sino porque tenía miedo.

—¿Por qué le creíste a tu padre? —Su mandíbula se movía pensativa, sus ojos profundos y serios sobre mí.

—Cuando volvimos a la isla, dijiste que mentirías mil veces más, solo para tenerme contigo —. Mi voz era vacilante mientras nos mirábamos fijamente—. No sé cómo lidiar con eso.

La confianza era algo frágil. Se rompía tan fácilmente, mas era tan difícil de construir. Anya nunca había traicionado mi confianza. Tampoco quería traicionar la suya, pero ese secreto dentro de mí me estaba matando. Necesitaba que Raphael entendiera por qué me dolía que me mantuviera en la oscuridad sobre su conocimiento. Anya y yo crecimos rodeadas de secretos y traición. Se suponía que nuestros propios padres debían protegernos, sin embargo, fueron los que nos lastimaron. Especialmente a Anya. Necesitaba que Raphael entendiera que ocultarme secretos se sentía como una traición.

Esa fue la razón por la que me hice periodista. Para ayudar a los demás. Para proteger a las víctimas inocentes porque no pude ayudar a mi propia hermana.

—Desde que tengo uso de razón, mi padre y madre me han asustado —murmuré en voz baja —. Siempre fue Anya quien me protegió. Lo era todo para mí. Me alimentaba. Jugaba conmigo. Me enseñó las letras, a atarme los zapatos. Me protegió. Pero una cosa que no pudo romper fue mi miedo a la oscuridad. —Inhalé profundamente y luego exhalé lentamente—. Mi padre odiaba que necesitara una luz de noche incluso cuando empecé la escuela. Gritaba por la noche, asustada, porque venía a mitad de la noche y me quitaba la lamparilla que Anya me ponía. Al final, fui sabia y me fui a la habitación de Anya a dormir con ella.

—Cuando le ponga las manos encima... —gruñó—. A ambos.

Si alguien podía acabar con ellos, sería Raphael. Prosperaba en la oscuridad, dejando que se filtrara en su alma.

—Esa ni siquiera era la peor parte —susurré, sabiendo lo que se avecinaba y aun así mi corazón tamborileaba al ritmo del terror que podía aplastarme la tráquea y dejarme en pedazos—. Por la noche, venía a la habitación de Anya. Si me encontraba allí, nos golpeaba a ella y a mí por mi debilidad. Pero cuando escuchábamos sus pasos por los huecos pasillos de mármol, ella me hacía volver a mi cuarto. Pero a veces nos dábamos cuenta demasiado tarde, así que me obligaba a esconderme debajo de su cama.

La tensión se apoderó de él. Tomó mis manos entre las suyas. No me había dado cuenta de que estaba retorciendo mis dedos. Nuestros dedos se entrelazaron y su pulgar rozó la piel entre mi pulgar e índice. El movimiento era relajante.

—Dime lo que te hizo, *Reina*. —Su voz era suave, aunque subrayada con algo oscuro y vehemente.

Esos recuerdos inquietantes no eran tan aterradores cuando estaba conmigo.

Respiré hondo y busqué dentro de mí el valor que, según Anya, siempre había tenido. Lo había perdido en el último mes, pero me negaba a acobardarme.

—A mí no —confesé por lo bajo, respirando entrecortadamente y tratando de evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas—. A Anya. Le hacía daño, la tocaba. —Tragué con fuerza—. Me mordía la mano para guardar silencio y lloraba por ella porque ella no lo hacía. Y mientras tanto, miraba su mano enroscada en el borde de la cama con ese maldito anillo con el escudo de nuestra familia.

Su postura permaneció inmóvil, su pulgar seguía moviéndose con movimientos tranquilizadores, pero su mirada se oscureció.

—Anya siempre me decía que fuera valiente —continué—. Pero era *ella* la valiente. Mucho más qué yo. Más fuerte también.

Raphael me atrajo contra su pecho, luego acunó mi cabeza contra él mientras su otra mano me aliviaba con caricias que subían y bajaban por mi espalda.

—Eres valiente, *mi amor*. —La convicción en su voz me hizo casi creerle—. Valiente. Hermosa. Amable. Todo. Lo eres todo para mí y para Gabriel. Te necesitamos.

—Necesito un poco más de tiempo —suspiré.

La decepción brilló en sus ojos, aunque asintió. Fue su abnegación lo que hizo que me enamorara de él. Su feroz protección. Su bondad. Incluso su crueldad.

—Te esperaré —juró—. Toma todo el tiempo que necesites.

—¿Te quedarías esta noche, por favor?

CINCUENTA Y SEIS

RAPHAEL

Cuando me pidió que pasara la noche, hice que Caine trajera a Gabriel.

Los tres cenamos comida china, comimos galletas de la suerte y luego vimos la película de Disney *Luca* con Bruno acurrucado en el regazo de Gabriel. Parecía una noche normal. Solo nosotros.

Aunque a medida que se acercaba la hora de ir a la cama, podía sentir que Sailor se inquietaba. Preocupada.

Después de arropar a Gabriel, ambos nos dirigimos a nuestro dormitorio y nos metimos en la cama. Entonces, como si se sintiera atraída por la misma necesidad, se acercó a mí y hundió su cara en mi pecho. Su mano me envolvió el torso y sus senos se presionaron contra mi pecho. Dios, eso era el cielo y el infierno. Tenerla tan cerca de mí. Su olor me envolvía.

De vez en cuando, un suave gemido salía de sus labios. Su respiración se agitaba y mi pecho se oprimía. Ver el miedo en su cara fue como un puñetazo en el estómago. La acerqué más a mí y le susurré promesas para nuestro futuro.

Se quedó inmóvil en mis brazos, con sus ojos abriéndose.

—¿Raphael?

—Estoy aquí —murmuré con voz tranquilizadora.

—No te irás, ¿verdad?

—Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras —susurré. Las palabras parecieron tranquilizarla y su cuerpo se relajó. Apoyé la palma de la mano en su mejilla y se inclinó hacia ella, con los ojos cerrados—. *Para siempre.*

Me desperté con el aroma de prímula a mi alrededor. El olor de mi esposa.

La esperanza por nuestro futuro crecía mientras la veía dormir en mis brazos.

El tiempo que necesitara, lo tendría. Porque ambos sabíamos que al final sería mía. Todos mis pecados, todos mis errores, todos me habían llevado a ella y *maldición* no dejaría escapar esta oportunidad para tener nuestro final feliz.

Ambos nos lo ganamos. Bueno, yo no, pero ella y Gabriel seguro que sí.

Sailor dormía de lado, frente a mí. Los primeros rayos de sol se reflejaban en su cabello como oro blanco reluciente. Como una aureola sobre la cabeza de un ángel y se desparramaba sobre mi pecho, su cálido cuerpo apretado contra el mío.

Tomé entre mis dedos un sedoso mechón, saboreé su suavidad y luego se lo aparté de la cara para poder verla. No podía dejar de tocarla, así que le pasé los dedos por el cabello y seguí alisándoselo.

Tranquila, con las cejas ligeramente fruncidas.

Las actualizaciones diarias que recibía sobre sus pesadillas nocturnas me daban esperanzas de que mejoraría pronto.

Mis ojos recorrieron a mi esposa. Mi mano se posó en la parte superior de su muslo, su piel fresca bajo la mía. Llevaba unos pantalones cortos de seda de color marfil y un *top* a juego, con un muslo suave enganchado sobre mí, parecía un ángel en la cama del diablo. Las sábanas de satín rojo y la decoración roja del dormitorio. No se había molestado en redecorar nada desde que estaba aquí.

Mi polla estaba dura, pero la ignoré. Por primera vez en casi un mes, tenía a mi esposa a mi lado y mi corazón se sentía en paz. Era exactamente donde debía estar, con *ella*.

Y, por primera vez en un mes, me desperté descansado. En paz. Joder, tal vez incluso feliz, a pesar de la erección matutina y el riesgo de bolas azules.

Cualquier cosa por ella, con tal de que estuviera conmigo.

Me levanté lentamente de la cama, con cuidado de no despertarla. Necesitaba descansar. Las ojeras no eran tan oscuras esa mañana como la noche anterior, no obstante, las muchas noches de sueño intranquilo le habían pasado factura.

Mi teléfono zumbó y lo tomé rápidamente para no despertar a Sailor.

Era un mensaje de Nico. Con una dirección.

«Te tengo, hijo de puta. Iré a por ti».

Un viaje en avión y otro en helicóptero y ya estaba en México.

Aceché la zona durante el día anterior, vigilando.

Para alguien que detestaba a los hispanos, al padre de Sailor le encantaba tratar con ellos. Y quién en su sano juicio hubiera pensado que el cabrón buscaría refugio bajo el techo del mismo hombre por el que contrató a Benito King para eliminar.

El padre de Anya.

Karma en su máxima expresión. O testimonio de la maldad de McHale. El desgraciado compró la casa, sin duda como un dedo medio al padre de Anya, el hombre que mandó a asesinar.

Llegué a la pequeña casa de piedra de una sola planta con tejado de estuco y terracota, a solo un par de horas de la Ciudad de México. En Cuapiaxtla. El paisaje era impresionante y mortal en su árida belleza. Una veintena de casas coloridas en medio del desierto parecían fuera de lugar.

Según Nico, donde se escondían el *padre y la madre del año* era la casa roja. Qué apropiado. Cuando acabara con ellos, también sería roja por dentro.

—¿Quieres que entre contigo? —Ofreció Caine.

—No, esta vez no —respondí entre dientes, con la sed de su sangre derramada deslizándose por mis venas. Todo lo que tenía que hacer era recordar el cuerpo golpeado de Sailor y estaba listo para una matanza.

Atravesé la pequeña puerta de hierro y entré en el porche. Una sola bala silenciosa abrió la puerta de par en par. Los reconocí enseguida: la pareja, miembros de una de las familias estadounidenses más prestigiosas, rodeados de pobreza mientras lucían un traje de Brioni y un

vestido Chanel.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —me burlé. Dos pares de ojos muy abiertos, llenos de miedo, me miraban fijamente. Estaba claro que no esperaban ser encontrados—. No hiciste caso a mi advertencia —agregué—. Te dije que volvería, hijo de puta.

Ambos salieron disparados, listos para correr. Respondí por instinto. Agarré lo que tenía más cerca. Una figura de la Santa Muerte. Qué jodidamente apropiado, ya que sería el que entregaría la suya.

La lancé al otro lado de la habitación y golpeó al padre de Sailor en la nuca. Se tambaleó hacia el suelo, sus manos se agitaron en el aire para agarrarse a algo y sus dedos agarraron el vestido Chanel de su mujer, llevándosela con él.

—Ahh, dos por uno —dije fríamente—. Me encanta cuando tengo suerte.

Di tres grandes pasos, agarré al viejo por el hombro y lo levanté. Con la otra mano, agarré a la mujer del cabello y empecé a arrastrarlos a ambos.

Gemidos. Súplicas. Sobornos.

Lo desconecté todo.

Podrían ofrecerme el mundo y no importaría una mierda. Lo único que quería era el amor de Sailor, dado libremente. Nadie podía comprar eso.

—Guarden su aliento —indiqué—. Van a necesitarlo. Hasta que les corte la lengua.

La madre de Sailor empezó a gritar a pleno pulmón. No había nadie para salvarla. Ni a él. Gruñó, amenazadoramente.

Inspeccioné la casa y vi una habitación. Parecía una despensa sin ventanas. Perfecto.

Los empujé a los dos, vi cómo caían de rodillas y cerré la puerta tras de mí.

—Ahora, vamos a jugar —comenté—. ¿De acuerdo?

Saqué una cuerda y los empujé para que se arrodillaran espalda con espalda. Me encorvé y les empujé las muñecas hacia atrás, luego las até juntas. Se resistieron, pero estaban demasiado débiles y luché contra el impulso de dispararles.

El deseo de hacerlos sufrir primero era demasiado grande. Tal como hicieron sufrir a mi esposa. Tal como hicieron sufrir a Anya.

Me enderecé y saqué la navaja suiza del bolsillo. Echaría de menos mis herramientas de tortura, pero esto serviría. Los haría sufrir más tiempo.

Vi al padre y a la madre de Sailor luchar contra sus ataduras en vano. Nadie que luchara por ellos. Nadie a quien sobornar.

—Por favor, ten piedad de nosotros —suplicó su madre—. Por favor. Por favor.

Cada vez que pensaba en el dolor en la voz de mi esposa, la rabia me inundaba como veneno. Mis puños se apretaron, viendo a los dos despreciables seres humanos gemir y llorar, suplicando clemencia.

—Déjame hacerte una pregunta —señalé despreocupadamente, mi voz parecía calmada mientras la furia hervía en lo más profundo de mi ser—. Dime una sola ocasión en la que hayas ofrecido piedad a Sailor y a su hermana.

Siguió el silencio. Ojos llenos de terror.

—N… no lo sabía. —Gimoteó.

—No sabías ¿qué? —pregunté tensamente—. Que tu marido estaba violando a tu hija. Que tu marido la vendió. Que había torturado a tu hija menor. Que la maltrataba. Dígame, señora McHale, ¿qué es lo que no sabía?

No hubo respuesta.

Di un paso hacia mis dos cautivos y exclamé:

—¡Nunca tuvieron piedad! Con ninguna de sus hijas. Ambos son unos monstruos.

—¡Solo tengo una hija! —espetó el viejo.

Mis ojos se desviaron hacia la madre de Sailor.

—Señora McHale, ¿tiene algo que decir a eso?

Pude ver la lucha en sus ojos. Para mandarme a la mierda, pero quería vivir. Desesperadamente.

No lo haría.

Regularmente, tenía la paciencia de un santo y podía burlarme de mi enemigo de forma agradable y lenta. Hoy, estaba ansioso por hacer llorar a esos dos. Por hacerlos gritar de dolor.

—Nunca les hice daño —sollozó—. Todas las madres castigan a sus hijos de vez en cuando.

—Así que, dejaste que tu esposo las aterrorizara —supuse, acercando mi navaja al viejo—. Para violarlas. Para venderlas.

En un brusco cambio de dirección, acerqué el cuchillo hacia ella. Cerró los ojos como si eso fuera a salvarla.

La hoja apuntaba a su globo ocular, apenas a un centímetro de distancia. Aunque ella no lo sabía porque mantenía los ojos cerrados, gimoteando como la perra que era.

Y su marido ciertamente no intentaba salvarla.

Jodidamente patéticos. Los dos.

—Si te apuñalo en el ojo —reflexioné en voz alta, burlándome de ellos—. Esto acabará demasiado pronto. Así que empezaremos por los oídos. Ya que te negaste a escuchar las súplicas de tus hijas.

Con un movimiento eficaz, le rebané la oreja derecha. Su grito desgarrador casi me ensordece. Maldita zorra. Así que como me enfadó, también le rebané la oreja a él. La oreja izquierda, ya que miraba en dirección contraria.

—Apropiado, ¿eh? —bramé, su sangre ya salpicaba mi traje—. Te cortaré las orejas, luego la lengua y acabaremos con los ojos—. Luego me puse frente a su cara y dije entre dientes—: Por fallarles a Sailor y a Anya.

Ambos sollozaban como los malditos cobardes que eran. Los gorgoteos llenaban el aire y me ponían de malas.

No dejé que eso me disuadiera y seguí adelante. Berreaban y gritaban como bebés, con la nariz sangrando y los mocos colgando de la cara. Tan asqueroso.

—¡No valen la pena! —espeté—. ¡Ninguno de los dos!

De un rápido movimiento, le clavé mi cuchillo en la pupila y lo vi morir, mientras la madre de Sailor se orinaba encima. Entonces saqué mi cuchillo y me desplacé hacia ella. Tembló como una puta hoja.

—Tenías dos hijas hermosas y amables —siseé—. Y las usaste como corderos de sacrificio.

—¡Estás loco! —gritó—. ¡Un maldito diablo!

Giré el brazo y le clavé el cuchillo empapado en sangre en la pupila.

—Corrección: *el* maldito diablo. Nos vemos en el infierno, zorra.

Vi cómo la vida se desvanecía de su otro ojo, los cuerpos de ambos desplomados y cubiertos de sangre, goteando por sus torsos y sus brazos atados. Era un maldito desastre.

Fue entonces cuando me fijé en el anillo con el escudo de la familia McHale que llevaba su padre en el dedo.

CINCUENTA Y SIETE

SAILOR

Sonó mi teléfono.

Identificador de llamadas: *Mi diablo.*

La sorpresa me invadió. Raphael se había ido antes de que me despertara y no lo había visto ni sabía nada de él desde entonces. De eso hacía ya dos días.

Por un lado, le agradecí que me ofreciera espacio. Por otro lado, estaba decepcionada. Tenía que ponerme mejor.

—Hola, Raphael —contesté.

—*Reina.* —Su voz profunda vibró a través de la línea y directo a mi corazón. ¿Era eso normal? Que su voz pudiera afectarme incluso por teléfono.

—¿Dónde estás? —Me estremecí ante la acusación en mi tono—. Gabriel me dijo que no te ha visto —aclaré.

Cuando supe que Raphael no había vuelto a casa, insistí en que Gabriel pasara la noche siguiente conmigo. Pero los celos me carcomían. Tal vez fui estúpida al mantenerlo a raya. La noche que pasó conmigo fue la primera vez desde el secuestro que pude dormir. Y fue gracias a él. Mantuvo mis pesadillas a raya.

—Tuve que ocuparme de unos asuntos. Pero ya estoy de vuelta.

Esperé. No sabía a qué. O tal vez sí. Quería que me pidiera que volviera, lo cual era una tontería ya que era yo la que pedía tiempo. *Ugh.*

Después de que pasara la noche, me di cuenta de que las pesadillas con él eran mejores que las pesadillas sola. Sí, mis padres seguían vivos, pero por lo que me dijo Aurora, ambos estaban escondidos. Escuchó a Alexei hablando con Nico Morrelli y mi esposo. Los estaban cazando.

—Ah, de acuerdo. —Tragué saliva nerviosamente—. Siento no haberte visto la otra mañana —dije en voz baja.

—Estabas cansada —replicó—. No quise despertarte.

Deseaba que estuviera aquí. Para poder verlo. Inhalar su aroma en mis pulmones. Hablar con él un poco más.

Sacudí la cabeza. *Adorable,* mi diablo se convirtió en mi terapia.

—Tus padres están muertos.

Se me detuvo el corazón y sentí un profundo alivio.

—¿Sí? —Carraspeé, con la voz ronca.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Caine te llevará un paquete —declaró suavemente—. Te traerá paz.

Un profundo suspiro se deslizó por mis labios. Mis padres. Muertos.

Nunca había sentido un alivio tan fuerte. Por mi hijo. Por mí. Y justicia para Anya.

—Gracias, Raphael. —Las palabras no transmitían lo suficiente. Había tanto que quería decirle.

Que lo amaba. Que lo extrañaba. Y lo más importante, que lo necesitaba.

—Te estaré esperando, *Reina* —prometió.

Diablo me esperaba.

Tal y como prometió que haría.

Amaba su oscuridad, sus pecados, su posesividad. Cada cosa de mi esposo.

Él y Gabriel se habían convertido en toda mi vida. Y con mis padres definitivamente muertos, me encontré respirando más ligeramente. Como si la presión en mi pecho se hubiera levantado y fuera hora de seguir adelante.

Habían pasado veinticuatro horas desde que Caine entregó la prueba de la muerte de mis padres. Un dedo arrugado con un anillo: el escudo de la familia McHale. Debería haberme asqueado, pero lo único que sentí fue alivio. Entonces quemé hasta las cenizas el último trozo de mi padre.

Que su alma nunca encuentre la paz.

Caine me recogió y me llevó a la isla. Le pedí que se lo ocultara a Raphael. Dejé a mi esposo y era conveniente que fuera *yo* la que volviera. Eran casi las nueve y cuarto de la noche y al pasar por la habitación de Gabriel, lo encontré profundamente dormido.

Entré en su habitación sin hacer ruido y le di un beso en la frente. Con la boca ligeramente abierta y un pie colgando de la cama, lucía tan tranquilo y susurré una oración silenciosa de agradecimiento. Por un hijo tan fuerte. Por unas amigas increíbles. Y por el demonio de esposo que resultó ser exactamente lo que necesitaba.

Apretando otro beso, dejé dormir a mi hijo mientras iba en busca de mi marido. Lo encontré en nuestro dormitorio.

Me quedé en la puerta ligeramente entreabierta, observándolo, y como si me percibiera, levantó la vista.

Una bruma peligrosa llenó el aire, su mirada estaba cargada de una posesividad que rozaba la obsesión. No lo entendía, pero quería hacerlo. Porque lo deseaba. Muy posiblemente, también estaba obsesionada con él.

Una luna plateada se filtraba por la ventana abierta, iluminando su cuerpo. La habitación olía a él, el aire que respiraba me consumía.

Mi *diablo*. Mi salvador. Mi todo.

Mató a mis padres. Por mí. Por Anya. Por Gabriel.

Di unos pasos hacia él, acortando la distancia que nos separaba. La verdad era que lo necesitaba. Era mi vida. Respirar su aire y su aroma me consumía tan fácilmente que nunca lo vi venir ni sentí cómo se abría paso hasta mi corazón.

Con los latidos del corazón en la garganta y un escalofrío recorriéndome la espalda, alargué la mano hacia él. No se movió, observándome con esa llama en su mirada azul. La vacilación detuvo mis dedos antes de enredarse en aquel cabello oscuro como el carbón. Nunca había deseado tanto a alguien que la sola idea de perderlo me hiciera sangrar por dentro.

Amaba a mi hermana. Amaba a mi hijo. Raphael, todo sobre él, tiraba de mi corazón y de mi

alma. Cada centímetro de mi cuerpo ardía por él. No quería pasar más tiempo separados.

Era suya. Para bien o para mal.

Respiré entrecortadamente mientras forzaba mi pierna entre las suyas ligeramente separadas. Me miraba como un lobo hambriento, pero se negaba a moverse.

Quería que estuviera segura de que era el momento. Me estaba dando la última opción de elegirlo. *Siempre* lo elegiría.

A él. Nuestro hijo. Nuestros hijos.

—Quiero volver —musité—. Si todavía me quieres.

Mis respiraciones y el tamborileo de mi corazón revolotearon en el aire antes de que el silencio los tragara.

Puede que fuera lo más vulnerable que había sentido nunca. Mostrarle que lo deseaba y arriesgarme al rechazo. No obstante, vivir lamentándome era una alternativa peor.

—¿Por qué?

—Porque te amo —confesé por lo bajo, acortando la distancia que nos separaba, rozando con la mano su cuello y el espeso cabello de su nuca—. Porque la vida sin ti está vacía. Porque tú y Gabriel son mi familia. *Mi todo.*

Separó las piernas, me quité mis zapatos rosas tipo bailarina y me coloqué entre ellas. Sus ojos se encontraron con los míos y el fuego que había en ellos me consumió.

Mis dedos se entrelazaron entre las suaves hebras, agarrando un puñado. Un calor embriagador se desprendía de él y lo absorbía mi torrente sanguíneo. Mis uñas rozaron su cuero cabelludo y soltó un suave rugido.

Su mirada se encontró con la mía. Profunda y penetrante.

—Por fin, *Reina* —pronunció roncamente, su mirada se llenó de algo oscuro y pecaminoso —. Te he echado tanto de menos, maldición.

—Lo mismo digo.

Sentí la intensidad de su alivio en su tacto suave, como el de una pluma, cuando sus manos rozaron mis muslos. Mi pulso se aceleró como la batería de un coche viejo. Me hizo sentir viva. Mis pechos estaban sensibles y desnudos bajo mi vestido, pesados y tensos, y tan cerca de su cara que mi piel se tensó al necesitar su boca sobre ellos. Solo él podía aliviar la presión que sentía en mi interior.

Sus dedos se volvieron más firmes en mis muslos, agarrándolos, acariciándolos. Su toque se sentía tan agradable, sus palmas me calentaban la piel. Su calor me quemaba la piel y mi centro palpitaba por la necesidad de más caricias suyas. Cada apretón me producía un estremecimiento entre las piernas, que se transformaba en un dolor vacío y me tragaba el gemido que bullía en mi garganta.

—Te he extrañado mucho, mi diablo —susurré suavemente. Se detuvo, mi admisión bailando en el aire—. Soñaba contigo todas las noches. —Respiré entrecortada y superficialmente mientras él guardaba silencio—. Gracias por esperarme.

Su agarre sobre mi piel se tensó.

—No me dejes más —agregó con voz ronca.

—Nunca —murmuré mi respuesta—. Soy tuya para siempre. Y tú eres mío.

—He sido tuyo desde el momento en que bailamos —contestó roncamente.

La bruma en el aire empezaba a espesarse con cada inhalación y cada roce de mi cuerpo contra el suyo. Sus manos se introdujeron bajo mi vestido rosa, agarraron mi trasero y sus palmas lo apretaron con firmeza.

—Raphael —gemí con un suspiro gutural mientras amasaba la carne. Su tacto áspero era el

único que podía hacerme eso. Sus toscas palmas rozaban mi suave piel. La humedad, caliente y resbaladiza, se acumuló entre mis piernas y mis dedos se enroscaron en su cabello mientras mi cuerpo se inclinaba hacia él, como si fuera mi único hilo a la vida.

—¿Estás segura, *Reina?* —Sabía lo que quería decir—. Podemos esperar.

Estaba siendo cuidadoso conmigo, pero ya no quería ser cautelosa. Necesitaba que supiera cuánto lo deseaba.

—Sí —contesté con una vehemencia que nos sorprendió a ambos—. Sé que me tienes.

Enganchó los dedos en mis bragas y tiró de ellas hacia abajo. Mi cuerpo zumbaba de necesidad, sus palmas fuertes bajaban hasta mis tobillos. Levanté una pierna, luego la otra, mientras su cara estaba tan cerca de mi centro que podía sentir su aliento caliente contra él.

—No sabes cuánto he esperado para oír esas palabras —gruñó contra mi cuerpo.

Curvé la espalda, el dolor palpitante era insoportable. Necesitaba su boca en mi coño.

Se deshizo de mis bragas y su boca rozó la sensible piel, a centímetros de mi clítoris.

—Por favor —suspiré, frotándome contra él. Me rozó el clítoris con la lengua y sentí un chisporroteo que me robó el aliento—. Ohhh.

—¿Es esto lo que quieres? —gruñó, el sonido bajo en lo profundo de su pecho.

Lo observé a través de mis pesados párpados, nuestras miradas se conectaron.

—Sí. A ti —murmuré—. Te quiero —admití suavemente, dejándolo ver mi vulnerabilidad. Quería que viera que confiaba en él con todo: mi cuerpo, mi corazón y mi alma—. Siempre te he querido. Solo que tardé más en darme cuenta.

Sus dedos volvieron a subir por mis piernas y se deslizaron hasta mi trasero, rozándome la entrada trasera antes de detenerse. Estaba tan caliente que me encontré moviendo las caderas en busca de fricción. Quería su toque en cada centímetro de mi cuerpo. Solté un gemido cuando su mano se deslizó hacia abajo y un dedo se introdujo en mi interior sin previo aviso.

—*Ahhh.* —Mi cabeza cayó hacia atrás, mis entrañas ardiendo. Mis palmas bajaron hasta su cuello, mis uñas recorriéndolo a lo largo.

—¡Joder! —gimió y la aspereza de su voz me recorrió la espalda—. Estás tan mojada.

—Para ti —suspiré—. Solo para ti.

Un fuerte golpe en el trasero me hizo vibrar y mi sexo se estremeció de necesidad.

—¡Raphael! —chillé suavemente—. ¿Por qué fue eso?

—Por estar sin mí un mes entero —refunfuñó, y luego volvió a darme otra nalgada—. Por dejarme.

Si lo hizo como castigo, fracasó, porque me produjo una sensación de placer.

—Nunca volveré a irme —juré y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sabes tan bien —gimió, acercándome a él con su mano libre.

Nuestros labios estaban a centímetros de distancia y me incliné más presionando mi boca sobre la suya. Haría cualquier cosa por ese hombre, me di cuenta. Cualquier cosa. Porque no podía imaginarme otro día sin él, ni hablar del resto de mi vida. Su lengua caliente se deslizó entre mis labios, robándome el aliento y tragándose mi gemido. El calor y la satisfacción se deslizaban de su cuerpo.

Lo necesitaba. Más que a mis principios. Más que a la venganza. Más que a cualquier otra cosa.

Agarré el dobladillo de mi vestido rosa con las dos manos y me lo quité de un tirón. Su boca se aferró a mi pecho, arrastrando los dientes por el pezón, y se me escapó un sonoro gemido.

Gimió y, antes de que pudiera bajar los brazos, su boca se aferró a mi seno y lo succionó lentamente mientras arrastraba los dientes por el pezón. Un calor se disparó como un relámpago

entre mis muslos antes de palpitar en un dolor vacío. Me balanceé sobre él, pasándole una mano por el cuello y por el cabello. Su mano me acunó con una aspereza que me puso la carne de gallina. Toda la palma de su mano frotó hacia adelante y hacia atrás, presionando con firmeza contra mi clítoris. Eché la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Tan húmeda —gruñó.

Se metió un pezón en la boca y luego deslizó dos dedos dentro de mí. Una presión caliente y dulce me llenó, amenazando con desbordarme mientras me metía los dedos. Rápido y luego perezosamente. Una y otra vez.

El fuego ardía en la parte baja de mi estómago, creando una llamarada que necesitaba ser alimentada. Si no, me convertiría en humo.

—Oh, Dios... —gemí, clavando mis uñas en sus hombros. Estaba tan cerca, tan cerca, maldición—. Raphael, por favor.

Recorrió cada centímetro de mis pechos, besándolos como lo haría con mi boca: con los labios, la lengua y los dientes. Sus dedos se deslizaron fuera de mí, arrastrando la humedad hacia mi clítoris, y cuando volvió a introducirlos, la presión estalló en hormigueos y llamas.

El placer intenso creó luces que bailaban detrás de mis ojos; mi sangre ardía. Un escalofrío recorrió mi cuerpo como si tres tragos de licor se hubieran vertido directamente en mi torrente sanguíneo, antes de que se extendiera un lánguido calor. Mis piernas habían cedido y me senté sobre su muslo. Tenía los ojos entrecerrados y las llamas azules me embriagaban.

Su pulgar me rozó la boca y me manchó el labio inferior con mi humedad. Lo recorrí con la lengua y lo lamí.

Su mirada centelleó, ardiente como zafiros azules.

—Súbete a la cama. —Era una exigencia. Su voz era ronca—. Voy a follar tu apretado coño. Para que recuerdes a quién perteneces.

El corazón me golpeó el pecho, me levanté de él, me arrastré hasta su cama y me tumbé boca arriba. Su olor cubría las sábanas, embriagador y adictivo: un cálido aroma a regaliz y a hombre. Peligro y crueldad. Todo él.

—Te pertenezco. Siempre a ti —suspiré, con nuestros ojos fijos. Una llama palpitó entre mis piernas y un calor me recorrió el estómago. Él era la razón de mi curación. Era mi fuerza. Mi todo.

Sin dejar de mirarme, se quitó el bóxer y mis ojos recorrieron cada centímetro suyo. Era hermoso, un dios de piel bronceada y tatuajes. Su erección se tensó y estiré la mano para envolver con mis dedos su suave y dura longitud. La anticipación volvió a vibrar entre mis piernas. La forma en que me miraba me aceleraba el pulso y mi cuerpo estaba listo para sentirlo dentro de mí. La piel se me puso de gallina a pesar del aire húmedo y caliente. Me agarró por el tobillo y me tiró hacia un lado de la cama.

—Voy a cogerte hasta que toda la isla oiga tus gritos —gruñó con rudeza.

—¡Sí! —Respiré, necesitada y ansiosa.

Me agarró los muslos, los separó y soltó una maldición por lo bajo.

—Tan empapada.

Me rodeó la cintura con el brazo y me empujó hacia las almohadas. Se arrastró hasta la cama y se arrodilló entre mis piernas.

—Te amo, *Reina* —dijo, las emociones densas en su voz y sus ojos—. Tanto que cada segundo que pasaba lejos de ti me desgarraba las malditas entrañas.

Mi cuerpo respondió de inmediato y mis ojos se empañaron. Jesucristo, me había convertido en una bebé llorona.

Apreté la palma de mi mano contra su mejilla.

—¿A cuántas mujeres les has dicho que las has amado antes? —pregunté vacilante.

—¿Te parezco un hombre que dice te amo a cualquiera? —exclamó, y la hermosa sonrisa de sus labios me hizo entrar en calor—. Nunca lo había dicho, excepto a mi madre. Así que Sailor Brooke McHale Santos, escucha con atención. *Te amo*. Solo a *ti*. Te amo tanto que ni siquiera golpear el culo de un *cabrón* me satisface. —Pasó sus callosas palmas por mis muslos, abriéndolos más—. Te amo. Tu corazón. Tu cerebro. Tu cuerpo. Tu coño. —Un suspiro me abandonó cuando sus dedos rozaron mis húmedos pliegues—. Amo todo de ti. Es un paquete. Quiero envejecer contigo. Tener hijos contigo. Ver cada rincón del mundo contigo. Mierda, incluso salvar el mundo contigo.

Parpadeé y vi cómo sus ojos se oscurecían tanto que me recordaban a océanos tormentosos.

—Es lo más romántico que he oído alguna vez —susurré, con la emoción a flor de piel.

Su beso fue contundente, posesivo. Obsesivo. Justo como me gustaba.

Entonces su sonrisa se volvió ligeramente perversa y recorrió con su boca cada vez más abajo mi cuerpo. Me apoyé en las manos mirándolo y, cuando apretó la cara entre mis muslos e inhaló, se me cayó la cabeza hacia atrás.

Cuando Raphael se proponía algo, lo hacía por completo. Y Dios, *cómo* lo hacía.

Sus brazos me rodearon los muslos, levantándolos ligeramente, y luego me lamió desde el trasero hasta el clítoris. El vapor me recorrió la sangre, prendiéndome en fuego. Jadeé y apreté las sábanas con mis dedos. Era tan sucio, tan incorrecto, tan inapropiado, pero Dios, quizá por eso se sintió tan bien.

—Hazlo otra vez —supliqué. Un profundo sonido de satisfacción salió de su garganta.

Y lo volvió a hacer. Una y otra vez. El calor de su lengua me produjo un violento escalofrío. Una neblina sin sentido borró mis pensamientos, dejando atrás la lujuria y la locura. Estaba tan caliente, ardiendo como un cometa caído del espacio. Mis caderas se movían bajo su boca mientras me lamía por todas partes. Cada oleada de fuego se fusionaba en un dolor vacío entre mis muslos, hasta que solo pude sentir mi dolor por él.

Sus brazos me rodearon los muslos y su boca se apretó con más fuerza contra mi centro. Se me pusieron los ojos en blanco. Lo jalé del cabello con todas mis fuerzas y por fin levantó la cabeza. El azul de sus ojos ardía como las llamas.

—Te quiero dentro de mí —rogué—. Te deseo tanto.

Se arrastró sobre mí, lamiéndome y mordisqueándome el estómago y los pechos. Su cuerpo cubría el mío. Era tan pesado. Un peso cálido y placentero que hacía que mi piel cantara de satisfacción. Me besó el cuello mientras apoyaba las manos a ambos lados de mi cabeza. Me di cuenta de que había lamido cada parte de mi cuerpo y apenas lo había tocado. *Necesitaba* tocarlo, como si mi vida dependiera de ello. La tensión se apoderó de él cuando mis manos se deslizaron por su espalda, sus costados y, cuando se posaron en sus abdominales, cerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Más abajo —dijo entre dientes—. Mi mano ha sido un terrible sustituta de mi esposa.

Los latidos de mi corazón se agitaron y deslicé la mano hacia abajo hasta que agarré su erección. Su frente se apoyó en la mía y un rugido escapó de su pecho. Se apretó aún más contra mi palma. Se sentía caliente, grueso, duro y completamente masculino. Una oleada de deseo se apoderó de mi interior y rodeé su miembro con la mano.

—¡Ah, maldición! —gimió. Tan caliente, duro y suave—. Tu mano se siente tan bien.

El bajo vientre se me llenó de calor. Un pulso floreció entre mis piernas. Bajé la mano hasta la base y luego la volví a subir. Su mano me acunó el costado de la cara.

—Te he extrañado tanto —dijo con voz ronca, mordiéndome la mandíbula.

—También te he echado de menos. —Le di un lento y suave tirón a su duro miembro y le susurré al oído—: Te compensaré, esposo mío.

Solté su longitud, nos giré y me coloqué a horcajadas sobre sus caderas. Apoyé las manos a ambos lados, me incliné hacia adelante y le besé el cuello. Luego lamí su piel porque me encantaba su sabor. Mi propia adicción.

—¡Joder! —Su mano me acarició la nuca y sus dedos se entrelazaron entre mis mechones. No podía tener suficiente de él—. *Reina,* por fin eres mía.

—Tuya.

Le pasé las manos por los bíceps, los pectorales y luego por el cabello. Mientras tanto, le besaba la garganta, la chupaba y mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

Me tocó el cabello de la nuca para apartarme un poco y lo miré con los ojos entrecerrados. El amor brillaba en sus pupilas, ardiente y devorador. Mis senos rozaron su pecho, enviando chisporroteos de placer hacia abajo y haciéndome desear fricción. Me apreté a su erección. Sentí un ardor que me hizo bajar la cabeza y clavar los dedos en las sábanas.

Giré las caderas contra él, usando su pecho como palanca y restregando mi humedad por toda su longitud. Justo cuando su pene rozó mi centro y la cabeza de su erección se deslizó dentro de mí, gimió tan profundamente que pude sentirlo vibrar a través de su pecho. Era tan grande y duro, palpitando dentro de mí. Un temblor me recorrió, mis exhalaciones eran pesadas y desiguales. Mis dedos se enroscaron en sus abdominales mientras me hundía un centímetro más en él. Sentí una deliciosa plenitud y se me escapó un suspiro gutural.

Su cuerpo se tensó bajo mis manos y mi gemido llenó el espacio que había entre nosotros mientras se deslizaba más abajo y, de un fuerte empujón, su longitud desaparecía en mi interior.

Ambos miramos mientras se hundía dentro de mí, los dos respirando erráticamente. Raphael miraba fijamente hacia donde estábamos unidos, su mirada posesiva y oscura.

—Mía —gruñó, y nos dio la vuelta para que quedara boca arriba. Empezó a moverse, empujando dentro de mí con fuerza y rapidez.

Mi espalda se arqueó sobre la cama. Me sentía tan llena, su peso era un alivio después de semanas sin él. Su pecho rozaba el mío y su respiración entrecortada me abanicaba el cuello con cada fuerte embestida.

Sus labios se apretaron contra mi oreja.

—Nunca volveré a dejarte ir. —Me estremecí al oír su voz profunda, llena de oscura posesión. Me acarició el cuello con la nariz. Su voz era cálida y suave, pero sus dientes estaban apretados—. Serás mía para siempre y seré tuyo.

—Para siempre —suspiré, sin pensar con todos esos sentimientos hinchándose dentro de mí.

Me sujetó por un puñado de cabello de la nuca y luego me cogió. Piel contra piel. Un roce de dientes. Su gran peso. Embestidas poderosas. Implacables. La sensación era tan intensa que luchaba por encontrar aire para respirar, por encontrar algo que no fuera él y su rudeza. Pronto, la intensidad se suavizó, mi cuerpo se calentó y se amoldó al suyo. Cada embestida empezaba a encender una chispa en mi interior que solo la siguiente podía saciar. Mis uñas se clavaron en sus bíceps y un pequeño estremecimiento rodó bajo su piel. Hablaba mientras cogía, pegado a mi oreja con una profunda voz ronca, y me volvía loca.

—Tu coño es mi cielo y mi infierno, *Reina* —alabó.

Las palabras se hundieron en mi piel y llenaron cada espacio de mi cuerpo con cálida satisfacción y tanto amor que probablemente resplandecía. Cada vez que su pelvis chocaba contra la mía, un calor líquido se extendía desde mi clítoris hacia el exterior. Cada una de sus

embestidas me rompía para luego volver a recomponerme. Un gemido gutural se escapó de mis labios con cada embestida, como si empujara cada uno de ellos fuera de mí. No era más que calor, llamas y placer.

—¡Raphael! —gemí, con el cuerpo al borde del orgasmo. Me tapó la boca con la palma de la mano, mientras la otra permanecía enredada en mi pelo. Era severo y restrictivo. Y demasiado adictivo. Lo necesitaba, su restricción, su dominación, sentirlo en todas partes. Para romperme y recomponerme.

Desde el momento en que mis ojos conectaron con Raphael, había sabido que mi cuerpo se perdería ante él. Pero esto... esto era incluso mejor de lo que jamás había imaginado. Mejor de lo que jamás había esperado. Porque lo amaba y él me amaba.

El orgasmo se disparó a través de mí, violento y poderoso, enviando un estremecimiento por todo mi cuerpo, que hizo castañear mis dientes.

El calor palpitó en la parte baja de mi estómago antes de ramificarse en hormigueos y deslumbramientos de la mejor sensación jamás experimentada. Cuando bajé, lo vi inmóvil dentro de mí, observándome con una mirada azul oscuro.

Me quitó la mano de la boca y, por las marcas de dientes que estampaban su piel, me di cuenta de que lo había mordido cuando me corrí. Con fuerza. Así que rocé mi boca sobre él, bañándolo en besos.

—¿Quién te folla? —gruñó—. ¿A quién le perteneces?

Me estremecí.

—Tú. Y solo a ti te pertenezco. —Respiré—. Siempre tú.

Un rugido de satisfacción salió de su pecho y apoyó su frente en la mía.

—Voy a cogerte durante el próximo mes. Te dejaré embarazada. Veré tu vientre hincharse con mis bebés.

¿Por qué me puso eso tan ardiente?

—No más anticonceptivos —murmuré.

—¡Joder! —gimió, sus ojos brillaban como estrellas azules. Nuestros labios se separaron unos centímetros—. El mejor maldito día de mi vida. El mejor regalo de mi vida, *Reina.*

Sus labios besaron los míos con fuerza, lamiéndolos y mordiéndolos. Nuestro beso era húmedo, desordenado y áspero. Porque así era como besaba Raphael.

Empujaba dentro de mí, profunda y lentamente, y la intimidad que sentía me tenía en carne viva y expuesta.

Y sabía que Raphael me cuidaría. Siempre me cuidaría porque me amaba.

EPÍLOGO

SAILOR

Un año después

El diablo me había encontrado, pero, contrariamente a lo que todos creían, no me había robado el alma. Yo la había dado libremente, junto con mi corazón y mi cuerpo.

A diferencia del día que enterramos a mi hermana, hoy los rayos del sol llenaban mi alma y la montaña que nos rodeaba. El aroma de los pinos viajaba a través de la brisa fresca, los primeros signos del clima de otoño en camino.

El valle y la montaña se extendían a nuestro alrededor. La vista era pacífica e impresionante. Todo lo que Anya merecía en vida, pero solo pudo obtener en la muerte. Los fantasmas seguían viniendo de visita, sin embargo, tenía un diablo a mi lado que siempre los ahuyentaba.

Volví la mirada a la tumba. Los hermanos Ashford siempre se aseguraban de que la tumba de Anya tuviera flores. Prímulas.

Anya siempre decía que eran sus flores favoritas. Para ella simbolizaban protección, amor y seguridad. Algo que nuestra familia por fin había conseguido. Gracias al diablo con el que bailé. Ella habría amado a Raphael; lo sabía sin duda. Nos salvó, incluso a sus fantasmas y corrigió todos los errores que nuestros padres habían cometido.

Mis ojos recorrieron las escrituras de la sencilla lápida.

Una simple declaración. Para una persona que significaba el mundo para mí.

Por siempre mi hermana. Por siempre mi todo.

Eso aún no había cambiado. Excepto que ahora teníamos más gente en nuestro círculo. Gabriel. Mi esposo. Mi mano se frotó sobre mi gran barriga. Un mes más y daríamos la bienvenida a un nuevo miembro de la familia.

Anya Esmeralda Santos.

El brazo de Raphael me rodeó, ofreciéndome consuelo y manteniéndome caliente, mientras Gabriel me tomaba de la mano, con los ojos clavados en la lápida.

Se me salieron las lágrimas. Era un efecto secundario del embarazo. Demasiadas emociones.

—Nos está cuidando, *Reina.* —Mi marido me dio un beso en la frente—. Siempre está con nosotros.

Miré a mi hijo. A *su* hijo. *Nuestro* hijo. Cuanto más crecía Gabriel, más de Anya veía en él. La vena protectora. La valentía. Y la fuerza increíble.

—Así es —musité, tirando de Gabriel en un fuerte abrazo mientras Raphael nos envolvía a ambos en sus brazos.

El diablo nos mantuvo unidos.

AVANCE DE BELLAS Y MAFIOSOS: SASHA

PRÓLOGO

—¿Te has vuelto loco?

Cerró de un portazo su despacho. Decir que mi hermano Vasili estaba enojado era quedarse corto. El maldito cristal del edificio tembló por el portazo o, muy posiblemente, por la fuerza de su voz.

No importaba. Lo hecho, hecho estaba; era hora de seguir adelante.

—¿Te das cuenta de que todo el maldito mundo te vio secuestrar a esa mujer? —bramó—. Fue televisado, demonios.

—*Hmmm*, ¿lo fue? —Me reí entre dientes—. Nunca lo habría adivinado por todas las furgonetas de noticias que había adelante.

—¿En qué diablos estabas pensando, Sasha? —rugió—. ¿Sabes a cuántos malditos idiotas tendré que sobornar por esta mierda?

Me encogí de hombros. No tenía que sobornar a nadie. Era capaz de ajustar mis propias cuentas.

Sentado detrás del escritorio del despacho de Vasili, me recosté en la silla y apoyé las piernas en él. Tomé la revista *People* que Vasili tenía sobre el escritorio. Mi hermano siempre tenía esa maldita revista, pero aún no lo había visto leerla. Probablemente la tenía para mi beneficio.

—Deja la jodida revista —dijo apretando los dientes.

—Tranquilo, hermano —indiqué—. La novia en apuros está sana y salva.

«En su mayor parte», añadí en silencio, riéndome para mis adentros.

La dejé atada a mi cama, gloriosamente desnuda y sexualmente frustrada.

Desgraciadamente, mi plan me salió un poco mal porque había ido por ahí con mi polla dura que se negaba a captar el mensaje de que hoy no cogeríamos a nadie.

—Por el amor de Dios, Sasha —siseó, conteniendo a duras penas su temperamento. Podía verlo en la vena que le latía en el cuello. Aquella de la que su mujer parecía no saciarse porque la sorprendí lamiéndola en más de una ocasión. Malditos conejos cachondos. Solo Isabella encontraba atractivo a mi hermano—. ¿Estás intentando empezar una guerra? Primero todo el puto asunto con Wynter y mantenerla alejada de Liam Brennan. ¡Ahora esta mierda!

Y ahí residía el problema. Estaba esperando el momento en que sacara el tema. Él y todos los demás podían irse a la mierda. Wynter, la princesa del patinaje sobre hielo, me necesitaba, y nunca la dejaría esperando.

Abrí el cajón del escritorio de Vasili que había ocupado y encontré un chicle. El crujido del envoltorio llenaba el espacio, probablemente irritando los nervios de Vasili, incitándolo.

—Expresaste que querías verme casado —dije perezosamente, ignorando su comentario sobre Wynter—. Así que tuve que encontrar una novia.

—¡Te dije que *encontraras* una novia, no que la *secuestraras*! —rugió.

—Semántica.

Juré que el cabello rubio de Vasili, tan parecido al mío, casi se ponía rojo de rabia. Y lo disfruté.

Me metí el chicle en la boca y empecé a masticar. Hice estallar la goma de mascar, observando con deleite cómo la mandíbula de Vasili se tensaba. Estaba tan molesto. No me sorprendió. No me gustaba mucho mascar chicle, pero me encantaba ver la cara de enojo de la gente cuando lo hacía.

Así que, por si acaso, exploté una burbuja, esperé a que alcanzara un tamaño decente y la volví a explotar.

Nuestras miradas se cruzaron en una batalla de voluntades. Los extraños ojos azules que compartíamos me miraban fijamente, probablemente contemplando mi asesinato. Apuesto a que mi hermano luchó contra el impulso de estirar la mano por encima de su escritorio y estrangularme. Lo deseaba con todas sus malditas fuerzas, pero su esposa jamás lo dejaría salirse con la suya.

Era bueno tener amigos en posiciones importantes.

La puerta de su despacho se abrió y mi hermana Tatiana entró con un vestido negro. Había pasado un año y seguía insistiendo en llevar luto.

—He oído que vas a empezar una guerra —anunció—. ¿Puedo unirme?

Nuestra familia era definitivamente un tono diferente de locura.

CONTINUARÁ

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mis amigos y a mi familia por su continuo apoyo.

A mis lectoras alfa y beta: son todas increíbles. Aguantan mis plazos locos y mi organización aún más loca.

Gracias a **Susan C.H.** y **Beth H.**, que siempre me cubren las espaldas. No sé cómo me las arreglaría sin ustedes. Y muchas gracias, Susan, por darle varias lecturas.

A **Christine S., Denise R. y Jill H.**, ¡son lo máximo! Y a todas las demás: ¡GRACIAS!

Mis libros no serían lo que son sin cada una de ustedes.

A mi editora, Rachel de **MW Editing**.

A mi increíble diseñadora de portadas **Eve Graphics Designs, LLC**.

A los blogueros y críticos que ayudaron a correr la voz sobre este libro. Se los agradezco mucho y saber que les gusta mi trabajo lo hace mucho más increíble.

Y, por último, pero no por ello menos importante, **¡a todos mis lectores**! Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus increíbles y solidarios mensajes. Simplemente, GRACIAS.

Puedo hacer esto gracias a todos ustedes.

XOXO

Eva Winners